

Evangelio de José

Novela



Contenido

La tabla de contenido está vacía porque no estás utilizando los estilos de párrafo que deben aparecer en ella.

La pax augustana

El año 734 ab Urbe condita, 29 a. C y 3731 del origen del mundo según la Biblia, Augusto con manto púrpura y corona de laurel, seguido de toda su familia -la gens Julia- precedido y rodeado por la guardia pretoriana a la que sigue todo el Senado y las autoridades de Roma se dirige al Templo de Jano. Suenan las trompetas triunfales, el pueblo mira y admira la comitiva con gritos de alabanza. Los sacerdotes esperan a la puerta del Templo con las puertas abiertas desde hacía muchos siglos. Augusto les entrega un documento que será grabado en mármol y dice:

"El templo de Jano Quirino, que nuestros ancestros deseaban permaneciese clausurado cuando en todos los dominios del pueblo romano se hubiera establecido victoriosamente la paz, tanto en la tierra fundación de la Ciudad hasta la que existe mi nacimiento y durante mi Principado, el Senado determinó, en tres ocasiones, que debía cerrarse."

Habían concluido las guerras civiles en el Imperio y se vivía un tiempo de paz. La guerra con Marco Antonio enamorado de Cleopatra, reina de Egipto, concluyó con la batalla de Accio. Los dos enamorados se suicidaron y Egipto pasó a ser romano de modo que todo el Mediterráneo formaba el Imperio.

El dios JANO QUIRINO Era venerado en Roma como Vigilante del equilibrio del universo El templo estaba en el Foro. Era pequeño, realizado en madera, características que sugieren que el culto era de origen antiguo. El edificio era de forma perfectamente cúbica y de dimensión de 20 codos (8,88 m.) en altura y en cada uno de los lados de su planta cuadrada. El recinto central del templo estaba remarcado por las doce columnas que equivalían a los doce signos zodiacales. En el mosaico central y delante de la figura del dios se presentaba la rueda cósmica. El pavimento tenía mosaicos alegóricos al cielo, el mar y la tierra y en lugares específicos el símbolo del nudo de Salomón.

La figura del dios situada sobre un pedestal en el eje central del edificio miraba simultáneamente a oriente y occidente. Su posición

permitía que en el momento que las puertas del templo estuvieran abiertas podía influir de manera directa en la actividad de los hombres. Por ello en tiempo de guerra, máxima expresión de dolor y crueldad, permanecía con sus puertas abiertas como plegaria para la intermediación del dios y para la consecución del nuevo equilibrio de la patria. Su estatua ostentaba en la mano derecha el número 300 y en la izquierda el 55 como alusión exacta a la totalidad de la duración del año romano antiguo, o sea el "anillo" del tiempo.

Jano Quirino es un dios paralelo a Marte y contrapuesto a él, es el dios tranquilo opuesto al dios de la guerra, se le menciona como "Marte pacífico", por eso está su templo dentro de la ciudad, a diferencia del templo de Marte que se encuentra extramuros.

Curiosamente en el otro extremo de la tierra, en China también se vivía un tiempo de paz -la pax sina-. Parecía que el cielo concediese este don maravilloso de la paz por algún motivo especial, y así era. El tiempo prometido del Mesías había llegado, pero pocos lo sabían, aunque los profetas hubiesen hablado con detalle de ese tiempo y de la paz que le rodearía y las sibilas en sus oscuros oráculos también lo anunciaban.

Aquella paz, que se hizo durar doscientos años hasta que se volvieron a abrir las puertas del templo de Jano, el rey bifronte, el del principio y el final, no se limitó a la ausencia de guerras. Hubo grandes cosechas y se superaron muchas hambres en la incierta agricultura. Además se instaló en todo el imperio el sabio derecho romano que evitaba conflictos, resolvía problemas con ingenio, hacía surgir instituciones que facilitaban el buen vivir. La paz era más que la ausencia de guerra, era fruto de la justicia. Se reformó el sistema fiscal, mejoraron las comunicaciones y las obras de ingeniería. Es decir, paz y prosperidad era el clima de la plenitud de los tiempos. Nuestra historia comienza en esta edad dorada de la historia de la Humanidad. Un verdadero don de Dios. Es la historia de José, artesano de Nazaret que vivió su tiempo como lo que era en verdad: "La plenitud de los tiempos".

Palestina era una provincia más del imperio. Los romanos respetaban muchos ámbitos de la vida de los pueblos añadidos al Imperio. Respetaban su religión y a las autoridades religiosas. También algunas autoridades civiles aunque estuviesen subordinadas a las romanas, que eran muy autónomas. El gobernador militar vivía cerca en Siria, al otro lado del

monte Hermón. La paz les influyó en gran manera. La prosperidad vino con ella.

Siete siglos antes, al volver de la deportación de Babilonia se comenzó a reconstruir el Templo de Salomón con gran esfuerzo por las dificultades que ponían los pueblos de alrededor. Seguían dependiendo del Imperio persa. Alejandro Magno conquistó todos los grandes reinos y también los pequeños. Al morir, Palestina dependía de los Ptolomeos egipcios, pero hacia el año 200 fueron derrotados por los seleúcidas sirios que se establecieron en Palestina y tomaron Jerusalén. Antíoco IV es el prototipo del rey maligno. Intenta helenizar a los judíos y llega a instalar en el altar del Templo la "Abominación de la desolación", como es llamada en la Biblia, que consistía en ofrecer sacrificios paganos en el altar de Yahveh. Con esta conducta consiguió el levantamiento macabeo que obtuvo muchas victorias durante un siglo. Después vino la dinastía Asmonea. Aristóbulo extiende el territorio hasta Galilea y con Juan Hircano alcanza toda Palestina. En Jerusalén tenían mucho poder religioso-político los sacerdotes del Templo. En el año 63 a.C Pompeyo vence a los diversos grupos que se oponían a los Asmoneos y Roma incluye a Palestina en su imperio. En el año 40 coloca como rey vasallo de Roma a Herodes el Grande que gobernó con acierto en las cuestiones públicas. Fue magnífico en las construcciones, cruel por encima del derecho en el ejercicio del poder al final de su vida.

El Templo de Salomón había sido destruido en el año 583 a.C y comenzó la reconstrucción en el período de dominio persa con el apoyo de Ciro. Pero fue Herodes el Grande el que lo llevó a su máximo esplendor. La extensión del Templo era el doble que la del Templo de Salomón con pórticos alrededor que daban al interior. Basamentos de piedras enormes de cien toneladas de peso, mármol, grandes explanadas, alturas de más de 135 metros para rodear al Santo de los Santos donde solo se podían pronunciar el nombre de YAHVEH una vez al año por el Sumo Sacerdote. En ese Templo residía la presencia del Dios Altísimo. Se realizaban sacrificios continuos, especialmente en la Pascua. Se ofrecían los primogénitos, se purificaban las madres, se rezaba, se escuchaba la Ley. Las peregrinaciones eran constantes desde Palestina y desde la diáspora. Era un Templo vivo, aunque escondiese podredumbre poco visible.

Herodes construyó además la ciudadela en la ciudad alta, la Torre Antonia, el teatro y el estadio, así como tres muros que rodeaban la ciudad. Las fortalezas de Maqueronte y la de Massada incrustada en la montaña junto al Mar muerto indican la grandeza constructora de Herodes el Grande. El nuevo puerto de Cesárea marítima favoreció, junto a la paz, el comercio, y con él la riqueza de todo el país.

En los años del comienzo de la era cristiana las bendiciones del cielo llegaban a la tierra rodeando al principal don que Dios hacía a los hombres con la venida del Mesías prometido en la Alianza. Aquel pequeño pueblo tenía el privilegio y la responsabilidad de ser un pueblo de sacerdotes y santos para llevar la paz de Dios a todos los pueblos de la tierra.

Aquellos tiempos de paz favorecían llevar adelante un sistema de tributos más justo que los saqueos de las guerras o que pagasen solo algunos las necesidades de todos, por eso se decretó un censo que se fue aplicando en todo el Imperio. El censo se realizó el año 6 a.C durante gobierno de Quirino en Siria y Herodes como rey en Palestina. Conviene añadir que el cálculo para fijar la era cristiana fue elaborada con error por un monje llamado Dionisio el exiguu. El año del nacimiento de Cristo oscila entre el 7 y el 6 anterior a nuestra era. Este es el contexto de la vida de José, de la estirpe del rey David que era pobre, nacido poco antes del comienzo de la pax augustana.

Nazaret

En Nazaret nunca había ocurrido nada extraordinario. Estaba situada lejos de las rutas comerciales que tantas historias llevan y traen. A medio camino entre la llanura de Esdrelón y el mar de Galilea en un terreno abrupto con pendientes y barrancos, sin río, pero con fuentes y pozos. La historia la rozaba porque en la fértil Esdrelón se había dado batallas famosas como las que libraron los asirios en el siglo VIII cuando invadieron Galilea. ¿Cómo olvidar la terrible deportación de las diez tribus del norte? Alguna de esas tribus, la de Dan, se consideraba perdida y no había vuelto a aquellas tierras. Los habitantes de Nazaret eran descendientes de la tribu de Zabulón. Sin embargo, desde el desastre asirio se llamaba Galilea de los gentiles pues allí emigraron gentes de otros

pueblos y otros lugares, por eso tenían un modo de hablar el arameo muy particular, no solo en el acento. En el siglo siguiente los egipcios, en camino a luchar con los asirios, derrotaron al piadoso rey Josías en ese mismo valle, pero a Nazaret no la tocaron.

Las victorias de Josué cuando los descendientes de Jacob se establecieron en Israel quedaban lejos. También las del rey David cuando unificó todas las tribus en un solo reino. Los hijos de Salomón dividieron el reino de Israel. Jeroboam reinó en el Norte, llamado también Israel o Efraím. Roboam en el Reino del sur donde estaba Jerusalén y se llamó Judá. Pero Nazaret poco cambió con estas divisiones políticas.

Entre el mar de Galilea y Nazaret habían poblaciones famosas como Séforis, que tenía una escuela rabínica de gran importancia y fue residencia de Antipas, pero en Nazaret la sinagoga era pequeña y el rabí Jehuda era viejo, sin grandes pretensiones. Hacia el mar mediterráneo también cercana estaba Caná. En el lago florecían muchos árboles frutales y la pesca era abundante. Cafarnaúm tenía puesto militar romano pues pasaba la vía maris. Tiberíades hacía honor a su nombre y era un centro romano, también con sus licenciosas costumbres, en tiempos de Herodes Antipas.

La irregularidad del terreno de Nazaret permitía un peculiar modo de construir las casas. Se habilitaba una cueva y en la salida se construía de ladrillo una casa propiamente dicha con algunas habitaciones, horno para hacer el pan, hogar para cocinar, calentarse y hacer la vida, y dormitorios. La cueva servía de almacén y granero, resguardaba del frío en invierno y del calor en verano. No era infrecuente que tuviese un pequeño huerto delante de la construcción. La vida era dura, pero no demasiado.

Después de la derrota de Josías –rey del sur- en Galilea, su reforma religiosa decayó, pues al morir le sucedió Joaquín que se alejó de Yahveh siguiendo privadamente cultos egipcios. Sedecías fue el siguiente rey más valiente que religioso, pero cumplía lo establecido por Moisés. El profeta más importante de Judá en aquel tiempo era Jeremías. Nabucodonosor invadió el reino de Judá y tras durísimas batallas conquistó Jerusalén. Destruyó el templo que había construido Salomón hacía trescientos años y deportó a los judíos a Babilonia. La deportación incluía a todos los personajes importantes por linaje o estudios, a los sacerdotes y los militares. El pueblo llano permaneció en aquellos lugares hasta el retorno de los judíos cuando el persa Ciro venció a los babilonios y les permitió

reconstruir el Templo. Algunas familias huyeron al norte en aquellos tiempos aciagos.

Entre estas familias estaba la de José y su hermano Alfeo descendientes de David. Sus antepasados vivieron en Belén cercana a Jerusalén, y en tiempos de la deportación escaparon como pudieron y se instalaron en Nazaret. Algo parecido ocurrió con las familias de Joaquín y Ana, descendientes de Aarón que se casaron ya en Nazaret. José era soltero y tenía unos treinta años. Su hermano Cleofás estaba casado con María y tenía seis hijos, esperando un séptimo. Al ser el mayor se dedicó a las tierras que poseían y era un buen agricultor, orgulloso de su trabajo, de su familia y de su estirpe davídica. Duro de carácter, fuerte, seguro, de pocas palabras, tenía el aire de patriarca de toda la familia, pues sus padres habían fallecido. José era menor y no podía dedicarse a las actividades de su hermano, pues las tierras no eran tantas, pero tenía habilidad en sus manos. Aunque no eran muchos los instrumentos ni demasiadas las construcciones, pues vivían una quinientas personas de setenta familias, había muchas cosas que arreglar. Algunas de hierro como los arados que se mellaban en terrenos tan pedregosos, aunque la mayoría eran de madera, abundante en aquel lugar. De modo que era el artesano que trabajaba lo que hiciese falta. Arreglar una puerta, hacer una mesa, algún instrumento de labranza, el manejo del hierro en un pequeño horno. Trabajo manual lleno de nobleza, pero no trabajo de reyes.

Aunque nada extraordinario había sucedido, ni sucedía, en Nazaret eran muy agradables los atardeceres con suaves colores rojos cuando se acababan las tareas del campo y los hombres volvían a sus casas a descansar y contemplar la belleza de la creación. Así vivía José.

La vida de José en Nazaret

José tenía unos treinta años. Era un hombre apuesto; pelo corto, más bien rizado, de un castaño oscuro como el de la barba y el bigote, que velan un mentón bien conformado y suben hacia las mejillas moreno-rojizas, no aceitunadas como en el caso de otras personas morenas; tiene ojos oscuros, buenos y profundos, muy serios. Sin embargo, cuando sonrío

aparecen alegres y juveniles. Vestía habitualmente de marrón claro, de forma muy simple como iban la mayoría de los hombres.

Su vida era sencilla. Hasta la adolescencia vivió con sus con sus padres. Cuando murieron vivió un tiempo con hermano Alfeo y su familia, pero a los pocos años adaptó una casa y un taller y vivía solo, aunque muy cerca de toda la familia en un pueblo tan pequeño. La relación con Alfeo era espléndida. Era pobres, pero con la dignidad de los que se saben estirpe regia. José cumplía, como todos, las costumbres de las cinco oraciones diarias y trabajaba. El Sabbat acudía a la sinagoga y hacía propias todas las reglamentaciones sobre el día del Señor. Escuchaba las palabras del rabí y cuando era invitado hablaba con fluidez y claridad. Dos cosas le distinguían de los demás. Tardaba en casarse no demostrando excesivo interés por las muchachas que entraban en edad casadera, y meditaba las Sagradas Escrituras con detenimiento. Era justo tanto en el sentido de cumplir lo mandado, como en el de buscar la Voluntad de Dios siempre y en todo. Desconocía que Yahveh le amaba con predilección y le había bendecido de una manera especial. Por este camino había adquirido una sensibilidad espiritual especial; conocía la historia de Israel y las promesas que Dios dio a los patriarcas. Aun así había un problema.

No se puede decir que dudase de la Palabra de Dios, pero algo no le cuadraba y le dejaba perplejo. Se sabía descendiente de David de la tribu de Judá, y dos promesas divinas a esta familia le parecían imposibles de cumplirse. La primera era la bendición de Jacob a Judá “Cachorro de león, Judá; de la presa subiste, hijo mío. Se encorvó, se echó como león, Así como león viejo: ¿quién lo despertará? No será quitado el cetro de Judá, Ni el legislador de entre sus pies, Hasta que venga Siloh; Y a él se congregarán los pueblos. Atando a la vid su pollino, Y a la cepa el hijo de su asna, Lavó en el vino su vestido, Y en la sangre de uvas su manto. Sus ojos, rojos del vino, Y sus dientes blancos de la leche”. El cetro estaba claro que era David, pero había una continuidad y todos los pueblos se congregarían con el nuevo rey. Lo del pollino hijo de asna y lavar con vino su vestido y su manto con sangre le superaba, así como lo que significaban los dientes blancos de leche, quizá la inocencia de todo pecado, pero no sabía. La segunda era la promesa de que el reino de David sería eterno. Y la realidad es que desde la cautividad de Babilonia se extinguió la monarquía. Israel no tenía reyes descendientes de David. Tras el retorno de Babilonia siguieron bajo el dominio persa, lejano y benévolo, pero extranjero.

Después fueron los seleúcidas, herederos de Alejandro Magno que ejercieron despóticamente su dominio persiguiendo la religión judía e intentando imponer las costumbres helénicas. La rebelión macabea hizo volver el fervor religioso y el cumplimiento de la ley, pero los reyes sucesores, los asmoneos, eran idumeos. Los romanos vinieron llamados por ellos y convirtieron a Israel en una provincia del gran Imperio, con algunas leyes propias y gobernantes propios, como Herodes, pero subordinados a Roma. Así estaban las cosas. ¿Dónde estaban las promesas de Dios?

Cuando tomaba el segundo libro de Samuel la palabras le llegaban al alma: “vino la palabra de Dios a Natán diciendo: “Ve y di a mi siervo David: Así habla Yahveh Sebaot: Yo te he tomado del pastizal, de detrás del rebaño, para que seas caudillo de mi pueblo Israel. He estado contigo dondequiera has ido, he eliminado de delante de ti a todos tus enemigos y voy a hacerte un nombre grande como el nombre de los grandes de la tierra: fijaré un lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré allí para que more en él; no será ya perturbado y los malhechores no seguirán oprimiéndole como antes, en el tiempo en que instituí jueces en mi pueblo Israel; le daré paz con todos sus enemigos. Yahveh te anuncia que Yahveh te edificará una casa. Y cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza. Él constituirá una casa para mi Nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre”. Ese para siempre venía una y otra vez a su mente. No le inquietaba que nada pareciese cumplirse según la profecía, pues algo pasará que no sabemos, pensaba. Además el profeta era insistente: “Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante mí; tu trono estará firme, eternamente”. La eternidad era exclusiva de Dios y mucho más de lo que pueden pretender los hombres vidas y proyectos fugaces como la flor de heno.

José meditaba los salmos y hacía oración con ellos. Se sabía casi todos de memoria como la mayoría de sus compatriotas. Pero el eco de los que se referían al reinado de David y al Mesías rey era especial en su corazón. El salmo 78 colocaba a David como culminación de una historia de predilección con Israel. “eligió a David su servidor, le sacó de los apriscos del rebaño, le trajo de detrás de las ovejas, para pastorear a su pueblo Jacob, y a Israel, su heredad. El los pastoreaba con corazón perfecto, y con mano diestra los guiaba”. A José no le importaba haber vuelto a algo similar al pastoreo de las ovejas, pero ¿Cómo se cumplirían

las promesas? No en vano el salmo 132 decía: “Juró Yahveh a David, verdad que no retractará: “El fruto de tu seno asentará en tu trono. Si tus hijos guardan mi alianza, el dictamen que yo les enseñé, también sus hijos para siempre se sentarán sobre tu trono”. Porque Yahveh ha escogido a Sión, la ha querido como sede para sí: “Aquí está mi reposo para siempre, en él me sentaré, pues lo he querido. Sus provisiones bendeciré sin tasa, a sus pobres hartaré de pan, de salvación vestiré a sus sacerdotes, y sus amigos gritarán de júbilo. Allí suscitaré a David un fuerte vástago, aprestaré una lámpara a mi ungido; de vergüenza cubriré a sus enemigos, y sobre él brillará su diadema”. ¿Quién sería el fuerte vástago prometido, porque Salomón fue un rey de paz y de sabiduría, pero al final de su vida se desvió influido por sus muchas mujeres idólatras, y había muerto. Sus descendientes no era nada ejemplares y habían sido castigados con todo el pueblo por la multitud de sus pecados y de sus infidelidades. Tenía que ser un rey espiritual, pero ¿quién? y ¿cuándo? Pero con fe seguía rezando y esperando como esperó Abraham.

Veía que los distintos enemigos de Israel se reían de su Dios invisible tan distinto de los suyos bien poderosos, y les oprimían. Por eso rezaba con intensidad el salmo segundo. “¿Por qué se agitan las naciones, y los pueblos mascullan planes vanos? Se yerguen los reyes de la tierra, los caudillos conspiran aliados contra Yahveh y contra su Ungido: ¡Rompamos sus coyundas, sacudámonos su yugo! El que se sienta en los cielos se sonríe, Yahveh se burla de ellos. Luego en su cólera les habla, en su furor los aterra: Ya tengo yo consagrado a mi rey en Sión mi monte santo. Voy a anunciar el decreto de Yahveh: Él me ha dicho: Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra. Con cetro de hierro, los quebrantarás, los quebrarás como vaso de alfarero. Y ahora, reyes, comprended, corregíos, jueces de la tierra. Servid a Yahveh con temor, con temblor besad sus pies; no se irrite y perezcaís en el camino, pues su cólera se inflama de repente. ¡Venturosos los que a él se acogen!”. Luego el descendiente de David, el “fuerte vástago”, reinaría sobre todas las naciones, no solo sobre este Israel humillado por todos. Y lo creía sin ver, pues ¿quién ha conocido los planes de Dios? Y continuaba su oración paciente con el salmo 110 que dice: “ Oráculo de Yahveh a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que yo haga de tus enemigos el estrado de tus pies. El cetro de tu poder lo extenderá Yahveh desde Sión: ¡domina en medio de tus enemigos! Para ti el

principado el día de tu nacimiento, en esplendor sagrado desde el seno, desde la aurora de tu juventud. Lo ha jurado Yahveh y no ha de retractarse: Tú eres por siempre sacerdote, según el orden de Melquisedec. A tu diestra, Señor, él quebranta a los reyes el día de su cólera; sentencia a las naciones, amontona cadáveres, cabezas quebranta sobre la ancha tierra. En el camino bebe del torrente, por eso levanta la cabeza”. Aunque sabía la debilidad de sus fuerzas y las de todo Israel creía con fe firme que haría a sus enemigos estrado de los pies del descendiente de David, y uniría la realeza con el sacerdocio con un orden nuevo, el de Melquisedec no el de Aarón. El salmo 90 hablaba de una dignidad ¿divina? en el fuerte vástago: “dijo el Señor a mi señor”, luego el hijo era más importante que David pues le llama Señor. Desde luego –pensaba José- no puede ser más que un don del cielo. Porque Isaías dijo al rey Ajab cuando el problema con los asirios. “Habló también Jehová a Acáz, diciendo: Pide para ti señal de Jehová tu Dios, demandándola ya sea de abajo en lo profundo, o de arriba en lo alto. Y respondió Acáz: No pediré, y no tentaré a Jehová. Dijo entonces Isaías: Oíd ahora, casa de David. ¿Os es poco el ser molestos a los hombres, sino que también lo seáis a mi Dios? Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel. Comerá mantequilla y miel, hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno”. Nacería ese rey de justicia, de paz y de amor ¡de una virgen! Sorprendente. ¿Se refiere Isaías al primer hijo de una mujer? ¿o hay algo más que no entiendo? Y su oración era intensa en su trabajar silencioso y en su descanso.

La mayoría de los habitantes de Nazaret conocían estas Escrituras y muchas, especialmente los salmos, las repetían con frecuencia, pero no le daban tantas vueltas. ¡Cada cual a su trabajo, que bastante difícil es la vida!

El trabajo de José

José había aprendido el oficio de Isaac trabajando primero como aprendiz y tomando luego mayor responsabilidad. Era especialmente diestro con la madera, sabía leer sus nudos, le encantaba dejar bien lisas las superficies. Pero la clave del trabajo era encajar bien las puertas y ventanas y equilibrar mesas y sillas. No era un arte, pero sí una artesanía. Cuando

murió Isaac, que había sido muy amable con él, tomó el oficio ya que él sin ayuda se bastaba para Nazaret. Tomó las herramientas y se estableció en casa propia, separado de su hermano y familia.

El trabajo le llenaba los días y estaba ocupado de sol a sol. Bien sabía que el trabajo manual no era tarea de esclavos, así pensaban romanos y griegos, lo sabía y le extrañaba, para los judíos el trabajo era un honor. El pájaro ha sido creado para volar y el hombre para trabajar. Lo tenían tan grabado que cuando fueron deportados a Babilonia prosperaron mucho a base de esfuerzo, aunque les pesase la situación. La realidad del sudor y cansancio al trabajar y que la tierra estuviese como maldita y se resistiese tanto a sus luchas no les desanimaba, pues veían el hecho como lo que era, como un castigo por el pecado de desobediencia de Adán y Eva cuando fueron seducidos por el diablo. Venciendo al cansancio, se sabía vencedor del diablo y como más cerca de los primeros padres antes de que pecasen. Además, tampoco le era tan pesado, y le gustaba esta actividad en la que había que poner toda la cabeza y todo el cuerpo. Más de una vez miraba algún trabajo acabado y sonreía satisfecho, daba gracias a Dios de que tuviese esa habilidad. Había leído muy despacio el Qohelet y el libro de Ben Sira llenos de sabiduría práctica: “mira a la hormiga, oh perezoso, Mira sus caminos, y sé sabio; La cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, Prepara en el verano su comida, recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento. Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir? ¿Cuándo te levantarás de tu sueño? Un poco de sueño, un poco de dormir, Y cruzar por un poco las manos para reposo; Así vendrá tu necesidad como caminante, Y tu pobreza como hombre armado”. Y como el ejemplo de la hormiga muchos más semejantes.

El trabajo le permitía a José relacionarse con todos en el pueblo, pues siempre había destrozos, o se quería hacer algo nuevo. Nadie puede vivir bajo el cielo, ni trabajar solo con las manos. El que más trabajos le encargaba era Doras, el fariseo, pues era el mayor propietario del lugar. Tenía rebaños de ovejas y cabras y eso requiere cercas, establos, comederos, bebederos, que se rompían con facilidad. Su casa, mejor que la mayoría de las demás, requería cuidados necesarios y también caprichosos como les suele ocurrir a los ricos. Doras vivía bien, pero no era muy querido por sus convecinos. Los fariseos eran unos 3.000 en todo Israel, pero en Nazaret era el único fariseo. Como todos ellos cuidaba la Ley con rigor, incluso aquel conjunto de los seiscientos veinte preceptos que

formaban como una muralla que impidiese dejar de cumplir lo fundamental. Pero al lado de ese rigor, se escondían, aunque se veían, patentes defectos. Era duro con sus trabajadores –pastores, labriegos, criadas- y pagaba mal. Sus aires de superioridad molestaban, especialmente cuando se ponía las filacterias más anchas en los brazos y en la frente. Era engolado al rezar, parecía que se escuchase a sí mismo. Era avaro, todos lo sabían y cuando daba un préstamo lo hacía con evidente usura. Es lógico que le huyese la mayoría y le llamasen hipócrita. Pero así es la vida.

La relación de Doras con José era frecuente, pero fría. Le cobraba lo justo, hacía bien sus trabajos, pero no comían juntos ni tenían alguna relación que no fuese la profesional. Además estaba lo de su hijo Efraím tenía cinco años menos que José, pero nada en común. Efraím había heredado la suficiencia de su padre y se consideraba por encima de todos, con un carácter difícil, cuando no pendenciero. En ocasiones se reunía con otros de su edad o menores e iban a las tabernas del mar de Galilea de juerga: prostitutas, beber y armar jaleo. Y eso disgustaba al justo José. Tan visible era su malestar que nunca le invitaron a ir con ellos, pero se burlaban de él, como suelen hacer los débiles y los frívolos. Desde luego, Efraím trabajaba poco y las madres, escondían a sus hijas casaderas cuando aparecía. Un joyita el hijo de Doras, pero nadie le decía nada ni le corregía. Crecía como la hierba silvestre, como el campo que no se cuida y se llena de cardos.

El rabí Jehuda era muy agradecido. Era viudo y veía poco. Se apoyaba en un tosco bastón y se sabía las Sagradas Escrituras totalmente de memoria. Se había formado en Jerusalén hacía ya muchos años, y estaba muy contento de sus estudios con el rabí Hillel. Allí había aprendido a interpretar los textos sagrados con profundidad, justicia y misericordia. Era gozoso oírle y todos acudían a pedirle consejo. Era evidente su ancianidad, algo prestigioso en Israel, y respiraba bondad y sabiduría. Las piernas le fallaban y el oído también, por eso todos se esforzaban en ayudarle y sonreían con los equívocos que produce la sordera. Un buen hombre, en un buen lugar. Pocas necesidades tenía y sus hijos y nietos le cuidaban bien.

La relación con Alfeo y con su mujer María era entrañable. Ambos le veían como un hijo mayor, a causa de los años que había vivido con ellos. Alfeo era muy consciente de su autoridad como cabeza de la familia y la ejercía en las comidas, en la educación de los hijos y en el trabajo, pues

tenía a varios trabajando en sus tierras además de un pastor asalariado, aunque él también trabajaba con sus manos. Sus hijos se llamaban Simón, José, Judas y de sus tres hijas una María, como casi todas las mujeres, otra Noemí como la abuela de David y la pequeña Sara como la esposa de Abraham. María de Alfeo estaba esperando otro niño o niña por aquellos días.

Entre las familias más pobres del pueblo estaba la de Isaac. Casado y con tres hijos. Tenía una vida dura trabajando para Doras con una floja salud. José, cuando le hacía un trabajo necesario como arreglar las tejas, cerrar las goteras y otros, le cobraba algo para no humillarle, pero mucho menos, y sabía dar cosas a sus hijos que pocas tenían.

La relación con el herrero Daniel era inmejorable. José también tenía un pequeño horno, pero muchas cosas era mejor que las hiciese Daniel; y entre los dos, con la complicidad de hacer cosas parecidas había gran amistad. Se entendían con la mirada. Juana se llamaba su mujer y tenían siete hijos movidísimos y muy alegres.

La autoridad de pueblo, aun siendo pequeño, la ejercía Zabulón. Su familia vivía en Nazaret desde siempre. Arreglaba litigios, sobre todo de tierras y aguas. Traslataba lo que mandaban las autoridades superiores. Trabajaba sus tierras y un pequeño rebaño de ovejas. No solían haber grandes problemas en el pueblo, si no fuese por ese descerebrado de Efraím que movía para mal a un grupo de jóvenes en Nazaret y nunca se sabía por dónde iban a llegar los problemas, pero llegaban.

El pozo estaba al sur de la población y allí se reunían todos los días las mujeres para llenar sus cántaros de agua, que llevaban con equilibrio en sus cabezas, y para conversar de las incidencias del lugar. María de Alfeo y María de Cleofás eran muy amigas, quizá por tener los hijos de edades semejantes. Juana, Susana, otra María y Ana formaban como un grupo compacto. Un tema frecuente eran los desposorios del pueblo. Por eso José había entrado varias veces en sus charlas, ya que pasaba el tiempo y no se decidía a tomar esposa: ¡Es tan serio! Decían. Causó un cierto revuelo la vuelta a Nazaret de María, hija de los difuntos Joaquín y Ana. Había estado más de diez años en el Templo y era lógicamente algo distinta de las otras jovencitas del pueblo por tener una educación más alta. Tenía la casa de sus padres, pero era huérfana y los sacerdotes tendrían que hacerse cargo de ella, la mejor solución era buscarle un buen esposo. Era cuestión de los

hombres de su familia y los sacerdotes, pero ellas también tenían derecho a pensar en alguien pues conocían a todos los chicos jóvenes solteros. Más de una pensó en José.

La niña María

Sentada a un telar una mujer ya de cierta edad tejía. Su pelo era entrecano, antes ciertamente negro, y su rostro sin arrugas pero lleno de esa seriedad que viene con los años. Su edad era de cincuenta a cincuenta y cinco años, no más. Está tejiendo una cortina o una alfombra. La mujer lleva un vestido sencillísimo y muy oscuro: un morado-rojo

En el huerto está un hombre anciano, un poco más bajo que Ana, de tupida cabellera completamente cana, rostro claro, barba cortada en cuadrado, dos ojos azules como turquesas, entre pestañas de un castaño claro casi rubio. Está vestido de un marrón oscuro.

Ana no le ve porque da la espalda a la puerta. El hombre se acerca a ella por detrás Ana se vuelve y dice:

-¡Oh, Joaquín! ¿Has terminado tu trabajo? ¡Ah, si hubiéramos tenido un hijo tendrías que hacer menos esfuerzo en el campo.

También suspira Joaquín, y, queriéndola consolar, le pone la mano sobre el pelo rizado y canoso, y le dice:

-Todavía hay que esperar. Dios todo lo puede. Mientras se vive, el milagro puede producirse, especialmente cuando se le ama y cuando nos amamos.

Joaquín recalca mucho estas últimas palabras.

Ana guarda silencio, descorazonada, con la cabeza agachada, para que no se vean dos lágrimas que se deslizan por su cara.

-¡No llores, Ana! Somos felices de todas formas. Yo por lo menos lo soy, porque te tengo a ti.

-Yo también por ti. Pero no te he dado un hijo. Pienso que he desagradado al Señor porque ha hecho infecundas mis entrañas.

-¡Oh, esposa mía! ¿En qué crees tú, santa, que has podido desagradarle? Mira, vamos una vez más al Templo y por esto, no sólo por los Tabernáculos, hacemos una larga oración. Quizás te suceda como a Sara, o como a Ana de Elcana: esperaron mucho, se creían reprobadas por ser estériles, y, sin embargo, en el Cielo de Dios, estaba madurando para ellas un hijo santo. Sonríe, esposa mía. Tu llanto significa para mí más dolor que el no tener prole.

-Sí. Hagamos un voto al Señor. Suyo será el hijo; si es que nos lo concede.

Fuera de los muros de Jerusalén, en las colinas, entre los olivos, hay gran multitud de gente. Parece un enorme mercado, pero no hay ni casetas ni puestos de venta, ni voces de charlatanes y vendedores, ni juegos. Hay muchas tiendas hechas de lana basta, sin duda impermeables, extendidas sobre estacas hincadas en el suelo. Atados a las estacas hay ramos verdes, como decoración y como medio para dar frescor. Otras, sin embargo, están hechas sólo de ramos hincados en el suelo y atados.

-Mañana es el último día de oración. Ya se han efectuado todas las ofrendas. No obstante, las renovaremos solemnemente mañana. Persuadiremos a Dios con nuestro fiel amor. Yo sigo pensando que te sucederá como a Ana de Elcana.

-Dios lo quiera. ¡Si hubiera, ahora mismo, alguien que me dijera: ¡Vete en paz. El Dios de Israel te ha concedido la gracia que pides!

Tras la ferviente oración en el Templo, volvieron a Nazaret. Pasó un tiempo. La casa de Joaquín y Ana es modesta y muy cuidada, si se exceptúan las muchas ramas florecidas, colocadas aquí y allá en jarrones

En un telar más pequeño, Ana teje telas de lino, y canta ritmando el movimiento del pie con la voz. Canta y sonrío. ¿A quién? A sí misma, a algo que ve en su interior. Se echa a llorar de alegría, mira a Joaquín y, levantando los brazos, grita:

-¡Soy madre, amado mío!

Y se refugia en su corazón, entre los brazos que él ha tendido para volver a cerrarlos en torno a ella, su esposa dichosa.

-¿De verdad? ¿Estás segura, Ana mía?

-Sí estoy segura.

¿Cómo la llamaremos a esta criatura nuestra que siento y que me habla en el seno con su corazoncito, latiendo, latiendo, como el de una tórtola entre los huecos de las manos?

-Si es varón, le llamaremos Samuel; si es niña, Estrella, la palabra que ha detenido tu canto para darme esta alegría de saber que soy padre, la forma que ha tomado para manifestarse entre las sagradas sombras del Templo.

-Estrella. Nuestra Estrella, porque, no lo sé, pero creo que es una niña. Pienso que unas caricias tan delicadas no pueden provenir sino de una dulcísima hija. Porque no la llevo yo, no me produce dolor; es ella la que me lleva por un sendero azul y florido, como si ángeles santos me sostuvieran y la tierra estuviera ya lejana. Siempre he oído decir a las mujeres que el concebir y el llevar al hijo en el seno supone dolor, pero yo

no lo siento. Me siento fuerte, joven, fresca; más que cuando te entregué mi virginidad en la lejana juventud. Hija de Dios –porque es más de Dios que nuestra, siendo así que nacerá de un tronco seco– que no da dolor a su madre; sólo le trae paz y bendición: los frutos de Dios, su verdadero Padre.

-Entonces la llamaremos María. Estrella de nuestro mar, perla, felicidad, el nombre de la primera gran mujer de Israel. Pero no pecará nunca contra el Señor, que será el único al que dará su canto, porque ha sido ofrecida a Él como consagrada antes de nacer.

-Está ofrecida a Él, sí. Sea niño o niña nuestra criatura, se la daremos al Señor, después de tres años de júbilo con ella.

- ¿Sientes dolor?

- No. Siento la misma gran paz que experimenté en el Templo cuando se me otorgó la gracia, y que luego volví a sentir otra vez al saber que era madre. Es como un éxtasis. Es un dulce dormir del cuerpo, mientras el espíritu exulta y se aplaca con una paz sin parangón humano. Yo te he amado, Joaquín, y, cuando entré en tu casa y me dije: "Soy esposa de un justo", sentí paz, como todas las otras veces que tu amor se prodigaba en mí. Pero esta paz es distinta. Creo que es una paz como la que debió invadir, como una deleitosa unción de aceite, el espíritu de Jacob, nuestro padre, después de su sueño de ángeles. O semejante, más bien, a la gozosa paz de los Tobías tras haberseles manifestado Rafael. Si me sumerjo en ella, al saborearla, crece cada vez más. Es como si yo ascendiera por los espacios azules del cielo, y, no sé por qué, pero, desde que tengo en mí esta alegría pacífica te quiero más.

Joaquín vuelve a su trabajo. Así transcurrieron los nueve meses del embarazo. Cuando llegó el momento del parto, las mujeres más expertas acudieron a casa de Joaquín y Ana.

Pasa corriendo una mujer y grita:

-Joaquín! ¡Va a nacer de un momento a otro! ¡Todo ha ido rápido y bien!

Y desaparece con una pequeña ánfora en las manos.

Las mujeres irrumpen, alborozadas, con un "ovillejo" rosado entre cándidos paños.

¡Es María! Una María pequeñita, que podría dormir en el círculo de los brazos de un niño. Las mujeres entran con Joaquín donde la madre feliz para devolverle a su hijita, hablan del enorme arco iris.

Ana sonríe ante un pensamiento propio: Es la estrella, dice. Su signo está en el cielo. ¡María, arco de paz! ¡María, estrella mía! ¡María, Luna pura! ¡María, perla nuestra!

-¿María la llamas?

-Sí. María, estrella y perla y luz y paz.

-Pero también quiere decir amargura. ¿No temes acarrearle alguna desventura?

-Dios está con Ella. Es suya desde antes de que existiera. Él la conducirá por sus vías y toda amargura se transformará en miel. Ahora sé de tu mamá, todavía un poco, antes de ser toda de Dios.

Al llegar el día de la purificación, asperjen a Ana con agua lustral y luego le indican que se dirija hacia el ara del sacrificio. Ya no lleva a la Niña en brazos. La ha tomado en brazos Isabel, que se ha quedado a este lado de la Puerta.

Joaquín, sin embargo, entra siguiendo a su mujer, y llevando tras sí un cordero que va balando.

Ana ya está purificada.

Zacarías dice en voz baja unas palabras a su compañero de ministerio, el cual, sonriendo, da señales de asentimiento y luego se acerca al grupo, rehecho de nuevo, y, congratulándose con la madre y el padre por su gozo y por su fidelidad a las promesas, recibe el segundo cordero, la harina y las tortas.

-Entonces ¿Esta hija está consagrada al Señor? Que su bendición os acompañe a Ella y a vosotros. Mirad, ahí viene Ana. Va a ser una de sus maestras. Ana de Fanuel, de la tribu de Aser. Ven, mujer. Esta pequeñuela ha sido ofrecida al Templo como hostia de alabanza. Tú serás para ella maestra. A tu amparo crecerá santa.

Ana de Fanuel, ya completamente encanecida, hace mimos a la Niña, que ya se ha despertado y que observa toda esa blancura con esos inocentes y atónitos ojos suyos, y todo ese oro que el sol enciende.

La ceremonia termina.

Aquellos tres años fueron de gran gozo para Joaquín y Ana. A veces, al pasear María caminando entre su padre y su madre por las calles de Jerusalén, los que pasan se paran a mirar a la bonita Niña vestida toda de blanco nieve.

El vestido blanquísimo le llega hasta abajo, y los piecitos, con sus pequeñas sandalias blancas, apenas se muestran al caminar. Las manitas parecen dos pétalos de magnolia saliendo de la larga manga. Aparte del círculo azul de la cinta, no hay ningún otro punto de color. Todo es blanco. María parece vestida de nieve, tiene tres años

Entra Zacarías y saluda diciendo:

-A los justos la paz del Señor.

-Sí –dice Joaquín–, pide paz para nosotros porque nuestras entrañas tiemblan, ante la ofrenda, como las de nuestro padre Abraham mientras subía el monte; y nosotros no encontraremos otra ofrenda que pueda recobrar ésta; ni queríamos hacerlo, porque somos fieles a Dios. Pero sufrimos, Zacarías. Compréndenos, sacerdote de Dios, y no te seamos motivo de escándalo.

- Jamás. Es más, vuestro dolor, que sabe no traspasar lo lícito es para mí escuela de amor al Altísimo. ¡Animo! La profetisa Ana cuidará con esmero esta flor de David y Aarón. En este momento es la única azucena que David tiene de su estirpe santa en el Templo, y cual perla regia será cuidada. A pesar de que los tiempos hayan entrado ya en la recta final y de que deberían preocuparse las madres de esta estirpe de consagrar sus hijas al Templo –puesto que de una virgen de David vendrá el Mesías–, no obstante, a causa de la relajación de la fe, los lugares de las vírgenes están vacíos. Demasiado pocas en el Templo; y de esta estirpe regia ninguna, después de que, hace ya tres años, Sara de Eliseo salió desposada. Esperemos que María sea la primera de muchas vírgenes de David ante el Sagrado Velo. Y... ¿quién sabe?....

Zacarías se detiene en estas palabras y mirando pensativo a María prosigue diciendo:

-También yo velaré por Ella. Soy sacerdote y ahí dentro tengo mi influencia.

María se adelanta y se arrodilla en el umbral de la puerta con los brazos extendidos, un pequeño querubín suplicante:

-¡Padre, Madre, vuestra bendición!

Sus padres la bendicen y la besan. Una, dos, diez veces. No se sacian de besarla. Ana llora en silencio. Zacarías, aunque quiera no dar muestras de ello, está también conmovido.

Salen. María entre su padre y su madre, como antes; delante, Zacarías y su mujer.

Ahora están dentro del recinto del Templo.

-Voy a ver al Sumo Sacerdote. Vosotros subid hasta la Gran Terraza.

El Sumo Sacerdote mira a la Pequeña y sonrío. ¡Debe parecerle bien pequeñita al pie de esa escalinata digna de un templo egipcio! Levanta los brazos al cielo para pronunciar una oración. Todos bajan la cabeza, como anonadados ante la majestad sacerdotal en comunión con la Majestad eterna.

Luego, una señal a María, y Ella se separa de su madre y de su padre y sube, sube como hechizada. Y sonrío, sonrío a la zona del Templo que está en penumbra, al lugar en que pende el preciado Velo. Ha llegado a lo alto

de la escalinata, a los pies del Sumo Sacerdote, que le impone las manos sobre la cabeza. La víctima ha sido aceptada. ¿Alguna vez había tenido el Templo una hostia más pura?

Luego se vuelve y, pasando la mano por el hombro de la Niña, como para conducirla al altar, la lleva a la puerta del Templo y, antes de hacerla pasar pregunta:

-María de David, ¿conoces tu voto? Ante el “sí” argentino que le responde, él grita:

-Entra, entonces. Camina en mi presencia y sé perfecta.

María entra y desaparece en la sombra, le sigue el cortejo de las vírgenes y de las maestras, luego de los levitas, la ocultan cada vez más, la separan.

La puerta se vuelve, girando sobre sus goznes. Una abertura, cada vez más estrecha, permite todavía ver al cortejo, que se va adentrando hacia el Santo. Ahora es sólo una rendija. Ahora ya nada. Cerrada.

Al último acorde de los sonoros goznes responde un sollozo de los dos ancianos y un grito único:

-¡María! ¡Hija!

Luego dos gemidos invocándose mutuamente:

-¡Ana, Joaquín!

-Glorifiquemos al Señor, que la recibe en su Casa y la conduce por sus caminos.

José soltero de oro

-¿Por qué no te casas, José?

Le dice María de Alfeo a su cuñado.

-Ya tienes edad y en Nazaret hay ya unas cuantas chicas que son buenas y hermosas y te podrían hacer padre fecundo.

- Muchas gracias, María.

Le dice José, que ya tiene 25 años y es fuerte y sano como su hermano.

- Eres tan callado...

Insiste María.

- No seas pesada con el tema, siempre estas igual con el pobre José.

Dice Alfeo, con un evidente cariño a su hermano menor y a su esposa.

- Déjala, llevo tiempo pensando en esto, pues todos mis amigos se han casado y están contentos, además siguen el mandato de Dios de tener una prole fecunda para que de ella pueda salir el Mesías o la madre del Mesías. Pero, la verdad, no me decido. Además, ya sabéis que me he consagrado como nazareno.

- Sí, eres nazareno, pero esa consagración es temporal ¿Tienes alguna objeción grave? ¿Quieres ir a Séforis o a Caná por si encuentras una esposa que te agrade más que las de Nazaret?

-No, no es por eso, pero siento un deseo tan grande de amor que me da la impresión que es imposible haciendo las cosas como todo el mundo.

- Es verdad que eres muy piadoso y para ti el mandato de Amar te ha llegado muy adentro. No te conformas con cumplir como hacemos todos y además de las oraciones y salmos, rezas en silencio en el campo y en casa. Te sabe a poco lo que nos enseña el rabí y lo que hablamos en casa. ¿Es que quieres irte con los esenios, con los asideos o con los terapeutas que no se casan por amor a Dios?

-No, ni mucho menos, pero lo que siento es muy fuerte, aunque lo que hace todo el mundo me parece bien, ni tampoco las muchachas del pueblo me disgustan.

María de Alfeo escucha asombrada a José. ¿De dónde le habrán llegado estas ideas y este corazón tan grande que lo normal le parece poco? Pero, continúa su presión.

- ¿Has visto a Salomé la hija de Salomé y de Rubén? Es algo más mayor que las que se van casando y es muy juiciosa, según dice su madre, reza mucho y sigue las explicaciones de la Sinagoga con mucha atención. Además...

-No sigas, mujer, deja al chico, que no hace nada malo y es muy trabajador. Cada uno es cada uno.

- Por cierto, sabéis que la hija de Joaquín y Ana, que en paz descansan, ha llegado a la edad de casarse. Dicen que el Sumo Sacerdote

está interviniendo para arreglar un matrimonio adecuado con hombres de la estirpe de David. No hay muchos, tú, José, eres uno de ellos.

-María, no sigas.

Tercia Alfeo.

-Es joven y hermosa. ¿La habéis visto en nuestros viajes al Templo?

- No, no la hemos visto. Son bastantes niñas las que sirven en el Templo y no se dejan ver demasiado.

Dicen los hermanos.

-Pues yo sí, es rubia oscura como nuestro rey David. Parece un junco por lo grácil de su figura y camina como si volase. No pude hablar con ella, pero me hubiera gustado. Ana de Fanuel me dijo que están todos contentísimos con ella por lo amable y discreta. Parece que es tan piadosa como nuestro José.

José y Alfeo ríen ante la constancia de María, que se marcha rumiando quejas de esos hombres que no entienden nada.

Y José, sigue comiendo en silencio hasta que se va a su casa donde vive solo, al lado del taller.

María decide ser virgen

La vida de María en el Templo fue muy agradable, parecía que todo estuviese pensado para ella. Enseguida congenió con las otras muchachas a pesar de su corta edad. Su hablar era tan juicioso y espiritual que a todos les sorprendía. Era fuerte, sin lloros y añoranzas. Ana de Fanuel le hacía de madre y la cuidaba, cosa que agradecía, aunque lo que la llenaba era el privilegio de vivir en la Casa del Señor. Aprendió a leer con rapidez, atendía con avidez a las clases sobre la Biblia, y pensaba.

Creció con rapidez como un lirio y era un encanto vivir con ella. Las tareas de ayudar que tenían asignadas las vírgenes las iba asumiendo a su

tiempo. Era feliz de adorar a Yahveh con sus cuidados materiales que llenaba de delicadeza.

A los seis años le notificaron que había muerto Ana en la paz del Señor, y a los pocos meses la acompañó Joaquín que tanto la había querido. María lloró y rezó, pero con fortaleza, aceptando la voluntad de Yahveh que la hacía huérfana y sin de otros parientes cercanos.

Ana de Fanuel la consolaba y guiaba, aunque también se sorprendía de la intensidad de oración de la joven María. Un día le decía a la pregunta de por qué oraba tanto:

-Siento que vivo en un círculo, Dios y yo. Te veo a través del Fuego de Dios y así os amo, pero no puedo amaros según la carne, como jamás podré amar a nadie según la carne, sino sólo a Dios que me ama, y según el espíritu. Conozco mi destino. La Ley secular de Israel quiere de toda niña una esposa y de toda esposa una madre. Pero yo, sin desobedecer a la Ley, obedezco a la Voz que me dice: "*Yo te quiero para mí*", y permaneceré siempre virgen. ¿Cómo podré hacerlo? Esta invisible Presencia que está conmigo me ayudará, porque desea eso. Yo no temo. Ya no tengo ni padre ni madre, y sólo el Eterno sabe cómo ese dolor quemó cuanto yo tenía de humano. Ardió con dolor atroz. Ahora sólo tengo a Dios. A Él, por tanto, le presto obediencia ciegamente. Ana escuchaba sorprendida a la joven pupila, tan distinta de las otras jovencitas.

-Cuando llegue la hora, le diré a mi esposo mi secreto, y él lo acogerá en su interior.

-Pero, María ¿con qué palabras le vas a persuadir? Tendrás en contra el amor de un hombre, la Ley y la vida.

-Tendré conmigo a Dios que abrirá a la luz el corazón de mi esposo; la vida perderá sus agujones de los sentidos para ser pura flor con perfume de caridad. La Ley... Ana, no me llames blasfema. Yo creo que la Ley pronto va a sufrir un cambio. Pensarás: ¿quién puede cambiarla, si es divina? Sólo quien la puede mutar: Dios.

Y el fuego crecía en su interior queriendo dar todo a Dios sin ninguna anticipación sensible.

Un día María se decidió a hablar con el Sumo Sacerdote.

Se acercó hasta Ella una maestra anciana, aunque no tanto como Ana de Fanuel.

-María, el Sumo Sacerdote te espera.

María la mira con cierto asombro, pero no hace preguntas. Se limita a responder:

-Voy inmediatamente.

María se inclina profundamente en el umbral de la puerta y no entra hasta que el Sumo Sacerdote le dice:

-Pasa, María. No temas.

Ella se yergue, alza la cara y entra lentamente, no por desgana, sino por un algo de involuntaria solemnidad que la hace parecer más mujer. Ana le sonrío para animarla y Zacarías la saluda con un:

-Paz a ti, prima.

El Pontífice la observa atentamente. Luego le dice a Zacarías:

-Es patente en Ella la estirpe de David y Aarón.

-Hija, conozco tu gracia y tu bondad. Sé que cada día has ido creciendo en ciencia y gracia ante los ojos de Dios y de los hombres. Sé que la voz de Dios susurra en tu corazón las más dulces palabras. Sé que eres la Flor del Templo de Dios y que un tercer querubín está ante el Testimonio desde que tú llegaste; y quisiera que tu perfume siguiera subiendo con los inciensos cada nuevo día. Pero la Ley se expresa en modo distinto. Tú ya no eres una niña, sino una mujer. Y en Israel todas las mujeres deben casarse para ofrecer a su hijo varón al Señor. Tú seguirás el precepto de la Ley. No temas, no te ruborices. No me olvido de tu familia. De hecho ya te tutela la Ley al ordenar que todo hombre reciba de su estirpe la mujer; pero, aunque no fuera así, yo lo haría, para no corromper tu magnífica sangre. ¿No conoces, María, a alguno de tu estirpe que pudiera ser tu marido?

María levanta su cara, todo roja de pudor, y, con un primer titileo de llanto y con voz temblorosa, responde:

-Ninguno.

-No puede conocer a ninguno, puesto que entró aquí siendo niña, y la estirpe de David está demasiado castigada y dispersa como para que las distintas ramas puedan reunirse y formar con sus frondas la copa de la palma regia.

Dice Zacarías.

-Entonces le dejaremos a Dios que elija.

Las lágrimas, contenidas hasta ese momento, brotan y descienden hasta la trémula boca. María dirige una mirada suplicante a su maestra.

Ana la socorre diciendo:

-María se ha prometido al Señor para gloria de Dios y para la salvación de Israel. Era sólo una niña que apenas sabía pronunciar y ya se había ligado con su voluntad. Se debe a esto su llanto. No es por resistencia a la Ley.

-Es por esto, no por otro motivo. Yo te obedezco, Sacerdote de Dios.

-Esto confirma cuanto de ti me ha sido referido siempre. ¿Desde hace cuántos años eres virgen consagrada?

-Yo creo que desde siempre. Antes de venir a este Templo ya me había ofrecido al Señor.

-Pero, ¿no eres tú la niña que vino hace doce inviernos a pedirme entrar?

-Sí.

-Y ¿cómo, entonces, puedes decir que ya eras de Dios?

- Si miro hacia atrás yo me veo ya consagrada. No tengo memoria de la hora en que nací, ni de cómo empecé a amar a mi madre y a decirle a mi padre: "¡Oh, padre, yo soy tu hija!". Pero sí recuerdo, aunque no a partir de cuándo, haber dado mi corazón a Dios. Quizás fue con el primer beso que supe dar, con la primera palabra que supe pronunciar, con el primer paso que supe dar. Sí, eso es, creo que mi primer recuerdo de amor lo encuentro junto a mi primer paso seguro. Mi casa tenía un jardín lleno de flores, un huerto de árboles frutales y campos cultivados, y había un manantial allí, en el fondo, al pie del monte, que manaba de una roca ahuecada en forma de gruta, estaba llena de hierbas largas y finas que pendían de todas partes asemejando cascaditas verdes, y parecía como si llorasen porque las livianas hojas tenían, todas, una gota de agua que al caer sonaba como un cascabel diminuto. Y también cantaba el manantial. Y había aves en los olivos y en los manzanos de la pendiente que estaba hacia arriba del manantial, y palomas blancas venían a lavarse en la balsa límpida de la fuente. Ya no me acordaba de todo esto porque había puesto todo mi corazón en Dios y, aparte de mi padre y de mi madre, a quienes amé en vida y después de muertos, todas las demás cosas de la tierra habían desaparecido de mi corazón. Pero tú me haces pensar en ello, Sacerdote. Debo buscar el momento en que me di a Dios, y vuelven a la mente las cosas de los primeros años. Me gustaba esa gruta porque en ella oía una voz, más dulce que el canto del agua y de los pájaros, que me decía: "Ven, amada mía". ¿Cuándo? No lo sé. Yo diría que más allá de la vida, porque tengo la impresión de que siempre ha sido mío, y de que yo siempre he sido suya, y de que yo existo porque Él me ha querido para sí, para alegría de su Espíritu y del mío. Ahora obedezco, Sacerdote; pero, dime tú cómo debo actuar. No tengo ni padre ni madre. Sé tú mi guía.

-Dios te dará el esposo, y será santo, dado que en Dios te abandonas. Lo que harás será manifestarle tu deseo.

-¿Y aceptará?

-Espero que sí. Ora, hija, para que él pueda comprender tu corazón. Ahora puedes marcharte. Que Dios te acompañe siempre.

María se retira con Ana y Zacarías se queda con el Pontífice.

José es el elegido

En una rica sala, con un suelo bonito, cortinas, alfombras y muebles taraceados se reúnen varios hombres. Están presentes varios sacerdotes (entre los cuales Zacarías) y muchos hombres de las más diversas edades, o sea, de los veinte a los cincuenta años aproximadamente.

Están hablando unos con otros, bajo pero animados y algo inquietos. Todos están vestidos de fiesta, con vestidos nuevos o, al menos, recién lavados, como si estuvieran ataviados para una celebración.

Muchos se han quitado el paño con que se cubren la cabeza, otros todavía lo tienen puesto, especialmente los ancianos, mientras que los jóvenes muestran sus cabezas desnudas: unas rubio–oscuras, otras moreno–oscuras, algunas negrísimas, una –sólo ella– rojo–cobre. Las cabelleras son generalmente cortas, pero algunas de ellas llegan hasta los hombros. No deben conocerse todos entre sí porque se están observando con curiosidad. Parecen relacionados, pues se ve que los apremia un pensamiento común.

En una de las esquinas José está hablando con un anciano de aspecto robusto y vigoroso.

Entra un grupo de jóvenes levitas. Se disponen entre la puerta y una mesa larga y estrecha que está cerca de la pared en cuyo centro se encuentra la puerta, la cual queda abierta de par en par; sólo una cortina, que pende hasta unos veinte centímetros del suelo, sigue cubriendo el vano.

La curiosidad se acentúa. Y más aún cuando una mano separa la cortina para dejar paso a un levita que lleva en los brazos un haz de ramas secas sobre el cual ha sido depositada delicadamente una ramilla florecida, una ligera espuma de pétalos blancos que apenas muestran un rosáceo esfumado que desde el centro se irradia.

El levita deposita el haz de ramas encima de la mesa con exquisito cuidado para no lesionar el milagro de esa rama en flor en medio de tanta hojarasca.

Un murmullo recorre la sala. Los cuellos se alargan, las miradas se hacen más penetrantes, como para poder ver. Zacarías, con los sacerdotes, también trata de ver, estando como está más cerca de la mesa, pero no ve nada.

José, desde su esquina, apenas dirige los ojos hacia el haz de ramas, y, cuando su interlocutor le dice algo, él hace un gesto denegatorio como de quien dice: ¡Imposible!, y sonríe.

Un toque de trompeta desde el otro lado de la cortina. Todos guardan silencio y se disponen en perfecto orden mirando hacia la puerta, ahora enteramente abierta, dado que hacen deslizarse la cortina sobre sus anillos. Rodeado de otros ancianos, entra el Sumo Pontífice. Todos se postran. El Pontífice se acerca a la mesa y, en pie, comienza a hablar:

-Hombres de la estirpe de David, que habéis convenido en este lugar por convocatoria mía, escuchad. El Señor ha hablado, ¡gloria a Él! De su Gloria un rayo ha descendido y, como sol de primavera, ha dado vida a una rama seca, y ésta ha florecido milagrosamente cuando ninguna rama de la tierra hoy está en flor, hoy, último día de las Luminarias, cuando aún no se ha derretido la nieve caída sobre las alturas de Judá y es lo único cándido que hay entre Sión y Betania. Dios ha hablado haciéndose padre y tutor de la virgen de David, que no tiene tutor alguno aparte de Dios. Santa doncella, gloria del Templo y de la estirpe, ha merecido la palabra de Dios para conocer el nombre del esposo grato al Eterno. ¡Muy justo debe ser para haber sido elegido por el Señor para tutelar a su amada virgen! Por ello nuestro dolor de perderla se aplaca, y cesa toda preocupación acerca de su destino como esposa. Y a aquel que ha sido señalado por Dios le confiamos, plenamente seguros, la Virgen que posee la bendición de Dios y la nuestra. El nombre del prometido es José de Jacob, betlemita, de la tribu de David, carpintero en Nazaret de Galilea. José, acércate; el Sumo Sacerdote te lo ordena.

Gran murmullo. Cabezas que se vuelven, ojos y manos que señalan, expresiones de desilusión y expresiones de alivio. Alguno, especialmente entre los viejos, debe haberse sentido contento de no haber sido destinado para ello.

José, muy colorado y visiblemente turbado, se abre paso. Ya está ante la mesa, frente al Pontífice, al cual ha saludado con reverencia.

-Venid todos y mirad el nombre grabado en la rama. Coja cada uno su ramilla, para asegurarse de que no hay trampa.

Los hombres obedecen. Miran la ramilla que delicadamente tiene el Sumo Sacerdote; cada uno coge la suya: unos la rompen, otros la guardan. Efraím, visiblemente disgustado rompe la suya en varios trozos que arroja al suelo con desprecio. Todos miran a José: hay quien mira y calla, otros le felicitan. El anciano con el que antes estaba hablando dice:

-¿No te lo había dicho, José? ¡Quien menos se siente seguro es el que vence la partida! Ya han pasado todos.

El Sumo Sacerdote da a José la ramilla florecida, y, poniéndole la mano en el hombro, le dice:

-No es rica, y tú lo sabes, la esposa que Dios te dona, pero posee todas las virtudes. Hazte cada día más digno de Ella. En Israel no hay flor alguna tan pura como Ella. Salid todos ahora. Que se quede José; y tú, Zacarías, pariente, trae a la prometida.

Salen todos, excepto el Sumo Sacerdote y José. Vuelven a correr la cortina, cubriendo así la puerta.

José está todo humilde junto al majestuoso Sacerdote. Una pausa silenciosa y éste le dice:

-María debe manifestarte un voto que ha hecho. Ayúdala en su timidez. Sé bueno con la mujer buena.

-Pondré mi virilidad a su servicio y ningún sacrificio por Ella me pesará. Puedes estar seguro de ello.

Entra María con Zacarías y Ana de Fanuel.

-Ven, María.

Dice el Pontífice.

-Este es el esposo que Dios te ha destinado. Es José de Nazaret. Regresarás, por tanto, a tu ciudad. Ahora os voy a dejar. Que Dios os dé su bendición. Que el Señor os mire y os bendiga, os muestre su rostro y tenga siempre piedad de vosotros. Que vuelva a vosotros su rostro y os dé la paz. Zacarías sale escoltando al Pontífice. Ana felicita al prometido y también sale.

Los dos prometidos están el uno frente al otro. María, toda colorada, tiene la cabeza agachada. José, también ruborizado, la observa buscando las primeras palabras que decir.

Al fin las encuentra y una sonrisa ilumina su rostro. Dice:

-Te saludo, María. Te vi cuando eras una niña de pocos días. Yo era amigo de tu padre y tengo un sobrino de mi hermano Alfeo que era muy amigo de tu madre, su pequeño amigo, pues ahora no tiene más que dieciocho años, y, cuando tú todavía no habías nacido, siendo sólo un niño, ya alegraba las tristezas de tu madre, que le quería mucho. No nos conoces porque viniste aquí siendo muy pequeñita. Pero en Nazaret todos te quieren y piensan en ti, y hablan de la pequeña María de Joaquín, cuyo nacimiento fue un milagro del Señor, que hizo reverdecer a la estéril Yo me acuerdo de la tarde en que naciste. Todos la recordamos por el prodigio de una gran lluvia que salvó los campos, y de una violenta tormenta durante la cual los rayos no quebraron ni siquiera un tallito de brezo silvestre, tormenta que terminó con un arco iris de dimensiones y belleza no vistas nunca más. Y ¿Quién no recuerda la alegría de Joaquín? Te mecía enseñándote a los vecinos. Considerándote una flor venida del Cielo, te

admiraba, y quería que todos te admirasen. ¡Oh, dichoso y anciano padre que murió hablando de su María, tan bonita y buena y que decía palabras llenas de gracia y de saber! ¡Tenía razón al admirarte y al decir que no existe ninguna más hermosa que tú! ¿Y tu madre? Llenaba con su canto el ángulo en que estaba tu casa. Parecía una alondra en primavera durante la gestación, y luego, cuando te amamantaba. Yo hice tu cuna, una cunita toda de entalladuras de rosas, porque así la quiso tu madre. Quizás esté todavía en la casa, ahora cerrada. Cuando naciste, yo ya hacía mis primeros trabajos. Ya trabajaba. ¡Quién me iba a decir que te hubiera tenido por esposa! Quizás hubieran muerto más felices los tuyos, porque éramos amigos. Yo enterré a tu padre, llorándole con corazón sincero porque fue para mí maestro bueno durante la vida.

María levanta muy despacio el rostro, sintiéndose cada vez más segura al oír cómo le habla José, y cuando alude a la cuna sonríe levemente, y cuando José habla de su padre le tiende una mano y dice:

-Gracias, José.

Un "gracias" tímido y delicado.

José toma entre sus cortas y fuertes manos de carpintero esa manita de jazmín, y la acaricia con un afecto que pretende inspirar cada vez más tranquilidad. Quizás espera otras palabras, pero María vuelve a guardar silencio. Entonces continúa hablando él:

-La casa, como sabes, está intacta, menos la parte que fue derribada por orden consular para transformar en calle el sendero para los convoyes de Roma. Pero las parcelas de cultivo, las que te han quedado –porque ya sabes, la enfermedad de tu padre consumió mucho tus haberes– están un poco abandonadas. Hace ya más de tres primaveras que los árboles y las cepas no conocen podadera de hortelano, y la tierra está sin cultivar y, por tanto, dura. Pero los árboles que te vieron cuando eras pequeña están todavía allí, y, si me lo permites, yo me ocuparé inmediatamente de ellos.

-Gracias, José. Pero, ya trabajas.

-Trabajaré en tu huerto durante las primeras y las últimas horas del día. Ahora el tiempo de luz se va alargando cada vez más. Para la primavera quiero que todo esté en orden, para alegría tuya. Mira, ésta es una ramilla del almendro que está frente a la casa. Quise coger ésta –se puede entrar por cualquier parte por el seto destruido, pero ahora le haré uno nuevo sólido y fuerte– quise coger ésta pensando que si yo hubiera sido el elegido –no lo esperaba porque soy consagrado nazareno, y he obedecido porque se trataba de una orden del Sacerdote, no por deseos de casamiento– pensando, te decía, que el tener una flor de tu jardín te habría alegrado. Aquí la tienes, María. Con ella te doy mi corazón, que, como ella, hasta ahora, ha florecido sólo para el Señor, y que ahora florece para ti, esposa mía.

María coge la ramita. Se la ve emocionada, y mira a José con una cara cada vez más segura y radiante. Se siente segura de él. Cuando él dice: “Soy consagrado nazareno”, su rostro se muestra todo luminoso y encuentra fuerzas para decir:

-Yo también soy toda de Dios, José. No sé si el Sumo Sacerdote te lo ha dicho.

-Me ha dicho sólo que tú eres buena y pura y que debes manifestarme un voto tuyo, y que fuera bueno para contigo. Habla, María. Tu José desea hacerte feliz en todos tus deseos. No te amo con la carne. ¡Te amo con mi espíritu, santa doncella que Dios me otorga! Debes ver en mí un padre y un hermano, además de un esposo. Ábrete a mí como con un padre, abandónate en mí como con un hermano.

-Ya desde la infancia me consagré al Señor. Sé que esto no se hace en Israel, pero yo sentía una Voz que me pedía mi virginidad en sacrificio de amor por la venida del Mesías. ¡Hace mucho tiempo que Israel lo espera! ¡No es demasiado el renunciar por esto a la alegría de ser madre!

José la mira fijamente, como queriendo leer en su corazón, y luego coge las dos manitas que tienen todavía entre los dedos la ramita florecida, y dice:

-Pues yo también uniré mi sacrificio al tuyo, y amaremos tanto con nuestra castidad al Eterno, que El dará antes a la Tierra al Salvador, permitiéndonos ver su Luz resplandecer en el mundo. Ven, María. Vamos ante su casa y juremos amarnos como lo hacen los ángeles entre sí. Luego iré a Nazaret a prepararlo todo para ti, en tu casa si quieres ir a ella, en otra parte si así lo deseas.

-En mi casa. En el fondo había una gruta. ¿Todavía está?

-Está, pero ya no es tuya. Yo, de todas formas, te haré otra gruta donde estarás fresca y tranquila en las horas más calurosas. La haré lo más parecida posible. Y, dime, ¿quién quieres que esté contigo?

-Nadie. No tengo miedo. La madre de Alfeo, que siempre viene a verme, me hará compañía un poco durante el día, y por la noche prefiero estar sola. Ningún mal me puede suceder.

-Bueno, y ahora estoy yo. ¿Cuándo debo venir a recogerte?

-Cuando tú quieras, José.

-Pues entonces vendré cuando la casa esté en orden. No pienso tocar nada. Quiero que encuentres todo como lo dejó tu madre, pero quiero también que esté llena de luz y bien limpia para acogerte sin tristeza. Ven, María. Vamos a decirle al Altísimo que le bendecimos.

El desposorio

¡Qué guapa está María, rodeada de sus amigas y sus maestras jubilosas, vestida para los esponsales! También está Isabel.

Va toda vestida de blanquísimo lino, tan fino que parece de seda. Ciñe su grácil cintura un cinturón burilado de oro y plata, hecho todo de medallones unidos por delgadas cadenas –cada uno de los medallones es una filigrana engastada en la pesada plata bruñida por el tiempo– y, quizás

porque es demasiado largo para Ella, que todavía es una delicada jovencita, le pende por delante con los tres últimos medallones, cayendo entre los pliegues del vestido amplísimo, que a su vez termina en una pequeña cola debido a su tamaño. Calzan sus pies unas sandalias de piel blanquísima con hebillas de plata.

El vestido está sujeto al cuello por una cadenita de rosetas de oro y de filigrana de plata, que presentan en pequeño el mismo motivo del cinturón. La cadenita pasa a través de los anchos ojales del amplio cuello del vestido, acortándolo, por tanto, en frunces que forman como una pequeña puntilla. El cuello de María sobresale entre ese candor fruncido, con la gracia de un tierno tallo fajado con una gasa preciada, y así parece aún más grácil y blanco el rostro, por la emoción, se ve aún más pálido y más puro.

El cabello ya no le cae sobre los hombros. Está graciosamente dispuesto en nudo de trenzas. Unas valiosas horquillas de plata bruñida, con un trabajo de filigrana que cubre enteramente la parte superior del arco, sujetan las trenzas.

El velo materno apoya sobre ellas y descende, formando lindos pliegues, por debajo del estrecho aro que lleva ajustado a la frente blanquísima; descende hasta las caderas, porque María no tiene la altura de su madre y el velo le llega más abajo de ellas, mientras que a Ana le llegaba sólo a la cintura.

No lleva anillos en las manos; en las muñecas, unas pulseras. Pero estas muñecas son tan delgadas, que las pesadas pulseras maternas apoyan sobre el dorso de las manos y quizás, si sacudiera las manos, se caerían al suelo.

Las compañeras la miran absortas, y con maravilla. Con sus preguntas y con sus frases de admiración crean un festivo trinar.

-¿Son de tu madre?

-Antiguas, ¿verdad?

-¡Qué bonito, Sara, ese cinturón!

-¿Y este velo, Susana? ¡Mira que finura! ¡Fíjate estas azucenas tejidas en el velo!

-¡Déjame ver las pulseras, María! ¿Eran de tu madre?

-Las llevó ella, pero son de la madre de Joaquín, mi padre.

-¡Oh, mira! Tienen el sello de Salomón entrelazado con sutiles ramitas de palma y olivo, y entre ellas hay azucenas y rosas. ¡Oh! ¿Quién habrá realizado un trabajo tan perfecto y minucioso?

-Son de la casa de David.

Explica María.

-Hace ya siglos que las llevan las mujeres de esta estirpe cuando se van a casar, y van pasando a las herederas.

-¡Ah, ya! Tú eres hija heredera.

-¿Te han traído todo de Nazaret?

-No. Cuando murió mi madre, mi prima se llevó a su casa el ajuar para conservarlo sin que se dañase. Ahora me lo ha traído.

-¿Dónde está? ¿Dónde está? Enséñanoslo a las amigas.

María no sabe qué hacer. Quisiera ser amable, pero no quería remover todas las cosas, que están ordenadas en tres pesados baúles. Vienen en su ayuda las maestras:

-El novio está para llegar. No es el momento de crear confusión. Dejadla. Que la cansáis. Id a prepararos.

El enjambre se aleja un poco enfadado. María puede así gozar en paz de la compañía de sus maestras, las cuales le dirigen palabras de alabanza y bendición.

Isabel también se acerca, y, dado que María, emocionada, llora porque Ana de Fanuel la llama hija y la besa con un afecto verdaderamente maternal, le dice:

-María, tu madre no está presente, pero sí lo está con su espíritu, el cual se regocija junto al tuyo, y, mira, las cosas que llevas te traen de nuevo su caricia. En ellas sientes aún el sabor de sus besos. Un día ya lejano, el día en que viniste al Templo, me dijo: "Le he preparado los vestidos y el ajuar para cuando se case, porque quiero ser yo la que le haya hilado las telas y le haya hecho los vestidos, para no estar ausente en el día de su alegría".

-Mira, al final, cuando yo la asistía, ella quería todas las noches acariciar tus primeros vestidos y este que llevas ahora, y decía: "Aquí siento el olor de jazmín de mi pequeñuela, aquí quiero que Ella sienta el beso de su mamá".

¡Cuántos besos dio a este velo que cubre tu frente! ¡Más besos que hilos tiene! Y, cuando uses estas telas hiladas por ella, piensa que más que la estambre los ha hecho el amor de tu madre. Y estas joyas. Tu padre las salvó para ti incluso en los momentos difíciles para que te embellecieran, como corresponde a una princesa de David, en este momento. Alégrate, María. No estás huérfana; los tuyos están contigo, y quien va a ser tu marido es tan perfecto, que es para ti padre y madre.

-¡Oh, sí! ¡Eso es verdad! No puedo quejarme de él, ciertamente. En menos de dos meses ha venido dos veces, y hoy viene por tercera vez, desafiando a las lluvias y al tiempo ventoso, declarándose sujeto a mí. Fíjate: ¡sujeto a mí! ¡Yo, que soy una pobre mujer, y mucho más joven que él! Y no me ha negado nada.

Es más, ni siquiera espera a que yo pida. Parece como si un ángel le dijera lo que deseo, y me lo dice él antes de que yo hable. La última vez me dijo: "María, creo que preferirás estar en tu casa paterna. Dado que eres hija heredera, lo puedes hacer, si lo ves oportuno. Yo iré a tu casa. Solamente para observar el rito, tú vas durante una semana a casa de Alfeo, mi hermano. María te quiere ya mucho. De allí partirá la tarde de la boda el cortejo que te llevará a casa".

¿No es amable por su parte? No le ha importado ni siquiera el dar pie a la gente para decir que él no tiene una casa que me guste. A mí me hubiera gustado en todo caso, por estar él, que es tan bueno, en ella. Pero sin duda prefiero la mía, por los recuerdos. ¡Oh, José es bueno!

-¿Qué dijo del voto? Todavía no me has comentado nada.

-No puso ninguna objeción. Es más, conocidas las razones del mismo, dijo: "Uniré mi sacrificio al tuyo".

-¡Es un joven santo! dice Ana de Fanuel.

El "joven santo" entra en este momento, acompañado de Zacarías. Su figura es, literalmente hablando, espléndida. Todo de amarillo oro, parece un soberano oriental. Bolsa y puñal penden de un espléndido cinturón: aquélla, de tafilete bordado en oro; el puñal, en una vaina con guarniciones bordadas en oro, también de tafilete. Cubre su cabeza un turbante, la típica faja de tela; lo sujeta en torno un valioso arito de oro, delgado, que ciñe unos ramitos de mirto. Viste majestuosamente un manto completamente nuevo, con muchas franjas. Está radiante de alegría. En las manos lleva unos ramitos de mirto en flor.

Saluda diciendo:

-¡A ti la paz, mi prometida! Paz a todos.

Recibido el saludo de respuesta, dice:

-Vi tu alegría el día en que te di la ramita de tu huerto. He pensado traerte este mirto que procede de la gruta que tanto estimas. Quería haberte traído las rosas que están en frente de tu casa, las primeras que están floreciendo ahora; pero las rosas no duran varios días de viaje. Habría llegado trayendo sólo espinas, y yo a ti, dilecta mía, te quiero ofrecer sólo rosas, y quiero sembrar tu camino de flores blandas y perfumadas, para que apoyes tu pie sobre ellas y no encuentres ni inmundicias ni asperezas.

-¡Oh, gracias, hombre de corazón bueno! ¿Cómo has logrado que llegara fresco?

-He atado a la silla un recipiente y he metido dentro estas ramitas con las flores todavía en capullo. Durante el viaje han florecido. Tómalas, María. Que tu frente se enguinalde de pureza, símbolo de la mujer prometida; aunque siempre será mucho menor que la pureza que hay en tu corazón.

Isabel y las maestras engalanan a María con la florida guirnardita que se forma al fijar en el precioso aro los ramitos cándidos del mirto, e intercalan unas pequeñas rosas blancas que había en un jarrón encima de un arca.

María hace ademán de coger su amplio manto cándido para colocárselo prendido a los hombros. Pero su prometido la precede en el gesto y la ayuda a fijar con dos hebillas de plata, en los hombros, este amplio manto suyo. Las maestras disponen los pliegues con amor y gracia.

-Todo está preparado. Mientras esperan, José dice (apartándose un poco con María):

-He pensado este tiempo en tu voto. Ya te dije que lo comparto. Pero, cuanto más pienso en ello, más me doy cuenta de que no es suficiente el nazareato temporal, aunque se vaya renovando. Yo te he comprendido, María. No merezco todavía la palabra de la Luz, pero sí me llega un murmullo de su voz, y ello me pone en condiciones de leer tu secreto, al menos en sus líneas maestras. Soy un pobre ignorante, María. Soy un pobre trabajador. Ni sé de letras ni tengo tesoros, más a tus pies pongo mi tesoro, para siempre. Mi castidad absoluta, para ser digno de estar a tu lado, virgen de Dios, "hermana mía, novia, cerrado huerto, fuente sellada", como dice el Antepasado nuestro, que quizás escribió el Cantar viéndote a ti. Yo seré el guardián de este huerto de perfumes en que se dan las más preciadas frutas, donde mana una vena de agua viva con ímpetu suave: ¡tu dulzura, prometida mía, que con tu candor. ¡Oh, llena de hermosura!— me has conquistado el espíritu! ¡Oh, tú, más hermosa que una aurora; Sol, que resplandeces porque te resplandece el corazón; Oh, toda amor para con tu Dios y para con el mundo al que quieres dar el Salvador con tu sacrificio de mujer! ¡Ven, mi amada!

Y coge delicadamente su mano para guiarla hacia la puerta.

Los siguen todos los demás. Afuera se añaden las joviales compañeras, enteramente de blanco todas ellas y con velos. Van por patios y pórticos, entre la muchedumbre observadora, hasta llegar a un punto que ya no pertenece al Templo; parece, más bien, una sala para el culto, como se deduce de la existencia en ella de lámparas y rollos de pergaminos como en las sinagogas. Los novios caminan hasta llegar frente a un alto atril (casi una cátedra), y esperan. Los demás, perfectamente en orden, se ponen detrás de ellos. Otros sacerdotes y curiosos se agolpan en el fondo de la sala.

Entra, solemne, el Sumo Sacerdote. Los curiosos rumorean:

-¿Es él el que los casa?

-Sí, porque es de casta real y sacerdotal. La novia es flor de David y Aarón, y virgen del Templo; el novio, de la tribu de David.

El Pontífice pone la mano derecha de la novia en la del novio y los bendice solemnemente.

-El Dios de Abraham, Isaac y Jacob esté con vosotros. Que Él os una y se cumpla en vosotros su bendición, dándoos su paz y una numerosa descendencia con larga vida y muerte dichosa en el seno de Abraham. Luego se retira, solemne como había entrado.

Se lleva a cabo la promesa recíproca. María es la prometida—esposa de José.

Todos salen y, en perfecto orden, van a una sala, en la cual se redacta el contrato de matrimonio, donde se dice que María, hija heredera de Joaquín de David y Ana de Aarón, da como dote a su prometido—esposo su casa y bienes adjuntos y su ajuar personal así como cualquier otro bien heredado de su padre.

Todo queda cumplido.

Los esposos salen al patio, lo atraviesan, van hacia la salida, que está cerca de la sección de las mujeres dedicadas al Templo. Los está esperando un carro cómodo y voluminoso. Va provisto de una cortina protectora. En él ya están colocados los pesados arcones de María.

Despedidas, besos, lágrimas, bendiciones, consejos. María sube con Isabel y se pone en el interior del carro; en la parte delantera se ponen José y Zacarías. Se han quitado los mantos de fiesta y se cubren con unas capas oscuras.

El carro se pone en marcha, al trote pesado de un caballazo oscuro. Los muros del Templo se alejan, y luego los de la ciudad. Ya se ve el campo, nuevo, fresco, florido bajo los primeros soles de la primavera, con los trigos ya alzados un buen palmo del suelo, que parecen esmeraldas bajo una brisa ligera con sabor a flores de melocotonero y manzano, con sabor a tréboles en flor y a hierbabuenas silvestres.

María llora en voz baja, al amparo de su velo, y, de vez en cuando, corre un poco la cortina y mira una vez más al Templo lejano, a la ciudad dejada.

Los esposos llegan a Nazaret

El más azul de los cielos de un apacible febrero se extiende sobre las colinas de Galilea. El camino principal, refrescado por lluvia reciente, no tiene polvo, tampoco barro. Las hileras de espino sirven como cercas de las

propiedades privadas, por lo cual se extienden en todas las direcciones formando un caprichoso trazado geométrico de curvas y de ángulos, de rombos, cuadrados, semicírculos, triángulos con las más inverosímiles formas agudas u obtusas; es un trazado enteramente blanqueado. Al otro lado de las hileras de espino están los campos, con los trigos todavía verdes, pero aquí ya más altos que en los campos de Judea, hay prados llenos de flores, y en ellos a centenares, las nubes vegetales de los árboles frutales, blancas, rosadas, rojas, en todas las tonalidades del blanco, rosa y rojo.

Un carro avanza por la calzada, el carro que lleva a José y a María y a los primos de Ella; el viaje está tocando a su fin.

María mira como quien quiere conocer, o mejor, reconocer, aquello que ya un día vio, y no recuerda, sonrío cuando una sombra de recuerdo vuelve y se posa, como una luz, en esta o aquella cosa, en este o aquel punto. Isabel la ayuda a recordar, y también Zacarías y José, señalando esta o aquella cumbre, esta o aquella casa.

Niños y mujeres se acercan al borde de la calzada, queriendo ver el interior del carro, y saludan a José, que es muy conocido en el lugar. Pero luego se muestran titubeantes y tímidos ante las otras tres personas.

Sin embargo, dentro ya de la pequeña ciudad, no hay titubeos ni temor. Mucha, mucha gente de todas las edades está a la entrada del pueblo bajo un rústico arco hecho con flores y ramas, y nada más que el carro aparece por detrás del recodo de la última casa de campo, que está colocada oblicuamente, se oyen voces agudas y un agitarse de ramas y flores. Son las mujeres, las chiquillas y los niños de Nazaret que saludan a la novia. Los hombres, más contenidos, están detrás de este seto y saludan con gravedad.

María aparece en su belleza de flor. Blanca y rubia como un ángel, sonrío con bondad a los niños, que le echan flores y besos, a las jóvenes de su edad, que la llaman por el nombre, a las mujeres casadas, a las madres, a las ancianas, que la bendicen con sus voces cantadoras. Inclina su cabeza ante los hombres, y especialmente ante uno de ellos, que es el rabino Jehuda.

El carro prosigue por la calle principal a paso lento, seguido de la muchedumbre por un buen trecho, muchedumbre para la que esta llegada es un acontecimiento.

-Esa es tu casa, María

Dice José señalando una casita que está justo en la base de una ondulación de la colina, y que tiene en la parte de atrás un hermoso y amplio huerto, exuberante, que termina en un pequeño olivar. Más allá, la consabida cerca de espino señala el límite de la propiedad. Las tierras, que fueron de Joaquín, están al otro lado.

-Te ha quedado poco, ¿ves?

Dice Zacarías.

-La enfermedad de tu padre fue larga y económicamente cara. Y caros fueron también los gastos para reparar el daño que hizo Roma. ¿Lo ves? La calle le ha cortado a la casa sus tres principales habitaciones. Se ha quedado más pequeña. Para ampliarla sin gastos excesivos, se cogió una parte del monte que forma una gruta; Joaquín tenía en ese lugar las provisiones y Ana sus telares. Haz con esto lo que creas más oportuno.

-¡Que sea poco no importa! Siempre me será suficiente. Me pondré a trabajar....

-No, María

Es José quien habla.

-Yo seré quien trabaje. Tú sólo tejerás y coserás las cosas de la casa. Soy joven y fuerte, y soy tu esposo. No me atormentes viéndote trabajar.

-Haré como tú quieras.

-Sí, en esto yo quiero. Para todas las demás cosas tu deseo es ley, pero en esto no.

Ya han llegado. El carro se detiene.

Dos mujeres y dos hombres, respectivamente de unos cuarenta y cincuenta años, están a la puerta, y muchos niños y jovencitos están con ellos.

-Dios te dé paz, María.

Dice el hombre más anciano. Una de las mujeres se acerca a María, la abraza y la besa.

-Es mi hermano Alfeo, y María, su mujer, y éstos son sus hijos. Han venido expresamente para recibirte y felicitarte y decirte que su casa es tuya, si así lo deseas.

Dice José.

-Sí, ven, María, si te resulta penoso vivir sola. El campo es bonito en primavera y nuestra casa está en medio de campos floridos. Tú serás su más hermosa flor.

Dice María de Alfeo.

-Gracias, María. Yo iría con mucho gusto, y alguna vez iré; iré, sin duda, para la boda. Pero, deseo vivamente ver, reconocer mi casa. La dejé siendo muy pequeña y se me ha desdibujado su imagen. Ahora esta imagen la encuentro de nuevo, y me parece como si encontrara de nuevo a mi madre perdida, a mi padre amado, el eco de las palabras de ellos. Siento como si ya no fuera huérfana, porque me abrazan de nuevo estas paredes.

-Comprendeme, María.

Aparece un poco el llanto en la voz de María, y también en sus pestañas.

María de Alfeo responde.

-Querida mía, como tú quieras. Quiero que me sientas hermana y amiga y un poco madre incluso, porque soy mucho más mayor que tú.

La otra mujer, que se ha acercado entretanto, dice:

-María, quiero saludarte. Soy Lía, la amiga de tu madre. Te vi nacer. Este es Alfeo, sobrino de Alfeo y muy amigo de tu madre. Lo que hice por tu madre, sí quieres, lo haré por ti. Mira, mi casa es la que está más cerca de la tuya y tus parcelas de terreno son ahora nuestras. Pero, si quieres venir hazlo cuando te apetezca, en cualquier momento. Abrimos un paso en el cercado y así estaremos juntas, sin dejar de estar cada una en su casa. Este es mi marido.

-Os doy las gracias a todos y por todo; por todo el amor que habéis tenido a los míos, y por todo el amor que me tenéis a mí. Que Dios todopoderoso os bendiga por ello.

Descargan los pesados baúles y los meten en la casa. Entran.

José toma de la mano –un gesto habitual en él– a María, y entra así. Pero en el umbral de la puerta le dice:

-Ahora, aquí, en el umbral de esta puerta, quiero de ti una promesa: que cualquier cosa que te suceda, o cualquier cosa que necesites, tu único amigo, la única persona en quien pienses para solicitar ayuda, sea yo, y que, bajo ningún motivo, debas sufrir sola ninguna pena. Yo estoy a tu entera disposición, y para mí será una satisfacción el hacerte feliz el camino, y, dado que la felicidad no siempre está en nuestra mano, al menos, hacértelo tranquilo y seguro.

-Te lo prometo, José.

La siguiente cosa es abrir puertas y ventanas. El último sol entra curioso.

María se ha quitado el manto y el velo. Menos las flores de mirto, todavía va vestida como en los esponsales. Sale al huerto, que presenta un aspecto exuberante. Mira, sonríe, y, todavía de la mano de José, da un paseo. Se la ve como quien volviera a tomar posesión de un lugar perdido. José le muestra el resultado de sus trabajos:

-Mira, aquí he cavado para recoger el agua de la lluvia, porque estas cepas están siempre sedientas. A este olivo le he vuelto a cortar las ramas más viejas para darle vigor; y he plantado estos manzanos, porque dos estaban muertos; y luego, allí he plantado unas higueras. Cuando crezcan resguardarán a la casa del sol excesivo y de las miradas curiosas. La pérgola es la misma que había; lo único que he hecho ha sido cambiar los palos que estaban deteriorados, y también una labor de poda. Espero que dé muchas uvas. Y aquí, mira.

Y la lleva, orgulloso, hacia el terreno en pendiente que resguarda la casa por detrás y que es límite del huerto por el lado de tramontana,

-Aquí he excavado una pequeña gruta, y la he reforzado, y, cuando agarren estas plantas, será casi igual que la que tenías. Falta el manantial, pero, espero hacer llegar agua aquí con un regatillo. Pienso trabajar durante las largas tardes de verano cuando venga a verte.

-¿Cómo es eso?

Dice Alfeo.

-¿No vais a celebrar la boda este verano?

-No. María quiere tejer los paños de lana, que es lo único que le falta a su ajuar. Y a mí eso me satisface. María es tan joven, que el esperar un año o más no es nada. Entretanto se ambienta a la casa.

-¡Bueno! Tú siempre has sido un poco distinto de los demás, y lo sigues siendo. No sé quién pudiera no tener prisa en tener por esposa a una flor como María, ¡y tú metes meses por medio!

-Alegría muy esperada, alegría más intensamente gustada.

Responde José con una sonrisa sutil.

El hermano se encoge de hombros y dice:

-¿Y entonces?, según tus planes, ¿cuándo vas a pensar en la boda?

-Cuando María cumpla dieciséis años. Después de la fiesta de los Tabernáculos. ¡Dulces serán las tardes de invierno para los recién casados!

Y sigue sonriendo mirando a María: una sonrisa que conlleva un pacto secreto y delicado; de una castidad fraterna consoladora.

Luego continúa caminando y explicando.

-Esta es la habitación grande que había en el monte. Si te parece bien, cuando venga, instalaré en ella mi taller.

Está unida, pero no forma parte de la casa. Así no molestaré con los ruidos, o creando otros trastornos. No obstante, si no quieres que sea así....

-No, José; así está muy bien.

Vuelven a entrar en la casa. Encienden las lámparas.

-María está cansada

Dice José.

-Dejémosla tranquila con sus primos.

Saludos de todos los que se marchan. José se queda todavía unos minutos y habla con Zacarías en voz baja.

-Tu primo te deja a Isabel durante un poco. ¿Contenta? Yo sí, porque te ayudará a ser una perfecta ama de casa; con ella podrás colocar como quieras tus cosas y tu ajuar, y yo vendré todas las tardes a ayudarte; con ella podrás conseguir lana y todo lo que necesites, y yo me encargaré de los gastos.

Acuérdate de que has prometido que recurrirías a mí para todo. Adiós, María. Duerme el primer sueño de señora en esta casa tuya, y que el ángel de Dios te lo haga sereno. Que el Señor sea siempre contigo.

-Adiós, José. Queda tú también bajo las alas del ángel de Dios. Gracias, José, por todo. En la medida en que pueda, te pagaré por tu amor, con el mío.

José saluda a los primos y sale.



La Anunciación.

María está en una pequeña habitación rectangular. Contra una de las dos paredes más largas, está el lecho. Contra la otra pared, un estante con una lámpara de aceite, unos rollos de pergamino y una labor de costura cuidadosamente doblada. A uno de los lados del estante, hacia la puerta, que da al huerto, abierta ahora, aunque tapada por una cortina que se mueve movida por un ligero vientecillo, en un taburete bajo está sentada la Virgen. Está hilando lino blanco. Sus manos hacen girar rápidamente el huso. Está ligeramente inclinada y sonriente, como si estuviera siguiendo algún dulce pensamiento.

Hay un gran silencio en la casita y en el huerto. Y mucha paz, tanto en la cara de María como en el espacio que la rodea. Paz y orden. Todo

está limpio y ordenado. La habitación, de humildísimo aspecto y mobiliario, tiene un aire austero y regio debido a su gran limpieza.

El canto pasa a ser oración: «Señor Dios Altísimo, no te demores más en mandar a tu Siervo para traer la paz a la tierra. Suscita el tiempo propicio y la virgen pura y fecunda para la venida de tu Cristo. Padre, Padre santo, concédele a tu sierva ofrecer su vida para esto. Concédeme morir tras haber visto tu Luz y tu Justicia en la Tierra, sabiendo que la Redención se ha cumplido. ¡Oh, Padre Santo, manda a la Tierra el Suspiro de los Profetas! Envía el Redentor a tu sierva. Que cuando cese mi día se me abra tu Casa por haber sido abiertas sus puertas por tu Cristo para todos aquellos que en ti hayan esperado. Ven, ven, Espíritu del Señor. Ven a los fieles tuyos que te esperan. ¡Ven, Príncipe de la Paz!

María se queda así ensimismada...

La cortina late más fuerte, como si alguien la estuviera aventando con algo o quisiera descorrerla. Y una luz blanca hace más claras las paredes tenuemente amarillentas, hace más vivos los colores de las telas, más espiritual el rostro alzado de María. En la luz se prosterna el Arcángel. La cortina no ha sido descorrida ante el misterio que se está verificando; es más, ya no late: pende, rígida, pegada a las jambas, separando, como una pared, el interior del exterior.

El Arcángel necesariamente debe adquirir un aspecto humano; pero es un aspecto ultra-humano. Es un rostro, es un cuerpo, son ojos, boca, cabellos y manos como los nuestros; pero no se trata de nuestra opaca materia: es una luz que ha tomado color de carne, de ojos, de cabellera, de labios, una luz que se mueve y sonríe y mira y habla.

-¡Shalom, María, llena de Gracia, shalom!

María se estremece y baja la mirada. Su estremecimiento aumenta cuando ve a la fúlgida criatura arrodillada aproximadamente a un metro de distancia de Ella, con las manos cruzadas sobre el pecho, mirándola con una veneración infinita.

María, repentinamente, se pone en pie y aprieta su cuerpo contra la pared. Palidece y se ruboriza alternativamente. Su rostro expresa estupor y turbación. Inconscientemente aprieta sus manos contra el pecho escondiéndolas en las anchas mangas. Se recoge sobre sí misma como queriendo esconder lo más posible su cuerpo: un acto de delicado pudor.

-No. No temas. ¡El Señor está contigo! ¡Bendita tú entre todas las mujeres!

A pesar de estas palabras, María sigue temiendo. ¿De dónde viene ese ser extraordinario? ¿Es un enviado de Dios, o del Engañador?

-¡No temas, María!

Insiste el Arcángel.

-Yo soy Gabriel, el Ángel de Dios. Mi Señor me ha enviado a ti. No temas, porque has hallado gracia ante Dios. Tú concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, y le pondrás por nombre "*Jesús*". Será grande, será llamado Hijo del Altísimo, y verdaderamente lo será. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará para siempre en la casa de Jacob, y su Reino no tendrá fin nunca. Comprende, santa Virgen amada del Señor, Hija bendita suya, llamada a ser Madre de su Hijo, comprende qué Hijo vas a engendrar.

-¿Cómo puede suceder esto si yo no conozco hombre? ¿Acaso el Señor ya no acoge el ofrecimiento de su sierva? ¿Es que ya no quiere que sea virgen por amor a Él?

-No vas a ser madre por obra de varón, María. Tú eres la eterna Virgen, la Santa de Dios. El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la potencia del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso, Santo se llamará el

que nacerá de ti, e Hijo de Dios. Todo lo puede el Señor, Dios nuestro. Isabel, la estéril, en su vejez ha concebido un hijo que será el Profeta de tu Hijo, el que preparará sus caminos. El Señor la ha liberado de su oprobio y su memoria quedará en las gentes unida a tu nombre, como el nombre de su hijo al de tu Hijo Santo, y hasta el final de los siglos las gentes os llamarán bienaventuradas por la gracia del Señor que habéis recibido, y a ti especialmente, María, porque habrán recibido la Gracia por medio de ti. Isabel está ya en su sexto mes, y su peso, paradójicamente, la regocija, y más aún la regocijará cuando conozca el motivo de tu gozo. Para Dios nada es imposible, María, llena de Gracia. ¿Qué debo responderle a mi Señor? No te turbe ningún tipo de pensamiento. El tutelaré tus intereses si te pones en sus manos. ¡El mundo, el Cielo, Dios eterno esperan tu respuesta!

María, cruzando a su vez sus manos sobre el pecho e inclinándose con gesto reverente dice:

-He aquí la esclava de Dios. Hágase de mí según su palabra.

El Ángel resplandece de alegría y se pone en actitud adorante, puesto que, sin duda, ve al Espíritu de Dios descender sobre la Virgen, inclinada en gesto de adhesión; luego desaparece sin mover la cortina, dejándola cerrada cubriendo el Misterio santo.

Conversación de José y María

Tras el anuncio del Ángel María permanece en silencio. Está anocheciendo. De rodillas al lado de su lecho, ora con las manos cruzadas sobre el pecho y con el rostro muy inclinado hacia el suelo. María deja de rezar y se pone en pie, con el rostro encendido como por una llama. La boca sonrío, pero el llanto hace brillar sus ojos azules. Coge la lámpara de aceite y con una piedra de chispa la enciende. Mira si todo está ordenado en la habitación.

María piensa mientras come, y sonrío ante un íntimo pensamiento. Levanta la mirada, recorre con ella las paredes; parece como si les comunicase un secreto suyo. De vez en cuando, sin embargo, se pone seria, casi triste; pero luego le torna la sonrisa.

Se oye llamar a la puerta. María se levanta y abre. Entra José. Se saludan. José se sienta en un taburete, de la otra parte de la mesa, frente a María. Antes de sentarse se ha quitado el manto. Parece un manto de montañés, bueno para resguardar de las inclemencias del tiempo. Antes de

sentarse, le ha ofrecido a María dos huevos y un racimo de uvas, un poco arrugadas pero bien conservadas. Y sonríe diciendo:

-Me las han traído de Caná. Los huevos me los ha dado el Centurión por un trabajo que le hice a un carro suyo –se había roto una rueda y el que trabaja para ellos estaba enfermo. Son frescos. Los ha cogido de su gallinero. Bébetelos. Te vendrán bien.

-Mañana, José. Acabo de comer.

-Las uvas sí te las puedes comer. Son buenas. Dulces como la miel. Las he traído despacio para no estropearlas. Cómetelas. Tengo más. Te las traigo mañana en una cesta. Esta noche no podía porque vengo directamente de casa del Centurión.

-Entonces, no has cenado todavía.

-No. Pero no importa.

María se levanta inmediatamente y va a la cocina. Vuelve con leche, aceitunas y queso.

-No tengo otra cosa. Cómete un huevo.

José no quiere. Los huevos son para María. Come con gusto su pan con queso y se bebe la leche, que está todavía tibia. Luego acepta una manzana. La cena ha terminado.

María coge su bordado –primero ha despejado la mesa de las cosas de la cena con la ayuda de José, que se ha quedado en la cocina incluso cuando Ella vuelve. Atiza el fuego de nuevo porque la noche está fresca. Cuando vuelve, María le da las gracias.

Se ponen a hablar. José cuenta cómo ha pasado el día. Habla de sus sobrinitos. Se interesa por el trabajo de María y por sus flores. Le promete que le traerá unas flores muy bonitas que el Centurión le ha ofrecido. Las han traído de Roma.

María sonrío y de nuevo le da las gracias. Silencio. José fija su mirada en la rubia cabeza de María inclinada hacia su trabajo de bordado. Es una mirada de amor angelical. Sin duda alguna, si un ángel amara a una mujer con amor de esposo, la miraría así.

María, como quien hubiese tomado una decisión, pone en su regazo el bordado y dice:

-José, yo también tengo algo que decirte. Nunca recibo nada, pues tú sabes qué retirada vivo. Pero, hoy he recibido una noticia. He tenido noticia de que nuestra parienta Isabel, mujer de Zacarías, va a tener pronto un hijo.

José abre enormemente los ojos y dice:

-¿A su edad?

-A su edad.

Responde sonriendo María.

-El Señor todo lo puede, y ahora ha querido darle esta alegría a nuestra parienta.

-¿Cómo lo has sabido? ¿Es segura esta noticia?

-Ha venido un mensajero; y es uno que no puede mentir. Yo quisiera ir donde Isabel, para servirla y decirle que exulto con ella. Si tú lo permites.

-María, tú eres mi señora y yo tu siervo. Todo lo que haces está bien hecho. ¿Cuándo quisieras partir?

-Lo antes posible. Pero estaré fuera algunos meses.

-Y yo contaré los días esperándote. Ve tranquila. Me ocuparé de la casa y de tu huertecito. Cuando vuelvas encontrarás tus flores tan bonitas como si tú misma las hubieras estado cuidando. Sólo una cosa. Espera. Antes de la Pascua tengo que ir a Jerusalén, para comprar unas cosas para mi trabajo. Si esperas unos días, te acompaño hasta allí; no más lejos, porque debo volver rápidamente; pero hasta allí podemos ir juntos. Estoy más tranquilo si no pienso que vas sola por los caminos. Para la vuelta, házmelo saber, y así saldré a tu encuentro.

-Eres muy bueno, José. Que el Señor te recompense con sus bendiciones y mantenga lejos de ti el dolor. Le pido siempre por esto.

Los dos castos esposos se sonríen. Silencio de nuevo durante un tiempo. Luego José se pone en pie. Se pone el manto, se pone la capucha, se despide de María, que también se ha levantado, y sale. María le sigue con la mirada y con un suspiro como de pena. Luego levanta los ojos al cielo. Está, sin duda, orando. Cierra la puerta con cuidado. Dobla el bordado. Va a la cocina. Apaga, o cubre, la lumbre. Mira a ver si todo está como debe. Coge la lámpara y sale, cerrando la puerta. Con su mano protege la llamita, temblorosa en el viento fresquito de la noche. Entra en su habitación y sigue orando. Sus pensamientos vuelan: ¿Cómo decirle ahora que soy Madre? Es difícil. No quiero alabarme por el don divino recibido, y no puedo justificar mi maternidad en ningún modo sin decir: *"El Señor me ha amado entre todas las mujeres y de mí, su sierva, ha hecho su Esposa"*. Tampoco quiero engañarle, ocultándole mi estado. Además, dentro de poco será visible.

Mientras oraba, el Espíritu le habla sin palabras: *"Guarda silencio. Déjame a mí la tarea de justificarte ante tu esposo"*. ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo pregunta. Se abandona en Dios, como una flor se abandona a la ola que la lleva. Jamás el Eterno la ha dejado sin su ayuda. Su mano la había sujetado, protegido, guiado hasta aquí; esta vez, pues, también lo haría. Si Él no me hubiera dicho: *"¡Calla!"*, quizás habría osado, con el rostro en tierra, decirle a José: *"El Espíritu ha penetrado en mí y llevo la Semilla de Dios"* El me habría creído, porque me estimaba y además porque, como todos los que nunca mienten, no podía creer que otro mintiera. Sí, con tal de no causarle un dolor, yo habría vencido la resistencia a proporcionarme a mí misma esa alabanza. Mas, presté obediencia al mandato divino.

A partir de ese momento, y durante meses, siente la primera herida que le sangra el corazón. Ese fue el primer dolor de su destino de Virgen y Madre.

Camino a Jerusalén

José ha venido a recoger a María con dos borriquillos grises: uno para él, el otro para María. Los dos animalitos llevan la acostumbrada albardilla; una de ellas agrandada por un arnés sobre el cual José asegura una pequeña arca de madera que le ha traído a María para que pueda colocar en ella sus indumentos sin peligro de que el agua los moje.

Le oigo a María agradecer mucho a José este regalo providente, donde ordena todo lo que llevaba en un talego que había preparado antes. Cierran la puerta de casa y se ponen en camino. Está naciendo el día; efectivamente, la aurora tenuemente empieza a rosear a Oriente. Nazaret duerme todavía. Los dos viajeros madrugadores encuentran en su camino

únicamente a un pastor, el cual va estimulando a las ovejas para que avancen; y las ovejas van trotando, chocándose unas contra otras, encajándose unas entre otras como cuñas, balando. Los corderitos son los que más balan, con sonido agudo y ligero; quisieran buscar, incluso mientras caminan, la mama materna. Pero las madres van deprisa al pasto y los invitan con su balido, más fuerte, a que también troten.

María mira y sonríe. Se ha detenido para dejar pasar al rebaño, y se inclina desde su albardilla y acaricia a estos mansos animalitos que pasan rozando al borriquillo. Cuando llega el pastor, con un corderillo recién nacido en sus brazos, y se para para saludar, María ríe acariciando en el morrito rosado al corderito, que bala como un desesperado, y dice:

-Está buscando a su mamá. Esta es la mamá, aquí está. No te abandona, no, pequeñuelo.

Efectivamente, la oveja madre se restriega contra el pastor y se pone de manos para lamer en el morrito a su hijo.

Pasa el rebaño con rumor de agua entre frondas, dejando tras sí el polvo que han levantado las veloces pezuñitas, y todo un bordado de pisadas sobre la tierra del camino.

José y María reanudan la marcha. José lleva su capa; María va arropada con una especie de toquilla de rayas porque la mañana está muy fresca.

Ya están en el campo y van el uno al lado del otro. Hablan raras veces. José piensa en sus asuntos y María sigue sus propios pensamientos, y, recogida en sí, sonríe ante éstos y ante las cosas cuando, saliendo de su concentración, dirige la mirada hacia lo que la rodea. De vez en cuando mira a José, y un velo de seriedad triste le nubla la cara; luego le torna la sonrisa, incluso al mirar a este esposo suyo, que habla poco pero que si lo hace es para preguntarle si va cómoda y si no necesita nada.

Ahora ya han afluido otras personas a los caminos, especialmente en las cercanías de algún pueblo o dentro de él. Pero ninguno de los dos hace mucho caso de las personas que se cruzan con ellos. Van en sus burritos trotadores en medio de un gran rumor de cascabeles. Se detienen sólo una vez, a la sombra de un bosquecillo, para comer un poco de pan y aceitunas y beber en una fuente que baja de una cuevecilla, y, otra vez, para protegerse de un chaparrón violento que rompe al improviso de un nubarrón oscurísimo.

Están al amparo del monte, contra un saliente de una roca que los protege de lo más intenso del agua. Pero José quiere a toda costa que María se ponga su capa de lana impermeable, por la que el agua resbala sin mojar. María se ve obligada a ceder ante la premurosa insistencia de su esposo, el cual para tranquilizarla en lo que toca a su propia inmunidad, se pone sobre la cabeza y sobre los hombros una mantita parda que cubría la

albardilla. La manta del burro probablemente. Ahora María está enmarcada su cara con la capucha y cubierta por entero con la capa marrón que lleva sujeta al cuello.

El chaparrón amaina, aunque se transforma en una lluvia fastidiosa y fina. Los dos reanudan la marcha por el camino todo lleno de barro. De todas formas, es primavera, y, pasado un poco de tiempo, torna el sol a hacer más cómoda la marcha. Los dos burritos trotan de mejor gana por el camino.

Llegan a Jerusalén. Los dos esposos lo primero que hacen es dirigirse hacia el Templo. José deja en la cuadra –primero les ha dado de comer– a los dos burros, y con María va a adorar al Señor.

Salen. Van a una casa de personas conocidas según parece; allí comen y beben algo. María se pone a descansar hasta que vuelve José con un viejecillo.

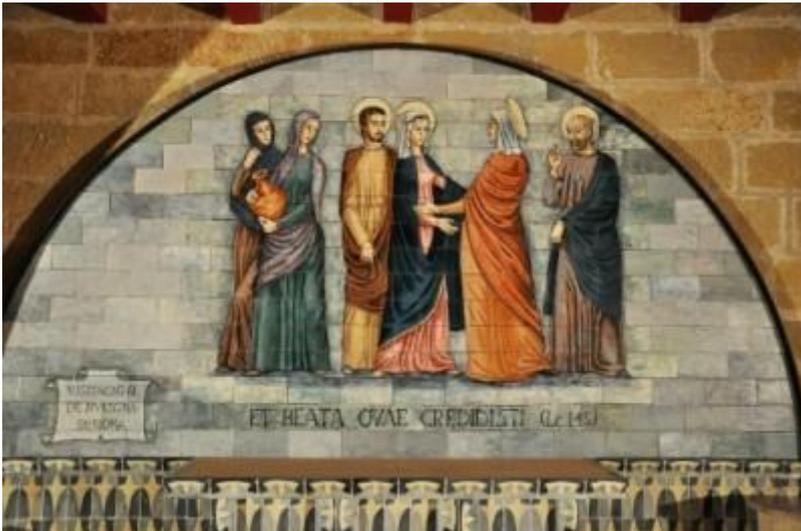
-Este hombre va por el mismo camino que tú. Deberás recorrer bien poco sola para llegar donde tu parienta. Fíate de él, que le conozco.

Vuelven a subirse a los burros. José acompaña a María hasta la Puerta (no la puerta por la que entraron; otra) y allí se despiden. María va sola con el viejecillo, que habla por todo lo que no hablaba José, y que se interesa de mil cosas. María contesta pacientemente.

Ahora, en la parte de delante de la albardilla lleva el baulillo (hasta entonces lo había llevado siempre José en su burrito), y ya no tiene la capa; tampoco lleva su toquilla, la cual está ahora doblada encima del baúl. Está guapísima con su vestido azul oscuro y con su velo blanco que la protege del sol.

El viejecillo debe ser un poco sordo, porque, para que la oyera, María ha tenido que hablar bien fuerte; Ella, que habla siempre bajo. Ahora está ya cansado; ha agotado todo su repertorio de preguntas y de noticias y se ha quedado traspuesto sobre el burro, dejándose guiar por él, que conoce bien el camino.

María aprovecha esta tregua para recogerse en sus pensamientos y para orar. Debe ser una oración la que Ella va cantando en voz baja, mirando al cielo azul y con los brazos sobre el pecho y con rostro iluminado y feliz por la emoción interior



Llegada de María a Ain Karim y su encuentro con Isabel

Se acercan a un lugar montañoso. No son grandes montañas, pero tampoco puede decirse que sean simples colinas. Tienen cimas y sinuosidades propias de las verdaderas montañas. La vegetación es tupida y bonita. Abunda el agua fresca que mantiene verdes los pastos y fértiles los huertos, casi todos plantados de manzanos, higueras y vid; esta última, en torno a las casas. Debe ser primavera, como se deduce de que las uvas sean ya de un cierto volumen, como semillas de veza; y de que las flores de los manzanos asemejen a numerosas bolitas de color verde intenso; así como del hecho de que en lo alto de las ramas de las higueras hayan aparecido ya los primeros frutos, todavía en estado embrional, pero ya bien definidos. Los prados son una verdadera alfombra esponjosa de mil colores en que pacen, o descansan, las ovejas: manchas blancas sobre el fondo de esmeralda de la hierba.

María sube en su burrito por una vía que está en bastante buen estado. Sube, porque, efectivamente, el pueblo, de aspecto bastante ordenado, está más arriba.

Este lugar es Ain Karim. María está entrando en el pueblo. Atardece. Algunas mujeres, en las puertas de las casas, observan la llegada de la forastera y chismean entre sí. La siguen con la mirada y no se quedan tranquilas hasta que la ven detenerse delante de una de las casas más lindas, situada en el centro del pueblo y que tiene delante un huerto-jardín, y detrás y alrededor un huerto de árboles frutales bien cuidado, que se extiende luego dando lugar a un vasto prado que sube y baja por las sinuosidades del monte, para terminar en un bosque de altos árboles, tras el cual no sé qué más hay. Todo ello cercado por un seto de morales o rosales silvestres. En la parte delantera de la casa, es decir, por el lado paralelo al pueblo, la propiedad está cercada por un pequeño muro blanco, a lo largo

de cuya parte alta hay ramas de verdaderos rosales, todavía sin flores, aunque ya llenas de capullos. En el centro, una cancela de hierro, cerrada. Se comprende que se trata de la casa de una de las personalidades del pueblo, y de gente que vive desahogadamente, pues, efectivamente, todo en ella da signos, si no de riqueza y de pompa, sí, sin duda, de bienestar. Y mucho orden.

María se baja del burrito y se acerca a la puerta de hierro. Mira por entre las barras. No ve a nadie. Entonces trata de que la oigan. Una mujercita (la más curiosa de todas, que la ha seguido) le hace señales para que se fije en un extraño objeto que sirve para llamar: dos piezas de metal dispuestas en equilibrio en una especie de yugo, las cuales, moviendo el yugo con una gruesa cuerda, chocan entre sí haciendo el sonido de una campana.

María tira de la cuerda, pero lo hace de forma tan delicada que el sonido es sólo un ligero tintineo que nadie oye. Entonces la mujercita, una viejecilla toda ella nariz y barbilla puntiaguda, se agarra a la cuerda y se pone a tirar, a tirar, a tirar. Una llamada que despertaría a un muerto.

-Se hace así, mujer. Si no, ¿cómo va a querer que la oigan? Sepa que Isabel es anciana, y también Zacarías. Y ahora, además de sordo, está mudo. Los dos sirvientes son también viejos, ¿sabe? ¿Ha venido alguna otra vez? ¿Conoce a Zacarías? ¿Es usted...?

Aparece un viejecillo que salva a María de este diluvio de informaciones y preguntas. Debe ser jardinero o labrador. Lleva en la mano un pequeño rastrillo y una hoz atada a la cintura. Abre. María entra mientras le da las gracias a la mujer, pero... ¡ay!, la deja sin respuesta. ¡Qué desilusión para la curiosa!

Nada más entrar, dice:

-Soy María de Joaquín y Ana, de Nazaret. Prima de vuestros señores. El viejecillo inclina la cabeza y saluda, luego da una voz:

-¡Sara! ¡Sara! Y abre otra vez la verja para coger el borriquillo, que se había quedado afuera porque María, para librarse de la pegajosa mujercita, se había colado dentro muy rápida, y el jardinero, tan rápidamente como Ella, había cerrado la verja delante de las narices de la chismosa. Pasa al burro y, mientras lo hace, dice:

-¡Ah, gran dicha y gran desgracia para esta casa! El Cielo ha concedido un hijo a la estéril. ¡Bendito sea por ello el Altísimo! Pero Zacarías volvió de Jerusalén mudo hace ya siete meses. Se hace entender con gestos, o escribiendo. ¿Ha tenido noticia de ello? Mi señora, en medio de esta alegría y este dolor, la ha echado mucho de menos. Siempre hablaba de usted con Sara. Decía: *"¡Si estuviese aquí conmigo mi pequeña María...! Si hubiera seguido hasta ahora en el Templo, habría enviado a Zacarías a traerla. Pero el Señor ha querido que fuese la esposa de José de Nazaret. Sólo Ella podría consolarme en este dolor y ayudarme a rezar a Dios,*

porque todo en Ella es bondad. En el Templo todos la echan de menos y están tristes. La pasada fiesta, cuando fui con Zacarías la última vez a Jerusalén a dar gracias a Dios por haberme dado un hijo, oí de sus maestras estas palabras: 'Al Templo parecen faltarle los querubines de la Gloria desde que la voz de María no suena ya entre estas paredes. ¡Sara! ¡Sara! Mi mujer es un poco sorda. Ven, ven, que te llevo yo.

En vez de Sara, aparece, en la parte alta de una escalera adosada a un lado de la casa, una mujer ya muy anciana, ya llena de arrugas, con el pelo muy canoso –pero que ha debido ser negrísimo, a juzgar por lo negras que tiene las pestañas y las cejas y por el color moreno de su cara–. Contrasta en modo extraño, con su visible vejez, su estado, ya muy patente, a pesar de la ropa amplia y suelta que lleva. Mira protegiéndose los ojos de la luz con la mano. Reconoce a María. Levanta los brazos hacia el cielo con una exclamación de asombro y de alegría, y se apresura, en la medida en que puede, hacia abajo al encuentro de la recién llegada. María –cuyos movimientos son siempre moderados– esta vez se echa a correr rápida como un cervatillo y llega al pie de la escalera al mismo tiempo que Isabel. Y recibe en su pecho con viva efusión de afecto a su prima, que, al verla, llora de alegría.

Permanecen abrazadas un momento. Luego Isabel se separa con una exclamación de dolor y alegría al mismo tiempo, y se lleva las manos al abultado vientre. Agacha la cabeza, palideciendo y sonrojándose alternativamente. María y el sirviente extienden los brazos para sujetarla, pues ella vacila como si se sintiera mal.

Pero Isabel, después de un minuto de estar como recogida dentro de sí, alza su rostro, tan radiante que parece rejuvenecido, mira a María sonriendo con veneración como si estuviera viendo un ángel y se inclina en un intenso saludo diciendo:

-¡Bendita tú entre todas las mujeres! ¡Bendito el Fruto de tu vientre! ¿Cómo he merecido que venga a mí, sierva tuya, la Madre de mi Señor? Sí, ante el sonido de tu voz, el niño ha saltado en mi vientre como jubiloso, y cuando te he abrazado el Espíritu del Señor me ha dicho una altísima verdad en el corazón. ¡Dichosa tú, porque has creído que a Dios le fuera posible lo que posible no aparece a la humana mente! ¡Bendita tú, que por tu fe harás realidad lo que te ha sido predicho por el Señor y fue predicho a los Profetas para este tiempo! ¡Bendita tú, por la Salud que engendras para la estirpe de Jacob! ¡Bendita tú, por haber traído la Santidad a este hijo mío que siento saltar de júbilo en mi vientre como cabritillo alborozado porque se siente liberado del peso de la culpa, llamado a ser el precursor, santificado antes de la Redención por el Santo que se está desarrollando en ti!

María, con dos lágrimas como perlas, que le bajan desde los risueños ojos hasta la boca sonriente, el rostro alzado hacia el cielo, levantados también los brazos exclama:

-El alma mía magnífica a su Señor. Y mi espíritu se estremece de gozo en Dios, mi Salvador, porque él miró con bondad la pequeñez de su esclava. En adelante todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque el Todopoderoso he hecho en mí grandes cosas: ¡su Nombre es Santo! Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón. Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su misericordia como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre.

El sirviente, cuando había visto que Isabel no se sentía mal y que quería manifestar su pensamiento a María, se había retirado prudentemente; ahora vuelve del huerto acompañado de un anciano de aspecto majestuoso, de barba y pelo enteramente blancos, el cual, con vistosos gestos y sonidos guturales, saluda desde lejos a María.

-Zacarías está llegando.

Dice Isabel tocando en el hombro a la Virgen, que está orando absorta.

-Mi Zacarías está mudo. Está bajo sanción divina por no haber creído. Ya te contaré luego. Ahora espero en el perdón de Dios porque has venido tú; tú, llena de Gracia.

María se levanta. Va hacia Zacarías. Se inclina hasta el suelo ante él. Le besa la orla de la vestidura blanca que le cubre hasta los pies. Esta vestidura es muy amplia y está sujeta a la cintura por una ancha franja bordada.

Zacarías, con gestos, da la bienvenida a María, y juntos van donde Isabel. Entran todos en una vasta habitación, muy bien puesta, de la planta baja. Ofrecen asiento a María y mandan que le sirvan una taza de leche recién ordeñada –todavía tiene la espuma– y unas pequeñas tortas.

Isabel da órdenes a la sirvienta, quien, embadurnadas de harina todavía las manos y el pelo más blanco de cuanto en realidad lo es, por la harina que tiene, por fin ha hecho acto de presencia. Quizás estaba haciendo el pan. Da órdenes también a Samuel el sirviente para que lleve el baulillo de María a la habitación que le indica. Todos los deberes de una señora de casa para con su huésped.

Entretanto, María responde a las preguntas que Zacarías le hace escribiendo con un estilo en una tablilla encerada. Por las respuestas, comprendo que le está preguntando por José y por cómo se encuentra siendo su prometida. Y comprendo también que a Zacarías le es negada

toda luz sobrenatural acerca de la gravidez de María y su condición de Madre del Mesías. Es Isabel quien, acercándose a su marido y poniéndole con amor una mano en el hombro, como para hacerle una casta caricia, le dice:

-María también es madre. Regocíjate por su felicidad.

Y no dice nada más. Mira a María; y María la mira, pero no la invita a decir nada más, por lo cual guarda silencio.

Con Isabel

María cose sentada en la sala de la planta baja. Isabel va y viene, ocupándose de la casa. Cada vez que entra, se acerca a depositar una caricia en la rubia cabeza de María, más rubia aún ahora por el contraste con las paredes, más bien oscuras, y bajo el rayo del luminoso sol que entra por la puerta abierta que da al jardín.

Isabel se inclina a mirar el trabajo de María –es el bordado que tenía en Nazaret– y alaba su belleza.

-Tengo, también lino para hilar. Dice María.

-¿Para tu Niño?

-No. Lo tenía ya cuando todavía no pensaba que....

María no acaba la frase, pero yo entiendo: ...cuando todavía no pensaba que iba a ser Madre de Dios.

-Pero ahora tendrás que usarlo para El. ¿Es bonito? ¿Es fino? Ya sabes que los niños necesitan una tela suavísima.

-Sí, lo sé.

-Yo había empezado. Tarde, porque quería estar segura de que no era un engaño del Maligno; a pesar de que sentía en mí una alegría tal, que, no, no podía provenir de Satanás. Luego, he sufrido mucho. Soy vieja, María, para encontrarme en este estado. He sufrido mucho. Tú no sufres.

-Yo no. Nunca me he sentido tan bien.

-¡Ya! ¡Claro! En ti no hay mancha, si Dios te ha elegido para ser Madre suya. Por tanto, no estás sujeta a los sufrimientos de Eva. El Fruto concebido en ti es santo.

-Es como si tuviera un ala en el corazón y no un peso; es como llevar dentro todas las flores y todas las avecillas que cantan en primavera, y toda la miel y todo el sol ¡Oh, me siento dichosa!

-¡Bendita eres! Yo también, desde que te he visto, he dejado de sentir peso, cansancio y dolor. Me siento nueva, joven, liberada de las miserias de mi carne de mujer. Mi hijo saltó primero dichoso ante el sonido de tu voz, luego se tranquilizó gozoso. Y me parece como si le llevase dentro en

una cuna viva, y como si le viera dormir completamente satisfecho y dichoso, y respirar como un pajarito feliz bajo el ala de su madre. Ahora me voy a poner manos a la obra. No sentiré ya el peso. Veo poco, pero...

-¡Deja, Isabel! Me encargo yo de hilar y tejer para ti y para tu niño. Yo soy rápida y veo bien.

-Pero tendrás que ocuparte del tuyo.

-¡Bueno, hay tiempo de sobra! Primero me ocupare de ti, que ya vas a tener pronto al pequeñuelo; luego de mi Jesús.

Isabel dice:

-¡Qué nombre más hermoso! ¡El Nombre del Hijo de Dios, Salvador nuestro!

-¡Oh..., Isabel! María revela una expresión tristísima y ha aferrado las manos que su parienta tenía cruzadas sobre el vientre abultado. Dime, tú que, cuando yo llegué, fuiste investida del Espíritu del Señor y que profetizaste lo que el mundo ignora. Dime, ¿qué tendrá que hacer para salvar al mundo mi Criatura? Los Profetas... ¡Oh! ¡Los Profetas que hablan del Salvador! Isaías ¿recuerdas Isaías! *"Él es el Varón de los dolores. Por sus moretones recibimos la salud. Él ha sido traspasado y está llagado por nuestras iniquidades... Quiso el Señor quebrantarle con dolores... Tras la condena fue levantado"* ¿De qué elevación habla? Le llaman Cordero, y yo pienso, yo pienso en el cordero pascual, el cordero mosaico, y concateno esto con la serpiente que Moisés levantó en una cruz. ¡Isabel! ¡Isabel! ¿Qué le harán a mi Criatura? ¿Qué tendrá que sufrir para salvar al mundo?

María se echa a llorar.

Isabel la quiere consolar diciendo:

-María, no llores. Es tu Hijo, pero también es Hijo de Dios. Dios se preocupará de su Hijo y de ti, que eres su Madre. Si bien es cierto que muchos le tratarán cruelmente, también lo es que otros muchos le amarán. ¡Muchos! Por los siglos de los siglos. El mundo dirigirá su mirada al que de ti nacerá y, junto con El, te bendecirá a ti, que eres Manantial de redención. ¡La suerte de tu Hijo! Proclamado Rey de toda la creación. Piensa en esto, María. Rey, por haber rescatado toda la creación; como tal, será su Rey universal. Y también en la tierra, en el tiempo, será amado. El que nacerá de mí precederá al tuyo y le amará. Se lo dijo el ángel a Zacarías. El me lo escribió. ¡Qué dolor ver mudo a mi Zacarías! De todas formas, espero que cuando nazca el niño el padre sea liberado de este castigo. Pide tú por ello, tú que eres la Sede de la Potencia de Dios y la Causa de la alegría del mundo. Yo, para obtener esto, como puedo hago ofrenda de mi criatura al Señor, porque es suya, pues Él se la ha prestado a su sierva para proporcionarle la alegría de ser llamada *"madre"*. Es el testimonio de cuanto Dios me ha hecho. Quiero que se llame Juan. ¿No es él, mi niño, acaso, una gracia? Y ¿no es Dios quien me la ha dado?

-Y Dios –yo también estoy convencida de ello– te concederá esa gracia. Yo oraré contigo.

-¡Siento tanto dolor viéndole mudo!

Isabel llora.

-Cuando escribe –pues ya no puede hablarme– es como si montes y mares estuvieran entre mí y mi Zacarías. Después de tantos años de dulces palabras, ahora sólo silencio de su boca, sobre todo ahora, que sería verdaderamente hermoso hablar del que ha de venir. Incluso yo misma evito hablar para no verle cómo se fatiga respondiéndome con gestos. ¡He llorado tanto! ¡Cuánto te he echado de menos! El pueblo mira, chismosea y critica. El mundo es así. Cuando se padece una pena o se tiene una alegría, tenemos necesidad de alguien capaz de comprender, no de criticar. Ahora es como si toda la vida fuera mejor. Estoy alegre desde que llegaste; siento que mi prueba pronto quedará superada y que pronto mi dicha será completa. Será así, ¿no es verdad? Yo me resigno a todo, pero, ¡si Dios perdonara a mi marido! ¡Oh, poder oírle orar de nuevo!

María la acaricia y la anima, y le propone, para distraerla, salir un poco al soleado jardín.

Caminan bajo una pérgola bien cuidada, hasta una torrecilla rural, en cuyos agujeros hacen sus nidos las palomas. María les esparce comida sonriendo, pues se le han echado encima zureando intensamente. Su revoloteo dibuja en torno a Ella círculos iridiscentes. Se le posan sobre la cabeza, sobre los hombros, en los brazos y en las manos, alargando los picos rosados para arrebatarse los granitos de la concavidad de las manos, picoteando con gracia los labios de la Virgen. María saca de un saquito el trigo, y ríe en medio de ese carrusel de avidez impetuosa.

-¡Cuánto te quieren!

Dice Isabel.

-Pocos días llevas con nosotros y ya te quieren más que a mí, que las he cuidado siempre.

El paseo continúa hasta llegar a un recinto cerrado en el fondo del huerto. Hay unas veinte cabritas con sus cabritillos.

-¿Has vuelto del prado?

Pregunta María a un pastorcillo acariciándole.

-Sí, porque mi padre me ha dicho: "Vete a casa, que dentro de poco va a llover y hay ovejas que pronto van a parir. Preocúpate de que tengan hierba seca y cama de paja preparada". Viene por allí.

Y señala hacia más allá del bosque.

María acaricia a un cabritillo que se restriega en ella, rubio como un niño. Ella e Isabel beben la leche recién ordeñada que el pastorcillo les ofrece.

Llegan las ovejas con un pastor hirsuto como un oso. Debe ser, no obstante, un buen hombre porque lleva sobre sus hombros una oveja

quejumbrosa. La deja en el suelo despacio; explica que está para dar a luz un cordero, que no podía caminar sino con dificultad, que se la ha puesto sobre los hombros y que se ha dado una buena carrera para llegar a tiempo. Y el niño conduce al redil a la oveja, que va cojeando a causa de los dolores.

María se ha sentado en una piedra y juega con los cabritillos y los corderos, ofreciendo a sus rosados morritos flores de trébol. Un cabritillo blanco y negro le pone las patitas sobre un hombro y le olisquea los cabellos.

-No es pan.

Dice María riendo.

-Mañana te traigo una corteza. Ahora tranquilo.

También Isabel, ya sosegada, ríe.

Isabel está verdaderamente gruesa y camina pesadamente. María la mira con atención y amor. Está anocheciendo y las mujeres entran en casa; en la habitación se encienden las lámparas. En espera de la cena, María teje.

-¿No te cansas nunca?

Pregunta Isabel señalando el telar.

-No, tenlo por seguro.

-A mí este calor me deja sin fuerzas. No he vuelto a tener dolores, pero ahora el peso es grande para mis riñones, que ya son viejos.

-¡Ánimo! Pronto serás liberada de ese peso. ¡Qué feliz te sentirás entonces! Yo ardo en deseos de ser madre. ¡Mi Niño, mi Jesús! ¿Cómo será?

-Tan guapo como tú, María.

-¡Oh, no! ¡Más guapo! Él es Dios, yo soy su sierva. Me refería a si será rubio o moreno, si tendrá los ojos como el cielo sereno o como los de los ciervos de las montañas. Yo me le imagino más hermoso que un querubín, de cabellos rizados y color oro. Mira, yo pongo en la idea que me he hecho de Él todo lo que de hermoso me sugiere la tierra. Ya oigo su voz. Cuando llore –un poco llorará por hambre o por sueño mi Niño, y ello causará siempre un gran dolor a su Mamá, que no podrá, no, no podrá oírle llorar sin sentirse traspasar el corazón–, cuando llore, su voz será como ese balido que ahora oímos, de corderito de pocas horas que está buscando la mama y el calor de la lana materna para dormir. En la risa, en esa risa que llenará de cielo mi corazón, enamorado de mi Criatura –puedo estar enamorada de Él porque es mi Dios, y amarle con amor de enamorada no es contravenir a mi consagrada virginidad–, en la risa, su voz será como el zurear jubiloso de este pichoncito, contento porque ha comido, satisfecho en el nido calentito. Pienso en Él dando sus primeros pasos... un pajarillo saltando en un prado florido. El prado será el corazón de su Mamá, que estará bajo sus piecitos con todo su amor para que no encuentre nada que

le produzca dolor. ¡Cuánto le voy a querer a mi Niño, a mi Hijo! ¡Y también José le amará!

-Sí, pero tendrás que decírselo también a José.

Se le nubla el rostro a María, que suspira.

-Tendré que decírselo. Yo habría querido que se lo dijera el Cielo, porque es muy difícil de decir.

-¿Quieres que se lo diga yo? Le llamamos para la circuncisión de Juan.

-No. Mira, he dejado en manos de Dios la tarea de instruirle –y lo hará– acerca del feliz destino de padre del Hijo de Dios. El Espíritu me dijo aquella tarde: "*Guarda silencio. Déjame a mí la tarea de justificarte*". Y lo hará. Dios no miente nunca. Es una gran prueba, pero con la ayuda del Eterno será superada. De mi boca, ninguno –aparte de ti, a quien el Espíritu se lo ha revelado– debe saber lo que la benevolencia del Señor ha hecho a su sierva.

-He guardado silencio siempre, incluso con Zacarías, que hubiera exultado de gozo si lo hubiera sabido. El cree que eres madre según la naturaleza.

-Sí, lo sé. Así lo he querido por prudencia. Los secretos de Dios son santos. El ángel del Señor no le ha revelado a Zacarías mi maternidad divina. Habría podido hacerlo, si Dios hubiese querido, porque Dios sabía que ya era inminente el momento de la Encarnación de su Verbo en mí. Pero Dios le ha tenido escondida esta luz de gozo a Zacarías, que no aceptaba, por considerarlo imposible, vuestra paternidad y maternidad tardías. Me he puesto en sintonía con la voluntad de Dios, y, ya ves, tú has sentido el secreto que vive en mí, y él no ha advertido nada. Hasta que no se desprenda el velo de su incredulidad ante la potencia de Dios, se verá separado de las luces sobrenaturales.

Isabel suspira y guarda silencio.

Entra Zacarías. Ofrece unos rollos a María. Es la hora de la oración de la cena. María reza en voz alta en vez de Zacarías. Luego se sientan a la mesa.

-Cuando te marches, ¡cómo echaremos de menos el no tener quien ore en lugar de nosotros!

Dice Isabel mirando a su mudo.

-Tú rezarás para ese entonces, Zacarías.

Dice María.

El menea la cabeza y escribe: No podré volver a orar en representación de otros. Me he hecho indigno de ello desde que dudé de Dios.

-Zacarías, tú rezarás. Dios perdona.

El anciano se enjuga una lágrima y suspira.

Terminada la cena, María vuelve al telar.

-¡Vale ya!

Dice Isabel.

-Es demasiado cansancio.

-Está próxima la hora, Isabel. Quiero hacerle a tu niño un equipo digno del predecesor del Rey de la estirpe de David.

Zacarías escribe: ¿De quién nacerá Él, y dónde?

María responde:

-Donde han dicho los Profetas, y de quien elija el Eterno. Todo lo que nuestro Señor Altísimo hace está bien hecho.

Zacarías escribe: ¡Entonces, en Belén! En Judea. Mujer, iremos a venerarle. Tú también vendrás con José a Belén.

Y María, inclinando hacia su telar la cabeza, dice:

-Iré.

Nacimiento de Juan Bautista

Es una hermosa tarde de verano, aún clara con un último sol. Los rosales huelen fuertemente. María pasea dándole el brazo a su prima. Muy despacito van y vienen, bajo el emparrado semioscuro.

María está pendiente de todo y, a pesar de estar dedicada a Isabel, se da cuenta de que Sara está atareada en doblar un largo lienzo que ha quitado de un seto.

-Espérame aquí, sentada.

Le dice a su parienta; y va a ayudar a la anciana sirvienta, estirando la tela para alisarla, y doblándola con cuidado.

-Se siente todavía el sol, están calientes.

Dice sonriendo; y, para que se sienta contenta la mujer, añade:

-Esta tela después de tu blanqueo ha quedado más bonita que nunca. Nadie tiene tanta maña como tú.

Sara se marcha toda contenta con su carga de fragantes telas.

María vuelve con Isabel y dice:

-Otros poquitos pasos. Te vendrán bien.

Y, dado que Isabel está cansada y no le apetece moverse, le dice:

-Vamos sólo a ver si todas tus palomas están en sus nidos y si el agua de su pilón está limpia. Luego nos volvemos a casa.

Las palomas deben ser las predilectas de Isabel. Llegadas ante la rústica torrecilla donde ya se han recogido todas las palomas (las hembras están en los nidos; los machos, delante de éstos y no se mueven, pero viendo a las

dos mujeres las saludan con su arrullo), Isabel se emociona. La debilidad de su estado la vence y le produce temores que le hacen llorar. Se los manifiesta a su prima:

-Si yo muriese ¡pobres palomitas mías! Tú no permanecerás aquí. Si te quedaras en mi casa, no me importaría morirme. He gozado de la máxima alegría que una mujer puede recibir, una alegría que ya me había resignado a no conocer nunca. Ni de la misma muerte puedo presentarle quejas al Señor, porque El, ¡bendito sea!, me ha colmado de su benevolencia. Pero, está Zacarías y estará el niño: uno, viejo, que se encontraría como perdido en un desierto sin su mujer; el otro, tan pequeñito, que sería como una flor destinada a morir helada, por no tener a su mamá. ¡Pobre niño, sin las caricias de su madre!

-Pero, ¿por qué estás tan triste? Dios te ha dado la alegría de ser madre, y no te la va a quitar cuando llega a su plenitud. El pequeño Juan tendrá todos los besos de su mamá y Zacarías gozará de todos los cuidados de su fiel esposa hasta la más avanzada ancianidad. Sois dos ramas de un mismo árbol. No morirá uno dejando al otro solo.

-Tú eres buena y quieres consolarme, pero yo soy muy anciana para tener un hijo, y ahora que estoy para darle a luz tengo miedo.

-¡Oh, no! ¡Está aquí Jesús! Donde está Jesús no se debe tener miedo. Mi Niño te quitó el dolor cuando era como un capullo recién formado; tú lo dijiste. Ahora, que cada vez va desarrollándose más y que vive ya como criatura mía; ahora, que siento palpar su corazón en mi garganta y es como si tuviera posado en ella un pajarito de nido con un corazoncito de suave palpar, alejará de ti todo peligro. Debes tener fe.

-La tengo. Pero, si yo muriese... no le dejes a Zacarías inmediatamente. Sé que piensas en tu casa, pero, quédate un poco, para ayudarle a mi marido en el momento del primer dolor.

-Me quedaré, para complacerme en la alegría de ambos, y sólo te dejaré cuando estés fuerte y te sientas aliviada. Estáte tranquila, Isabel; todo irá bien. En tu casa no faltará nada mientras dure tu dolor. Zacarías será servido por la más amorosa de las siervas, y tus flores y tus palomas estarán cuidadas y a unas y a otras las encontrarás avivadas y bonitas para recibir cálidamente a la dueña cuando vuelva. Regresemos a casa ahora, te estás poniendo pálida.

-Sí, me parece que tengo otra vez dolores. Quizás haya llegado la hora. María, ora por mí.

-Te sostendré con la oración hasta que tus dolores se transformen en gozo.

Y las dos mujeres entran despacio en la casa. Isabel se retira a sus habitaciones. María, hábil y previsora, da órdenes y prepara todo lo que puede necesitarse, y trata de confortar a Zacarías, que está preocupado.

En la casa que vela esta noche, con voces nuevas, de mujeres llamadas para ayudar, María está en pie, vigilante como un faro en una noche de tormenta. Toda la casa gravita sobre Ella, que, dulce y sonriente, provee a todo; y ora. Cuando no se la llama para esto o aquello, se recoge en oración. Está en la habitación en que se reunían siempre para las comidas y el trabajo.

Con Ella está Zacarías, paseando turbado. Ya han orado juntos. María luego ha seguido orando; incluso ahora, que el anciano, cansado, se ha sentado en su sillón junto a la mesa y se ha quedado en silencio, soñoliento. Cuando ve que está dormido del todo –la cabeza sobre los brazos cruzados apoyados en la mesa–, Ella se desata las sandalias para hacer menos ruido, y camina descalza; luego, con menos rumor del que puede hacer una mariposa volando por una habitación, coge el manto de Zacarías y se lo extiende encima al anciano con una suavidad tal, que éste continúa durmiendo bajo el calorcito de la lana protectora del fresco nocturno, que entra por la puerta abierta. Luego sigue orando; cada vez con más intensidad; de rodillas, con los brazos levantados, cuando el quejido de Isabel, que sufre, se agudiza.

Sara entra y la llama con señas. María sale con sus pies descalzos al jardín.

-La señora la llama.

Dice.

-Voy.

María va por el lado externo de la casa, sube la escalera. Parece un ángel blanco moviéndose en la noche quieta llena de astros. Entra en la habitación de Isabel.

-¡Oh! ¡María! ¡María! ¡Cuánto dolor! ¡No puedo más, María! ¡Cuánto dolor hay que padecer para ser madre!

María la acaricia con amor y la besa.

-¡María! ¡María! ¡Deja que ponga mis manos sobre tu vientre!

María coge esas dos manos rugosas e hinchadas, las pone sobre su abdomen ya algo abultado y las mantiene apretadas con sus manitas lisas y gráciles. Y ahora, que están las dos solas, habla en tono suave y dice: - Jesús está aquí, oyéndote y viéndote. Ten confianza, Isabel. Su corazón santo late con más fuerza, porque está actuando para bien tuyo. Lo siento latir como si lo tuviera entre una mano y otra. Yo entiendo las palabras de mi Niño hechas de latidos. Ahora me está diciendo: *"Dile a la mujer que no tema. Todavía un poco de dolor. Luego, con el primer sol, entre las tantas rosas que esperan ese rayo matutino para abrir sus pétalos sobre su tallo, su casa tendrá la rosa más bonita, Juan, mi Precursor"*.

Isabel apoya también la cara en el vientre de María y llora silenciosamente.

María está un tiempo así, pues parece que el dolor va pasando a una fase de relajación reparadora. Luego indica a todos que estén tranquilos. Ella permanece en pie, blanca y hermosa bajo el tenue claror de una lámpara de aceite, como un ángel al lado de quien sufre. Ora. La veo mover los labios. De todas formas, aun cuando no se los viese mover, comprendería que está orando por la expresión arrobada del rostro.

El tiempo pasa. Le vuelve el dolor a Isabel. María la besa de nuevo y se retira. Baja rápida a la luz de la luna y corre a ver si el anciano duerme todavía. Duerme, gimiendo en el sueño. María hace un gesto de piedad. Se pone de nuevo a orar.

Pasa el tiempo. El anciano sale bruscamente de su sueño y levanta su rostro, confuso, como de quien no recordase bien por qué estaba ahí. Luego recuerda, hace un gesto y profiere una exclamación gutural, y escribe:

-¿No ha nacido todavía?

María indica que no, y Zacarías:

-¡Cuánto dolor! ¡Pobre esposa mía! ¿Lo logrará sin morir a cambio?

María coge la mano del anciano tratando de infundirle ánimo:

-Para el alba, dentro de poco, el niño ya habrá nacido. Todo irá bien. Isabel es fuerte. ¡Qué bonito va a ser este día –pues está cercana la aurora– en que tu niño va a ver la luz! ¡El más bello de tu vida! Grandes gracias te tiene reservadas el Señor, y tu hijo es su anunciador.

Zacarías meneaba tristemente la cabeza y señala a su boca muda. Quisiera decir muchas cosas, pero no puede.

María se da cuenta de ello y responde:

-El Señor hará completa tu alegría. Cree en El completamente, espera infinitamente, ama totalmente. El Altísimo te escuchará más de lo que pudieras esperar. Él quiere esta fe tuya total como purificación de tu pasada desconfianza. Di en tu corazón conmigo: "*Creo*". Dilo a cada uno de los latidos de tu corazón. Los tesoros de Dios se abren para quien cree en El y en su poderosa bondad.

La puerta está entornada y la luz comienza a penetrar por ella. María la abre. El alba ha puesto toda blanca la tierra aljofarada de rocío. Se percibe un fuerte olor de tierra húmeda y hierba, y los primeros silbos de pájaros se llaman de rama a rama.

El anciano y María salen a la puerta. Están pálidos por la noche pasada en vela; la luz del alba los pone aún más pálidos. María calza de nuevo sus sandalias y va al pie de la escalera, atenta a ver si se oye algo. Una mujer se asoma, María hace unos gestos y vuelve. Todavía nada.

Luego va a una habitación y regresa con leche caliente. Se la da a beber al anciano. Después va donde las palomas, y desaparece de nuevo en esa habitación; quizás es la cocina. Se mueve aquí y allá, está atenta a todo.

Se la ve tan ágil y tan serena, que parece como si hubiera dormido el mejor de los sueños.

Zacarías pasea arriba y abajo nerviosamente por el jardín. María le mira con piedad. Luego entra otra vez en la misma habitación y, arrodillada junto a su telar, ora intensamente, pues la queja de la sufriente se hace más aguda. Se curva hasta el suelo para suplicarle al Eterno. Zacarías vuelve, entra y la ve postrada en ese modo; el pobre anciano llora. María se alza y le coge de la mano. Es mucho más joven que él, pero parece Ella la madre de esa vejez desolada sobre la que extiende sus consuelos.

Permanecen así, el uno al lado del otro, bajo este sol que pone rosicler el aire de la mañana. Estando así, llega a sus oídos el jubiloso anuncio:

-¡Ha nacido! ¡Ha nacido! ¡Un niño! ¡Oh, padre dichoso! ¡Un niño lozano como una rosa, bonito como el Sol, fuerte y bueno como la madre! ¡Alégrate, padre bendecido por el Señor, que te ha dado un hijo para que lo ofrezcas a su Templo! ¡Gloria a Dios, que ha concedido posteridad a esta casa! ¡Benditos seáis tú y el hijo que te ha nacido! ¡Que su linaje perpetúe tu nombre por los siglos de los siglos, generación tras generación, y permanezca siempre en alianza con el Señor eterno!

María, llorando de alegría, bendice al Señor. Luego, los dos acogen al pequeñuelo, que le ha sido traído al padre para que lo bendiga. Zacarías no va con Isabel; coge al niño, que grita como un desesperado. Pero no va donde su esposa.

María sí que va, llevando amorosa al pequeñuelo, el cual se ha quedado callado nada más que María le ha cogido en brazos. La comadre, que va tras Ella, se percata de este hecho.

-Mujer –dice a Isabel– tu hijo se ha callado enseguida, cuando Ella le ha cogido en sus brazos. ¡Mira qué tranquilo duerme; y bien sabe el Cielo lo inquieto y fuerte que es! ¡Mira, ahora parece un pichoncito!

María deposita a la criatura junto a la madre y acaricia a Isabel, poniendo en orden su pelo gris.

-La rosa ha nacido –le dice con voz suave– y tú vives. Zacarías está dichoso.

-¿Habla?

-Todavía no. Pero, espera en el Señor. Ahora descansa. Yo estoy contigo.

La circuncisión de Juan el Bautista

La casa tiene ambiente de fiesta. Es el día de la circuncisión. María se ha preocupado de que todo esté en orden. Las habitaciones resplandecen de luz. Lucen por todas partes los más bellos paños. Hay mucha gente. María se mueve ágil entre los grupos, toda hermosa con su más bonito vestido blanco.

Isabel, reverenciada como una matrona, goza feliz su fiesta. El niño está en su regazo, saciado ya de leche.

Llega la hora de la circuncisión.

-Zacarías le llamaremos. Tú eres anciano. Justo sería ponerle tu nombre al niño.

Dicen unos hombres.

-¡De ninguna manera!

Exclama la madre.

-Su nombre es Juan. Su nombre debe dar testimonio de la potencia de Dios.

-¿Pero se puede saber cuándo ha habido un Juan en nuestra parentela?

-No importa. Tiene que llamarse Juan.

-¿Tú qué dices, Zacarías? ¿Quieres tu nombre, no es verdad?

Zacarías dice que no, con gestos. Coge una tablilla y escribe: Su nombre es Juan, y, nada más terminar de escribir, añade, ya su liberada lengua:

-Porque Dios nos ha hecho objeto de una gran gracia, a mí, su padre, y a su madre, como también a este nuevo siervo suyo, el cual consumirá su vida en aras de la gloria del Señor y será llamado grande por los siglos y ante los ojos de Dios, porque pasará convirtiendo a los corazones al Señor altísimo. Lo dijo el ángel y yo no lo creí. Mas ahora creo y entra la Luz en mí. La Luz está entre nosotros y vosotros no la veis. Su destino es el de no ser vista, pues el espíritu de los hombres está lleno de estorbos, y además es perezoso. Pero mi hijo sí que la verá y hablará de Ella y hará que a Ella se vuelvan los corazones de los justos de Israel. ¡Bienaventurados los que crean en Ella y crean siempre en la Palabra del Señor! Y bendito seas Tú, Señor eterno, Dios de Israel, porque has visitado y redimido a tu pueblo, suscitando en él un poderoso Salvador en la casa de su siervo David. Como prometiste por boca de los santos Profetas, ya desde los tiempos antiguos: libranos de nuestros enemigos y de las manos de los que nos odian, para ejercitar tu misericordia hacia nuestros padres y mostrar que te acuerdas de tu santa alianza. Este es el juramento que hiciste a Abraham, nuestro padre: concedernos que, sin temor, de las manos de nuestros enemigos libres, te sirviéramos con santidad y justicia en presencia tuya toda la vida.

Luego se dirige al niño lo toma en brazos y prosigue:

-Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor preparando sus caminos, por las entrañas de misericordia de

nuestro Dios, el Sol naciente nos visitará desde lo alto para iluminará a los que yacen en tinieblas y en sombras de muerte, y guiará nuestros pasos por el camino de la paz.

El rostro de Zacarías está enardecido, se advierte la fuerza de los profetas. Calla emocionado.

Los presentes se quedan estupefactos, tanto del nombre como del milagro, como de las palabras de Zacarías.

Isabel, que al oír la primera palabra de Zacarías ha gritado de alegría, ahora está llorando abrazada a María, que la acaricia contenta.

Realizan la circuncisión según costumbre y traen a Juan que chilla desesperado. No le calma ni siquiera la leche de su mamá. Tira patadas como un potrillo. Pero María le toma en sus brazos acunándole, se calla y se queda tranquilo.

-¡Fijaos!

Dice Sara.

-¡Sólo se calla cuando le coge en brazos Ella!

La gente se va marchando lentamente. En la habitación se quedan únicamente María, con el pequeñín en sus brazos, e Isabel, dichosa.

Entra Zacarías y cierra la puerta. Mira a María con lágrimas en los ojos. Hace ademán de hablar. Guarda silencio. Continúa adelante. Se arrodilla ante María y le dice:

-Bendice al mísero siervo del Señor. Bendícele. Tú puedes hacerlo, tú que le llevas en tu seno. La palabra de Dios me ha hablado cuando he reconocido mi error, cuando he creído en todo cuanto me había sido dicho. Yo te veo a ti y veo tu destino feliz. Adoro en ti al Dios de Jacob. Tú, mi primer Templo, donde el sacerdote, regresado, puede de nuevo orar al Eterno. Bendita tú, que has obtenido gracia para el mundo y le traes el Salvador. Perdona a tu siervo si no ha visto antes tu majestad. Con tu venida nos has traído todas las gracias. En efecto, doquiera que vas, ¡Oh Llena de Gracia!, Dios obra sus prodigios; santas son las paredes en que tú entras, santos se hacen los oídos que oyen tu voz y la carne que tú tocas, santos los corazones, porque tú confieres Gracia, Madre del Altísimo, Virgen profetizada y esperada para darle al pueblo de Dios el Salvador.

María sonrío, encendida de humildad, y habla:

-Gloria al Señor, a Él sólo. De Él y no de mí viene toda gracia, y Él te la dona para que le ames y sirvas con perfección en los años que te quedan, para merecer su Reino, que será abierto por mi Hijo a los Patriarcas, a los Profetas, a los justos del Señor. Y tú, ahora que puedes orar ante el Santo, ora por la sierva del Altísimo; que, si ser Madre del Hijo de Dios es destino dichoso, ser Madre del Redentor debe ser destino de atroz sufrimiento. Ora por mí, que hora a hora siento crecer mi peso de dolor, y durante toda una vida tendré que llevarlo; no lo veo en sus detalles particulares, pero sí siento que será un peso mayor que si sobre estos

hombros míos de mujer se posase el mundo y tuviera que ofrecérsele al Cielo. ¡Yo, yo sola, una pobre mujer! ¡Mi Niño! ¡El Hijo mío! El tuyo no llora si yo le acuno; pero, ¿voy a poder acunar yo al mío para calmarle el dolor? Ora por mí, sacerdote de Dios. Mi corazón tiembla como una flor en medio de un temporal. Miro a los hombres y los amo, pero detrás de sus rostros veo aparecer al Enemigo, y veo cómo los hace enemigos de Dios, de Jesús, de mi Hijo.

La palidez de María y sus lágrimas que hacen luciente su mirada.

Juan en el Templo

Zacarías, Isabel, María (ésta con el pequeño Juan en brazos) y Samuel (con un cordero y una cesta con la paloma) están bajando de un cómodo carro, al que viene atado el burrito de María. Se apean delante de la caballeriza de costumbre –que debe ser la etapa de todos los peregrinos que vienen al Templo– para dejar sus cabalgaduras.

María llama a un hombre de baja estatura, el dueño de la caballeriza, y le pregunta si durante el día precedente o en las primeras horas de la mañana ha llegado algún nazareno.

-Ninguno, mujer

Contesta el viejecillo. María se queda extrañada, pero no dice nada más.

Le encarga a Samuel que le busque un puesto al burro. Luego alcanza a los dos ancianos padres y refiere el retardo de José:

-Algo le habrá entretenido, pero seguro que viene hoy.

Vuelve a coger al niño –se lo había dejado a Isabel– y se encaminan hacia el Templo.

Los hombres que están de guardia reciben a Zacarías con honor, y los otros sacerdotes le saludan y felicitan. Zacarías, hoy, con sus vestiduras sacerdotales y la alegría del padre que se siente feliz, está guapísimo. Parece un patriarca. Creo que Abraham debía asemejarse a él cuando deseaba ofrecer a Isaac al Señor.

También otras personas se han acercado curiosas. Oigo los comentarios. Dado que María lleva en brazos al pequeñuelo mientras se dirigen al lugar establecido, la gente cree que es la madre.

Pero una mujer dice:

-No puede ser. ¿No veis que está encinta? El niño no tiene más de unos pocos días y Ella está ya abultada.

-Ya, pero -dice otro- sólo puede ser Ella la madre. La otra es mayor. Será una parienta. No puede ser madre a esa edad.

El asombro es grande cuando ven que la que cumple el rito de la purificación es Isabel, que ofrece su corderillo balante para el holocausto y su paloma por el pecado.

-La madre es aquélla. ¿Has visto?

-¡No!

-Sí

La gente, incrédula, sigue cuchicheando. Cuchichean tanto, que el grupo sacerdotal que está presente en el rito se ve obligado a emitir un «¡Chsss!» imperativo. La gente se calla un momento, pero musita aún más fuerte cuando Isabel, radiante de santo orgullo, toma al niño y se adentra en el Templo para presentarle al Señor.

-Es ella realmente.

-Es siempre la madre quien lo ofrece.

-Y entonces, ¿qué milagro es éste?

-¿Qué será ese niño concedido en edad tan tardía a esa mujer?

-¿Qué signo es éste?

-¿No sabéis –dice uno que en ese momento llega jadeante– que es hijo del sacerdote Zacarías, de la estirpe de Aarón, aquel que quedó mudo estando ofreciendo el incienso en el Santuario?

-¡Misterio! ¡Misterio! ¡Y ahora ya puede hablar otra vez! El nacimiento del hijo le ha soltado la lengua.

-¿Qué espíritu será el que le habló y le incapacitó la lengua para acostumbrarle al silencio sobre los secretos de Dios?

-¡Misterio! ¿Qué verdad será la que conoce Zacarías?

-¿No será que su hijo es el Mesías esperado por Israel?

-Ha nacido en Judea, no en Belén, ni de una virgen. No puede ser Mesías.

-¿Y entonces quién?

Mas la respuesta queda en los silencios de Dios y la gente se queda con su curiosidad.

Cumplido el ceremonial, los sacerdotes ahora también agasajan a la madre y al pequeñuelo; la única que pasa poco observada es María; es más, incluso la evitan casi con repulsión cuando se dan cuenta del estado suyo.

Terminadas todas las felicitaciones, la mayor parte vuelve a la calle. María quiere pasar de nuevo por la caballeriza para ver si ya ha llegado José. No ha llegado. Y se queda desilusionada y pensativa.

Isabel se preocupa por Ella.

-Hasta la hora sexta podemos estar aquí, pero luego tenemos que irnos para llegar a casa antes de la primera vigilia, es todavía demasiado pequeño para estar más tiempo de noche.

Y María, tranquila y triste, dice:

-Me quedaré en un patio del Templo, iré donde mis maestras. No sé. Algo haré.

Zacarías interviene con una propuesta que enseguida aceptan como una buena resolución.

-Vamos a casa de los familiares de Zebedeo. José, sin duda, te buscará allí, y, si él no fuera allí, te será fácil encontrar a alguien que te acompañe hacia Galilea, porque en esa casa hay un continuo ir y venir de pescadores de Genesaret.

Toman el borriquillo y van adonde estos parientes de Zebedeo, los cuales son los mismos de la casa en que se detuvieron José y María cuatro meses antes.

Las horas pasan deprisa y José no aparece. María domina su contrariedad acunando al niño; pero se la ve pensativa. Como para esconder su estado, no se ha quitado nunca el manto, a pesar de que el intenso calor les hace sudar a todos.

Por fin se oye llamar fuerte a la puerta. Es el anuncio de la llegada de José. El rostro de María resplandece sosegado.

José la saluda, porque Ella se ha presentado antes y le ha saludado con reverencia:

-¡La bendición de Dios sea contigo, María!

-Y contigo, José. ¡Alabado sea el Señor porque has venido! Zacarías e Isabel iban a marcharse ya para estar en casa antes de que fuera de noche.

-Tu mensajero llegó a Nazaret estando yo en Caná para unos trabajos. Lo supe anteayer por la tarde. Me puse en marcha enseguida. Pero, por mucho que haya venido sin detenerme, he llegado tarde, porque el burro había perdido una herradura. ¡Perdona!

-¡Perdona tú, por haber estado tanto tiempo lejos de Nazaret! La verdad es que se sentían tan felices de tenerme con ellos, que pensé darles hasta ahora esta satisfacción.

-Has hecho bien, Mujer. ¿Dónde está el niño?

Entran en la habitación donde Isabel está dando de mamar a Juan, antes de marcharse. José felicita a los padres por la fortaleza del niño, que ha sido separado del pecho para mostrárselo a José, y que chilla y patalea como si le estuvieran despellejando. Ante esta protesta, todos se echan a reír. También ríen los parientes de Zebedeo, y se unen a la conversación. Habían venido trayendo fruta fresca, leche y pan para todos, y una gran bandeja de pescado.

María habla muy poco. Está tranquila y silenciosa, sentada en su rinconcito, con las manos bajo su manto sobre el regazo. Habla poco y se mueve poco, incluso cuando bebe una taza de leche, y al comer un racimo de uvas doradas con un poco de pan. Mira a José apenada y escrutadora al mismo tiempo.

También él la mira. Pasado un rato, inclinándose hacia su hombro, le pregunta:

-¿Estás cansada? ¿Te duele algo? Estás pálida y triste.

-Me duele separarme del pequeño Juan. Le quiero. Le he tenido sobre mi corazón desde pocos momentos después de nacer.

José no pregunta nada más.

Ha llegado la hora de la partida de Zacarías. El carro se para delante de la puerta. Todos se acercan. Las dos primas se abrazan con amor. María besa una y otra vez al pequeñuelo antes de depositarle sobre el regazo de su madre, que ya está sentada en el carro. Luego saluda a Zacarías y le pide su bendición. Al arrodillarse delante del sacerdote, el manto se le desliza de los hombros y las formas le aparecen en la luz intensa de la tarde estiva. No sé si José las percibe en este momento en que está ocupado en saludar a Isabel. El carro se pone en movimiento.

José con María entran de nuevo en casa. Ella vuelve a su sitio del rincón semioscuro.

-Si no te importa viajar de noche, yo propondría salir con la puesta del Sol. El calor, durante el día, es fuerte; la noche, en cambio, estará fresca y serena. Lo digo por ti, para que no cojas demasiado sol. Para mí no es nada el estar bajo el sol intenso, pero tú...

-Como quieras, José. Yo también veo conveniente caminar de noche.

-La casa –dice José– está toda en orden, como también el huertecillo. ¡Vas a ver qué flores más bonitas! Vas a llegar a tiempo de verlas florecer todas. El manzano, la higuera y la vid están repletos de frutos como nunca lo han estado; y he tenido que apuntalar el granado, pues sus ramas están cargadísimas de frutos, maduros ya como jamás se vio en esta época. Y el olivo... Dispondrás de aceite en abundancia. Ha tenido una florescencia milagrosa y no se ha perdido ni una flor. Todas son ya pequeñas aceitunas. Cuando estén maduras, el árbol parecerá lleno de oscuras perlas. Tan bonito como tu huerto no hay ningún otro en Nazaret. La familia está asombrada. Alfeo dice que se trata de un prodigio.

-Obra de tus cuidados.

¡Oh, no! ¡Yo soy sólo un pobre hombre! ¿Qué he hecho yo realmente? Cuidar un poco los árboles, echar un poco de agua a las flores. Mira, te he hecho una fuente donde acaba el huerto, al lado de la gruta, y he dispuesto allí un pilón. Así no tendrás que salir para coger agua. La he traído de ese manantial que está encima del olivar de Matías. Es pura y abundante. Te he hecho llegar un pequeño regato. He construido un canalillo bien tapado, y ahora llega y canta como un arpa. Me dolía el que tuvieras que ir a la fuente del pueblo y volver cargada con las ánforas llenas de agua.

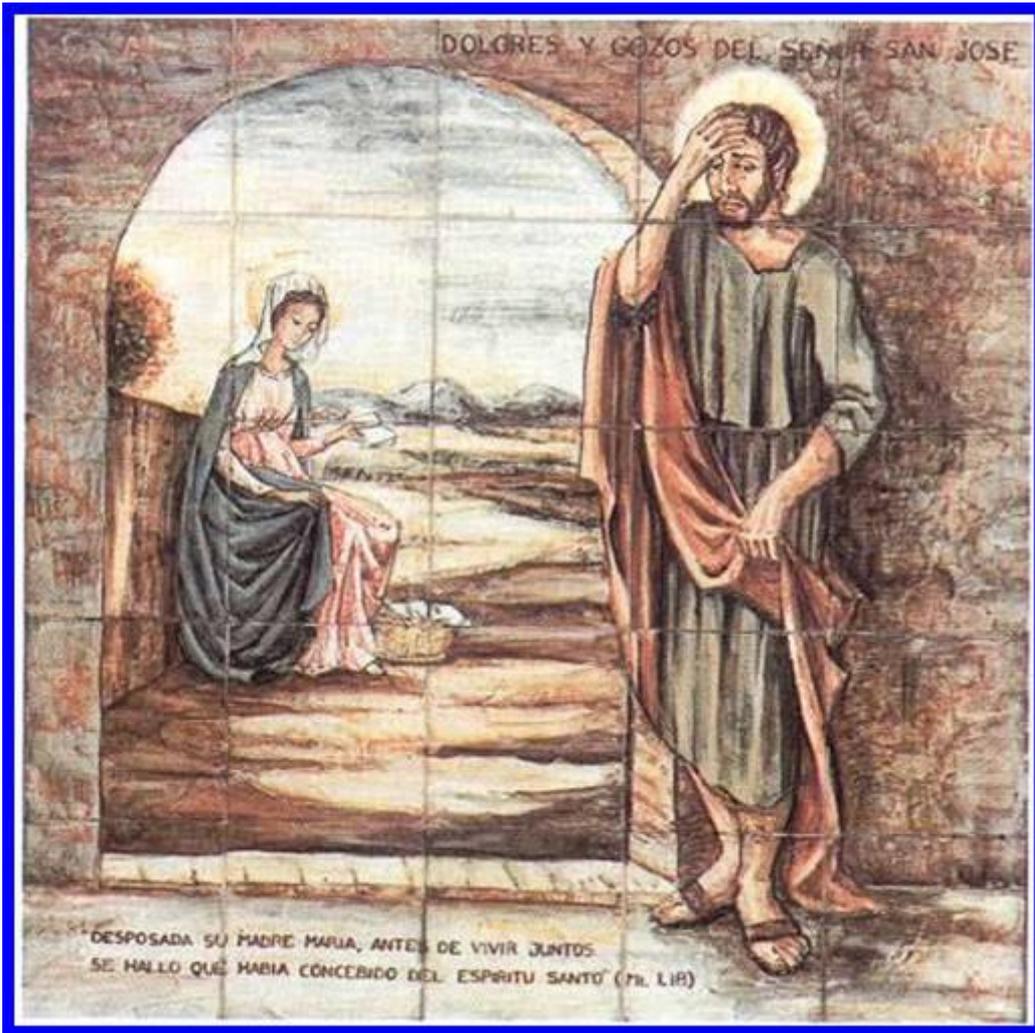
-Gracias José. ¡Tú eres bueno!

Los dos esposos guardan silencio ahora, como cansados. José incluso se queda traspuesto. María ora.

Cae la tarde. Los huéspedes insisten en que antes de ponerse en camino coman otra vez. José come pan y pescado; María, sólo fruta y leche.

Luego inicia la marcha. Montan sus burritos. José ha atado sobre su asno, como cuando venían, el baulillo de María, y, antes de que Ella monte en el borriquillo, comprueba que la albardilla esté bien segura. Veo que José observa a María cuando se monta, pero no dice nada.

Bajo las primeras estrellas que empiezan a latir en el cielo, comienza el viaje. Se apresuran, quizás para llegar a las puertas antes de que las cierren. Al salir de Jerusalén y coger la vía de Galilea, ya el cielo sereno está repleto de estrellas y hay un gran silencio en el campo. Sólo se oye el canto de algún ruiseñor y el choque de las pezuñas de los dos borriquillos contra el terreno duro de la vía abrasada por el verano.



Las dudas de José

Todavía era de noche cuando José y María emprendieron el viaje a Nazaret. El rocío de la mañana refrescaba. Iban en silencio, con pequeñas conversaciones.

-¿Has estado contenta con Ana y Zacarías?

Le dice José a María.

-Muchísimo. Cuando Zacarías empezó a hablar después del Nacimiento y decir que el nombre debía ser Juan y no Zacarías, hablaba como un profeta y Ana resplandecía de alegría ante un milagro tan evidente. ¡Dios ha sido grande con nosotros!

José calla y se alegra con las palabras de María, pero una pequeña nube de preocupación pasa por sus ojos.

El camino es largo hasta Nazaret y José mira varias veces a María, hasta que se convence que realmente está embarazada. Él no lo sabe, pero han pasado tres meses desde la Anunciación. La situación le desconcierta, pues la mirada de María es clara y su sonrisa como siempre. Además está la petición a ser virgen que le manifestó y él aceptó para celebrar el Matrimonio. Pero el estado de María es evidente, aunque Ella no dice nada y pronto se dará cuenta de que él lo sabe, ¿Por qué no dice nada?

Al llegar a Nazaret, ya entrada la noche, María se queda en su casa, comen algunas cosas y José se retira a la suya con una gran confusión en su corazón. Se encuentra, cual barquichuela en medio de una gran tempestad, en un remolino de ideas contrapuestas, en un torbellino de reflexiones a cuál más mordiente y penosa. Era un hombre aparentemente traicionado por su mujer. Veía que se derrumbaban juntos su buen nombre y la estima del mundo; por causa de Ella se veía ya señalado con el dedo y compadecido por el pueblo. Ante la evidencia de un hecho, veía caer muertos el afecto y la estima puestos en María. Por otra parte, piensa, toda su vida ha sido limpiísima. Si Dios le habló tan claro en el pasado, no puede ser que haya olvidado tan pronto todo.

Humanamente, debía denunciar a María como adúltera para que la lapidasen y pereciera con el hijo del pecado. José no quiere ni pensar en esa posibilidad. Juzga desde su integridad de que hay algo que no conoce. Si hubiera sido menos santo, Dios no le habría concedido la guía de su luz en tan ardua prueba. Pero José era santo. Su espíritu puro vivía en Dios, y tenía una caridad encendida y fuerte.

La primera noche fue muy inquieta y casi en vela. La tormenta interior era fuerte. Al día siguiente no acude a casa de María, no puede, porque no sabe qué hacer. No puede dudar de su santidad, pero su estado será cada vez más patente. Una luz llega a su interior y piensa ¿y si Ella es la Virgen profetizada que daría a luz al Mesías? Todos pensábamos que sería el primogénito de una mujer joven concebido del modo normal. Si esto es así no soy digno ni de acercarme a Ella. Lo mejor será repudiarla en secreto. Ella no será deshonrada, su hijo será descendiente de David, y yo sí que seré deshonrado como un hombre que abandona a la mujer no se sabe por qué. Sí eso será lo mejor, porque reaccionar con orgullo y que la lapiden junto a su hijo, no, no puedo de ninguna manera. Pero no le

pregunta nada a María, que sería lo mejor, y se calla en su tormento interior.



Tras un día inquieto en que la luz se va haciendo en su corazón para adoptar una decisión en que no falte al Amor a Dios ni a María, se duerme agotado. Entonces se le apareció un ángel en sueños y le dijo:

-José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.

Al despertarse recordó el sueño con nitidez. Bien sabía él que Dios hablaba en sueños. Lo hizo con Jacob, con José, con Daniel. Ahora lo hacía con él y comprende con nitidez que esté en la estela de los grandes hombres del pasado, pero lo que acababa de suceder ¡¡¡Era tan grande!!! El esperado de la naciones, el Príncipe de la paz, el Rey del reinado eterno. Y

comprende que el silencio de María es fruto de la confianza en Dios que ha consentido un dolor para que su fe fuese fuerte y viva. María es santa, ya lo decía yo, piensa José, es el Trono de la sabiduría. Y yo no quise hablar refugiado en mi dignidad. ¡Pobre María, cómo habrá sufrido estos días!

María comprende que José ignoraba el verdadero motivo del embarazo, pues le ve con la misma actitud respetuosa que de costumbre. Si él hubiera sabido que llevaba en Ella al Verbo de Dios, habría adorado a ese Verbo cerrado en su seno con actos de veneración propios de Dios

Y María entra también en lucha en aquellos tres días terribles. Experimenta la duda de cómo se va arreglar todo. La duda tan peligrosa, letal para el espíritu. Letal, porque es el primer elemento agente de la enfermedad mortal que tiene por nombre "*desesperación*". Su fe ya era contra las tinieblas, pero calla y confía en Dios.

María comprendía el sufrimiento de José, y no podía aliviarle en modo alguno, por obediencia al decreto de Dios que le había dicho: "*Guarda silencio*". Llegados a Nazaret, cuando le ve marcharse, tras un lacónico saludo, cabizbajo y como envejecido en poco tiempo, y no volver por la tarde como solía hacer, se siente sola, encerrada en su casa, en la casa en que todo le recordaba el Anuncio y la Encarnación, y donde todo recordaba a José, desposado en intachable virginidad. Pero resiste contra el abatimiento y las insinuaciones de Satanás, y esperar, esperar, tener esperanza, y orar, orar, orar, y perdonar, perdonar, perdonar la sospecha de José, su movimiento interior de justa indignación.

El tercer día por la mañana María estaba hilando a la sombra de un tupidísimo manzano repleto de frutos, que ya empiezan a tomar color rojo. Sin embargo, María no tiene, de ninguna manera, ese color. Le ha desaparecido la linda coloración que avivaba su cara. En la palidez de marfil de su rostro, sólo los labios trazan una curva de pálido coral. Bajo los párpados semicerrados hay dos sombras oscuras y los bordes de los ojos están hinchados como en quien ha llorado. No veo los ojos, porque Ella está con la cabeza más bien agachada, pendiente de su trabajo y, sobre todo, de un pensamiento suyo, que debe afligirla, pues la oigo suspirar como quien tuviera un pesar en el corazón.

Está toda vestida de blanco, de lino blanco; pues hace mucho calor, a pesar de que la frescura todavía intacta de las flores dice que es por la mañana. De la casa no viene ningún ruido, ni tampoco de los lugares cercanos. Se oye sólo el murmullo del regatillo que va a un pilón del fondo del huerto.

María se estremece al oír un golpe dado con resolución a la puerta de la casa. Apoya rueca y huso y se levanta para ir a abrir. A pesar de que el vestido sea suelto y amplio, no llega a ocultar completamente la rotundidad de su pelvis.

Se encuentra de frente a José. María palidece, hasta incluso en los labios. María mira con ojo que escruta tristemente; José, con ojo que parece suplicar. Guardan silencio, mirándose. María rompe el silencio:

-¿A esta hora, José? ¿Necesitas algo? ¿Qué deseas decirme? Ven.

José entra y cierra la puerta. Todavía guarda silencio.

-Habla, José. ¿Qué deseas de mí?

-Tu perdón.

José se curva como si quisiera arrodillarse. Pero María, siempre tan reservada al tocarle, le agarra con resolución por los hombros y se lo impide.

El color aparece y desaparece del rostro de María, ora completamente roja, ora de nieve como antes.

-¿Mi perdón? No tengo nada que perdonarte, José. No debo sino agradecerte una vez más todo cuanto has hecho aquí dentro, en mi ausencia, y el amor que me tienes.

José la mira. Veo formarse dos gruesas gotas en la cavidad de su ojo profundo, permanecer como en el borde de un recipiente, y luego deslizarse por las mejillas y por la barba.

-Perdóname, María. He desconfiado de ti. Ahora veo. Soy indigno de poseer tan gran tesoro. He faltado a la caridad, te he acusado en mi corazón, te he acusado injustamente porque no te había preguntado la verdad. He faltado contra la ley de Dios no amándote como yo me habría amado a mí mismo.

-¡Oh, no, no has faltado!

-Sí, María. Si yo hubiera sido acusado de un delito así, me habría defendido. No te concedía defenderte, porque ya iba a tomar decisiones sin preguntarte primero. He faltado contra ti ofendiéndote con una sospecha. El solo hecho de sospechar ya es ofensa, María. El que sospecha no conoce. Yo no te he conocido como debía. Pero, por el dolor que he sufrido tres días de suplicio, perdóname, María.

-No tengo nada que perdonarte. Es más, te pido yo perdón por el dolor que te he causado.

-¡Oh, dolor sí que fue! ¡Cuánto dolor! Fíjate, esta mañana me han dicho que tengo las sienes canosas y arrugas en la cara. ¡Estos días han significado más de diez años de vida! Pero, María, ¿por qué has sido tan humilde de celarme a mí, tu esposo, tu gloria, y permitirme que sospechara de ti?

José no está de rodillas, pero sí tan curvado que es como si lo estuviera. María le pone su manita en la cabeza, y sonrío. Parece como si le absolviera. Dice:

-Si no lo hubiera sido de modo perfecto, no habría merecido concebir al Esperado, que viene a anular la culpa de soberbia que ha destruido al hombre. Y además no he hecho sino obedecer. Dios me pidió esta

obediencia. Me ha costado mucho, por ti, por el dolor que te produciría, pero, tenía que obedecer. Soy la Esclava de Dios, y los siervos no discuten las órdenes que reciben; las ejecutan, José, aunque provoquen lágrimas de sangre.

María, mientras dice esto, llora silenciosamente, tanto que José, agachado como está, no lo advierte hasta que no cae una lágrima al suelo. Entonces, levanta la cabeza y –es la primera vez que le veo hacer este gesto– aprieta las manitas de María entre las suyas, oscuras y fuertes, y besa la punta de sus rosados y delgados dedos, de esos dedos que sobresalen del anillo de sus manos.

-Ahora habrá que tomar las medidas necesarias para que....

José no sigue; mira al cuerpo de María, y Ella se pone como la púrpura, y se sienta de golpe para apartar sus formas de la mirada que la observa.

-Habrá que actuar rápidamente. Yo vendré aquí. Cumpliremos la ceremonia de la boda. La próxima semana. ¿Te parece bien?

-Todo lo que tú haces está bien, José. Tú eres el jefe de la casa; yo, tu sierva.

-No. Yo soy tu siervo. Yo soy el feliz siervo de mi Señor que crece en tu seno. Bendita tú entre todas las mujeres de Israel. Esta tarde aviso a los parientes. Y después, ya estando yo aquí, nos dedicaremos a preparar todo para recibir... ¡Oh, cómo podré recibir en mi casa a Dios; en mis brazos, a Dios? ¡Moriré de gozo! ¡Jamás podré osar tocarle!

-Podrás, como yo, por gracia de Dios.

-Pero tú, eres tú. ¡Yo soy un pobre hombre, el más pobre de los hijos de Dios!

-Jesús viene por nosotros, pobres, para hacernos ricos en Dios; viene a nosotros dos porque somos los más pobres y reconocemos que lo somos. Exulta, José. La estirpe de David tiene a su Rey esperado, y nuestra casa va a ser más fastuosa que el palacio de Salomón, porque aquí estará el Cielo y compartiremos con Dios el secreto de paz que después conocerán los hombres. Crecerá entre nosotros dos. Nuestros brazos le servirán de cuna al Redentor durante su crecimiento, y nuestras fatigas le procurarán el pan. ¡Oh, José! Oiremos la voz de Dios llamándonos "*padre y Madre!*" ¡Oh!

María llora de alegría; ¡un llanto tan feliz! Y José, arrodillado ahora, a sus pies, llora, con su cabeza casi oculta en el amplio vestido de María, que cae formando pliegues sobre las pobres baldosas de la reducida estancia.



Las bodas

A lo cuatro meses del desposorio José anunció en Nazaret la celebración de las bodas propiamente dichas. Aunque eran una formalidad y los esposos tenían todos los derechos y deberes del matrimonio solían vivir separados hasta las nupcias. La Ley establecía que entre una y otra ceremonia no debía pasar más de un año. Lo esencial era vivir bajo el mismo techo, en este caso la casa de María heredada de Joaquín y Ana.

José estaba lleno de contento y de gozo, y todos se lo notaban pensando que era lo normal. Pero era mucho más. José sabía quién era la madre virgen de la nacería el Mesías según decía Isaías. Era su esposa María y la concepción siguió a su aceptación de la virginidad en desposorio. Era feliz contemplando a María a la que ya quería con todo el corazón, además amaba más a Dios por tener tan cerca la salvación de todos. Entendía su vocación con total luminosidad. María la conoció con el anuncio de un ángel, él la conoció a través de ella, que era como un ángel para él, y así la veía llena de luz. Su pudor le enamoraba y su discreción basada en una total confianza en Dios le admiraba. Su misión en la vida era ser, nada más y nada menos, que el Protector del Mesías y de su bendita Madre. Y lo haría con todas sus fuerzas, desde luego. Todo cuadraba

cuando creía en la oscuridad. Ahora estaba lleno de luz, aunque no sabía cómo se realizaría, pero no importa al lado de lo que ya ha visto y vivido.

Aunque la boda era una formalidad sabia estaba empapada de un profundo sentido religioso, además de la fiesta para todos. El matrimonio se celebraba normalmente en la tarde de un miércoles, para tener los primeros días de la semana para los preparativos. Ordinariamente las bodas eran en otoño, ya recogidas las mieses, y así fue la boda de José y María. La fiesta duraría una semana.

María, antes de la boda, tenía que purificarse con el baño ritual. Las amigas y ancianas la perfumaban y la ataviaban. El vestido era una túnica blanca, ceñida con el mismo cinturón que llevó en los desposorios y un velo blanco la envolvía de la cabeza a los pies. Una corona de mirto le ceñía la frente. Subió a la litera para ser solemnemente acompañada por el cortejo a la casa de José. Diez muchachas vestidas de blanco, con lámparas en la mano, esperaban la llegada del cortejo nupcial. El rabino representando a su padre Joaquín la tomó de la mano derecha y la colocó a la diestra de José diciendo:

-Que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob sea con vosotros y os una; que haga descender sobre vosotros su bendición y os permita ver a los hijos y a los nietos hasta la cuarta generación.

Alfeo con el cáliz de bendición también invocó la bendición de Dios sobre los parientes. Ofreció el cáliz con vino a los esposos que brindaron entre sí. Inmediatamente leyeron el contrato de matrimonio. Los parientes lo confirmaron vaciando el cáliz de vino.

José antes de la ceremonia debía preparar el festín en su casa y la habitación nupcial. Todos se sorprendieron cuando vieron que eran habitaciones separadas, pero sabiendo el embarazo de María salieron pronto de su asombro. El vestido del novio estaba perfumado con incienso y mirra, su cinto era de seda de brillantes colores y sus sandalias estaban cuidadosamente adornadas con listones. Al atardecer se dirigió a casa de María rodeado de compañeros, llamados “los amigos del novio” y los flautistas, tambores y atabales. El cortejo fue creciendo al avanzar. La música, los aplausos y las danzas acompañaban con regocijo.

José salió con María a la puerta de la casa de los padres de ella y todos les cortejaban. Llevaban antorchas y los que se incorporaban a la

comitiva debían llevar antorchas para unirse a ella. Estas lámparas significaban el pacto que Dios hizo con Abraham de que su descendencia sería como las estrellas de los cielos. María al ir a la casa de José llevaba, como era costumbre, el cabello suelto flotando y llevaba el rostro cubierto por el velo. Los invitados tiraban al suelo ramas de palmera y mirto.

Al entrar en la casa de los dos, una de las mujeres ancianas arregló el cabello de María que quedó escondido en el velo. Los esposos eran conducidos a la habitación nupcial, que en su caso era la de María. Se colocó sobre la cabeza de los esposos la larga cinta de pergamino y un velo fino en los cuales estaban escritos versículos de los salmos adecuados para la ocasión. María y José juntos escucharon las siete bendiciones pronunciadas por Alfeo, hermano de José.

La comida, como era costumbre, llena de bendiciones, de alegría y de jolgorio.

El edicto del Cesar

María está trabajando en una tela blanca. La deja para ir a encender una lámpara, pues está atardeciendo y no ve ya bien con la luz verdosa que entra por la puerta entornada que da al huerto. Cierra también la puerta.

Su cuerpo ha engordado, pero sigue muy hermosa. Su paso continúa siendo ágil; todos sus movimientos, donosos. No se ve en Ella ninguna de esas sensaciones de peso que se notan en la mujer cuando está próxima a dar a luz a un niño. Sólo en el rostro ha cambiado. Ahora es "*la mujer*". Antes, cuando el Anuncio, era una jovencita de carita serena e ingenua (como de niño inocente). Luego, en la casa de Isabel, cuando el nacimiento del Bautista, su rostro se había perfeccionado, adquiriendo una gracia más madura. Ahora es el rostro sereno, pero dulcemente majestuoso, de la mujer que ha alcanzado su plena perfección en la maternidad. Ahora el rostro es más alargado y delgado; el ojo, más pensativo y grande. Tiene la eterna juventud de quien no sólo no ha conocido corrupción de muerte, sino que ni siquiera ha conocido el marchitamiento de los años.

María, pues, ahora ya es verdaderamente "*mujer*", llena de dignidad y donaire. Incluso su sonrisa se ha transformado, en dulzura y majestad.

Entra José. Vuelve del pueblo, porque entra por la puerta de la casa y no por la del taller. María levanta la cabeza y le sonríe. También José le sonríe a Ella, no obstante, parece como si lo hiciera forzado, como quien estuviera preocupado. María le observa escrutadora y se levanta para coger

el manto que José se está quitando, para doblarlo y colocarlo encima de un arquibanco.

José se sienta al lado de la mesa. Apoya en ella un codo y la cabeza en una mano mientras con la otra, absorto, se peina y despeina alternativamente la barba.

-¿Estás preocupado por algo?

Pregunta María.

-¿Te puedo servir de consuelo?

-Tú siempre me confortas, María. Pero esta vez es una gran preocupación por ti.

-¿Por mí, José? ¿Y qué es, pues?

-Han puesto un edicto en la puerta de la sinagoga. Ha sido ordenado el empadronamiento de todos los palestinos. Hay que ir a anotarse al lugar de origen. Nosotros tenemos que ir a Belén.

-¡Oh!

Interrumpe María, llevándose una mano al pecho.

-¿Te preocupa, verdad? Es penoso. Lo sé.

-No, José, no es eso. Pienso, pienso en las Sagradas Escrituras: Raquel, madre de Benjamín y esposa de Jacob, del cual nacerá la Estrella, el Salvador. Raquel, que está sepultada en Belén; de la que se dijo: *"Y tú, Belén Efratá, eres la más pequeña entre las tierras de Judá, más de ti saldrá el Dominador"*, el Dominador prometido a la estirpe de David; El nacerá allí.

-¿Piensas que ya ha llegado el momento? ¡Oh! ¿Qué podemos hacer?

José está enormemente preocupado y mira a María con ojos llenos de compasión.

Ella lo percibe, y sonrío. Su sonrisa es más para sí que para él. Es una sonrisa que parece decir: Es un hombre; justo, pero hombre. Y ve como hombre, piensa como hombre. Sé compasiva con él, alma mía, y guíale a la visión de espíritu. Y su bondad la impulsa a tranquilizarle. No mintiendo, sino tratando de quitarle la preocupación, le dice:

-No sé, José. El momento está muy cercano, pero, ¿no podría el Señor alargarlo para aliviarte esta preocupación? El todo lo puede. No temas.

-¡Pero el viaje! Y además, ¡con la cantidad de gente que habrá! ¿Encontraremos un buen lugar para alojarnos? ¿Nos dará tiempo a volver? Y si eres Madre allí, ¿cómo nos las arreglaremos? No tenemos casa. No conocemos a nadie.

-No temas. Todo saldrá bien. Dios provee para que encuentre un amparo el animal que procrea, ¿y piensas que no proveerá para su Mesías? Nosotros confiamos en El, ¿no es verdad? Siempre confiamos en El. Cuanto más fuerte es la prueba, más confiamos. Como dos niños, ponemos

nuestra mano en su mano de Padre. Él nos guía. Estamos completamente abandonados en Él. Mira cómo nos ha conducido hasta aquí con amor. Ni el mejor de los padres podría haberlo hecho con más esmero. Somos sus hijos y sus siervos. Cumplimos su voluntad. Nada malo nos puede suceder. Este edicto también es voluntad suya. ¿Qué es César, sino un instrumento de Dios? Desde que el Padre decidió perdonar al hombre, ha predispuesto los hechos para que su Hijo naciera en Belén. Antes de que ella, la más pequeña de las ciudades de Judá, existiera, ya estaba designada su gloria. Para que esta gloria se cumpla y la palabra de Dios no quede en entredicho –y lo quedaría si el Mesías naciera en otro lugar– he aquí que ha surgido un poderoso, muy lejos de aquí, y nos ha dominado, y ahora quiere saber quiénes son sus súbditos, ahora, en un momento de paz para el mundo. ¡Qué es una pequeña molestia nuestra comparada con la belleza de este momento de paz! Fíjate, José, ¡un tiempo en que no hay odio en el mundo! ¿Existe, acaso, hora más feliz que ésta, para que surja la "*Estrella*" de luz divina y de influjo redentor? ¡Oh, no tengas miedo, José! Si inseguros son los caminos, si la muchedumbre dificulta la marcha, los ángeles serán nuestra defensa y nuestro parapeto; no de nosotros, sino de su Rey. Si no encontramos un lugar donde ampararnos, sus alas nos harán de tienda. Nada malo nos sucederá, no puede sucedernos: Dios está con nosotros.

José la mira y la escucha extático. Las arrugas de la frente se alisan, la sonrisa vuelve. Se pone en pie, ya sin cansancio y sin pena. Sonríe.

- ¡Bendita tú, Sol del espíritu mío! ¡Bendita tú, que sabes ver todo a través de la Gracia que te llena! No perdamos tiempo, pues, porque hay que partir lo antes posible y volver cuanto antes, porque aquí todo está preparado para el... para el...

-Para el Hijo nuestro, José. Tal debe ser a los ojos del mundo, recuérdalo. El Padre ha velado de misterio esta venida suya, y nosotros no debemos descorrer el velo. El, Jesús, lo hará, llegada la hora.



La llegada a Belén

María y José entran por una vía muy transitada. Jumentos que van cargados de todo tipo de cosas y de personas. Jumentos que regresan. La gente azuza a sus cabalgaduras. Otros, los que van a pie, caminan deprisa porque hace frío.

Hay un aire terso y seco, el cielo está sereno; todo tiene, no obstante, ese frío neto de los días de pleno invierno. El campo, desnudo, parece más grande; la hierba de los pastos en que las ovejas buscan un poco de alimento está poco crecida y ya quemada por los vientos invernales, buscan también el sol, que está saliendo poco a poco. Están pegadas las unas a las otras, porque también ellas tienen frío; y balan, levantando el morro y mirando al Sol como diciendo: "*¡Ven pronto, que hace frío!*". El terreno es ondoso. Las sinuosidades se hacen cada vez más netas; es propiamente una zona de colinas, con depresiones herbosas y laderas, con

pequeños valles y cimas. El camino pasa por el medio en dirección sudeste.

María va montada en un borriquillo pardo, toda arropada en su grueso manto. En la parte de adelante de la albardilla está ese arnés ya visto en el viaje hacia Ain Karim; encima, el baulillo con las cosas más necesarias.

José camina al lado llevando las riendas. De vez en cuando le pregunta a María si está cansada.

Ella le mira sonriendo y le responde que no; pero a la tercera vez añade:

-Tú sí que estarás cansado, que vas a pie.

-¡Oh!, ¿yo? Para mí no es nada. Lo que pienso es que si hubiera encontrado otro asno podrías ir más cómoda y además llegaríamos antes. Pero, me ha sido imposible encontrarlo; ahora todos necesitan una cabalgadura. ¡Animo de todas formas! Pronto llegaremos a Belén. Al otro lado de aquel monte está Efratá.

Ahora guardan silencio. La Virgen cuando calla parece recogerse internamente en oración. Sonríe dulcemente por un pensamiento suyo, y, cuando mira a la gente, parece como si no viera en ella lo que es (un hombre, una mujer, un anciano, un pastor, un rico o un pobre), sino eso que sólo Ella ve, un alma.

-¿Tienes frío?

Pregunta José, dado que empieza a levantarse viento.

-No, gracias.

Pero José no se fía. Le toca los pies, que penden por el lado del borriquillo, los pies calzados en las sandalias y que apenas si se ven sobresalir del largo vestido; debe sentirlos fríos porque menea la cabeza y se quita una manta que llevaba en bandolera y arropa con ella las piernas de María, y se la extiende también sobre el regazo, de forma que sus manos, bajo la cobija y el manto, estén bien calientes.

Encuentran a un pastor, que corta el camino con su rebaño, pasando de los pastos de la derecha a los de la izquierda. José se inclina hacia él para decirle algo. El pastor hace un gesto afirmativo. José toma el borriquillo y tira de él detrás del rebaño hasta el prado. El pastor saca de una alforja una tosca escudilla, ordeña a una gruesa oveja de ubres llenas, da la escudilla a José y éste a su vez se la ofrece a María.

-¡Que Dios os bendiga a los dos! –dice María–. A ti, por tu amor; y a ti por tu bondad. Oraré por ti.

-¿Venís de lejos?

-De Nazaret

Responde José.

¿Y vais hacia...?

-A Belén.

-Largo viaje para esta mujer en este estado. ¿Es tu esposa?

-Es mi esposa.

-¿Tenéis dónde ir?

-No.

-¡Mala cosa! Belén está llena de gente llegada de todas partes para inscribirse o para ir a otro lugar. No sé si encontraréis alojamiento. ¿Conoces bien este lugar?

-No mucho.

-Bueno, pues, yo te digo... por Ella (y señala a María). Preguntad por la posada. Estará llena. Más que nada os lo digo como referencia. Está en una plaza, en la más grande. Se llega por este mismo camino, no hay pérdida posible. Delante hay una fuente. La posada es grande y baja y tiene un portal grande. Estará llena. De todas formas, si no encontráis nada en ella ni en las otras casas, id a la parte de atrás de la posada, hacia el campo. En el monte hay unos establos que algunas veces les sirven a los mercaderes que van a Jerusalén para meter a los animales que no tienen sitio en la posada. Son establos –ya sabéis– que están en el monte; por tanto, húmedos, fríos y sin puerta. Pero son al menos un refugio; esta mujer no puede quedarse en la calle. Quizás allí encontráis un sitio y heno para dormir y para el burro. ¡Y que Dios os acompañe!

-¡Y que alegre tus días!

Responde María. José en cambio dice:

-La paz sea contigo.

Vuelven al camino. Salvan una prominencia del terreno desde la que se ve una depresión más vasta limitada por delicadas pendientes. En la cuenca y arriba y abajo por las laderas hay casas y más casas: es Belén.

-Estamos en la tierra de David, María. Ahora podrás descansar. Te veo muy cansada.

-No. Estaba pensando, estoy pensado.

María le coge la mano a José y, sonriendo con gozo, le dice:

-Tengo la firme impresión de que ha llegado el momento.

-¡Dios de misericordia! ¿Qué hacemos?

-No te preocupes, José. Permanece firme. ¿No ves lo tranquila que estoy yo?

-Pero estás sufriendo mucho.

-¡Oh! ¡No! Estoy llena de gozo. Siento un júbilo tal, tan fuerte, tan hermoso, tan incontenible, que mi corazón late fortísimamente y me dice: "*¡Va a nacer! ¡Va a nacer!*". Lo dice en cada latido. Es mi Niño, que llama a mi corazón y me dice: "*Mamá, estoy aquí, vengo a darte el beso de Dios*". ¡Oh, qué alegría, José mío!

José, sin embargo, no está jubiloso. Piensa más bien en la urgencia de encontrar un lugar donde ampararse, y acelera el paso. Puerta por puerta lo solicita. Nada. Todo lleno. Llegan a la posada. Está llena, incluso con

gente prácticamente al raso bajo el rústico pórtico que rodea el vasto patio interior.

José deja a María montada en su burrito, dentro del patio, y sale para buscar en las otras casas. Vuelve desconsolado. No hay ningún sitio. El rápido crepúsculo invernal comienza a extender sus velos. José le suplica al posadero, suplica a los que han venido de fuera: ellos son hombres, y están sanos; aquí hay una mujer que está para dar a luz a un hijo; que tengan piedad. Nada.

Un rico fariseo, que los está mirando con desprecio manifiesto, cuando María se acerca, se separa como si hubiera sido una leprosa la que se hubiera acercado. José le mira, y se le enciende de indignación el rostro. María le pone una mano en su muñeca, para calmarle, y le dice:

-No insistas. Vamos. Dios proveerá.

Salen. Siguen el muro de la posada. Tuercen por una callejuela encajonada entre aquélla y unas casas pobres. Giran hacia la parte de atrás de la posada. Buscan. Hay una especie de grutas. Por lo bajas que son y lo húmedas que están, diría que más que establos son bodegas. Las más lindas ya están ocupadas. José siente caérsele el alma a los pies.

-¡Eh! ¡Galileo!

Le grita por detrás un viejo.

-Allí, en el fondo, bajo aquellas ruinas, hay una guarida. Quizás todavía no se ha metido nadie.

Se apresuran hacia esa "*guarida*". Lo es realmente. Entre las ruinas de lo que sería un edificio, hay una abertura; dentro, una gruta, más que una gruta una cavidad excavada en el monte. Diríase que son los cimientos de la antigua construcción, cuyos restos derrumbados, apuntalados con troncos de árbol casi sin desbastar, hacen de techo.

Para ver mejor, puesto que hay poquísima luz, José trae yesca y piedra de chispa, y enciende una lamparita que ha sacado del talego que lleva cruzado al pecho. Entra. Un mugido le saluda.

-Ven, María; está vacía, sólo hay un buey.

José sonríe.

-¡Mejor que nada!

María baja del burrito y entra.

José ha colgado la lamparita de un clavo que está hincado en uno de los troncos de sostén. Se ve la techumbre llena de telas de araña, y pajas esparcidas por todo el suelo (que es de tierra batida y su superficie es completamente irregular; con hoyos, guijarros, detritos y excrementos). En la parte del fondo, un buey, con heno colgándole de la boca, se vuelve y mira con ojos tranquilos. Hay un tosco taburete y dos piedras en un ángulo

ennegrecido –señal de que en ese lugar se enciende fuego– que está junto a una tronera.

María se acerca al buey. Tiene frío. Le pone las manos sobre el cuello para sentir su calorillo. El buey muge; se deja. Parece como si hubiera comprendido. Se deja también cuando José le separa un poco para coger abundante heno del pesebre para hacerle a María una yacija –el pesebre es doble: en uno come el buey, y, encima, una especie de estante con heno de reserva–; éste es el que coge José. Y le hace sitio al burrito, que, cansado y hambriento, en seguida se pone a comer.

José encuentra también un cubo volcado y todo abollado. Sale – porque fuera había visto un regato– y vuelve con agua para el borriquillo. Luego se hace con un haz de ramajes que estaba en un rincón y trata de barrer un poco el suelo. Después extiende el heno, hace con él una yacija, junto al buey, en el ángulo más seco y resguardado; pero siente que este mísero heno está húmedo, y suspira. Enciende el fuego y, con paciencia, lo seca a manojos cerca del calor.

María, sentada en el taburete, cansada, mira sonriente. Ya está. María se dispone mejor sobre el mullido heno, con los hombros apoyados en un tronco. José termina de aparejar la estancia extendiendo su manto como si fuera una cortina en la apertura que hace de puerta. Una protección muy relativa. Luego le ofrece a la Virgen pan y queso, y le da a beber agua de un boto.

-Duerme ahora -le dice- Yo velaré, para que la lumbre no se apague. Menos mal que hay leña. Esperemos que dure y que arda. Así podré ahorrar aceite de la lámpara.

María se echa obedientemente. José, con la manta que tenía en los pies y con el manto de la misma María, la tapa.

-¿Y tú? Vas a pasar frío.

-No, María. Estoy junto al fuego. Trata de descansar. Mañana irá mejor.

María cierra los ojos sin insistir más. José se pone en su rincón, sentado en el taburete, con unas pocas ramillas secas al lado; no creo que duren mucho.

María está a la derecha, dando la espalda a la puerta, semioculta por el tronco y por el cuerpo del buey, que está recostado ahora en la cama de paja; José a la izquierda y de cara a la puerta, en diagonal por tanto; estando frente al fuego, da la espalda a María, pero, de vez en cuando, se vuelve a mirarla, y la ve tranquila, como si durmiera. Rompe lentamente sus ramitas, y las va echando, una a una, en el débil fuego para que no se apague, para que dé luz, para que la poca leña dure. La única luz, ora más viva, ora mortecina, es la del fuego; la lámpara está ya apagada; en la penumbra resalta sólo el blancor del buey y el del rostro y manos de José. Todo el resto es una masa que se confunde en la penumbra densa.



El Nacimiento de Jesús

En este pobre refugio de piedra María y José han encontrado amparo, unidos en la suerte a unos animales.

El fuegucillo se adormila junto con su guardián. María levanta lentamente la cabeza de su yacija y mira. Ve que José tiene la cabeza reclinada sobre el pecho como si estuviera meditando. Será –piensa– que el cansancio ha sobrepujado su buena voluntad de permanecer despierto, y sonrío bondadosa; luego, con menos ruido del que puede hacer una mariposa posándose en una rosa, se sienta, para después arrodillarse. Ora con una sonrisa de bienaventurada en su rostro. Ora con los brazos extendidos casi en cruz, con las palmas hacia arriba y hacia adelante, y no parece cansarse de esa posición molesta. Luego se postra con el rostro contra el heno, adentrándose aún más en su oración; y la oración es larga.

José sale bruscamente de su sueño; ve mortecino el fuego y casi oscuro el establo. Echa un puñado de tamujo muy fino. La llama vuelve a chispear. Y va añadiendo ramitas cada vez más gruesas; en efecto, el frío debe ser punzante, el frío de esa noche invernal, serena, que penetra por todas las partes de esas ruinas. El pobre José, estando como está cerca de la puerta –llamemos así a la abertura que hace de cortina su manto–, debe

estar congelado. Acerca las manos a la llama, se quita las sandalias, acerca también los pies; así se calienta. Luego, cuando el fuego ha adquirido ya viveza y su luz es segura, se vuelve; no ve nada, ni siquiera la blancura del velo de María que antes dibujaba una línea clara sobre el heno oscuro. Se pone en pie y se acerca despacio a la yacija.

-¿No duermes, María?

Pregunta.

Lo pregunta tres veces, hasta que Ella torna en sí y responde:

-Estoy orando.

-¿No necesitas nada?

-No, José.

-Trata de dormir un poco, de descansar al menos.

-Lo intentaré, pero la oración no me cansa.

-Hasta luego, María.

-Hasta luego, José.

María vuelve a su posición de antes. José, para no ceder otra vez al sueño, se pone de rodillas junto al fuego, y ora. Ora con las manos unidas en el rostro; de vez en cuando las separa para alimentar el fuego, y luego vuelve a su ferviente oración. Menos el ruido del crepitar de la leña y el del asno, que de tanto en tanto pega con una pezuña en el suelo, no se oye nada.

Un inicio de luna se insinúa a través de una grieta de la techumbre. Parece un filo de luz plateada que buscarse a María. Se alarga a medida que la luna va elevándose en el cielo y, por fin, la alcanza. Ya está sobre la cabeza de la orante, nimbándose de candor.

María levanta la cabeza como por una llamada celeste y se yergue hasta quedar de nuevo de rodillas. Ella levanta la cabeza, que parece resplandecer bajo la luz blanca de la luna, y una sonrisa no humana la transfigura. ¿Qué ve? ¿Qué oye? ¿Qué siente? Sólo Ella podría decir lo que vio, oyó y sintió en la hora fúlgida de su Maternidad. Yo sólo veo que en torno a Ella la luz aumenta, aumenta, aumenta; parece descender del Cielo, parece provenir de las pobres cosas que están a su alrededor, parece, sobre todo, que proviene de Ella.

Su vestido, azul oscuro, parece ahora de un delicado celeste; sus manos, su rostro, parecen volverse azulinas, como los de uno que estuviera puesto en el foco de un inmenso zafiro pálido. Este color se va extendiendo progresivamente sobre las cosas, y las viste, las purifica, las hace espléndidas.

El cuerpo de María despide cada vez más luz, absorbe la de la luna, parece como si Ella atrajera hacia sí la que le puede venir del Cielo. Ahora ya es Ella la Depositaria de la Luz, la que debe dar esta Luz al mundo. Y esta venerable, incontenible, inmensurable, eterna, divina Luz que de un momento a otro va a ser dada, se anuncia con una alba, un lucero de la

mañana, un coro de átomos de luz que aumenta, aumenta como una marea, sube, sube como incienso, baja como una riada, se extiende como un velo.

La techumbre, llena de grietas, de telas de araña, de cascotes que sobresalen y están en equilibrio por un milagro de estática, esa techumbre negra, ahumada, repelente, parece la bóveda de una sala regia. Los pedruscos son bloques de plata; las grietas, reflejos de ópalo; las telas de araña, preciosísimos baldaquinos engastados de plata y diamantes. Un voluminoso lagarto, aletargado entre dos bloques de piedra, parece un collar de esmeraldas olvidado allí por una reina; y un racimo de murciélagos en letargo, una lámpara de ónix de gran valor. Ya no es hierba el heno que cuelga del pesebre más alto, es una multitud de hilos de plata pura que oscilan temblorosos en el aire con la gracia de una cabellera suelta.

La madera oscura del pesebre de abajo parece un bloque de plata bruñida. Las paredes están recubiertas de un brocado en que el recamo perlino del relieve oculta el candor de la seda. Y el suelo... ¿Qué es ahora el suelo? Es un cristal encendido por una luz blanca; los salientes parecen rosas de luz arrojadas al suelo como obsequio; los hoyos, cálices valiosos de cuyo interior ascenderían aromas y perfumes.

La luz aumenta cada vez más. El ojo no la resiste. En ella desaparece, como absorbida por una cortina de incandescencia, la Virgen, y emerge la Madre.

Cuando la luz desciende, María está con su Hijo recién nacido en los brazos. Es un Niñito rosado y regordete, que gesticula, con unas manitas del tamaño de un capullo de rosa; que menea sus piecitos, tan pequeños que cabrían en el corazón de una rosa; que emite vagidos con su vocecita trémula; que menea su cabecita, tan rubia que parece casi desprovista de cabellos, una cabecita redonda que su Mamá sostiene en la cavidad de una de sus manos, mirando a su Niño, adorándole, llorando y riendo al mismo tiempo. Se inclina para besarle, no en la inocente cabeza, sino en el centro del pecho, sobre ese corazoncito que palpita.

El buey se ha despertado por el resplandor, se levanta haciendo mucho ruido con las pezuñas, y muge. El asno vuelve la cabeza y rebuzna. Es la luz la que los saca del sueño, quizá hayan querido saludar a su Creador, por ellos mismos y por todos los animales.

José, que, casi en raptó, estaba orando tan intensamente que era ajeno a cuanto le rodeaba, también torna en sí, y por entre los dedos apretados contra el rostro ve filtrarse la extraña luz. Se descubre el rostro, levanta la cabeza, se vuelve. El buey, que está en pie, oculta a María, pero Ella le llama:

-José, ven.

José acude. Cuando ve, se detiene, como fulminado de reverencia, y está casi para caer de rodillas en ese mismo lugar; pero María insiste: - Ven, José.

Y, apoyando la mano izquierda en el heno y teniendo con la derecha estrechado contra su corazón al Infante, se alza y se dirige hacia José, quien, por su parte, se mueve azarado por el contraste entre su deseo de ir y el temor a ser irreverente.

Junto a la cama para el ganado los dos esposos se encuentran, y se miran llorando con felicidad.

-Ven, que ofrecemos a Jesús al Padre.

Dice María.

José se pone de rodillas. Ella, erguida, entre dos troncos sustentantes, alza a su Criatura en sus brazos y dice:

-Heme aquí –por Él, ¡Oh Dios!, te digo esto–, heme aquí para hacer tu voluntad. Y con Él yo, María, y José, mi esposo. He aquí a tus siervos, Señor, para hacer siempre, en todo momento y en todo lo que suceda, tu voluntad, para gloria tuya y por amor a ti.

Luego María se inclina hacia José y, ofreciéndole el Infante le dice:

--Toma, José.

-¿Yo? ¿A mí? ¡Oh, no! ¡No soy digno!

José se siente profundamente turbado, anonadado ante la idea de deber tocar a Dios.

Pero María insiste sonriendo:

-Bien digno eres de ello tú, y nadie lo es más que tú, y por eso el Altísimo te ha elegido. Toma, José, tenle mientras yo busco su ropita.

José, rojo como una púrpura, alarga los brazos y toma ese copito de carne que grita de frío; una vez que lo tiene entre sus brazos, no persiste en la intención de mantenerle separado de sí por respeto, sino que lo estrecha contra su corazón rompiendo a llorar fuertemente:

-¡Oh! ¡Señor! ¡Dios mío!

Y se inclina para besar los piecitos. Los siente fríos y entonces se sienta en el suelo y le recoge en su regazo, y con su indumento marrón y con las manos trata de cubrirle, calentarle, defenderle del cierzo de la noche. Quisiera acercarse al fuego, pero allí se siente esa corriente de aire que entra por la puerta. Mejor quedarse donde está, o, mejor todavía, entre los dos animales, que hacen de escudo al aire y dan calor. Y se pone entre el buey y el asno dando la espalda a la puerta, con su cuerpo hacia el Recién Nacido para hacer de su pecho una hornacina, cuyas paredes laterales son: una cabeza gris, con largas orejas; un hocico grande, blanco, con unos ojos húmedos buenos y un morro que exhala vapor.



María ha abierto el baulillo y ha sacado unos pañales y unas fajas, ha ido al fuego y las ha calentado. Ahora se acerca a José y envuelve al Niño en esos paños calentitos, y con su velo le cubre la cabeza.

-¿Dónde le ponemos ahora?

Pregunta.

José mira alrededor, piensa.

-Mira —dice—, corremos un poco más para acá a los dos animales y la paja, y bajamos ese heno de allí arriba y le ponemos a Él aquí dentro. La madera del borde le resguardará del aire, el heno será su almohada, el buey con su aliento le calentará un poquito. Mejor el buey. Es más paciente y tranquilo.

Y se pone manos a la obra mientras María acuna a su Niño estrechándole contra su corazón, con su carrillo sobre la cabecita para darle calor.



José reaviva el fuego, sin ahorrar leña, para hacer una buena hoguera, y se pone a calentar el heno, de forma que según lo va secando, para que no se enfríe, se lo va metiendo en el pecho; luego, cuando ya tiene suficiente para un colchoncito para el Infante, va al pesebre y lo dispone como una cunita.

-Ya está.

Dice.

-Ahora sería necesaria una manta, porque el heno pica; y además para taparle.

-Coge mi manto.

Dice María.

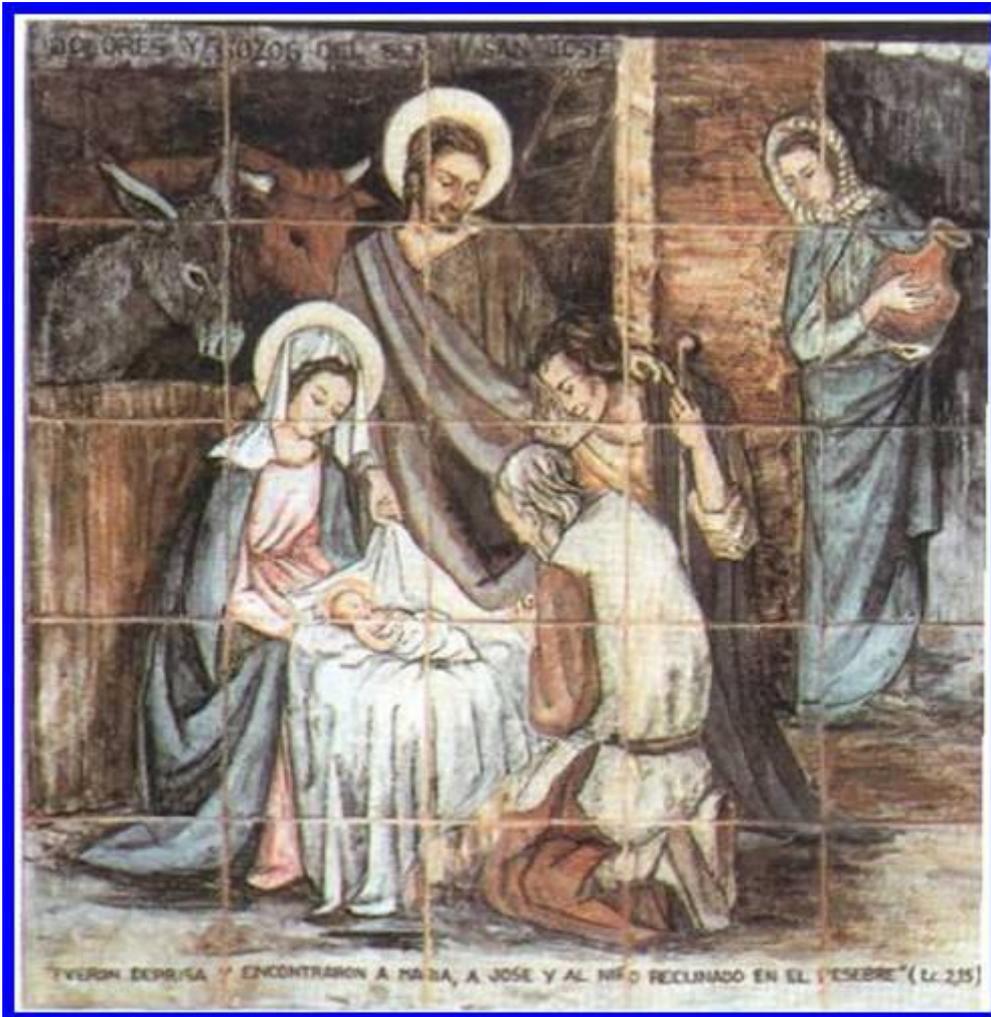
-Vas a tener frío.

-¡Oh, no tiene importancia! La manta es demasiado áspera; el manto, sin embargo, es suave y caliente. Yo no tengo frío en absoluto. ¡Lo importante es que El no sufra más!

José coge el amplio manto de suave lana azul oscura y lo dispone doblado encima de la paja, y deja un borde colgando fuera del pesebre. El primer lecho del Salvador está preparado.

Su Madre, con dulce paso, le lleva al pesebre, en él le coloca, y le tapa con la parte del manto que había quedado fuera y con ella arropa también la cabecita desnuda, que se hunde en el heno, protegida apenas por el fino velo de María. Queda sólo destapada la carita, del tamaño de un puño de hombre, y los dos, inclinados hacia el pesebre, le miran con gozo mientras duerme su primer sueño; en efecto, el calorcito de los paños y de

la paja le ha calmado el llanto y le ha hecho conciliar el sueño al dulce Jesús.



El anuncio a los pastores

La Luna está en su cenit surcando tranquila un cielo colmado de estrellas. Parecen diamantes hincados en un enorme palio de terciopelo azul oscuro; la Luna llena ríe en medio con su cara blanquísima de la que descienden ríos de luz que blanquean la tierra. Los árboles, desnudos, sobre este suelo emblanquecido, parecen más altos y negros; los muros bajos, que acá o allá se levantan como lindes, parecen blancos. Una casita lejana parece un bloque de mármol.

De dentro de un cercado viene, de tanto en tanto, un balar intermitente y breve. Un pastor se asoma a la puerta, se lleva un brazo a la frente para proteger los ojos y mira hacia arriba. Parece imposible que uno tenga que proteger los ojos de la luz de la Luna, pero, en este caso es tan

intensa que ciega, especialmente si uno sale de un lugar cerrado oscuro. Todo está en calma, pero esa luz produce estupor.

El pastor llama a sus compañeros. Salen todos a la puerta: un grupo numeroso de hombres rudos, de distintas edades. Entre ellos hay algunos que apenas si han llegado a la adolescencia, otros ya tienen el pelo cano. Comentan este hecho extraño. Los más jóvenes tienen miedo, especialmente uno, un chiquillo de unos doce años, que se echa a llorar, con lo cual se hace objeto de las burlas de los más mayores.

-¿A qué le tienes miedo, tonto? -le dice el más viejo- ¿No ves qué serenidad en el ambiente? ¿No has visto nunca resplandecer la Luna? ¿Has estado siempre pegado a las faldas de tu madre, como un pollito a la gallina, no? ¡Pues anda que no tendrás que ver cosas! Una vez, yo había llegado hasta los montes del Líbano, e incluso los había sobrepasado, hacia arriba. Era joven, no me pesaba andar –incluso era rico entonces– Una noche vi una luz de tal intensidad que pensé que estuviera volviendo Elías en su carro de fuego. El cielo estaba todo de fuego. Un viejo –entonces el viejo era él– me dijo: "*Un gran advenimiento está para llegar al mundo*". Y para nosotros supuso una desventura, porque vinieron los soldados de Roma. ¡Oh, muchas cosas tendrás que ver, si la vida te da años!

Pero, el pastorcillo ya no le está escuchando. Parece haber perdido incluso el miedo. De hecho, alejándose del umbral de la puerta, dejando a hurtadillas la espalda de un musculoso pastor, detrás del cual estaba refugiado, sale al redil herboso que está delante del cobertizo. Mira hacia arriba y se pone a caminar como un sonámbulo, o como uno que estuviera hipnotizado por algo que le embelesara. Llegado un momento grita:

-¡Oh!

Y se queda como petrificado, con los brazos un poco abiertos.

Los demás se miran estupefactos.

-Pero, ¿qué le pasa a ese tonto?

Dice uno.

-Mañana le mando con su madre. No quiero locos cuidando a las ovejas.

Dice otro.

El anciano que estaba hablando poco antes dice:

-Vamos a ver antes de juzgar. Llamad también a los que están durmiendo y coged palos. No vaya a ser un animal malo o gente malintencionada.

Entran llamando a los otros pastores, y salen con teas y garrotes. Llegan donde el muchacho.

-Allí, allí.

Susurra sonriendo.

-Más arriba del árbol, mirad esa luz que se está aproximando. Parece como si siguiera el rayo de la Luna. Mirad. Se acerca. ¡Qué bonita es!

-Yo lo único que veo es una luz más viva.

-Yo también.

-Yo también.

Dicen los otros.

-No. Yo veo como un cuerpo.

Dice el pastor que ofreció leche a María.

-¡Es un ángel!

Grita el niño.

-Mirad, está bajando, y se acerca ¡De rodillas ante el ángel de Dios!

Un Oh! largo y lleno de veneración se alza del grupo de los pastores, que caen rostro en tierra. Los más ancianos más contra el suelo ante la aparición fulgente. Los jovencitos están de rodillas, pero miran al ángel, que se aproxima cada vez más, hasta detenerse, candor de perla en el candor de luna que le circunda, suspendido en el aire, moviendo sus grandes alas, a la altura de la tapia del recinto.

-No temáis. No vengo como portador de desventura, sino que os traigo el anuncio de un gran gozo para el pueblo de Israel y para todo el pueblo de la tierra.

La voz angélica es como una armonía de arpa acompañada del canto de gargantas de ruseñores.

-Hoy en la ciudad de David ha nacido el Salvador.

Al decir esto mueve sus alas como por un sobresalto de alegría, y una lluvia de chispas de oro y de piedras preciosas parece desprenderse de ellas. Un verdadero arco iris de triunfo sobre el pobre redil.

-el Salvador, que es Cristo.

El ángel resplandece con mayor luz. Sus dos alas, ahora ya detenidas, tendiendo su punta hacia el cielo, como dos velas inmóviles sobre el zafiro del mar, parecen dos llamas que suben ardiendo.

-¡Cristo, el Señor!

El ángel recoge sus dos fúlgidas alas y con ellas se cubre –es como un manto de diamante sobre un vestido de perla–, se inclina como adorando, con las manos cruzadas sobre su corazón; su rostro, inclinado sobre su pecho, queda oculto entre la sombra de los vértices de las alas recogidas. No se ve sino una oblonga forma luminosa, inmóvil durante un poco de tiempo.

Se mueve de nuevo. Vuelve a abrir las alas, levanta ese rostro suyo en que luz y sonrisa paradisiaca se funden, y dice:

-Le reconoceréis por estas señales: en un pobre establo, detrás de Belén, encontraréis a un niño envuelto en pañales en un pesebre, pues para el Mesías no había un techo en la ciudad de David.

El ángel se pone serio al decir esto; más que serio, triste.

Y del Cielo vienen muchos, muchos ángeles semejantes a él, una escalera de ángeles que desciende exultando y anulando la Luna con su resplandor paradisíaco, y se reúnen en torno al ángel anunciador, batiendo las alas, emanando perfumes, con un arpegio de notas en que las más hermosas voces de la creación encuentran un recuerdo, alcanzada en este caso la perfección del sonido. Si la pintura es el esfuerzo de la materia para transformarse en luz, aquí la melodía es el esfuerzo de la música para hacer resplandecer ante los hombres la belleza de Dios; y oír esta melodía es conocer el Paraíso, donde todo es armonía de amor, que de Dios emana para hacer dichosos a los bienaventurados, y que de éstos va a Dios para decirle: ¡Te amamos!

El "*Gloria*" angélico se extiende en ondas cada vez más vastas por los campos tranquilos, y con él la luz. Las aves unen a ello un canto que es saludo a esta luz precoz, y las ovejas sus balidos por este sol anticipado. Es el saludo de los animales a su Creador, que viene a ellos para amarlos como Hombre además de como Dios.

El canto se hace más tenue, y la luz, mientras los ángeles retornan al Cielo.

Los pastores vuelven en sí.

-¿Has oído?

-¿Vamos a ver?

-¿Y las ovejas?

-¡No les sucederá nada! ¡Vamos para obedecer a la palabra de Dios!

-Pero, ¿a dónde?

-¿Ha dicho que ha nacido hoy? ¿Y que no ha encontrado sitio en Belén?

El que habla ahora es el pastor que ofreció la leche.

-Venid, yo sé. He visto a la Mujer y me ha dado pena. He indicado un lugar para Ella, porque pensaba que no encontrarían hospedaje, y al hombre le he dado leche para Ella. Es muy joven y hermosa. Debe ser tan buena como el ángel que nos ha hablado. Venid. Venid. Vamos a coger leche, quesos, corderos y pieles curtidas. Deben ser muy pobres y, ¡quién sabe qué frío no tendrá Aquel a quien no oso nombrar! Y pensar que yo le he hablado a la Madre como si se tratara de una pobre esposa cualquiera!

Entran en el cobertizo y, al poco rato, salen; quién con unas pequeñas cantimploras de leche, quién con unos quesitos de forma redondeada dentro de unas rejillas de esparto entretejido, quién con cestas con un corderito balando, quién con pieles de oveja curtidas.

-Yo llevo una oveja. Ha parido hace un mes. Tiene la leche buena. Les puede venir bien, si la Mujer no tiene leche. Me parecía una niña, ¡y tan blanca! Un rostro de jazmín bajo la luna.

Dice el pastor que ofreció la leche. Y los guía.

Caminan bajo la luz de la luna y de las teas, tras haber cerrado el cobertizo y el recinto. Van por senderos rurales, entre setos de espinos deshojados por el invierno.

Van a la parte de atrás de Belén. Llegan al establo, yendo no por la parte por la que fue María, sino por la opuesta, de forma que no pasan por delante de los establos más lindos, y aquél es el primero que encuentran. Se acercan a la entrada.

-¡Entra!

-No me atrevo

-Entra tú.

-No.

-Mira, al menos.

-Tú, Leví, mira tú que has sido el primero que ha visto al ángel, que es señal de que eres mejor que nosotros.

La verdad es que antes le han llamado loco, pero ahora les conviene que él se atreva a lo que ellos no tienen el valor de hacer.

El muchacho vacila, pero luego se decide. Se acerca a la entrada, descubre un poquito el manto, mira, y se queda extático.

-¿Qué ves?

Le preguntan ansiosos en voz baja.

-Veo a una mujer, joven y hermosa, y a un hombre inclinados hacia un pesebre, y oigo, oigo que llora un niño, y la mujer le habla con una voz ¡Oh, qué voz!

-¿Qué dice?

- Dice: "*¡Jesús, pequeñito! ¡Jesús, amor de tu Mamá! ¡No llores, Hijito!*". Dice: "*Ay, si pudiera decirte: 'Toma la leche, pequeñin'! Pero no la tengo todavía*". Dice: "*¡Tienes mucho frío, amor mío! Y te pincha el heno. ¡Qué dolor para tu Mamá oírte llorar así, y no poderte aliviar!*". Dice: "*¡Duerme, alma mía! ¡Que se me rompa el corazón oyéndote llorar y viéndote verter lágrimas!*", y le besa y se ve que le está calentando los piececitos con sus manos, porque está inclinada con los brazos dentro del pesebre.

-¡Llama! ¡Que te oigan!

-Yo no. Tú, que nos has traído y que la conoces.

El pastor abre la boca, pero se limita a farfullar unos sonidos.

José se vuelve y va a la puerta.

-¿Quiénes sois?

-Pastores. Os traemos comida y lana. Venimos a adorar al Salvador.

-Entrad.

Entran. Las teas iluminan el establo. Los viejos empujan a los niños delante de ellos.

María se vuelve y sonrío.

-Venid, dice. ¡Venid!

Y los invita con la mano y la sonrisa; toma al que había visto al ángel y le acerca hacia sí, hasta el mismo pesebre. El niño mira con felicidad.

Los otros, invitados también por José, se arriman con sus dones y los depositan, con breves y emocionadas palabras, a los pies de María. Luego miran al Niño, que está llorando quedo, y sonríen emocionados y dichosos.

Uno de ellos, más intrépido, dice:

-Toma, Madre. Es suave y está limpia. La había preparado para mi hijo, que está para nacer. Yo te la doy. Arropa a tu Hijo en esta lana; la sentirá suave y caliente.

Y le ofrece una piel de oveja, una piel preciosa de abundante lana blanca y larga.

María alza a Jesús y le envuelve en la piel. Luego se lo muestra a los pastores, los cuales, de rodillas sobre el heno del suelo, le miran extasiados.

Sintiéndose más valerosos, uno de ellos propone:

-Habría que darle un sorbo de leche, o mejor: agua y miel. Pero no tenemos miel. Se les da a los niñitos. Yo tengo siete hijos y entiendo de ello.

-Aquí está la leche. Toma, Mujer.

-Pero está fría. Tiene que ser caliente. ¿Dónde está Elías? Él tiene la oveja.

Elías debe ser el de la leche, pero no está; se había quedado afuera y ahora está mirando por el portillo, y en la oscuridad de la noche se difumina.

-¿Quién os ha conducido aquí?

-Un ángel nos ha dicho que viniéramos, luego Elías nos ha guiado hasta aquí. Pero, ¿dónde está ahora?

La oveja le delata con un balido.

-Ven. Te llaman.

Entra con su oveja, avergonzado por ser el más notado.

-¿Eres tú!

Dice José habiéndole reconocido; María, por su parte, le sonríe diciendo:

-Eres bueno.

Ordeñan a la oveja y, con la punta de un paño embebido de leche caliente y espumosa, María moja los labios del Niño, el cual absorbe ese dulzor cremoso. Todos sonríen, y más aún cuando, con la punta de tela todavía entre sus labiecitos, Jesús se duerme bajo el calor de la lana.

-Pero aquí no podéis quedaros. Hace frío y hay humedad. Y además, demasiado olor a animales. No es bueno, y no está bien para el Salvador.

-Lo sé.

Dice María suspirando profundamente

-Pero, no hay sitio para nosotros en Belén.

-Ánimo, Mujer. Nosotros te buscaremos una casa.

-Se lo digo a mi ama.

Dice el de la leche, Elías.

-Es buena. Os recibirá, aunque tuviera que ceder su propia habitación. Nada más que amanezca se lo digo. Su casa está llena de gente, pero os dejará un sitio.

-Por lo menos para mi Niño. Yo y José podemos estar incluso en el suelo. Pero, para el Pequeño...

-No te angusties, Mujer; yo me ocupo de eso. Y diremos a muchos lo que nos ha sido comunicado. No os faltará nada. Por el momento, recibid lo que nuestra pobreza os puede dar. Somos pastores.

-Nosotros también somos pobres, y no os podemos pagar.

Dice José.

-¡Oh, ni lo queremos! ¡Aunque pudierais, no querríamos! El Señor ya nos ha retribuido. Él ha prometido la paz a todos. Los ángeles decían esto: "*Paz a los hombres de buena voluntad*". Pero a nosotros nos la ha dado ya, porque el ángel ha dicho que este Niño es el Salvador, que es Cristo, el Señor. Somos pobres e ignorantes, pero sabemos que los Profetas dicen que el Salvador será el Príncipe de la Paz. Y a nosotros nos ha dicho que viniéramos a adorarle. Por eso nos ha dado su paz. ¡Gloria a Dios en el Cielo altísimo y gloria a este Cristo suyo, y bendita seas tú, Mujer, que le has engendrado! Eres santa porque has merecido llevarle en ti. Como Reina, mándanos; que servirte será para nosotros motivo de felicidad. ¿Qué podemos hacer por ti?

-Amar a mi Hijo y conservar siempre en el corazón estos pensamientos.

-¿Y para ti? ¿No deseas nada? ¿No tienes familiares a los que quieras comunicar que él ha nacido?

-Sí, los tengo, pero no están cerca de aquí.

-Voy yo.

dice Elías.

-¿Quiénes son?

-Zacarías, el sacerdote, e Isabel, mi prima.

-¿Zacarías? ¡Le conozco bien! En verano subo a esos montes porque tienen pastos abundantes y buenos, y soy amigo de su pastor. Después de que te vea establecida voy adonde Zacarías.

-Gracias Elías.

-Nada de gracias. Es un gran honor para mí, que soy un pobre pastor, ir a hablar con el sacerdote y decirle que ha nacido el Salvador.

-No. Le dirás: "*Ha dicho María de Nazaret, tu prima, que Jesús ha nacido y que vayas a Belén*".

- Eso diré.
- Que Dios te lo pague. Me acordaré de ti, de todos vosotros.
- ¿Le hablarás a tu Niño de nosotros?
- Lo haré.
- Yo soy Elías.
- Y yo, Leví.
- Y yo, Samuel.
- Y yo, Jonás.
- Y yo, Isaac.
- Y yo, Tobías.
- Y yo, Jonatán.
- Y yo, Daniel.
- Simeón, yo.
- Yo me llamo Juan.
- Yo, José; y mi hermano, Benjamín. Somos gemelos.
- Recordaré vuestros nombres.
- Tenemos que marcharnos, pero volveremos. ¡Y te traeremos a otros para adorar!
- ¿Cómo volver al aprisco dejando a este Niño?
- ¡Gloria a Dios que nos lo ha mostrado!
- Déjanos besar su vestido.

Dice Leví con una sonrisa de ángel.

María alza despacio a Jesús y, sentada sobre el heno, ofrece los piececitos arropados para que los besen. Y los pastores se inclinan hasta el suelo y besan esos piececitos minúsculos cubiertos por la tela. Quien tiene barba primero se la adereza. Casi todos lloran y, cuando tienen que marcharse, salen caminando hacia atrás, dejando allí su corazón.

Zacarías llega a Belén

Zacarías llega la casa que ha acogido a la sagrada Familia. La dueña de la casa sale presurosa, por la terraza que circunda la casa, al encuentro del huésped que está llegando. Le acompaña hasta una puerta y llama; luego, discreta, se retira.

José abre y, al ver a Zacarías, exulta de júbilo. Le pasa a una habitación pequeña, de las dimensiones de un pasillo.

-María está dándole la leche al Niño. Espera un poco. Siéntate, que estarás cansado.

Y le deja sitio en su recostadero, sentándose a su lado.

Oigo que José pregunta por el pequeño Juan, y que Zacarías responde:

-Crece vigoroso como un potrillo. De todas formas, ahora está sufriendo un poco por los dientes. Por eso no hemos querido traerle. Hace mucho frío. Así que tampoco ha venido Isabel. No podía dejarle sin la leche. Lo ha sentido mucho; pero, ¡está siendo una estación tan fría!

-Sí, efectivamente, muy fría.

Responde José.

Me dijo el hombre que me enviasteis que cuando nació el Niño estabais sin casa. ¡Lo que habréis tenido que pasar!

-Sí, verdaderamente lo hemos pasado muy mal; pero era mayor el miedo que la precariedad en que nos encontrábamos. Teníamos miedo de que esta precariedad le pudiera perjudicar al Niño. Y los primeros días tuvimos que pasarlos allí. A nosotros no nos faltaba nada, porque los pastores habían transmitido la buena nueva a los betlemitas y muchos vinieron con dones. Pero faltaba una casa, faltaba una habitación resguardada, un lecho, y Jesús lloraba mucho, especialmente por la noche, por el viento que entraba por todas partes. Yo encendía un poco de fuego, pero poco, porque el humo le hacía toser al Niño, y así el frío seguía. Dos animales calientan poco, ¡y menos todavía en un sitio donde el aire entra por todas partes! Faltaba agua caliente para lavarle, faltaba ropa seca para cambiarle ¡Oh! ¡Ha sufrido mucho! Y María sufría al verle sufrir. ¡Sufría yo, con que te puedes hacer una idea Ella, que es su Madre! Le daba leche y lágrimas, leche y amor. Ahora aquí estamos mejor. Yo había hecho una cuna muy cómoda y María había puesto un colchoncito blando. ¡Pero la tenemos en Nazaret! ¡Ah, si hubiera nacido allí, habría sido distinto!

-Pero el Cristo tenía que nacer en Belén. Así estaba profetizado.

María ha oído que hablaban y entra. Está toda vestida de lana blanca. Ya no lleva el vestido oscuro que tenía durante el viaje y en la gruta. Con este de ahora está enteramente blanca; no lleva nada en la cabeza. En sus brazos sí, a Jesús, que está durmiendo, satisfecho de leche, envuelto en sus blancos pañales.

Zacarías se alza reverente y se inclina con veneración. Luego se acerca y mira a Jesús dando señales de un grandísimo respeto. Está inclinado, no tanto para verle mejor, cuanto para rendirle homenaje. María se lo ofrece. Zacarías le toma con tal adoración que parece como si estuviera elevando un ostensorio. Zacarías devuelve Jesús a María.

Se sientan. Zacarías refiere de nuevo –esta vez a María– el motivo por el cual Isabel no ha venido, y cómo ello la ha apenado.

-Durante estos meses ha estado preparando ropa para tu bendito Hijo. Te lo he traído. Está abajo, en el carro.

Se levanta y va afuera. Vuelve con un paquete voluminoso y con otro más pequeño. De uno y de otro –José en seguida le ha liberado del grande– saca inmediatamente los presentes: una suave colcha de lana tejida

a mano, pañales y vestiditos. Del otro, miel, harina blanquísima, mantequilla y manzanas, para María, y tortas amasadas y cocidas por Isabel y muchas otras cositas que manifiestan el afecto maternal de la agradecida prima hacia la joven Madre.

-Le dirás a Isabel que le quedo agradecida, como también a ti. Me habría gustado mucho verla, pero comprendo las razones. También me hubiera gustado ver de nuevo al pequeño Juan.

-Le veréis para la primavera. Vendremos a veros.

Nazaret está demasiado lejos.

Dice José.

-¿Nazaret? Pero si debéis quedaros aquí. El Mesías debe crecer en Belén. Es la ciudad de David. El Altísimo le ha traído, a través de la voluntad de César, a nacer en la tierra de David, la tierra santa de Judea. ¿Por qué llevarle a Nazaret? Ya sabéis qué es lo que piensan los judíos de los nazarenos. El día de mañana este Niño deberá ser el Salvador de su pueblo. La capital no debe despreciar a su Rey por el hecho de despreciar a su ciudad de proveniencia. Vosotros sabéis como yo lo insidioso que es en sus razonamientos el Sanedrín y lo desdeñosas que son las tres castas principales. Además aquí, no lejos de mí, podré ayudaros bastante, y podré poner todo lo que tengo –no tanto de cosas materiales cuanto de dones morales– al servicio de este Recién Nacido. Y cuando esté en edad de entender me sentiré dichoso de ser maestro suyo, como de mi hijo, para que así, incluso, cuando sea mayor, me bendiga. Tenemos que pensar en el gran destino suyo, y que, por tanto, debe poderse presentar al mundo con todas las cartas para poder ganar fácilmente su partida. Está claro que El poseerá la Sabiduría, pero el solo hecho de que haya tenido a un sacerdote por maestro le hará más acepto a los difíciles fariseos y a los escribas, y le facilitará la misión.

María mira a José, José mira a María. Por encima de la cabeza inocente del Niño, que duerme rosado y ajeno a lo que le rodea, se entreteje un mudo intercambio de preguntas. Son preguntas veladas de tristeza. María piensa en su casita; José, en su trabajo. Aquí habría que partir de cero, en un lugar en que, apenas unos días antes, nadie los conocía. En este lugar no hay ninguna de esas cosas amadas dejadas allí, y que habían sido preparadas para el Niño con gran amor.

Y María lo dice:

-¿Cómo hacemos? Allí hemos dejado todo. José ha trabajado para mi Jesús sin ahorrar esfuerzo ni dinero. Ha trabajado de noche, para trabajar durante el día para los demás y ganar así lo necesario para poder comprar las maderas más bonitas, la lana más esponjosa, el lino más cándido, para preparar todo para Jesús. Ha hecho colmenas, ha trabajado hasta de albañil para darle otra distribución a la casa, de forma que la cuna pudiera estar en mi habitación hasta que Jesús fuese más

grande, y que luego pudiese dar espacio a la cama; porque Jesús estará conmigo hasta que sea un jovencito.

-José puede ir a recoger lo que habéis dejado.

-¿Y dónde lo metemos? Como tú sabes, Zacarías, nosotros somos pobres. No tenemos más que el trabajo y la casa. Y ambos nos ayudan para vivir, sin pasar hambre. Pero aquí, trabajo encontraremos, quizás, pero tendremos que pensar de todas formas en una casa. Esta buena mujer no nos puede hospedar permanentemente, y yo no puedo sacrificar a José más de lo que ya lo está por mí.

-¡Oh, yo! ¡Por mí no es nada! Me preocupa el dolor de María, el dolor de no vivir en su casa.

Le brotan a María dos lagrimones.

-Yo creo que debe amar esa casa como el Paraíso, por el prodigio que allí tuvo lugar en Ella. Hablo poco, pero entiendo mucho. Si no fuera por este motivo, no me sentiría afligido. A fin de cuentas, lo único es que trabajaré el doble, pero soy fuerte y joven como para trabajar el doble de lo acostumbrado y cubrir todas las necesidades. Si María no sufre demasiado, si tú dices que se debe hacer así, por mí, aquí estoy. Haré lo que estiméis más justo. Basta con que le sea útil a Jesús.

-Ciertamente será útil. Pensad en ello y veréis los motivos.

-Se dice también que el Mesías será llamado Nazareno.

Objeta María.

-Cierto. Pero, al menos hasta que se haga adulto, haced que crezca en Judea. Dice el Profeta: *"Y tú, Belén Efratá, serás la más grande, porque de ti saldrá el Salvador"*. No habla de Nazaret. Quizás ese apelativo se le dará por un motivo que desconocemos. Pero su tierra es ésta.

-Tú lo dices, sacerdote, y nosotros con dolor te escuchamos, y seguimos tu consejo. ¡Y qué dolor! ¿Cuándo veré aquella casa donde fui Madre?

María llora silenciosamente.



Presentación de Jesús en el Templo

De una casita modesta salen María y José. Por una escalera externa baja la joven madre con el niño en brazos envuelto en un lienzo blanco. Va vestida de blanco y arropada con un manto azul pálido, cubre su cabeza un velo blanco. Lleva con mucho cuidado a su Niño.

Al pie de la escalera la está aguardando José al lado de un burrito pardo con túnica y manto de color marrón claro. Mira a María y le sonríe. Cuando María llega hasta el burrito, José se pasa las riendas del borriquillo al brazo izquierdo y para que María pueda sentarse mejor en la albardilla del asno, toma un momento al Niño, que duerme tranquilo. Luego le vuelve a dar a Jesús y se ponen en camino.

José va andando al lado de María, sujetando siempre por las riendas al jumento y poniendo cuidado en que éste vaya derecho y sin tropiezos. María tiene a Jesús en el regazo, y, como si tuviera miedo a que cogiese

frío, le extiende encima un borde de su manto. Los dos esposos hablan poquísimos, pero se sonríen frecuentemente.

Los dos esposos entran en la ciudad por una puerta y comienzan el recorrido por la calzada urbana, hecha de adoquines muy separados. El camino es ahora mucho más difícil, ya porque hay un tráfico que en todo momento hace que el burro se detenga, ya porque éste, por las piedras y los agujeros de las piedras que faltan, haga continuamente movimientos bruscos, los cuales incomodan a María y al Niño.

La calle no es horizontal; sube, aunque ligeramente; es estrecha, entre casas altas de puertecitas estrechas y bajas, de escasas ventanas que dan a la calle. Arriba el cielo se asoma en multitud de listas azules entre unas casas y otras, o más exactamente entre unas terrazas y otras; abajo, en la calle, hay gente y rumor de voces, y se cruzan otras personas a pie o en burros, o llevando jumentos cargados, y otras que van detrás de una caravana de camellos que dificulta el paso. En un momento dado, pasa, con gran ruido de cascos y de armas, una patrulla de legionarios romanos, que desaparece tras un arco que está a caballo de uno y otro lado de una vía muy estrecha y pedregosa.

José gira a la izquierda y toma una calle más ancha y más bonita.

Al fondo de la misma hay un muro almenado.

María, al llegar a una puerta en que hay una especie de paradero para otros burros, baja del suyo. José da algunas monedas a un hombre que ha venido. Con ellas se procura un poco de heno, luego saca un cubo de agua de un pozo tosco que hay en un ángulo y da las dos cosas al burrito. Después se llega de nuevo hasta donde María y ambos entran en el recinto del Templo.

Se dirigen, primero, hacia un pórtico donde están aquellos a quienes Jesús, pasado el tiempo, pegará egregiamente con un azote, o sea, los vendedores de tórtolas y corderos y los cambistas. José compra dos pichones blancos. No cambia el dinero. Se entiende que tiene ya el que necesita.

José y María se dirigen hacia una puerta lateral que tiene ocho escalones —el cubo del Templo está elevado respecto al resto del suelo—. Esta tiene un gran atrio. En él, a la derecha y a la izquierda, hay como dos altares, dos volúmenes rectangulares.

Viene un sacerdote. María ofrece los dos pobres pichones, y yo, que comprendo cuál será su suerte, dirijo la mirada a otra parte. Observo la decoración de la recargadísima puerta, del techo y del atrio. Me parece ver con el rabillo del ojo que el sacerdote asperje a María con agua. Debe ser agua porque no veo manchas en su vestido. Luego María, que junto con los dos pichones había dado un montoncillo de monedas al sacerdote, entra con José en el Templo propiamente dicho, acompañada por el sacerdote.

Es un lugar decorado con cabezas de ángeles esculpidas y palmas y ornatos se extienden por las columnas, las paredes y el techo. La luz penetra por unas curiosas ventanas alargadas, estrechas y abiertas en diagonal con respecto a la pared. Supongo que será para impedir que entre el agua cuando llueve torrencialmente. María se adentra hasta un determinado punto en que se detiene. Unos metros más adelante hay otros escalones y encima hay otra especie de altar, tras el cual hay otra construcción.

Se encuentran en lo que rodea al Templo propiamente dicho, o sea, al Santo; traspasar su linde, aparte de los sacerdotes, parece que nadie puede hacerlo.

María ofrece el Niño –que se ha despertado y dirige a su alrededor sus ojitos inocentes, con esa mirada de asombro propia de los niños de pocos días– al sacerdote. Este le toma y le eleva extendiendo los brazos, vuelto hacia el Templo, dando la espalda a esa especie de altar que está encima de aquellos escalones. El rito ha quedado cumplido. La Madre recibe de nuevo al Niño y el sacerdote se marcha.

Algunos miran curiosos. Entre ellos se abre paso un viejecito que camina encorvado apoyándose en un bastón. Se acerca a María y le solicita por un momento al Pequeño. María, sonriendo, se lo concede. Simeón le toma y le besa. Jesús le sonrío con ese gesto mimoso, incierto, de los lactantes. Parece que le observa curioso, porque el viejecillo llora y ríe al mismo tiempo, y sus lágrimas crean todo un bordado de destellos que se insinúa entre las arrugas y que perla su larga barba blanca hacia la cual Jesús tiende sus manitas. Es Jesús, pero es un niño pequeño, y todo lo que se mueve delante de Él atrae su atención, y se le antoja cogerlo para entender mejor lo que es. María y José sonrían, como también las otras personas que están presentes, que celebran la hermosura del Niño.



Muchos conocían al anciano pues subía todos los días al Templo y miraba a todos los niños que se presentaban al Señor, que eran bastantes. Algunos sabían el motivo, pues Simeón lo decía sin apuros: que le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Sus palabras eran escuchadas porque había un ambiente de que era el tiempo, y se hacían cálculos con la profecía de Daniel y con otros signos y escritos. Simeón le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo en voz alta que por fin ha llegado el momento profetizado para él y declara que no le importa morir pues se ha cumplido lo prometido:

- Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz.

Ante las palabras del santo anciano se advierte el asombro de José, la mirada emocionada de María, y las de la pequeña multitud (unos asombrados y emocionados, otros, al oír las palabras del anciano, ríen irónicamente). Entre éstos hay algún barbudo y pomposo miembro del Sanedrín, y menean la cabeza mirando a Simeón con irónica piedad. Deben pensar que ha perdido la razón por la edad.

Después de esta expansión que reúne a los que la oyen añade:

- Porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado a la vista de todos los pueblos, luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel.

Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él. Todos los presentes cuchichean:

-¿Qué ve en el Niño? Es como los otros, tiene cuarenta días.

- Es de Belén

-Luz de los gentiles. ¿También los romanos? Isaías dice algo parecido.

- ¡Gloria de Israel! Después de tantos siglos de desgracias, y sus padres son pobres, no han traído más que dos tórtolas.

Simeón se dirige ahora a los padres con el Niño aún en sus brazos, los bendijo y dijo a María, su madre:

-Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción.

Profecía terrible como la de los grandes profetas y dicha en el Templo. Y más directamente a María.

-¡Y a ti misma una espada te atravesará el alma!

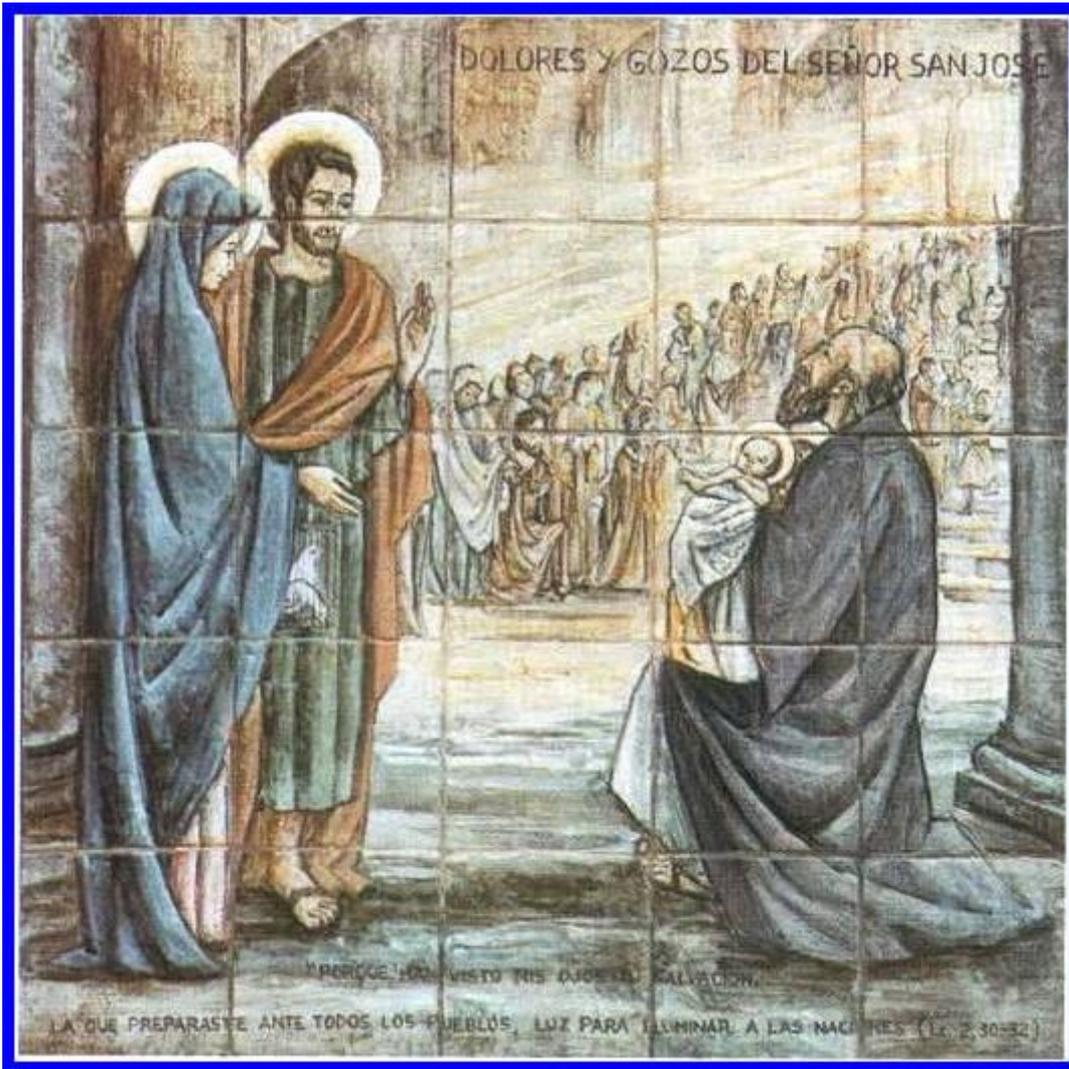
La sonrisa de María se difumina en su avivada palidez cuando Simeón le anuncia el dolor. A pesar de que Ella ya lo sepa, esta palabra le traspasa el espíritu. Se acerca más a José, María, buscando consuelo; estrecha con pasión a su Niño contra su pecho.

Y mirando a todos los presentes y a todo el templo como el que ve mucho más allá dice más fuerte:

-A fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones.

María está emocionada y bebe, como alma sedienta, las palabras de Ana, la cual, siendo mujer, siente compasión de su sufrimiento y le promete que el Eterno le mitigará con sobrenatural fuerza la hora del dolor.

-Mujer, a Aquel que ha dado el Salvador a su pueblo no le faltará el poder de otorgar el don de su ángel para confortar tu llanto. Nunca les ha faltado la ayuda del Señor a las grandes mujeres de Israel, y tú eres mucho más que Judit y que Yael. Nuestro Dios te dará corazón de oro purísimo para aguantar el mar de dolor por el que serás la Mujer más grande de la creación, la Madre. Y tú, Niño, acuérdate de mí en la hora de tu misión.



Adoración de los Magos

Belén, pequeña y blanca, está recogida bajo el claror de las estrellas. Dos calles principales la cortan en cruz: una, que llega desde fuera, y es la vía principal, que luego prosigue más allá del pueblo; la segunda va de un extremo a otro de éste, y ahí termina. Hay otras callecitas que dividen a este pueblecito, pero sin la más mínima norma de planificación, adaptándose al terreno sinuoso y a las casas que han ido surgiendo aquí o allá, según el capricho del suelo o del constructor. Estando unas hacia la derecha, otras hacia la izquierda, algunas formando arista con la calle que pasa por ellas, estas casas obligan a las calles a ser como una cinta que se desenrede tortuosamente, en vez de algo rectilíneo que vaya de una a otra parte sin desviarse. Una placita de vez en cuando, o bien por un mercado, o bien por una fuente, o porque se ha construido desperdigadamente sin criterio.

En una de estas placitas irregulares que debería haber sido cuadrada, o, al menos, rectangular. En el lado más largo hay una construcción ancha y baja, la más grande del pueblo. La rodea un muro liso y desnudo, abierto sólo en dos puntos: dos puertas, que ahora están perfectamente cerradas. Al otro lado del muro, sin embargo, en su vasto cuadrado, se abren en el primer piso muchas ventanas; en la planta baja hay unos pórticos que rodean a unos patios que tienen paja y detritos en el suelo y sus correspondientes pilones para abrevar a los caballos o a otros animales. En las toscas columnas de las arcadas hay unas argollas para atar a los animales, y, en uno de los lados, existe un vasto cobertizo para cobijar a rebaños y cabalgaduras. Es la posada de Belén.

En los otros dos lados iguales de la placita hay casas más o menos grandes, unas con un poco de huerto delante, otras no; efectivamente, algunas de ellas tienen la fachada hacia la plaza, mientras que otras, por el contrario, la parte de atrás. Finalmente, en el lado más corto, de frente al caravasar, hay una única casita con una escalerita externa que introduce a mitad de la fachada en las habitaciones del piso habitado. Todas las casas están cerradas porque es de noche. No hay nadie por las calles, dada la hora.

Al intensificarse la luz nocturna, las estrellas, hermosísimas en el cielo oriental, son tan vivas y grandes que parecen cercanas. El origen de este aumento de luz proviene de una estrella, cuyo insólito tamaño le hace asemejarse a una pequeña Luna, avanza por el cielo de Belén. Las otras parecen eclipsarse y apartarse, cual siervas al paso de su reina, pues el resplandor es tan grande que las sumerge y las anula. Su globo, que parece un enorme zafiro pálido encendido internamente por un Sol, va dejando una estela en la que con el predominante color del zafiro claro se funden los amarillos de los topacios, los verdes de las esmeraldas, los opalescentes de los ópalos, los sanguíneos destellos de los rubíes y el delicado titilar de las amatistas. Todas las piedras preciosas de la Tierra están presentes en esa estela que barre el cielo con un movimiento veloz y ondulante, como si estuviera viva. El color que predomina, no obstante, es el que emana del globo de la estrella: el paradisíaco color de pálido zafiro que desciende a colorar de plata azul las casas, las calles, el suelo de Belén, cuna del Salvador. No es ya esa pobre villa que para nosotros no sería ni siquiera un pueblo; es una villa fantástica de fábula, en que todo es de plata, y el agua de las fuentes y de los pilones es de diamante líquido.

El efluvio de resplandor se hace más vivo. La estrella se detiene encima de la casita que está situada en el lado más corto de la plazuela. Ni los que en aquélla habitan ni los betlemitas la ven, pues están durmiendo en sus casas cerradas. Pero la estrella acelera sus latidos de luz; su cola vibra y ondula más intensamente trazando casi semicírculos en el cielo, que se ilumina todo por la red de astros que la estrella arrastra, por esta red

llena de joyas resplandecientes que tiñen de los más hermosos colores a las otras estrellas, casi como si les transmitieran una palabra de alegría.

La casita ahora está toda bañada de este fuego líquido de gemas. El techo de la breve terraza, la escalerita de piedra oscura, la pequeña puerta, todo es como un bloque de pura plata sembrado todo de polvo de diamantes y perlas. Ningún palacio de la Tierra ha tenido jamás, ni la tendrá, una escalera como ésta, hecha para recibir el paso de los ángeles, para ser usada por la Madre que es Madre de Dios; sus pequeños pies de Virgen Inmaculada pueden apoyarse sobre ese cándido esplendor, esos sus pequeños pies destinados a descansar sobre los escalones del trono de Dios. Y, sin embargo, la Virgen está ajena de ello; Ella vela orante junto a la cuna de su Hijo. En su alma tiene resplandores que superan a éstos con que la estrella embellece las cosas.

Por la calle principal avanza una caravana. Caballos enjaezados, caballos guiados de las riendas, dromedarios y camellos montados o que transportan su carga. El sonido de los cascos produce un rumor como el del agua de un torrente cuando roza las piedras y choca contra ellas. Llegados a la plaza, todos se detienen. La caravana, bajo la luz radiante de la estrella, tiene un esplendor fantástico. Los jaeces de las riquísimas cabalgaduras, los indumentos de sus jinetes, las caras, los equipajes, todo resplandece, uniendo y avivando su brillo de metal, de cuero, de seda, de piedras preciosas, de pelaje, con el brillo estelar. Y los ojos relucen, y ríen las bocas, porque en los corazones se ha encendido otro fulgor: el de una alegría sobrenatural.

Mientras los siervos se encaminan hacia el caravasar con los animales, tres de la caravana se bajan de sus respectivas cabalgaduras; un siervo las conduce inmediatamente a otra parte, y ellos, a pie, se dirigen hacia la casa. Se postran, rostro en tierra, para besar el suelo. Son tres potentados, a juzgar por sus riquísimas vestiduras. Uno de ellos, de piel muy oscura, que se ha bajado de un camello, se arroja con una toga de cándida seda esplendente; ciñen su frente y su cintura preciosos aros; del de la cintura pende un puñal o una espada, cuya empuñadura está cuajada de gemas. Los otros dos, que montaban espléndidos caballos, están vestidos así: uno, de paño de rayas bellísimo en que predomina el color amarillo, largo, ornado con capucha y cordón, tan recamados que parecen una única labor de filigrana de oro; el otro lleva una camisa sedaña, que, formando bolsas, sobresale del pantalón amplio y largo ceñido a los pies, y va envuelto en un finísimo chal, tan ornado todo él de flores y tan vivas éstas, que asemeja a un jardín florido, y lleva en la cabeza un turbante sujetado por una cadenita, toda ella con engastes de diamantes.

Tras haber venerado la casa en que está el Salvador, se ponen de nuevo en pie y se dirigen al caravasar, ya abierto a los pajes que se habían adelantado para llamar a la puerta.

Ya es de día. Un hermoso Sol resplandece en el cielo de la tarde. Un paje de los tres Magos cruza la plaza y sube la escalerita de la casa. Entra. Vuelve a salir. Regresa a la posada.

Salen los tres Sabios, cada uno seguido de su propio paje. Atraviesan la plaza. Los escasos transeúntes se vuelven a mirar a estos pomposos personajes que pasan muy lentamente, con solemnidad. Entre cuando el paje ha entrado y la entrada de éstos, ha transcurrido ampliamente un cuarto de hora; los habitantes de la casita así han podido prepararse para recibir a los que llegan. Los tres están vestidos aún más ricamente que la noche precedente. Las sedas resplandecen, las gemas brillan, un gran penacho de preciosas plumas, sembrado de escamas aún más preciosas, ondula trémulo e irradia destellos sobre la cabeza del que lleva el turbante.

Los pajes llevan: uno, un cofre todo taraceado, cuyos refuerzos metálicos son de oro burilado; el segundo, una labradísima copa, cubierta por una aún más labrada tapa, toda de oro; el tercero, una especie de ánfora ancha y baja, también de oro, cubierta con una tapa en forma de pirámide en cuyo vértice hay un brillante. Debe pesar, pues los pajes lo llevan con esfuerzo, especialmente el del cofre.

Suben por la escalera y entran. Entran en una habitación que va de la parte de la calle al dorso de la casa. Por una ventana abierta al sol, se ve el huertecillo posterior. Hay puertas en las otras dos paredes; desde ellas los propietarios curiosean. Estos son: un hombre, una mujer y tres o cuatro niños y jovencitos.

María está sentada con José, en pie, a su lado. Tiene al Niño en su regazo. No obstante, cuando ve entrar a los tres Magos, se levanta y hace una reverencia. Está toda vestida de blanco que la cubre desde la base del cuello hasta los pies, desde los hombros hasta sus delgadas muñecas; qué hermosa, con su cabeza pequeña coronada de trenzas rubias, con ese rostro suyo más vivamente rosado por la emoción, con esos ojos que sonríen dulcemente, con esa su boca que se abre para saludar diciendo:

-Dios sea con vosotros.

Tanto es así, que los tres Magos, impresionados, se detienen un instante. Pero luego caminan otro poco y se postran a sus pies. Y le ruegan que se siente.

Ellos no, no se sientan, a pesar de los ruegos de Ella; permanecen de rodillas, relajados sobre los talones. Detrás, también de rodillas, los tres pajes; se han detenido apenas traspasado el umbral de la puerta, han depositado delante de ellos los tres objetos que llevaban y están esperando.

Los tres Sabios contemplan al Niño, que puede tener de nueve meses a un año, con un aspecto muy vivaz; está sentado sobre el regazo de su Mamá, y sonríe y balbucea con una vocecita de pajarillo. Está vestido todo de blanco como su Mamá; en sus diminutos piececitos, unas pequeñas sandalias. Es un vestidito muy sencillo: una tuniquita de la que sobresalen

los bonitos piecitos inquietos y las manitas gorditas que querrían agarrar todas las cosas, y, sobre todo, la lindísima carita en que brillan los ojos azul oscuros y la boca hace hoyitos a los lados riendo y descubriendo los primeros dientecitos diminutos.

El más anciano de los Sabios toma la palabra en nombre de los tres, para explicarle a María que durante una noche del pasado diciembre vieron encenderse una nueva estrella en el cielo, de inusitado esplendor. Jamás las cartas del cielo habían registrado ese astro, jamás lo habían mencionado. No se conocía su nombre, porque no lo tenía. Nacida, entonces, del seno de Dios, esa estrella había brillado para manifestar a los hombres una bendita verdad, un secreto de Dios. Pero los hombres no le habían prestado atención, porque tenían hundida el alma en el fango; no alzaban la mirada hacia Dios y no sabían leer las palabras que Él escribe –alabado sea eternamente por ello– con astros de fuego en la bóveda del cielo.

Ellos la habían visto y se habían esforzado por entender su voz. Y, perdiendo contentos el poco sueño que concedían a sus miembros, y aun olvidándose del alimento, se habían sumido en el estudio del zodiaco; las conjunciones de los astros, el tiempo, la estación, el cálculo de las horas pasadas y de las combinaciones astronómicas les habían dicho el nombre y el secreto de la estrella. Su nombre: "*Mesías*"; su secreto: "*ser el Mesías venido al mundo*". Y se habían puesto en camino para adorarle. Cada uno de ellos sin que los otros lo supieran. Por montes y desiertos, por valles y ríos, viajando incluso durante la noche, habían venido hacia Palestina, porque la estrella se movía en esa dirección. Para cada uno de ellos, desde tres puntos distintos de la tierra, se movía en esa dirección. Se habían encontrado después del Mar Muerto. La voluntad de Dios los había reunido allí, y juntos habían continuado, comprendiéndose a pesar de que cada uno hablaba su propia lengua, y comprendiendo y pudiendo hablar la lengua del país por un milagro del Eterno.

Juntos se habían dirigido a Jerusalén, dado que el Mesías debía ser el Rey de esta ciudad, el Rey de los judíos; pero en el cielo de esa ciudad la estrella se había ocultado, sintiendo ellos romperseles de dolor el corazón, y se habían examinado para saber si quizás se hubieran hecho indignos de Dios. Pero, habiéndolos tranquilizado su conciencia, fueron adonde el rey Herodes para preguntarle en qué palacio había nacido el Rey de los judíos que ellos habían venido a adorar. El rey, convocados los príncipes de los sacerdotes y los escribas, había interrogado acerca del lugar en que podía nacer el Mesías, a lo que éstos habían respondido:

-En Belén de Judá.

Y habían venido hacia Belén. La estrella, dejada ya la Ciudad santa, había aparecido de nuevo ante sus ojos, y, de noche, el día anterior había aumentado su resplandor, el cielo todo era un fuego; luego se había parado sobre esta casa, reuniendo toda la luz de las otras estrellas en su haz

luminoso. Así, habían comprendido que ahí estaba el Nacido divino. Y ahora le estaban adorando, ofreciendo sus pobres presentes y, sobre todo, su propio corazón, el cual jamás cesaría de bendecir a Dios por la gracia concedida y de amar a su Hijo, cuya santa Humanidad estaban viendo. Luego volverían a informar al rey Herodes, pues también él deseaba adorarlo.

-Este es el oro que a todo rey corresponde poseer; esto, el incienso, como corresponde a Dios; y esto, ¡Oh Madre!, esto es la mirra, porque tu Hijo es, además de Dios, Hombre, y habrá de conocer, de la carne y de la vida humana, la amargura y la inevitable ley de la muerte. Nuestro amor quisiera no pronunciar estas palabras y concebirle eterno también en la carne como eterno es su Espíritu. Pero, ¡Oh Mujer!, si nuestros mapas, y, sobre todo, nuestras almas, no yerran, Él es, este Hijo tuyo, el Salvador, el Cristo de Dios, y, por tanto, deberá, para salvar a la Tierra, cargar sobre sí mismo el peso del mal de la Tierra, uno de cuyos castigos es la muerte. Esta resina es para esa hora, para que la carne santa no conozca la podredumbre de la corrupción y conserve la integridad hasta su resurrección. ¡Y que por este presente nuestro Él se acuerde de nosotros y salve a sus siervos dándoles su Reino!

-De momento –añade– Ella, la Madre, para ser santificados por El, dé a su Niño a nuestro amor, para que, besando sus pies, descienda sobre nosotros la bendición celeste.

María, que ha superado la turbación suscitada por las palabras del Sabio y ha celado la tristeza de la fúnebre evocación bajo una sonrisa, ofrece al Niño. Lo deposita en los brazos del más anciano, que le besa –y Jesús le acaricia– y luego le pasa a los otros dos.

Jesús sonríe y juguetea con las cadenitas y las cintas de los indumentos de los tres, y mira con curiosidad el cofre abierto, lleno de una cosa amarilla que brilla, y ríe al ver que el sol hace un arco iris al herir el brillante de la tapa de la mirra.

Los tres Magos devuelven el Niño a María y se levantan. También se pone en pie María. Inclinan mutuamente la cabeza en gesto de reverencia. Antes el más joven había dado una orden al siervo y éste había salido. Los tres siguen hablando todavía un poco. No saben decidirse a separarse de esa casa. Lágrimas de emoción en sus ojos. Al final se dirigen hacia la salida acompañados por María y José.

El Niño ha querido bajar y darle la manita al más anciano de los tres, y anda así, de la mano de María y del Sabio, los cuales se inclinan para tenerle de la mano. Jesús, con su pasito todavía inseguro de infante, ríe, golpeando con sus piececitos sobre la franja que el sol dibuja en el suelo.

Llegados al umbral de la puerta –téngase presente que la habitación tenía la misma amplitud de la casa– los tres se despiden arrodillándose una vez más y besando los piececitos de Jesús. María, inclinada hacia el

Pequeñuelo, le toma la manita y la guía y hace así ésta un gesto de bendición sobre la cabeza de cada uno de los Magos. Es éste ya un signo de cruz trazado por los pequeños dedos de Jesús, guiados por María.

Tras ello, los tres bajan la escalera. La caravana ya está ahí esperando preparada. Los bullones de las cabalgaduras reflejan el Sol del ocaso. La gente se ha agolpado en la placita para ver este insólito espectáculo. Jesús ríe dando palmadas con sus manitas. Su Mamá le ha alzado y le ha apoyado en el ancho parapeto que limita el descansillo, y le tiene con un brazo sujeto contra su pecho para que no se caiga. José, que ha bajado con los tres Magos, sujeta a cada uno de ellos el estribo al subirse éstos a los caballos o al camello.

Ya todos, siervos y señores, están a caballo. Se da orden de marcha. Los tres, como último saludo, se inclinan hasta tocar el cuello de la cabalgadura. José hace una reverencia. María también, volviendo a guiar la manita de Jesús en un gesto de adiós y bendición.

José sabe estar dignamente en "su" puesto. Está presente como custodio y tutor de la Pureza y de la Santidad, pero sin usurpar sus derechos. María, con su Jesús, es quien recibe dones y palabras; José exulta por Ella y no se siente herido de ser una figura secundaria. José es un justo, es el Justo, y es justo siempre, y en este momento también lo es. No se embriaga con los vapores de la fiesta. Permanece humilde, justo.

Se alegra de esos regalos. No por él mismo, sino pensando que con ellos va a poder hacerles más cómoda la vida a su Esposa y a su dulce Niño. En José no hay avaricia. Es un trabajador y va a seguir trabajando; pero otra cosa es que "Ellos", sus dos amores, puedan vivir con desahogo y comodidad. Ni él ni los Magos saben que esos regalos van a ser útiles para una fuga, para una vida en el exilio (en las que los haberes se disipan como una nube bajo la acción del viento), y para regresar a la patria, tras haber perdido todo: clientes, mobiliario, enseres; sólo con las paredes de la casa, que Dios protegería ese lugar donde Él se había unido a la Virgen y se había hecho Carne.

José es humilde –él, que es custodio de Dios y de la Madre de Dios y Esposa del Altísimo– hasta el punto de sujetar el estribo a estos vasallos de Dios. Es un pobre carpintero, debido a que el despotismo humano ha despojado a los herederos de David de sus regios haberes, pero sigue siendo de estirpe real y posee rasgos de rey. De él hay que decir también: "Es humilde porque es realmente grande".



La huida a Egipto

Es de noche. José está durmiendo en su modesto lecho, en su diminuta habitación. Su sueño es pacífico, como el de quien está descansando del mucho trabajo cumplido con honradez y diligencia.

En la oscuridad de la estancia, oscuridad apenas interrumpida por un hilo de luz lunar que penetra por una rendija de la hoja de la ventana, que está sólo entornada, no cerrada del todo, como si José tuviera calor en esta pequeña habitación, o como si quisiera tener ese hilo de luz para saberse medir al amanecer y levantarse diligentemente. Está girado sobre uno de los lados, y sonríe mientras duerme, quién sabe ante qué visión que está soñando.

Pero su sonrisa se transforma en congoja. Emite el típico suspiro profundo de quien está teniendo una pesadilla, y se despierta sobresaltado. Se sienta en la cama, se restriega los ojos, mira a su alrededor, y mira hacia

la ventanita de la que proviene ese hilo de luz. Es plena noche; no obstante, coge la prenda de vestir que está extendida a los pies de la cama y, todavía sentado en el lecho, se la pone encima de la túnica blanca de manga corta que tenía sobre la piel. Levanta las mantas, pone los pies en el suelo y busca las sandalias. Se las pone y se las ata. Se pone en pie y se dirige hacia la puerta que está frente a su cama; no hacia la que está lateral a la misma y que conduce al salón en que fueron recibidos los Magos.

Llama suavemente con la punta de los dedos: un casi insensible tic-tic. Abre con cuidado la puerta y la vuelve a entornar sin hacer ruido. Antes de ir a la puerta había encendido una lamparita de aceite, de una sola llama; por tanto, se ilumina con ella. Entra en una habitación sólo un poco más grande que la suya, con una cama pequeña y baja al lado de una cuna, ya ardía una lamparita: la llamita oscilante, en un rincón, parece una estrellita de luz tenue y dorada que permite ver sin molestar a quien esté dormido.

Pero María no está dormida, está arrodillada junto a la cuna. Tiene un vestido claro y está orando, y velando a Jesús, que duerme tranquilo. Jesús tiene la edad de cuando vinieron los Magos. Es un niño de un año aproximadamente, y está durmiendo, con su cabecita ensortijada hundida en la almohada y una manita bien cerrada junto a la garganta.

-¿No duermes?

Pregunta José en voz baja denotando asombro.

-¿Por qué? ¿Jesús no está bien?

-¡Oh, no! Él está bien. Yo estoy rezando. Luego me echaré a dormir.

¿Por qué has venido, José?

Mientras habla, María sigue arrodillada donde estaba antes.

José, en voz bajísima para no despertar al Niño, pero en tono apremiante, dice:

-Tenemos que irnos de aquí en seguida, en seguida. Prepara el baulillo y un fardo con todo lo que puedas meter en ellos. Yo me encargo de preparar lo demás, llevaré lo más que pueda. Cuando empiece a clarear huimos. Lo haría incluso antes, pero tengo que hablar con la dueña de la casa.

-¿Y por qué esta huida?

-Después te lo explico mejor. Es por Jesús. Un ángel me ha dicho: "Toma al Niño y a la Madre y huye a Egipto". No pierdas tiempo. Yo ya empiezo a preparar todo lo que pueda.

No era necesario decirle a María que no perdiese tiempo. Apenas ha oído hablar de ángel, de Jesús y de huida, ha comprendido que un peligro se cierne sobre su Criatura, y de un salto se ha puesto en pie; su cara más blanca que un cirio, una mano contra el pecho, angustiada. En seguida se ha puesto en movimiento, ágil, ligera, y ha empezado a colocar la ropa de vestir en el baulillo y en un fardo grande que ha extendido primero sobre

su cama aún intacta. Sin duda está angustiada, pero no pierde las riendas; hace las cosas con rapidez, pero no sin orden. De vez en cuando, pasando junto a la cuna, mira al Niño, que duerme ajeno a lo que está sucediendo.

-¿Necesitas ayuda?

Pregunta cada cierto tiempo José, asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

-No, gracias.

Responde siempre María.

Hasta que el fardo –que debe pesar bastante– no está lleno, no llama a José para que la ayude a cerrarlo y a quitarlo de encima de la cama. No obstante, José quiere hacerlo solo; coge el largo fardo y se lo lleva a su cuarto.

-¿Cojo también las mantas de lana?

Pregunta María.

-Coge todo lo más que puedas; todo el resto lo perderemos. Toma todo lo que puedas. Nos servirá ¡porque tendremos que estar fuera mucho tiempo, María!

José está muy apenado al decir esto, y María suspirando, dobla las colchas suyas y las de José, y éste las ata con una cuerda.

-Dejamos los bordados y las esterillas.

Dice mientras está atando las colchas.

-A pesar de que voy a tomar tres burros, no puedo cargarlos demasiado, pues el camino será largo e incómodo, parte entre montañas y parte por el desierto. Tapa bien a Jesús. Las noches serán frías, tanto en las montañas como en el desierto. He cogido los regalos de los Magos, porque en aquella tierra nos vendrán bien. Todo lo que tengo lo gasto para comprar los dos burros. Debo comprarlos, porque no podemos devolverlos. Voy ahora, antes de que amanezca. Sé dónde buscarlos. Tú termina de prepararlo todo.

Y se marcha.

María recoge todavía algunos objetos. Observa a Jesús y sale, para volver con unos vestiditos que parecen todavía húmedos –quizás se lavaron el día antes–; los dobla y los envuelve en un pedazo de tela y los coloca junto con las otras cosas. Ya no queda nada más.

Se vuelve mirando a su alrededor y ve, en un rincón, un juguete de Jesús: una ovejita tallada en madera. La toma en sus manos; un sollozo entrecortado, un beso: la madera conserva las huellas de los dientecitos de Jesús, y las orejas de la ovejita están del todo llenas de mordisquitos. María acaricia ese objeto sin valor en sí, de una pobre madera clara, pero de mucho valor para Ella, ya que le habla del afecto de José por Jesús, y de su Niño. Lo pone también con las otras cosas encima del baulillo cerrado.

Ahora ya sí que no queda nada. Sólo Jesús, que está en su cunita. María piensa que sería conveniente también preparar al Niño. Va donde la

cuna y la menea un poco para despertar al Pequeño. Mas Él solo refunfuña un poco; se da la vuelta y sigue durmiendo. María le acaricia delicadamente. Jesús, bostezando, abre la boquita. María se inclina hacia Él y le besa en la mejilla. Jesús termina de despertarse. Abre los ojos. Ve a su Mamá y sonrío, y tiende las manitas hacia su pecho.

-Sí, amor de tu Mamá. Sí, la leche. Antes que de costumbre. ¡De todas formas, Tú siempre estás preparado para mamar, corderito mío santo!

Jesús ríe y juguetea, agitando los piecitos por fuera de las mantas, y los brazos, con una de esas manifestaciones de alegría de los niños pequeños que tan bonitas son de ver. Hince los piecitos contra el estómago de su Mamá, se curva en forma de arco y apoya su cabecita rubia en el pecho de Ella, y luego se echa bruscamente para atrás y se ríe agarrando con sus manitas las cintas que ciñen al cuello el vestido de María tratando de abrirlo.

María se inclina. Así, inclinada, sobre la cuna como protección, llora y sonrío al mismo tiempo, mientras el Niño balbucea esas palabras, que no son palabras, de todos los niños pequeños, entre las cuales se oye nítida y repetidamente la palabra "mamá". La mira, asombrado de verla llorar. Alarga una manita hacia los brillantes hilos de llanto, que se la mojan al hacer la caricia. Primorosamente, vuelve a apoyarse en el pecho materno y en él se recoge enteramente, acariciándose con su manita.

María le besa por entre el pelo y le toma en brazos, se sienta y se pone a vestirle: ya tiene el vestidito de lana, ya las diminutas sandalitas. Le da la leche. Jesús mama con avidez la leche buena de su Mamá, y, cuando ya le parece que por la parte derecha viene menos, va a buscar a la izquierda, y ríe al hacerlo, mirando a su Mamá de abajo arriba, para luego dormirse de nuevo sobre el pecho de Ella.

María se levanta muy despacito y le coloca sobre la manta acolchada de su cama. Le tapa con su manto. Vuelve a la cuna y dobla las mantitas. Piensa en si conviene o no coger también el colchoncito. ¡Tan pequeño como es se puede llevar! Lo pone, junto con la almohada, con las cosas que ya estaban encima del baulito. Y llora ante la cuna vacía. ¡Pobre Madre, perseguida en su Criatura!

José regresa.

-¿Estás preparada? ¿Está preparado Jesús? ¿Has cogido sus mantas y su camita? No podemos llevarnos la cuna, pero por lo menos que tenga su colchoncito. ¡Oh, pobre Pequeñuelo, perseguido a muerte!

-¡José!

Grita María agarrándose al brazo de José.

-Sí, María, a muerte. Herodes le quiere muerto porque tiene miedo de Él. Esa fiera inmunda tiene miedo de este Inocente, por su reino humano. No sé lo que hará cuando comprenda que ha huido; pero para entonces nosotros ya estaremos lejos. No creo que se venga buscándole

incluso en Galilea. Ya sería difícil para él descubrir que somos galileos; más difícil aún saber que somos de Nazaret y quiénes somos exactamente. A no ser que Satanás le eche una mano en agradecimiento de sus fieles servicios. Más, si eso sucede. Dios nos ayudará igualmente. No llores, María, que el verte llorar es para mí un dolor mucho mayor que el de tener que marchar al exilio.

-¡Perdóname, José! No lloro por mí, ni por los pocos bienes que pierdo. Lloro por ti ¡Ya mucho te has tenido que sacrificar! Ahora, otra vez, te quedas sin clientes, sin casa ¡Cuánto te cuesta, José!

-¿Cuánto! No, María. No me cuestas nada. Me consuelas. Siempre me consuelas. No pienses en el mañana. Tenemos el caudal que nos han dado los Magos. Nos servirán de ayuda al principio. Luego me buscaré un trabajo. Un obrero honrado y competente se abre camino en seguida. Ya lo has visto aquí. No me da abasto el tiempo para el cúmulo de trabajo.

Hay un primer claror de alborada que apenas permite ver. En la escasa luz se ven tres burros. El más fuerte lleva los enseres. Los otros van sólo con la albarda. José está manos a la obra para asegurar bien el baulillo y los paquetes en la albarda del primero. Veo, atados en un haz, y colocados encima del fardo, sus utensilios de carpintero.

-Sí, lo sé. Pero, ¿quién te va a aliviar tu nostalgia?

-¿Y a ti? ¿Quién te va a aliviar la nostalgia de esa casa que tanto amas?

-Jesús. Teniéndole a Él, tengo todo lo que allí tenía.

-Y yo también teniendo a Jesús tengo ya esa patria que he esperado hasta hace pocos meses, y tengo a mi Dios. Ya ves que no pierdo nada de lo que más amo. Basta con salvar a Jesús; si es así, todo nos queda. Aunque no volviéramos a ver este cielo, estos campos, o los aún más amados campos de Galilea, siempre tendremos todo, porque le tendremos a Él. Ven, María, que empieza a clarear. Llega el momento de saludar a la mujer y de cargar nuestras cosas. Todo irá bien.

María se pone en pie, obediente. Se arropa en su manto; mientras tanto, José prepara un último bulto, se lo carga y sale.

María levanta delicadamente al Niño, le arropa en un mantón y le aprieta contra su pecho. Mira las paredes que durante meses la han hospedado y, rozándolas apenas, las toca con una mano. ¡Bendita esa casa, que ha merecido ser amada y bendecida por María!

Sale. Cruza la habitación que era de José, entra en la estancia grande. La dueña de la casa, en lágrimas, la besa y se despide de Ella, y, levantando un borde del mantón, besa al Niño en la frente. Él duerme tranquilo. Bajan por la escalerita exterior.

Nuevos saludos y nuevas lágrimas. María se monta en su burrillo, mientras la patrona tiene a Jesús en brazos y le besa una vez más; luego se

lo devuelve a María. Monta también José, el cual ha atado su asno al que lleva los equipajes, para estar libre y poder así controlar el de María.

La huida comienza mientras Belén, que sueña todavía la fantasmagórica escena de los Magos, duerme tranquila, sin saber lo que le espera.

Herodes el grande

Cuando José escuchó en sueños, por boca del ángel, que Herodes buscaba al Niño para matarlo, se levantó rápido, no solo por obediencia a Dios que le hablaba de un modo ya conocido cuando se le reveló quién era el Niño concebido en el seno de María, sino porque conocía la brutalidad de Herodes. El hecho de que ya le buscara desde Jerusalén y sabiendo la proximidad de Belén le dio alas para no esperar nada.

Herodes no era propiamente judío, sino idumeo, un palestino no judío de cultura helenística dedicado al servicio de Roma, que dominaba Palestina desde que fuera conquistada por Pompeyo hacía 63 años. Herodes fue nombrado primero gobernador de Galilea. En el año 40 a. C. el Senado romano nombró a Herodes rey de los judíos por indicación de Marco Antonio, con el encargo de recuperar Judea de manos de Antígona de la estirpe Macabea. Combatió durante tres años hasta que conquistó Jerusalén y decapitó a Antígona el año 37. Es decir, que cuando nació Jesús ya era viejo, pero no por ello menos cruel.

Cuando le dominaba la cólera era terrible con todos, y tenía auténtica obsesión por el poder. Le obsesionaba el temor a ser destronado. Mató a Mariamme, su esposa predilecta de la estirpe macabea, a la madre de ella Alejandra, a su cuñado Aristóbulo, a sus propios hijos Alejandro y Aristóbulo junto con trescientos oficiales partidarios de ellos. Poco antes de morir mató a su primogénito Antípatro. Su última atrocidad fue convocar en Jericó, donde agonizaba, a los judíos más insignes, y ordenó que fuesen asesinados nada más él expirase. El motivo es que así todo Israel lloraría en el día de su muerte.

Los Magos, en su ingenuidad, después de encontrarse en el Mar muerto acudieron a Jerusalén, donde residía el rey de los judíos, que era Herodes. Quizá pensaban que el recién nacido era hijo suyo. Conviene decir que las construcciones de Herodes fueron magníficas. Sobre todo el

Templo, pero también sus palacios eran grandiosos. Allí se presentan los magos con la pompa que también llevaban en Belén y preguntan:

-¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo.

Herodes guardó la compostura delante de ellos, se daba cuenta que ese rey de los judíos no era un rey cualquiera, sino el rey-Mesías. Los libros sagrados hablaban mucho de él como descendiente de David, pero no conocía a nadie de esa estirpe que pudiese dar un opositor. El recién nacido tenía un poder del que la presencia de los Magos era muestra. Preguntó al Consejo sobre el lugar de nacimiento del Mesías y le dijeron:

-En Belén de Judá. Así está escrito en los profetas; y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que gobernara a mi pueblo Israel.

En realidad eran muchas más las profecías mesiánicas, pero a Herodes le bastaba esta, tanto para informar a los magos, como para urdir la matanza del nuevo rey-mesías. Lo cierto es que toda Jerusalén se conmovió con el rey, pero nadie acudió allí, quizá por temor a Herodes. Éste se dirigió, amablemente a los Magos y les dijo en secreto:

-Id, pues, e informaros bien del Niño. En cuanto lo halléis, hacédmelo saber para que yo vaya y le adore.

Astutamente les quiere utilizar como espías y se prepara para el asesinato de la criatura. Un día se tardaba de Jerusalén a Belén. Allí estuvieron otro día. Los Magos no volvieron a Jerusalén porque advertidos en sueños de no volver a Herodes tornaron a su tierra por otro camino. Al pasar tres días y advertir que no aparecían, Herodes sospechó que su plan había fallado. Viéndose engañado, se dejó arrastrar por su violento carácter, y mandó matar a todos los niños que había en Belén y toda su comarca.

Inmediatamente envió cien soldados de su guardia real a Belén. José había salido hacia cuatro días y ya se encontraba fuera de Judea lejos de las iras del rey. Pero siempre cabía la posibilidad de que fuesen más allá de los límites y entrasen en el desierto. La llegada a Belén de los soldados fue sorprendente. Todos se esconden en sus casas. Pero fueron inmisericordes de casa en casa, familia a familia fueron tomando a los niños y matándolos allí mismo. Fueron unas treinta criaturas las que dieron su sangre inocente. Los llantos de las madres fueron terribles, los hombres no podían hacer nada ante aquella locura. Los pastores fueron con rapidez a la casa donde llevaban un año María y José con el Niño Jesús. Y no estaban. Preguntaron y nadie les supo dar razón, solamente se enteraron que José había comprados tres burros y pudieron comprobar que la casa estaba medio

vacía. La dueña les dijo que marcharon de noche y no sabía dónde. Hicieron inútiles esfuerzos por saber dónde estaba el Niño. Aquel día terrible se dieron cuenta de que su misión en la vida era proteger al Niño y su madre como lo había hecho José y que el enemigo era Herodes. De momento todo se reducía a despistar a los espías del tirano con silencio o informaciones descabelladas, pues la sospecha de que había ido fuera de Judea por el camino más corto, que era el de Egipto era muy consistente

La noticia fue rápida en todas direcciones, también llegó a la lejana colonia judía en Egipto de Heliópolis. María y José se recogieron en oración pidiendo a Dios por las almas de aquellos niños y percibiendo la fuerza del poder de las tinieblas con el que tendrían que luchar los tres. José puso todos los medios para que nadie se enterase que venían de Belén y pasaron como unos galileos más.

El camino en el desierto

La Sagrada Familia emprende el camino de Egipto cuando todavía es de noche en Belén. Lo importante es alejarse de allí y cruzar la frontera de Judea para internarse en el desierto de Sinaí camino a Egipto, Hacia el mediodía llegan a Hebrón donde hacen un descanso, para amamantar al Niño, alimentarse ellos y los animales. Pero el descanso es breve, pues Beer-Seva dista tres veces más que la distancia a Hebrón y conviene que lleguen antes de la noche para guarecerse en el caravasar. El día primero de la huida fue agotador y lleno de temores. En el caravasar ocupan un lugar, llevan a los animales al establo con los de algunos mercaderes. Nadie pregunta nada. José compra alimentos y bolsas de piel para llevar agua. Se entera bien del camino. Comprueba si también va en esa dirección alguna caravana. Y descansan. En la pequeña habitación que alquilan se coloca cerca de la puerta y María con el Niño más al interior, protegidos con las mantas que han podido llevarse.

La siguiente etapa les lleva a Waddi el-Arish, que era el límite de Egipto. Todo un día de camino, sin casi descanso. Piensa José que alguien puede haber notificado a los espías de Herodes sobre su huida precipitada y que les estarán buscando en varias direcciones. No saben aún nada de la

matanza de los niños en Belén, lo que les habría horrorizado, pero, aunque el paso de los asnos es lento, no paran apenas, salvo lo imprescindible. Allí no pueden llegar los soldados de Herodes. Descansan. Ha cumplido lo principal de su misión: proteger al Niño Jesús del tirano.

El descanso es del cuerpo y del alma en ese lugar. Aunque existen dos caminos para ir a Egipto, eligen el más rápido cercano a la costa. Pasaba por Ascalón y Gaza y seguía por Raphía hasta Casium y Pelusa, esto es algo más de 15 días. Y se preparan para esa dura etapa.

María y José van a experimentar la experiencia del desierto que vivió Jacob cuando llevado por el hambre se dirigió al lugar donde vivía su hijo José. Allí vivieron cuatrocientos años. José, María y Jesús huyen directamente de la maldad. El pueblo judío caminó cuarenta años por aquel huyendo de los egipcios que les tiranizaban, pero sobre todo para reconstruirse como el pueblo de la Alianza con Dios, un pueblo de hombres que han conseguido ser libres con esfuerzo.. Fueron cuarenta años con Moisés al frente. En el monte Horeb se les manifestó Dios de un modo extraordinario, les dio la Ley, les confió una gran misión para todos los pueblos. Se forjó su carácter en mil dificultades y un pueblo de esclavos que se conformaban con la situación se convierte en un pueblo de hombres y mujeres libres bien cohesionados. Las fiestas judías eran recuerdos vivos de aquellos tiempos, la Pascua, las tiendas... Los salmos que repetían en oración eran memoria de aquellos tiempos.

José se asesora de los oasis existentes para los casi quince días de camino, de cómo puede asegurarse comida, de los peligros de bandidos, del tiempo tan caluroso de día y tan frío de noche. Por fin, decide la salida unidos prudentemente a una caravana, pues ya no urgía la huida de Herodes y era más importante la seguridad.

La caravana estaba formada por unos veinte camellos y treinta asnos de distintos tamaños. Unos sesenta hombres bien armados llevaban a los animales y vigilaban ante los bandidos que sabían estaban en el trayecto. No había más mujer que María en la expedición. José llevaba un fuerte palo como cayado y defensa.

Muy de mañana después de poner orden y cargar a los animales emprendieron el camino. Al principio el terreno era de piedras y más bien sólido y terroso, pero cada vez más pasa a ser el típico desierto de arena

con algunos arbustos aquí y allá. El viento era fuerte y arrastraba polvo o arena con lo que tenían que ir muy cubiertos, especialmente la boca, y, en lo posible, también los ojos. El andar rítmico de los borricos hacía que el cuerpo fuese de un lado a otro, y los desniveles del camino acentuaban esos vaivenes, con lo que tenían que ir fuertemente asidos a los animales. Atados unos a otros en la caravana para que ninguno se separase y se perdiese, lo que era la muerte casi cierta.

Al atardecer de la primera etapa del desierto llegaron a un oasis. En el centro había un pozo tapado y una polea para sacar agua, aunque no era muy profunda. Se establecen, dan de beber a los animales, los descargan, y se sitúan para pasar la noche alrededor de pequeñas fogatas. José se encarga de todo, mientras María se aparta para alimentar al Niño, que una vez saciado se duerme plácidamente. Y se disponen a cenar con lo que llevan. Higos, olivas, pan sin fermentar, algo de queso y la buena agua del pozo.

Estaban en esta situación, aún no noche cerrada cuando uno de los caravaneros se les acerca y entabla conversación.

-Me llamo Daniel, soy samaritano, y llevo tres camellos con mercancías para vender en Egipto, comprar allí otras cosas y volver a nuestra tierra. He hecho este viaje muchas veces y os puedo ayudar, si queréis.

-Muchas gracias. Yo me llamo José y voy con mi esposa María y mi hijo Jesús a Egipto. Somos de Nazaret. No soy comerciante, sino carpintero y hago un poco de todo. Queremos establecernos un tiempo por allí, pues los tiempos son malos. Llevo mis instrumentos de trabajo y espero salir adelante con ellos.

-¡Galileos! Buena gente. Nuestros vecinos del norte. ¿Y sabéis dónde estableceros? Porque hay bastantes colonias judías, unas mejores que otras.

En esta conversación estaban cuando llega María con el Niño en sus brazos.

-La paz del Señor sea contigo. ¿estás muy cansada del primer día de viaje?

-La paz sea contigo y Dios te bendiga. El Niño duerme y parece que el movimiento le adormece.

-¿Puedo verlo?

-Sí, claro.

Y destapa la carita de Jesús que abre un poco los ojos.

-¡Qué preciosidad! Tiene los ojos como la madre y se le ve muy sano, será un buen israelita que dé mucha gloria a Dios

-Así será.

Daniel se siente satisfecho del buen carácter de sus compatriotas y se lanza a darles consejos.

-Veo que no tenéis mucha experiencia del desierto. Conviene que vayáis muy cubiertos porque el viento es muy traidor y se mete por todas partes. Las noches son muy frías aunque de día haga calor. Conviene beber poco y constante e ir comiendo algo. Lo importante es que reviséis como andan los animales. En la caravana ya se tienen muy pensadas las paradas. Pero veo que los vuestros son fuertes y dóciles. Mejor.

-Muchas gracias, Daniel, por tus consejos.

-Sí, pero ahora tendréis que dormir y descansar porque nos levantaremos con el sol y la jornada es larga. Mañana os contaré cosas de Egipto y sus costumbres y de qué comunidad judía os puede interesar más. ¿Por qué tenéis previsto vivir entre judíos, verdad?

-Sí.

-Buenas noches y que sus ángeles os acompañen.

María y José se miran contentos de haber encontrado un amigo tan abierto y dicharachero. Colocan al Niño Jesús con mantas en la poca yerba que hay, lo tapan bien. María se tiende a su lado, dándole calor. Los dos cerca de una palmera. José algo más allá, y no deja de poner el cayado bien cerca por si fuese necesario.

Los días siguientes fueron todos muy semejantes. Así hasta quince. Pero las noches eran amenizadas con la charla de Daniel el samaritano, hasta que les vencía el sueño. Al comienzo de esas conversaciones Jesús corría y parloteaba con su media lengua alrededor. Y ellos reían de sus juegos. Hasta que, muy pronto, se dormía y tenían que acostarle bien tapado y alimentado.

Lo primero que Daniel les sugirió es la colonia judía que le parecía más adecuada.

-Creo que estaréis bien en Heliópolis. El nombre egipcio es On. Está cerca del río que llaman Nilo, el que cruzaron nuestros padres con la ayuda divina. Seguro que encuentras trabajo tanto entre los judíos como entre los egipcios. Las manos hábiles siempre son bienvenidas y muchas cosas se rompen.

-Así lo espero. Como no conocemos a nadie iremos a ese lugar que nos dices. Buen amigo

Dice José

-Lo peor son las costumbres de los egipcios. Menos mal que los nuestros viven algo apartados de ellas. Practican una infame idolatría, que llega hasta el sacrificio de niños. Sus creencias son muy aberrantes, piensan que los padres que sacrifican a un niño sano, un niño bien formado, son muy piadosos. Tenían además, ritos más terriblemente vergonzosos que mantienen en secreto.

Al oír esto María se estremece. Pensando en Jesús y en aquellos pobres niños. José le dice:

-Explicanos más, pues somos adoradores del único Dios verdadero y nada conocemos de esas costumbres.

-En nuestra tierra llamamos Noph a esta ciudad a orillas del Nilo, donde se extienden muchos palacios, templos, pirámides y sepulturas. El nombre antiguo de Noph es No-Ptah, la ciudad del creador Ptah. La morada de su figura espiritual con multitud de imágenes. Sus enormes columnas recogen inscripciones sagradas, con hazañas de sus dioses, sacrificios, ejércitos de prisioneros, cacerías, aves, hipopótamos. Los dioses son numerosísimos, hay tres más importantes Ptah, Amon y Ra. Los dioses llegan a ser cientos y distintos en el norte, el sur y el Egipto medio, son seres invisibles como Horus, aunque podían encarnarse en seres tangibles, como el faraón, o ser el ka –alma- de ciertos animales, como el toro Apis o el gato. Estos dioses eran representados con figuras humanas o de animales, a veces mixtas como hombre y hiena o halcón. Uno muy importante es Osiris dios de los muertos, hijo de Nut, la diosa del cielo y de Geb, dios de la tierra. Hermano y esposo de Isis. ¿No os canso?

- No, no, sigue, pero es muy difícil de entender para nosotros que creemos en el único Dios invisible y creador de todas las cosas, del cielo y de la tierra, clemente y misericordioso al mismo tiempo que justo y verdadero.

- Os voy a contar una cosa que os sorprenderá, pues es lo que quizá veáis por allá. Os cuento una fiesta por las calles.

-Cuenta, cuenta.

Dicen a un tiempo José y María, dando gracias a Dios de la fe que tienen y de la oculta presencia divina en su Hijo que duerme.

-Las fiestas del invierno son muy importantes. Porque es el día de la redención de los muertos. Esa noche es sagrada y se habla del pequeño sol. Ptah que se creó a sí mismo toma la forma de Osiris. La noche indica el mundo de los muertos. Osiris es asesinado y volverá a la vida anunciando felicidad. El pequeño sol toca la cúspide de la pirámide, todos encienden fuegos por todas partes, hachones, lámparas, candiles, las azoteas están llenas de braseros, llamas. La música que se oye es suave como de gaitas y caramillos, muy distintas de los sonidos potentes nuestros como los coros de Asaph que suben al cielo como brazos potentes. La banda de músicos avanza balanceándose al ritmo de la música.

A los músicos les siguen corporaciones de sacerdotes desde las inferiores hasta los iniciados en los secretos que van rasurados y con velos. Al final viene lo más importante y aparece la barca sagrada Henu, en medio de la cual se eleva el arca-camarote como si fuese Ptah. La quilla de la barca tiene una cabeza de gacela y una cruz ansada signo de la vida. La figura de Ptah está envuelta en vendas como una momia pues se sacrifica como Osiris y desciende para salvar la luz.

Al pasar la barca la multitud clama, muchos yacen de rodillas rostro en tierra. La palabra Apis recorre la multitud. Y aparece un buey al que llaman Apis y que es una encarnación de Osiris, el salvador de la mayor pureza y perfección.

-¿Un buey?

Clama María sin acabar de creer que ese sea el salvador para aquellos idólatras.

-Sí, un buey enorme, negro con una marca blanca triangular en la frente, los pelos de la cola de dos colores, y debajo de la lengua un bulto

que reconoce el iniciado. Tiene que ser muy manso y muy poderoso. Camina muy lento, cuando yo lo vi al detenerse y mugir ellos creen reconocer que habla llamando al pequeño sol. Entonces un sacerdote alto con el cráneo afeitado, con báculo y disciplina en las manos se acerca apoya su mano en el testuz del buey. El año que yo lo vi, el buey frotó su cabeza con el hombro del sacerdote y con su lengua lamió las mejillas del sacerdote. La multitud que contemplaba angustiada el momento por si el signo era negativo, suspiró aliviada porque era una señal buena y sería un buen año de lluvias y de cosechas. Osiris había vuelto de la muerte. Varios centenares de graciosas bailarinas danzan insinuantes entre la multitud, llevan barquillas de papiro que encierran lucecitas, ríen, charlan, desean agradar. Luego sigue la fiesta.

-Parecen mentira estas supersticiones, aunque sean tan religiosas- dice José- Moisés lo conoció antes de la revelación en el monte Horeb y gracias a eso estamos libres de estas artes del demonio.

-Demos gracias a Dios.

Añade María.

En estas conversaciones llegaron a Pelusa población que marca la frontera de Egipto, allí debían tomar la decisión de a dónde se dirigían.

-Pienso que lo mejor es lo que nos aconseja Daniel y podemos ir a Heliópolis.

Dice José.

-Lo que tú quieras me parece lo mejor.

Contesta María.

-Tomaremos una embarcación para llegar al lugar.

Y así lo hacen. Se despiden de Daniel y embarcan para la corta travesía.

El demonio ataca a José en el desierto

Antes de llegar a Pelusa el sexto día de camino por el desierto. Después de haber escuchado las narraciones de Daniel el samaritano sobre la religión de los egipcios, José que estaba persuadido que eran cosa de demonios, tuvo que luchar de una manera nueva.

Al atardecer de un día oscuro y de mucho viento que levantaba oleadas de arena y polvo. De repente se calmó el viento y apareció una jauría de perros salvajes que se acercó a la caravana ladrando furiosamente. Aunque no faltaba mucho para llegar a un oasis, había una cierta confusión en el orden de la caravana, tan necesario en estos viajes, debido al fuerte viento de todo el día. José se retrasó unos metros, no muchos, pero algo. Entonces los perros se acercaron hacia ellos ladrando enfurecidos, como si captasen su debilidad separados de los demás. Acelerar para acercarse a la caravana no era posible. Entonces José descendió del asno que le llevaba, colocó a María que abrazaba al Niño fuertemente entre los tres borricos ya atados entre sí. Tomó el gran bastón y encomendándose a Dios se enfrentó a los perros.

-¡Atrás! ¡Atrás!

Gritó a fuertes voces que se unieron al viento y los aullidos de los perros. Éstos intentaban atacarle, pero los ahuyentaba con valor. Cuando de repente, la jauría de perros deja pasar a perrazo negro grande que avanza con lentitud y poder, las orejas enhiestas. El ruido de los aullidos de los perros salvajes era horrible. Pero el perrazo negro no ladraba, miraba a José fijamente, muy fijamente, con gruñidos muy salidos de lo hondo. Los ojos eran rojos. José le miraba también con fiereza, sin miedo, pero con preocupación, dispuesto a todo para defender a María y el Niño, pero se asustó cuando vio que la mirada del perrazo negro era como humana, peor, como demoníaca, reflejaba odio. Su quietud encogía el ánimo.

Cuando de pronto el perro negro aulló como un lobo, ferozmente. No era normal, ni en una situación tan extrema. José comprendió que era el mismo Satán que buscaba al Niño para matarle como lo había intentado Herodes. En ese momento, le vinieron fuerzas, pensó en sus ángeles, pidió ayuda a Yahveh y se creció. Dio un paso al frente con el palo en alto y la mano izquierda levantada. El grito fue tremendo:

- ¡¡Apártate Satanás!!

Los perros enmudecieron, el perro negro emitió un ladrido fuertísimo que salía de lo interior, ronco, odioso. Hizo ademán de saltar hacia José, que con la mirada y el grito repetido, dijo con más fuerza:

-¡¡¡En el nombre de Jesús, vete de aquí!!! ¡¡¡Fuera!!! ¡¡¡Fuera!!!

El perrazo negro saltó hacia José con verdadera furia y José gritó aún más fuerte levantando los dos brazos y el fuerte bastón levantado, aunque parecía inútil

-¡¡¡En el nombre de Jesús, vete de aquí!!! ¡¡¡Fuera!!! ¡¡¡Fuera!!!

El perrazo, que ya estaba en el aire con los colmillos fuera de la boca abierta, cayó como fulminado. José avanzó gritando muchas veces e invocando también al arcángel Miguel. El perro se levantó claramente desprovisto de fuerzas, retrocedió, como no queriendo, con roncós ladridos fuertes y lastimeros. José avanzaba e hizo intención de golpear. El perrazo huyó con el rabo entre las patas y detrás fueron los demás perros salvajes.

Desde la caravana vinieron veinte hombres armados que contemplaron la escena de José solo con el bastón ante el perrazo que rugía con un ladrido infranatural y con los otros perros que retrocedían ladrando. Pudieron ver que el perrazo negro, se volvió con aullidos que encogían el alma y con él la jauría de perros. Se acercaron a José que se volvía hacia María que abrazaba a Jesús con fuerza moviendo sus labios en oración. Al verle de cerca se sorprendieron que un hombre tan manso y de carácter pacífico estuviese tan encendido, como si hubiese crecido en estatura y en fortaleza. Todos fueron conscientes de que no era solo un ataque de animales salvajes. Daniel el samaritano dijo:

-José, ¡Bien! Has sido ¡¡¡El terror de los demonios!!!

Los demás asentían con fuerza.

-Sí, sí, terror de los demonios.

Cuando vieron que todos estaban bien y que el Niño ya despierto miraba como sorprendido, pero bien, volvieron a recomponer la caravana ante la siguiente parada ya cercana.

Al llegar y colocarse como otras veces, después de dar de comer a los asustados animales. María dio las gracias a José que miraba al Niño

contento de haber podido solucionar una agresión tan terrible. Daniel el samaritano vino con ellos. Y les dijo.

-Nunca había visto nada igual en todos mis viajes. Todos sabemos que el desierto es el lugar de los demonios, pero el perrazo negro era peor, horrible. ¿No tuviste miedo?

-Demos gracias a Dios que nunca abandona a sus hijos, especialmente cuando son débiles.

- ¿De dónde sacas tanta serenidad? Verdaderamente eres el terror de los demonios.

El viaje siguió sin otros sobresaltos. Al llegar al río embarcaron para subir el Nilo que era amplísimo en aquel lugar.



La Sagrada Familia en Egipto

Cuando José, María y Jesús llegaron a On que los griegos sucesores de Alejandro Magno llamaron Heliópolis, descienden de la barcaza con la que han remontado el río. El viaje ha sido maravilloso, suave.

-¡Qué río tan enorme! No es así nuestro Jordán.

-Una vez al año se desborda y al retirarse queda tierra muy fértil y tienen muchas cosechas buenísimas. Casi toda la gente de Egipto vive cerca del Nilo.

Dice José.

-Estaremos lejos de los espías de Herodes. Hasta aquí no llegan. Ya nos habrán dado por perdidos. Estaremos aquí hasta que se aleje todo peligro.

Se dirigen a la autoridad judía del lugar, pues la colonia judía vive agrupada. Es el rabí Zakkai, anciano venerable.

-Somos de Nazaret. Hemos venido para establecernos un tiempo aquí. Soy carpintero y artesano y he traído mis herramientas conmigo. Me interesaría adquirir una casa para vivir y poder instalar el taller. Tengo ahorros y puedo comprarla. Mi esposa se llama María de Joaquín, mi hijo Jesús y yo, José de Jacob.

-Sed bienvenidos a esta comunidad. Aquí podrás encontrar trabajo abundante tanto con los judíos como con los gentiles. Pareces hombre honrado y trabajador. Eso es bueno. Nuestras costumbres religiosas las podréis vivir en nuestra sinagoga. Hace poco quedó una casa libre, mirad si os gusta y os conviene. Mientras os instaláis podéis descansar en unas habitaciones que tenemos para los viajeros.

-Muchas gracias, buen Rabí.

La casa es pobre, pero suficiente. Las paredes están apenas revocadas y cubiertas de una mano de cal. Tiene una habitación central con dos puertas, una junto a la otra, que introducen en sus dos únicas habitaciones. Añadida hay una estancia que utilizará José como taller. La casita está en medio de un pedazo de tierra arenosa rodeada por una protección de cañas hincadas en el suelo: una protección muy débil contra los ladrones; puede servir sólo como defensa contra algún perro o gato vagabundo.

En esta poca tierra que el seto de cañas limita, se proponen cultivar una pequeña huerta, a pesar de ser árida y poco fértil. Para hacer más tupido y menos escuálido el seto, han traído unas plantas trepadoras. Sólo en uno de los lados, hay un arbusto de jazmines en flor y una mata de rosas de las más comunes. En la huerta, en los pocos cuadros del centro, hay unas modestísimas verduras, bajo un árbol dejado crecer libremente, y que da un poco de sombra al terreno soleado y a la casita. A este árbol atan una

cabrita blanca y negra, que está comiendo y rumiando las hojas de algunas ramas dejadas caer al suelo.

Allí se instalan contentos y en paz cumpliendo la voluntad de Dios e intentando entender sus planes. José pronto va teniendo encargos.

-María, tendrás que tejer mucho, pues pudimos traer pocas cosas y aquí el tiempo es más caluroso que en Belén. Te instalaré un pequeño horno para hacer pan y compraré unas vasijas para que puedas traer agua del pozo que está cerca.

-Sí, José lo tendremos todo como en la casa de Belén bien pronto.

Y se ponen a trabajar.

El sabat se reúnen con la comunidad y van haciendo amistades. El rabbí Zakkai les quiere explicar más cosas de Egipto.

-Aquí vivió Moisés y nuestros padres durante siglos. El recuerdo de aquellos tiempos llena nuestros libros sagrados y aquí resulta fácil recordarlos. Podemos entender mejor que eran esclavos, porque aquí muchos son esclavos. También su religión porque la viven igual que en aquellos tiempos, y podemos dar gracias a Dios que nos ha liberado de estas dos esclavitudes. También nos resultarán más luminosos los salmos que recitamos en la Pascua y en las demás fiestas que recuerdan la Liberación.

-Bendito sea Dios que nos ha liberado de esta religión y nos ha mostrado sus caminos.

Dice José.

- Sí, bendito sea por los siglos y que nos llegue su paz. Esta tierra es la de la impureza, la magia y la hechicería. Parece que Satanás sea el guía tanto de los pobres como de los ricos.

-Mi esposa María se llama igual que la hermana de Moisés que tanto hizo para salvarlo cuando era pequeño y ayudarle toda su vida.

- Aquí le adoptó la hija del faraón.

-Y se educó con las cosas de los egipcios.

-Por eso Dios le escogió para poder liberarlo mejor de esta falsa religión.

-Sí la conocía bien.

-En el viaje un samaritano llamado Daniel nos explicó su gran fiesta de invierno. ¿Nos puedes explicar más? ¿Qué significaba aquella barca que va delante del buey Apis que nos contó el samaritano?

-Es el núcleo de su religión. Tienen mucho miedo a la muerte y la barca muestra el camino de la vida para no morir nunca, piensan que la muerte es como un sueño temporal. Esas enormes pirámides son sepulcros en los que se coloca algún faraón. Ponen alimentos, sus riquezas, incluso familiares que matan. Les colocan el libro de los muertos en los que están los hechos de su vida y esperan la vuelta de su alma, que llaman ka. No tienen mucho aprecio del cuerpo, aunque a los difuntos ricos los embalsaman para que duren mucho tiempo, y los vendan cuidadosamente. Nosotros tenemos gran respeto a los muertos, pero los enterramos esperando la resurrección final.

-Tienen fama de sabios.

-Y los son. Saben mucho del cielo y las estrellas. También de las ciencias de los números, por eso han podido hacer estas moles tan difíciles de construir. Sus palacios son magníficos. Han sabido domar las crecidas del Nilo. Pero tienen muchos esclavos y los tratan con crueldad. En el transporte de esas enormes piedras murieron muchos. La vida de los pobres vale poco. Es una extraña mezcla de sabiduría e ignorancia. Bendito sea Dios que nos dio su Ley y nos reveló tantas cosas necesarias para vivir con dignidad.

- ¿Moisés conocería esos secretos?

-Seguro, por eso cuando luchó con los sabios sus demostraciones fueron más fuertes que la magia de los sacerdotes. Dios fue bueno con él porque tenía un corazón puro. Abominó de estas costumbres y falsas sabidurías, y se indignó tanto cuando al bajar del Monte Horeb encontró el becerro de oro, y al ver que le adoraban como un nuevo Apis y que la fiesta era una orgía como hacían los egipcios. Junto con los levitas hizo una gran matanza y les hizo beber el becerro fundido. Rompió las tablas de piedra y tuvo que volver al Monte donde el Señor le renovó el mandato

porque quería que un pueblo menos sabio que otros, tuviese la sabiduría de Dios y la conservase con buenas costumbres hasta la venida de su Mesías.

María al oír estas palabras sintió que su corazón saltaba en su pecho y abrazó fuertemente a Jesús. José la miró con asentimiento, como diciendo “yo le protegeré hasta que llegue su hora”.

Pronto pudieron tener la casa preparada y se pusieron a trabajar como hicieron en Nazaret y en Belén. La vida se convirtió en un apacible retiro en silencio, oración y trabajo. Lejos de las asechanzas de Herodes. El oro que les dio un mago lo utilizaron para adquirir la casa y establecerse. No sabían cuánto tiempo tenían que estar en Egipto. Se abandonan en las manos de Dios y obedecen.

Así pasaron unos tres años con pocos sobresaltos. Un día cualquiera era así:

Sobre una estera extendida en el suelo, estaba el Niño Jesús de unos dos años, o dos años y medio como mucho. Está jugando con unos pedacitos de madera tallados, que parecen ovejitas o caballitos, y con unas virutas de madera de color claro. Con sus manitas regordetas está tratando de poner estos collares de madera en el cuello de sus animalitos.

Está tranquilo y sonriente. Muy guapo. Una cabecita con pelo ondulado; piel clara y delicadamente rosácea; ojitos vivos, brillantes, de color azul intenso.

Viste una especie de larga camisita blanca, que será, sin duda, su túnica; con las mangas hasta el codo. Los pies, en este momento, al desnudo. Las diminutas sandalias están sobre la estera y juega también con ellas el Niño: mete en la suela sus animalitos, y tira de la correa de la sandalia, como si fuera un carrito. Son unas sandalias muy sencillas: una suela y dos correas, que salen: una, de la puntera; otra, del talón; la de la puntera tiene un punto en que se bifurca y una parte pasa por el ojo de la correa del talón para anudarse luego con la otra parte, formando un anillo en la garganta del pie.

Un poco separada –también a la sombra del árbol– está la Virgen tejiendo en un tosco telar; mientras, vigila al Niño. Sus finas y blancas manos van y vienen entramando, y el pie, calzado con sandalia, mueve el pedal. La viste una túnica de color flor de malva, un violeta rosáceo, como el de ciertas amatistas. Tiene la cabeza descubierta, con lo cual puedo ver cómo sus cabellos rubios están separados en dos en la cabeza y peinados sencillamente con dos trenzas que a la altura de la nuca le forman un

bonito moño. Las mangas de la túnica son largas y más bien estrechas. No lleva ningún adorno, aparte de su belleza y de su expresión dulcísima.

En un momento dado se levanta; se inclina hacia el Niño y, cuidadosamente, le pone otra vez las sandalias y se las ata; le acaricia y le besa en la cabecita y en los ojitos. El Niño farfulla unas palabras y Ella responde, pero no entiendo las palabras. Luego vuelve a su telar, extiende sobre la tela y sobre la trama un paño, coge la banqueta en que estaba sentada y se la lleva a la casa. El Niño la sigue con la mirada, sin importunarla cuando Ella le deja solo.

Se ve que el trabajo ha terminado y que empieza a caer la tarde. En efecto, el Sol baja hacia las arenas desnudas y un verdadero fuego invade el cielo detrás de la pirámide lejana.

María vuelve. Coge de la mano a Jesús para que se levante de la esterilla. El Niño obedece sin resistencia. Mientras su Mamá está recogiendo los juguetes y la estera y llevando esas cosas a casa, El corre hacia la cabrita con un trotecillo de sus bien torneadas piernecitas, y le echa los bracitos al cuello. La cabrita bala y frota su morrito en los hombros de Jesús.

María vuelve. Tiene ahora un largo velo sobre la cabeza y un ánfora en la mano. Coge a Jesús de la manita y se encaminan los dos, rodeando la casa, hacia la otra fachada.

La Virgen conforma su paso al del Niño, y el Niño a su lado dando saltitos o pasitos rápidos. Veo cómo se alzan y se posan talones, con la gracia propia de los pasos de los niños, sobre la arena del sendero. Su túnica no le llega a los pies, sino sólo hasta la mitad del muslo. Es sencillísima, y está sujeta a la cintura por un cordoncito también blanco.

En la parte delantera de la casa el seto está interrumpido por una tosca cancela; María la abre para salir al camino. María mira hacia el centro, no hacia el campo, como si esperara a alguien, luego se dirige a un pilón —o pozo— que está a unos cuantos metros más arriba, sombreado en círculo por palmeras.

Se acerca por el camino José. Viene sonriente. Al ver a Jesús y a María acelera el paso. Trae sobre el hombro izquierdo una especie de sierra y un cepillo de carpintero, y en la mano otras herramientas del oficio, no iguales que las de ahora, pero sí muy parecidas. Parece como si estuviera regresando de haber hecho algún trabajo en casa de alguno. Su vestido es de un color entre avellana y marrón; no muy largo —le llega sólo hasta un buen trozo por encima del tobillo—, con las mangas cortas, hasta el codo. Lleva a la cintura una correa de cuero. Se trata de un vestido típicamente de trabajo. Calzan sus pies unas sandalias cruzadas a la altura del tobillo.

María sonríe y el Niño emite unos grititos de alegría mientras tiende hacia adelante su bracito libre. Cuando se encuentran los tres, José se inclina para ofrecerle al Niño una manzana—. Luego le tiende los brazos y

el Niño deja a su Mamá y se acurruca entre los brazos de José, e inclina su cabecita para apoyarla en la cavidad que forma el cuello de él. José besa a Jesús y Jesús besa a José.

María, diligentemente, había cogido las herramientas de trabajo de José para que pudiera abrazar al Niño sin ningún estorbo.

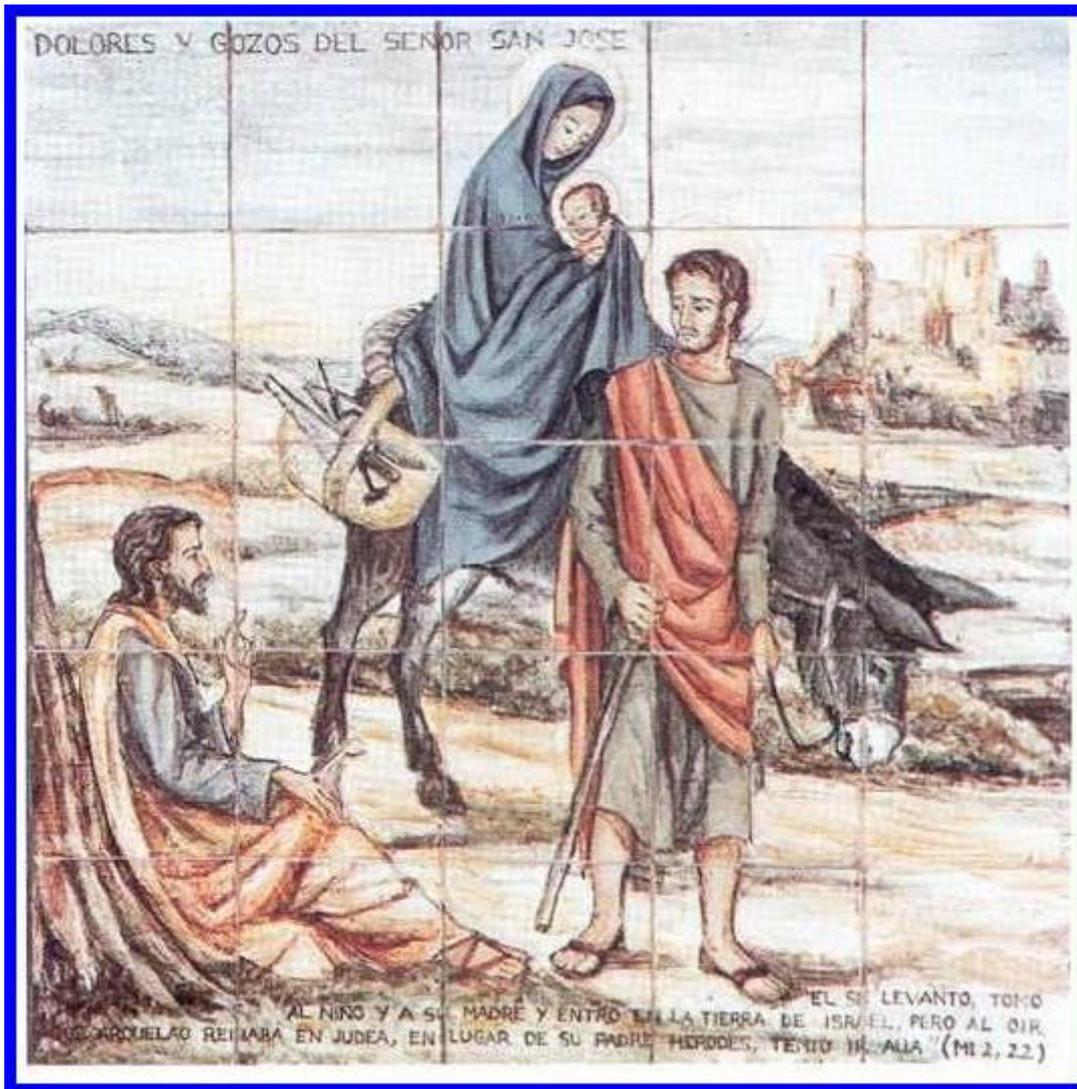
Luego José, que se había acuclillado para ponerse a la altura de Jesús, se alza de nuevo. Coge sus herramientas con la mano izquierda y mantiene al pequeño Jesús estrechado contra su robusto pecho con la derecha; así, se encamina hacia la casa mientras María va a la fuente a llenar su ánfora.

Entrado en el recinto de la casa, José baja al suelo al Niño, coge el telar de María y lo lleva a casa; luego ordeña a la cabrita. Jesús observa atentamente estas operaciones, como también la de encerrar a la cabrita en un cuartito hecho en uno de los lados de la casa.

Se pone la tarde. El rojo del ocaso hacerse violáceo sobre la arena que parece temblar por el calor; y la pirámide parece más oscura. José entra en la casa, en una habitación que es taller, cocina y comedor al mismo tiempo. El otro cuarto es el destinado al descanso. Hay una tenue lumbre encendida. Hay un banco de carpintero, una pequeña mesa, unas banquetas, unas repisas donde están los pocos platos y vasos que tienen y también dos lámparas de aceite. En uno de los rincones, el telar de María. Y, mucho, mucho orden y limpieza; es una morada pobrísima, pero está limpiísima.

María vuelve con el ánfora. Ha llegado rápido el crepúsculo. Cierran la puerta. Una lamparita, que José ha encendido y colocado sobre su banco, da claridad a la habitación; encorvado hacia éste, él sigue trabajando, en unas pequeñas tablas. Mientras tanto María prepara la cena. También la lumbre da claridad a la habitación. Jesús, con sus manitas apoyadas en el banco y con la cabecita mirando hacia arriba, observa lo que hace José.

Luego se sientan a la mesa después de haber rezado. José dirige la oración, María responde. Se sientan a cenar. Ahora la lámpara está encima de la mesa María tiene a Jesús en su regazo y le da a beber la leche de la cabrita y moja en la leche unas rebanadas de un pan pequeño y de forma redondeada, de corteza y miga duras. Parece un pan hecho con centeno y cebada. Tiene mucho salvado, claro, porque es pan moreno. Entre tanto, José come pan y queso: una raja delgada de queso y mucho pan. Luego María sienta a Jesús en una banquetita que está a su lado y trae a la mesa unas verduras cocidas, después de servirse José, también las come Ella. Jesús mordisquea tranquilo su manzana, y descubre sonriendo sus dientecitos blancos. La cena termina con unas aceitunas o dátiles. Vino, nada. Es una cena de gente pobre.



Retorno a Nazaret

Jesús ya tenía cuatro años y jugaba con otros niños cerca de la casa de María y José. A las madres de los alrededores, tanto judías como egipcias, les gusta que sus hijos jueguen con el pequeño Jesús por su buen carácter. Cuando se cansaban de subir y bajar con juguetes de madera hechos por José, se ponían alrededor de Jesús que les contaba historias que había aprendido con María. Hablaba de Abraham y su hijo Isaac, del sacrificio del monte Moria. De cuando los judíos atravesaron el río enorme que tienen delante de sus ojos. Los niños le escuchan embobados. Hasta que María y las otras madres les llamaban para cenar. Obedecían con rapidez.

Un día al amanecer José se levanta un poco agitado y se dirige a María.

-María, nos vamos otra vez. Volvemos a casa.

-Sí, José cuando quieras. Lo preparo lo más deprisa posible.

-El ángel me ha vuelto a hablar en sueños y me ha dicho: Levántate, toma al Niño y a su madre y vete a tierra de Israel; porque han muerto ya los que atentaban contra la vida del Niño.

-Así lo quiere Dios y así lo haremos, Jesús volverá para que se cumpla la profecía: “De Egipto llamé a mi Hijo”. Lo que ocurrió con nuestros antepasados que fueron llamados y guiados por Moisés era solo un adelanto de lo que vamos a hacer con el Hijo que vuelve a Israel desde esta tierra que ha sido tan acogedora, pero que no puede recibir la misión que traerá Jesús a los que están preparados por la Torá y los profetas.

Dice María con su tono de voz suave.

-Demos gracias a Dios de que hayamos sido capaces de cumplir los planes de Dios protegiendo a nuestro Hijo. Así seguiremos con su ayuda que no nos faltará.

Y se pone María a recoger. José se va a preparar los tres borricos que todavía viven y están fuertes. Con serenidad y con orden María y José preparan lo que piensan es necesario. Regalan muchas cosas a los vecinos, especialmente las telas tejidas por María y algunos utensilios de José. Los ven prepararse y acuden a despedirlos.

-¡Qué pena que marchéis, mi hijo se ha hecho muy amigo del vuestro!

-Y el mío.

-Y el mío.

-Ya no podremos escuchar las historias que nos contaba María cuando íbamos al pozo.

-No las olvidaré nunca.

El rabino Zakkai también se acerca al escuchar las voces y les bendice:

-Que Dios os bendiga y sus ángeles marchen delante de vosotros y os guíen por el camino. Nuestro pueblo es feliz porque podáis volver a casa. ¿Dónde vais a vivir?

-Aún no estamos seguros.

Contesta José.

Al cabo de unas horas toman el barco que les conduce al comienzo del camino de vuelta por la ruta de la costa por dónde han venido.

Al zarpar la barcaza, la despedida y las lágrimas son sinceras porque se han hecho querer de aquellas buenas gentes, aunque desconocían la grandeza de sus humildes vecinos.

El viaje río abajo fue rápido. Al llegar a tierra firme se dirigieron de nuevo a Pelusa. José buscó de nuevo una caravana para atravesar el desierto preguntando mucho por la situación en Judea. Los que más noticias tenían coincidían en la muerte del cruel Herodes el Grande. Aunque estaban orgullosos de que el Templo fuese magnífico y entre los mejores conocidos, también coincidían en la brutalidad del rey y de aquel extraño asesinato de niños en la ciudad de David.

El camino de vuelta fue mucho mejor que el anterior. Ya conocían las características de estos viajes, cómo debían cubrirse, atar entre sí los animales, seguir todo lo que dijeran los guías, las comidas y, sobre todo el uso del agua. El Niño iba en el mismo borriquillo que María, detrás de José, en un pequeño asiento semejante al de María que lo protegía con sus brazos para que no se cayese. Las noches en los oasis eran como antes, pero sin la agradable conversación del samaritano Daniel. Rezaron mucho sabiendo que llevaban a Israel a alguien que era mucho más que Moisés.

Al llegar a Ascalón, cerca de Judea, la actividad de José fue mucho más intensa para enterarse de la situación después de la muerte de Herodes. Todos coincidían que Arquelao era semejante a su padre en cuanto a crueldad. De hecho hubo intrigas y peleas entre hermanos y el gobernador romano decidió dividir Palestina en tres reinos y situar a cada uno en distinto lugar. Arquelao en Judea, con lo que la vuelta a Belén era muy peligrosa, pues en seguida se darían cuenta de que la edad del Niño coincidía con la de los Inocentes. En Galilea reinaba Herodes Antipas más moderado que su hermano y que estaba mucho en Roma con intrigas

políticas. El tercer reino era la Iturea y la Traconítide donde reinaba Filipo que poco les afectaba.

José dudaba hasta que, de nuevo, se le manifestó la voluntad de Dios, y avisado en sueños marchó a la región de Galilea.

-María, ya no hay duda. Yo dudaba porque Zacarías nos había insistido en que el mesías tenía que estar en Belén. Pero el ángel me ha vuelto a hablar en sueños, como al patriarca, y me ha dicho que vayamos a Galilea.

-Muy bien, te obedezco a ti y al Señor. Te seguiré donde quiera que vayamos. En Nazaret nos espera la maravillosa casita de mis padres que tú preparaste con tanto trabajo y cariño. Han pasado cinco años, pero estará bien. Además se podrán cumplir las profecías que dicen que el Mesías será llamado “nazareno”. Mi Jesús lo será por un doble motivo, porque ha sido consagrado por Dios mismo desde mi seno, mejor que lo fue Sansón, y porque así llaman a los habitantes de Nazaret, aunque él sea de Belén y descendiente de David y de Jesé.

-Gracias María por tu obediencia y por ilustrar tan bien lo que será Jesús.

-Cuando estaba en el Templo recé mucho por la afortunada que fuese madre del mesías. Movida por Dios decidí alejarme de esa posibilidad, tú lo sabes bien, y Dios escogió a su esclava. Desde antes de que viniera a mí el Arcángel Gabriel busqué todo lo que decían los profetas sobre el mesías para rezar por Él y por la salvación del pueblo, y por eso he recordado estas profecías. También hay otras, pero ¡Ay! Ahora no es el momento.

Atravesaron Gaza y pasaron por Cesarea marítima, donde residía el gobernador romano, y en tres días llegaron a Nazaret.

Al llegar a Nazaret la noticia de su llegada llegó a todos y salieron a recibirles. Alfeo y María con sus ocho hijos, pues en aquellos casi cinco años había nacido Jacob de la misma edad que Jesús y la pequeñita Noemí. Estaban las amigas de María, el rabí, en fin, todos que se alegraron mucho, salvo Doras y su hijo Efraím que no les consideraban gente de importancia.

Jesús juega en Nazaret

Jesús, de unos cinco años aproximadamente, con un sencillito vestidito azul celeste que le llega hasta la mitad de sus bien contorneados muslos. Está jugando con la tierra en el pequeño huerto. Está haciendo montoncillos de tierra, y plantando encima ramitas, como si fueran bosques en miniatura; con piedrecitas marca los senderos. Luego intenta hacer un pequeño lago en la base de sus minúsculas colinas. Para ello coge un fondo de alguna pieza vieja de loza y lo entierra hasta el borde; luego lo llena de agua con una botija que zambulle en un pilón usado como lavadero o para regar el huerto. Pero lo único que consigue es mojarse el vestido, sobre todo las mangas. El agua se sale del plato desportillado, y, tal vez, rajado, y el lago se seca.

José ha salido a la puerta y, silencioso, se queda un tiempo mirando todo ese trabajo que está haciendo el Niño, y sonríe. En efecto, es un espectáculo que hace sonreír de alegría. Luego, para impedir que Jesús se moje más, le llama. Jesús se vuelve sonriendo, y, viendo a José, corre hacia él con sus bracitos tendidos hacia adelante. José, con el borde de su indumento corto de trabajo, le seca las manitas llenas de tierra y se las besa. Y comienza un dulce diálogo entre los dos.

Jesús explica su trabajo y su juego, así como las dificultades que había encontrado para llevarlo a cabo. Quería hacer un lago como el de Genesaret. Quería hacerlo en pequeño, como entretenimiento. Aquí estaba Tiberíades, allí Magdala, allí Cafarnaúm. Esta era la vía que llevaba, pasando por Caná, a Nazaret. Quería botar al lago unas barquitas –estas hojas son barcas– e ir a la otra orilla. Pero, el agua se sale.

José observa y se interesa tomándolo todo con seriedad. Luego propone hacer él "mañana" un pequeño lago, no con el plato desportillado, sino con un pequeño recipiente de madera, bien estucado y empecinado, en el que Jesús podrá botar verdaderas barquitas de madera que José le va a enseñar a hacer. Precisamente en este momento le iba a traer unas pequeñas herramientas de trabajo, adecuadas para Él; para que pudiera aprender, sin mayor esfuerzo, a usarlas.

-¡Así te podré ayudar!

Dice Jesús con una sonrisa.

-Así me podrás ayudar, y te harás un hábil carpintero. Ven a verlas.

Y entran en el taller. Y José le muestra un pequeño martillo, una sierra pequeña, unos minúsculos destornilladores, una garlopa como de juguete; todo ello puesto encima de un banco de carpintero recién hecho: un banco adecuado a la estatura del pequeño Jesús.

-¿Ves cómo se sierra? Se apoya este pedazo de madera así. Se coge la sierra así, y, con cuidado de no ir a los dedos, se sierra. Prueba tú.

Y empieza la lección. Jesús, rojo del esfuerzo y apretando los labios, sierra con cuidado, y luego alisa la tablita con la garlopa, y, a pesar de que esté no poco torcida, le parece bonita. José le alaba y le enseña a trabajar, con paciencia y amor.

María regresa –estaba fuera de casa–, se asoma a la puerta y mira. Ninguno de los dos la ve porque están vueltos de espaldas. La Madre sonríe al ver el interés con que Jesús usa la garlopa, y el afecto con que José le enseña.

Pero Jesús debe sentir esa sonrisa. Se vuelve. Ve a su Mamá y corre hacia Ella con su tablita medio cepillada y se la enseña. María observa con admiración y se inclina hacia Jesús para darle un beso. Le pone en orden los rizos despeinados, le seca el sudor de su cara acalorada, y, afectuosa, le escucha cuando Jesús le promete que le va a hacer una banquetita para que trabaje más cómoda.

José, sentado en un banco, mira y sonríe

Herodes Antipas tetrarca de Galilea

Cuando José recibe el mandato del ángel para que vuelva a Israel como el Pueblo volvió de su esclavitud en Egipto, además de emprender el camino de vuelta, intentó enterarse bien de la situación política en Judea.

En Gaza le informaron de lo sucedido. A la muerte de Herodes, el pueblo se presentó ante Arquelao para pedirle que rebajara los impuestos que habían sufrido con su padre, y amenazó con una huelga agrícola. Estas manifestaciones populares se unieron con la expresión de dolor y protesta de algunos judíos por la ejecución de dos escribas en los últimos días de Herodes. Todo ello, y la proximidad de la Pascua con muchos peregrinos, incrementó la tensión, y Arquelao, asustado, mandó las tropas contra la gente y lo que había empezado como una protesta pacífica terminó en una gran matanza. Ese mismo año, cuando los tres herederos –Arquelao, Antipas y Filipo- viajaron a Roma para ser confirmados en los cargos, también lo hizo una delegación judía para pedir a Augusto que les librara de la dinastía Herodiana y que el país pasara a estar bajo la jurisdicción directa de Roma.

Estando allí estalló la revuelta en Judea más fuertemente, lo que forzó la intervención del legado romano en Siria, Quintilio Varo. Aunque

parecía que había sido suprimida, al poco tiempo la revuelta se extendió por todo el país; incluso algunos soldados de Herodes se unieron a los rebeldes. El levantamiento tuvo varios líderes: en Galilea, Ezequías hijo de Judas al que Herodes había aplastado hacía cincuenta años; en Perea Simón, un esclavo de Herodes; en Judea el líder insurgente fue un pastor llamado Astronges que atacaba a los romanos cerca de Emaús.

La situación era comprometida para José. En todas las regiones existía una falta de autoridad y rebeliones. No era pensable acudir a Perea pues era muy semejante a Egipto. Volver a Belén que sería lo preferible, teniendo en cuenta que el Mesías tenía que ser conocido como natural de la población de David, pero estaba el dolor de las familias que les acusarían de no haberles avisado, o de haber inventado una fantasía, y no sería extraño que les acusasen ante el sucesor de Herodes, fuese quien fuese. Por otra parte, era necesario obedecer a Dios con el anuncio del ángel y había dejado a su buen juicio el lugar y era libre de decidir cómo le pareciera más prudente. Así que tuvo en cuenta el carácter de los galileos que conocía bien, y volvió a Nazaret. Allí tenía buenas amistades y con la ayuda de su hermano Alfeo podría rehacer su vida. Además estaba la casa de María que tanto había arreglado y donde Ella podía recordar el Anuncio de su concepción virginal.

Galilea siempre había sido lugar inquieto. No era pacífica. Se la conocía como tierra de bandidos. Y los problemas políticos eran constantes. En los días del empadronamiento, se levantó Judas el Galileo, que arrastró al pueblo en pos de sí; pereció y todos los que le habían seguido se dispersaron. El fariseo Sadoc incitó al pueblo a que se opusiera al censo pues, decía, era una servidumbre manifiesta, y exhortó a la multitud a luchar por la libertad. Si tenían éxito, se aseguraban sus bienes; y en el caso de que no lo tuvieran, conseguirían gloria y alabanza por la grandeza de su alma. Además la divinidad colaboraría en la obtención de estos designios, si emprendían grandes obras convencidos de su honorabilidad, y no dejaban nada de hacer para lograrla. A causa de su predicación, el pueblo se llenó infortunios: guerras, violencia continua inevitable, acrecentamiento de los latrocinios, sublevaciones. A ello siguió el hambre. Ahora volvían las antiguas revueltas.

El legado de Siria, Quintilio Varo, volvió a intervenir con sus tropas, concentrándolas en Ptolemaida, y a partir de ahí fue recorriendo el país aplastando a sangre y fuego cualquier resistencia. Algunas ciudades fueron especialmente castigadas, como sucedió a Séforis que fue quemada y sus

habitantes vendidos como esclavos. Con la ciudad, sin duda, sufrieron las aldeas de los alrededores. En Judea quemó Emaús, y llegó a Jerusalén donde tomó medidas brutales para sofocar la rebelión. La intervención de Varo constituyó una de las catástrofes más graves del período.

Augusto decidió ratificar el reparto del territorio que había hecho Herodes, pero, en cuanto a los títulos, a Arquelao sólo le concedió el título de etnarca de Judea. Más adelante su territorio pasó a ser parte de la provincia romana de Siria y a depender directamente de Roma por medio del legado romano y de un procurador que vivía en Cesarea.

Antipas, por su parte, recogió el nombre de la dinastía, siendo conocido como Herodes Antipas. Ejerció el gobierno sobre Galilea y Perea de forma relativamente pacífica. No dependía directamente de los procuradores romanos. Fue un gran constructor y un amante de la cultura helenista, llegando a introducir la organización de las ciudades griegas entre la población judía. Primero reconstruyó Séforis a la que hizo capital de Galilea y sede de su corte, hasta que, construida Tiberias, fue traspasada allí junto al lago de Galilea. Su política constructora supuso, igual que sucediera con su padre, un alivio momentáneo al problema de falta de tierra cultivable y por lo tanto a la falta de trabajo y sustento.

Séforis, era considerada la corona de la Galilea antes de su destrucción por Varo, pero más aún después de su reconstrucción. Antipas la nombró imperial; después la denominó Julias en memoria de la emperatriz. Estaba en lo alto de una colina. Tenía unas vistas impresionantes hacia el valle de Bet Netofá y hacia la vía que unía el mar de Galilea con Tolemaida y la costa mediterránea.

El territorio de Galilea estaba pacificado cuando José llega a Nazaret con María y Jesús, aunque existían restos de los combates en grupos de bandidos que asaltaban caminos con lo que los viajeros se juntaban en caravanas para ir de un sitio a otro. Más tarde hubo problemas que no afectaron a la mayoría de la población. En concreto se dio una guerra que perdió la guerra contra los Nabateos que estalló debido a la ofensa que supuso que Herodes despidiera a la hija de Aretas IV, con quien estaba casado, para tomar como esposa a Herodías, su sobrina y cuñada.

Séforis

Una vez instalados en la casa de María en Nazaret, que ahora es la de José, María y Jesús. Se dispusieron a establecerse establemente una vez más, ahora la definitiva. Los primeros días fueron de adecantar la casa, limpiar, arreglar cosas, preparar el horno, la cocina, las habitaciones, la ropa.

Después empezó de verdad la vida ordinaria que llevarían allí casi treinta años. José fue a hablar con su hermano Alfeo con quien tenía gran confianza.

-¿Has pensado como salir adelante, José?

-Sí, como siempre con mi trabajo. Así lo hice el año que vivimos en Belén y cuando emigramos a Egipto pronto adquirí clientes y las cosas fueron bien. Además no tenemos grandes necesidades.

-Es verdad, siempre lo has hecho, pero en Nazaret es pequeño y Efraim el hijo de Doras está tomando la gestión de sus propiedades. Tiene algo contra ti, no sé muy bien lo que es, quizá que no ibas a sus francachelas y tu conducta era como un reproche. Mi mujer dice que te tenía envidia cuando fuiste elegido como esposo de María. Es posible, y no hay que hacer mucho caso, pero no creo que te dé trabajo a no ser que tenga mucha necesidad, y aquí casi todo depende de él. Así que tú veras.

-Tienes razón, pero ¿Qué quieres que haga?

- Pues a trabajar más y fuera de Nazaret. Ya no vives solo. Tienes una familia a la que cuidar y Nazaret es muy pequeño. Pienso que te puede servir lo que pasa en los pueblos de alrededor. Ya sabes que los romanos incendiaron a nuestra vecina Séforis, la perla de Galilea, que tanta vida tenía por su escuela rabínica, y como pasa por ella un camino principal tiene mucho comercio y construcciones, no como en Nazaret. Cuando murió Herodes hubo bastantes revueltas, algunos jóvenes del pueblo murieron en la rebelión de Judas. Y fue aún más destruida. Un buen lío, aunque en Nazaret no pasó nada grave, salvo el susto. Pero cuando se estableció como tetrarca Herodes Antipas decidió residir en Séforis reconstruirla, amurallarla de nuevo. Se habla que quiere construir un teatro como el de Cesarea marítima. Así que es tu oportunidad. Entre Séforis y Nazaret hay un hora de camino que con un borrico es menos, puedes ir y volver todos los días. Tu trabajo, sobre todo, son encargos que puedes hacer en tu taller. Por cierto, ¿Dónde lo vas a instalar?

-Dónde estaba antes, en mi antigua casa que está muy cerca de la actual. Me parece muy buena idea lo de buscar en Séforis. Hablaré con María. Conozco allí a Manahem que se dedica a construir y le ofreceré mi trabajo. En Egipto aprendí un poco el trabajo con la piedra, pero prefiero el de la madera y tengo buenas herramientas. Tampoco se me da mal trabajar el hierro. Ya te diré algo.

Los hermanos se separan y vuelve a casa a terminar de instalar el horno y la cocina. María está tejiendo y Jesús juega.

La oración de José

Los años de Nazaret fueron para José de intenso trabajo y de ardiente oración. Las inquietudes de la huida a Egipto y la vuelta a casa ya pasaron. Se encuentra en la plenitud de fuerzas de un hombre, lleno de proyectos y con esa paz que solo Dios puede dar. La vida diaria con Jesús y con María es una manantial del que siempre brota agua nueva. Y José bebe de esa agua, con discreción y silencio, que es su modo de ser desde siempre, pero atento y abierta su alma a Dios con esa sed que se sacia diariamente, pero siempre pide más.

Siguiendo los consejos de su hermano fue a Séforis y con las precauciones que le indicó Juan, habla con Mahahem explicándole su experiencia y lo que ha hecho hasta ahora. Manahem que necesita muchos artesanos le dice.

-Bien, José de Nazaret. Creo que podemos llegar a un acuerdo pues hay mucho trabajo para hacer y necesito manos expertas. Antipas nos ha exigido urgencia y perfección. Los maestros de obras son expertos por las muchas construcciones que hicieron para Herodes el Grande. Calculo que en cinco años podríamos tener listos lo que nos pide para Séforis y luego seguiríamos con Tiberias. Así que si está bien realizado cuenta con diez años de trabajo como mínimo.

-Estoy dispuesto a trabajar duro. Pero entremos en lo concreto.

- Necesitaremos para todas las construcciones unas cien puertas de distinta calidad y tamaño. Las mejores y más labradas para el final cuando

acabemos el palacio de Herodes. Las de los soldados, siervos y demás de inferior calidad. ¿Te ves con fuerzas para hacerlo todo?

- Sí, creo que sí. Supongo que ponéis la madera.

- Sí, aunque debes seleccionarla aquí y llevarla a tu taller según la necesites. Pino para lo más sencillo, Roble y cedro para las de más calidad. Se puede traer en la medida que la necesites. Las medidas las concretas con los maestros que te darán las medidas.

-Te pagaremos dos denarios por puerta sencilla y cinco por las de palacio.

-No es excesivo, pero me parece bien. Mi hijo trabajará conmigo y podemos cumplir los plazos. El transporte de mi taller a Séforis costaría un denario cada uno y la colocación otro.

-La colocación ya la harán nuestros trabajadores.

- De acuerdo. ¿Cuándo empezamos?

-Habla con los maestros de obra y ya puedes empezar.

Se dan la mano y José comienza las conversaciones y el trabajo.

José tiene muy claro que no solo trabaja para sustentarse y sacar la familia adelante, sino que está colaborando con el poder creador de Dios y así se siente: creador, artista... hasta en los quehaceres más rutinarios de su labor. Pero desde que tiene a Jesús ha descubierto el valor redentor del trabajo. Con María ha repasado todo lo que dicen los profetas sobre el Mesías, pero esas grandes descripciones que lo muestran como Rey, Príncipe, Admirable consejero, Hijo del hombre que viene del cielo, Siervo de Yavé, Sacerdote de la nueva Alianza, las tiene que completar con lo que ve: días y años en su casa, viviendo la vida ordinaria de casi todos los seres humanos. Lo ve rezar y aprender, crecer en estatura, personalidad, trabajo y ve que este trabajo que ha hecho toda la vida adquiere un valor nuevo unido al de su divino Hijo: es redentor. Pero todo esto sería imposible sin oración. El trabajo es oración y redención, gloria a Dios, aunque ansía el tiempo reservado a elevar la mente a Dios y estar a solas con Él. Pero la oración le lleva a trabajar cada vez con más perfección y delicadeza, como ofreciendo un sacrificio en el Templo de su taller, pero sin derramamiento de sangre como si fuese el sacerdote de su propia vida.

Muchas veces su oración es situarse en silencio delante de Dios en su cuarto o en el campo, otras medita la Palabra de Dios, otras recita cosas con María y Jesús como hacen todos los judíos religiosos cumpliendo todo lo prescrito.

Una oración que le llena mucho es la del poema de Salomón que se llama El Cantar de los Cantares. Al principio le pareció un poco atrevido el rey sabio en lo que dice en este canto de amor entre enamorados, es más sabía que en muchas sinagogas se evitaba porque podía interpretarse de un modo sensual. Hasta que descubrió que el Canto hablaba de la relación del alma enamorada y Dios, así las imágenes humanas, a veces muy atrevidas las veía con nueva luz.

“Mejores son tus amores que el vino. A más del olor de tus suaves ungüentos, Tu nombre es como ungüento derramado; Por eso las doncellas te aman”. Y José que conocía el efecto embriagador del amor de Dios desde siempre, pero más que nunca en su matrimonio y paternidad espiritual asentía con toda el alma. Y seguía pidiendo como Salomón “Atráeme; en pos de ti correremos. El rey me ha metido en sus cámaras; Nos gozaremos y alegraremos en ti; Nos acordaremos de tus amores más que del vino; Con razón te aman”. Y se sentía atraído, gozoso, alegre, enamorado. Su vida era dichosa en plenitud. Y sentía como propio el doble elogio entre su alma y Dios simbolizado en el esposo: “ He aquí que tú eres hermosa, amiga mía; He aquí eres bella; tus ojos son como palomas. He aquí que tú eres hermoso, amado mío, y dulce”.

Al despertarse y al recogerse para hacer oración en silencio sabía que era verdad porque lo oía “*¡La voz de mi amado! He aquí él viene Saltando sobre los montes, Brincando sobre los collados. Mi amado es semejante al corzo, O al cervatillo. Helo aquí, está tras nuestra pared, Mirando por las ventanas, Atisbando por las celosías*”.

Y oía su voz en lo íntimo del alma “*Mi amado habló, y me dijo: Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven. Porque he aquí ha pasado el invierno, Se ha mudado, la lluvia se fue; Se han mostrado las flores en la tierra, El tiempo de la canción ha venido, Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola. La higuera ha echado sus higos, Y las vides en cierne dieron olor; Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven. Paloma mía, que estás en los agujeros de la peña, en lo escondido de escarpados parajes, Muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz; Porque dulce es la voz*

tuya, y hermoso tu aspecto”. Y cantaba en silencio y abría las alas del alma y el deseo para ir en su busca levantándose, conciente que sus dones era eso, dones divinos, regalos

Y superaba las distracciones pues le pedía el Esposo: “Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas; Porque nuestras viñas están en cierce”. Y podía decir con toda verdad: “Mi amado es mío, y yo suya; El apacienta entre lirios. Hasta que apunte el día, y huyan las sombras, Vuélvete, amado mío; sé semejante al corzo, o como el cervatillo Sobre los montes de Beter”. Y el tiempo siempre era corto para amar con el amor de Dios

Bien sabía lo que quería decir la separación del amor cuando perdió a Jesús tres días, o cuando dudó antes de conocer la maternidad virginal de María, por eso entendía “Abrí yo a mi amado; Pero mi amado se había ido, había ya pasado; Y tras su hablar salió mi alma. Lo busqué, y no lo hallé; Lo llamé, y no me respondió. Me hallaron los guardas que rondan la ciudad; Me golpearon, me hirieron; Me quitaron mi manto de encima los guardas de los muros. Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén, si halláis a mi amado, Que le hagáis saber que estoy enferma de amor”. Veía a lo lejos las purificaciones de tantos orantes en su ascensión a la unión total. Y pedía por ellos.

La oración de alabanza también encontraba alimento en el Cantar: ”
Mi amado es blanco y rubio, Señalado entre diez mil. Su cabeza como oro finísimo; Sus cabellos crespos, negros como el cuervo. Sus ojos, como palomas junto a los arroyos de las aguas, Que se lavan con leche, y a la perfección colocados. Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como fragantes flores; Sus labios, como lirios que destilan mirra fragante. Sus manos, como anillos de oro engastados de jacintos; Su cuerpo, como claro marfil cubierto de zafiros. Sus piernas, como columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino; Su aspecto como el Líbano, escogido como los cedros. Su paladar, dulcísimo, y todo él codiciable. Tal es mi amado, tal es mi amigo, Oh doncellas de Jerusalén”.

Y sabía con toda verdad y pedía “Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo; Porque fuerte es como la muerte el amor; Duros como el Seol los celos; Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama”. Era muy consciente de la verdad de su amor y renovaba su decisión de fidelidad pues “Las muchas aguas no podrán apagar el amor, Ni

lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, De cierto lo menospreciarían”.

Así transcurrían los días de José, siempre llenos de vida, de amor, de alegría sacrificada, renovando su entrega y agradeciendo el don de su vocación

José enseña a Jesús a hacer una mesa

Después de la ceremonia del examen en el Templo y de la pérdida del Niño cuando se quedó con los doctores. Jesús vuelve con José y María a Nazaret y les obedeció como siempre, pero quizá, más pues ya era un varón israelita y no solo un Niño.

Al poco tiempo, José llevó a Jesús al taller y le dijo:

-Hasta ahora has estado, sobre todo con tu madre aprendiendo y te has convertido en un varón probado. También has trabajado conmigo en el taller, me has ayudado mucho, pero aún no has pasado a hacer trabajos propiamente tú solo. Sabes muy bien que para nosotros el trabajo es un don divino, aunque esté unido al sudor de la frente y al cansancio por el pecado de Adán. Participamos en el poder Creador de Dios con nuestras manos y nuestra inteligencia y voluntad. El trabajo es otra forma de oración y además nos ganamos la vida y ayudamos a los demás. Pero el trabajo tiene que ser perfecto, como lo fue el acto creador de Adonái. Hoy te voy a enseñar a hacer una mesa paso a paso. Fíjate bien.

-Sí, padre.

- Lo primero es tomar las maderas adecuadas y del tamaño más próximo a lo que tenemos que hacer. Nosotros utilizaremos madera de pino, que aquí hay mucho. Para otras tareas utilizaremos madera de roble o de encina. El primer paso es muy laborioso pues se trata de medir con carboncillos y listones que ya tenemos preparados el tamaño de los tablones necesarios para la mesa y la patas que serán cuadradas según tú quieras. Así que lo primero es: medir muy bien, cortar con la sierra sobre la mesa, y lijar muy bien todo lo que vayas a utilizar. ¿Empezamos?

-Sí, Abba.

Así lo hacen y les queda después de un tiempo cuatro tablonces de un palmo de ancho y diez de largo. Las patas de cuatro palmos y cuadradas de un tercio de palmo. Limpian el suelo de polvo y virutas y las colocan cerca la mesa del taller.

-Ya estamos. Ahora viene una parte importante. Lo primero que vamos a hacer es marcar las espigas en los extremos de los travesaños, utilizando este cuchillo ancho y afilado en la punta. Se dibuja el contorno de las espigas en las maderas que unen las patas. Y se vacía en las patas lo suficiente para que entre la espiga en el agujero. Como ves la tarea de medir y marcar es importantísima. Es importante terminar de vaciar las cajas con la ayuda de un formón y una maza de madera como ésta, conviene que el formón esté correctamente afilado. En caso contrario, no podremos retirar bien la madera.

- Muy bien.

Jesús y José marcan y hacen cuatro espigas y cuatro agujeros y los pulen.

-Ahora unimos las cuatro tablas con las cuatro patas para ver si encajan bien. El siguiente paso es consiste en cortar unos tacos de madera, que servirán a modo de refuerzos. Marcamos en el listón triangular las piezas que necesitamos, lo amarramos a la mesa con la mordaza y hacemos los cortes, con la sierra.

- Aquí hay madera para estos triángulos.

- Ahora usamos el cepillo para trabajar con limpieza y lo pasamos por los cantos, realizando movimientos uniformes. Para conseguir un acabado perfecto, repasaremos toda la superficie de pino con la lijadora y una hoja de lija de grano fino. Después, retiramos el polvo que se haya podido producir al lijar, con un trapo o papel. Limpiamos también la zona de trabajo y aplicamos esta resina que se adhiera con gran agarre inicial en las uniones. Ya podemos insertar las espigas en las cajas. En caso necesario, retiramos el exceso de producto con un pañito. Cuando hayamos montado la estructura, damos adhesivo en las piezas de refuerzo y las ponemos en la cara interior de los travesaños, presionando para que se adhieran bien. Luego, amarramos firmemente el conjunto con una cuerda y se va tensando el cordel mediante un palito. Esperamos que se seque y

colocamos los tablones bien clavados entre sí formando la superficie de la mesa. Va bien pintar con este aceite tapaporos. Se da a todo varias pasadas de este otro aceite y, por fin después de esperar que todo se seque. Terminaremos el trabajo uniendo la encimera a las patas con unos tirafondos. Así haremos una mesa básica de madera como ésta: sencilla pero resistente. ¡Adelante!

-¡Adelante!

Dice Jesús entusiasmado por el trabajo. Y se pone a él muy atento, sudando, midiendo, cortando, vaciando, pintando. Hasta que después de un tiempo largo sale una mesa muy bien hecha.

José le mira con cariño y en silencio para no distraerle. Piensa que este Niño es la razón de su vida, el rostro de su vocación, del querer concreto de Dios para él, y se siente feliz de ser maestro y discípulo de Jesús al mismo tiempo.

-Ya está.

Dice Jesús.

-Bien. Vamos a enseñárselo a Mamá y si le gusta la ponemos en el jardín para cenar las noches de primavera y verano.

María sonríe al ver la alegría de los dos hombres que vienen a ella con el vestido de trabajo. Arremangados, sudorosos, felices. Y da gracias a Dios por estos años de vida familiar tan intensos, tan amorosos y tan sencillos. Como todos, pensarán muchos, y así es, pero dando sentido y vida divina a lo que harán la mayoría de los hombres y mujeres de todos los tiempos.

Juan de Seforis

José tenía un muy buen amigo en Séforis, que además tenía un trabajo muy parecido al suyo, se llamaba Juan. Y a él acudió antes de ir a hablar con Manahem para la cuestión de las obras de Herodes Antipas.

-Juan. ¿Cómo estás? Me alegro de verte.

- José que alegría que vengas por aquí. Hace mucho que no nos veíamos. Me entere de tu matrimonio y de que tienes un hijo precioso.

- Está creciendo mucho, es muy bueno y listo. Ya tiene seis años. Pero yo venía a verte por lo de las obras y para enterarme de cómo van las cosas por aquí con confianza, pues uno no se puede fiar de todo lo que se dice.

- Por supuesto. ¿Qué quieres saber?

- Séforis es la nueva capital. Como están las cosas por aquí.

-Hay mucho movimiento porque Herodes Antipas quiere construir aquí la muralla y un palacio, además de arreglar la ciudad. Muchos nobles también quieren construirse casas y luego están las viviendas para soldados, sirvientes y comerciantes. Tendremos mucho trabajo y bien pagado. Pero no todo el mundo es de fiar.

- Dime a quien dirigirme para buscar.

- El más fiable es Cusa el administrador de Herodes. Es honrado, meticuloso y no acepta sobornos ni trabajos mal acabados. A él tienes que dirigirte. Pero ten cuidado de Manahem parece que acepta sobornos y tiene mucha amistad con tu convecino Efraim con lo que mucho bueno no puede salir. Pero lo que está creando mucha inquietud aquí es el matrimonio de Herodes Antipas con su sobrina Herodías.

- ¿Por qué esa inquietud? Son cosas de ellos.

- Te cuento. Aretas, rey de Petra está muy enfadado con Herodes, porque el tetrarca estaba casado con la hija de Aretas, y vivió con ella mucho tiempo. Pero cuando murió su padre fueron los tres hijos en viaje a Roma, fue a visitar a su hermano Filipo, hijo de otra madre, pues Herodes el tetrarca era hijo de la hija de Simón el sumo pontífice. Se enamoró de Herodías la mujer de su hermano, hija de Aristóbulo, otro de sus hermanos. Tuvo la audacia de hablarle de matrimonio. No le disgustó a ella la propuesta; se convino entre los dos que ella iría a su casa así que él regresara de Roma; además él prometió repudiar a la hija de Aretas. Cuando estaba ya de regreso, concluidos los asuntos para los cuales había ido a Roma, su esposa, informada de lo pactado con Herodías, antes de que

él supiera que ella lo sabía, se dirigió a Maqueronte fortaleza que se encuentra en los límites del territorio de Herodes y Aretas, sin que él sospechara sus propósitos. Ella, que había enviado algún tiempo antes emisarios a Maqueronte, lugar que entonces dependía de su padre, encontró allí todo preparado por su comandante para la huída. De allí pasó a Arabia haciéndose escoltar por soldados de los puestos sucesivos, para llegar cuanto antes a presencia de su padre, y descubrirle las intenciones de Herodes. Aretas se indignó y ha jurado vengarse de Herodes Antipas que acaba de volver y ya vive con su sobrina aquí. Así que poco bueno podemos esperar de esta unión.

- Es verdad. Tenme informado de todo. Yo voy a hablar con Cusa y a ofrecerle mi trabajo. Si quieres que hagamos algo juntos me lo dices.

- Por supuesto. Dile a María que me alegro mucho de que seáis tan felices y cuando Jesús crezca un poco espero verlo trabajando por aquí.

- Adiós y gracias, Juan.

Los corruptos

El inicio de las obras en Séforis desató una gran actividad a su alrededor. Manahem era el encargado de las obras y se puso a trabajar. Necesitaba buenos arquitectos y servirían los que empleó Herodes el grande en sus grandes construcciones. También eran necesarios trabajadores a todos los niveles y artesanos de la piedra y la madera. Lo primero que hizo fue ir a Antipas para saber con cuanto contaba para las obras.

-Quiero que Séforis sea la ciudad donde voy a residir alternando con la futura Tiberíades. Tendrás lo que necesites, pero quiero rapidez. Tiene que ser perfecto.

Le dijo Herodes Antipas. Manahem se dio cuenta de que no habría gran control de las obras y que sobre todo necesitaba mano dura. Los impuestos serían la fuente que manaría dinero para las construcciones, y para él. Pero necesitaba colaboración. En estos pensamientos se movía cuando vino a verle Efraím de Nazaret, un buen amigo.

-Mi buen amigo Manahem, me alegro de verte tan atareado con los proyectos del tetrarca.

-Bienvenido Efraím. Tú siempre apareces cuando hay oportunidades de enriquecerse. Y la verdad es que necesito alguien como tú.

-¿Para qué?

-Muy sencillo. Tú sabes lo difícil que resulta mi trabajo y necesito alguien que pueda colaborar en conseguir trabajadores.

-Cuenta conmigo, pero ¿pone mucho control Antipas con los dineros necesarios?

-La verdad es que no, solo quiere rapidez. Le gusta vivir bien tanto a él como a su corte. Así que tengo mano libre.

-Pues ya sabes, es una oportunidad para enriquecernos. Pero te pido una cosa no te preocupes demasiado lo que pago a los trabajadores. Dices unos salarios y pagamos menos. Hacemos lo mismo con las piedras de las canteras, los trabajos especiales. Pero sobre todo están los terrenos, ahí sí que podemos sacar una buena fortunita. Y lógicamente tú y yo tomamos una buena parte del dinero. ¿Te parece bien?

- Sí, siempre has sido un buen amigo, Démonos la mano y adelante.

Se descubren las trampas

Seis de los pastores trabajan en Caná con Samuel, el amigo de José. Pero resto encontró trabajo en Séforis y allí se quedaron. Juan, Tobías y Simeón se encontraron con José en uno de sus muchos viajes de trabajo.

-Qué alegría José, volver a verte. Nuestros amigos también están muy contentos con el trabajo que les conseguiste en Caná. Pero todos hemos conseguido lo que queríamos: estar cerca de Jesús. Somos los primeros que hemos creído en Él y nuestra fe crece cada día. Cuando la matanza nos dimos cuenta que no será fácil su misión de Mesías. Por eso queremos estar cerca: para defenderle. El diablo movió a Herodes a aquel

acto sanguinario y seguro que tendrá que sufrir de tantos pecadores. Sin ir más lejos, aquí también hay mala gente. No hacen trabajar como esclavos, peor que animales, mal comemos y descansamos poco. Nos hemos enterado que los jefes se aprovechan para ganar mucho dinero. Si estuviese aquí el profeta Amós se oírían sus gritos. Pero lo sufrimos con paciencia.

- Me alegro de veros. Estaré muy cerca de vosotros. Jesús y María están bien. Ya les veréis. Se pondrán muy contentos. Jesús ha crecido mucho y es precioso.

José se marcha a ver a su amigo Juan de Séforis.

-Juan esto va muy mal. En las obras explotan a los trabajadores, pagan mal, y me huelo que lo que me dijiste está en pleno movimiento, pues los impuestos para las obras cada vez son más altos en todas partes.

-Es verdad –dice Juan- y los líos de compra de terrenos han sido un abuso enorme. La codicia ciega a Manahem y a Efraím.

-¿Qué podemos hacer? Si es que se puede hacer algo.

-Pienso que lo mejor es recoger información lo más exacta posible con toda discreción, y llevárselo a Cusa, ya te dije que es honrado y administra los bienes de Herodes Antipas y del reino. Cuando se lo haga saber al tetrarca se enfadará mucho y tomará medidas que pueden ser graves con el carácter que tiene la familia Herodes.

Juan y José se ponen en movimiento y al cabo de un tiempo acuden a Cusa pidiendo audiencia. Cusa les recibe preguntando:

-Mi buen amigo Juan, me alegro de verte, pero por tu cara veo que algo desagradable está pasando. ¿Quién es tu amigo?

-Se llama José de Nazaret y es carpintero que trabaja en su taller muchas cosas para los palacios y las construcciones. Lo que nos trae realmente es grave.

-Dime

-Se trata de Manahem tu coordinador para las obras. Aliado con Efraím de Nazaret han organizado un gran robo al tetrarca. Aquí traigo los datos.

-Lo estudiaré, pero haz un pequeño resumen.

-Muy sencillo. Han pagado los terrenos a precios muy bajos amedrentando a los propietarios con una autoridad que no tiene y les obligan a vender, luego apuntan que han costado muchísimo más. Pagan poco a los obreros y a los proveedores y apuntan más. Ya sabes que las cosechas de este año no fueron buenas y muchos han visto la solución de sus problemas trabajando aquí. Se aprovechan de su necesidad. Abusan de la confianza que les habéis dado pensando que nadie verificaría los números y se embolsan grandes cantidades.

-Informaré al tetrarca. Te agradezco tu información. No diré de quién me llega la información. Pero seguro que tomaremos medidas ejemplarizantes.

María maestra de Jesús, Jacob y Judas

En la habitación contigua al taller de José hay, por el contrario, silencio. María está cosiendo unas piezas de lana alargadas tejidas por Ella, que tienen aproximadamente medio metro de anchas y un poco más del doble de largas destinadas a ser un manto para José.

Por la puerta abierta de la parte del huerto-jardín se ve el seto formado por unas matas de enredado ramaje de margaritas pequeñas de color azul-violeta. Están florecidas pues es otoño. De todas formas, los árboles tienen todavía un follaje verde tupido y hermoso, y las abejas, desde dos colmenas adosadas a una pared soleada, vuelan zumbando, danzando y brillando al sol, de una higuera a la vid, de ésta a un granado lleno de redondos frutos, algunos de los cuales han estallado ya por exceso de vigor y muestran sus collares de jugosos rubíes, alineados en el interior de su verde-rojo cofre, de compartimentos amarillos.

Bajo los árboles, Jesús está jugando con otros dos niños de más o menos su misma edad. Son de pelo rizado, no rubios. Es más, uno de ellos es intensamente moreno: una cabecita de corderito negro que hace resaltar aún más la blancura de la piel de su carita redonda en que se abren dos ojazos de un azul tendente al violáceo; bellísimos. El otro es menos rizado y de un color castaño oscuro, tiene ojos castaños y coloración más morena, aunque con una tonalidad rosácea en las mejillas. Jesús, con su cabecita rubia, entre los otros dos, oscuros, parece ya aureolado de fulgor. Están

jugando en concordia con unos pequeños carritos en los que hay distintas mercancías: hojas, piedrecitas, virutas, pedacitos de madera. Eran mercaderes, sin duda, y Jesús era el que compraba para su Mamá, a la que le lleva ora una cosa, ora otra; María, sonriendo, acepta los objetos comprados.

Pero después de un poco el juego cambia. Uno de los dos niños propone:

-¿Por qué no hacemos el Éxodo a través de Egipto? Jesús es Moisés; yo, Aarón; tú María.

-¡Pero si yo soy un chico!

-¡No importa! ¿Qué más da? Tú eres María y bailas ante el becerro de oro, que será aquella colmena.

-Yo no bailo. Soy un hombre y no quiero ser una mujer; soy un fiel, y no quiero bailar ante el ídolo.

Jesús interviene diciendo:

-Pues no hacemos este pasaje. Podemos hacer ese otro de cuando le eligen a Josué sucesor de Moisés. Así no está ese feo pecado de idolatría y Judas estará contento de ser hombre y sucesor mío. ¿Verdad que estás contento?

-Sí, Jesús. Pero entonces Tú tienes que morir, porque Moisés muere después. No quiero que Tú mueras; Tú, que siempre me quieres tanto.

-Todos morimos. Pero Yo antes de morir bendeciré a Israel, y, dado que aquí sólo estáis vosotros, en vosotros bendeciré a todo Israel.

Es aceptada la propuesta. Pero luego surge una cuestión: si el pueblo de Israel, después de tanto caminar, llevaba o no los carros que tenía al salir de Egipto. Hay disparidad de ideas.

Se recurre a María.

-Mamá, Yo digo que los israelitas tenían todavía los carros. Jacob dice que no. Judas no sabe a quién de los dos dar la razón. ¿Tú sabes si los tenían?

-Sí, Hijo. El pueblo nómada tenía todavía sus carros. En los descansos los reparaban. Montaban en ellos los más débiles. Se cargaba en ellos aquellos víveres o cosas que un pueblo tan numeroso necesitaba. Todas las demás cosas iban en los carros, menos el Arca, que la llevaban a mano.

La cuestión está resuelta.

Los niños van al final del huerto y, desde allí, entonando salmos, vienen hacia la casa. Jesús viene delante cantando salmos con su vocecita de plata. Detrás de Él vienen Judas y Jacob portando un pequeño carrito elevado al rango de Tabernáculo. Pero, dado que además de a Aarón y a Josué tienen que representar también al pueblo, se han quitado los

cinturones y se han atado al pie los otros carros en miniatura, y así caminan, serios como si fueran verdaderos actores.

Hacen el recorrido de la pérgola, pasan por delante de la puerta de la habitación donde está María, y Jesús dice:

-Mamá, pasa el Arca, salúdala.

María se levanta sonriendo y se inclina ante su Hijo, que, radiante, pasa, aureolado de sol.

Acto seguido Jesús trepa un poco por el lado del monte que limita la casa, o mejor, el huerto. Arriba de la gruta, erguido, dirige unas palabras a Israel. Manifiesta los preceptos y las promesas de Dios, señala a Josué como caudillo, le llama a sí –Judas también sube arriba de la peña–, le anima y le bendice. Luego pide una tabla (es la hoja ancha de una higuera) y escribe el cántico, y lo lee; no todo, pero sí una buena parte de él, y al hacerlo da la impresión de que realmente lo estuviera leyendo en la hoja. A continuación se despide de Josué, el cual le abraza llorando, y sube más arriba, justo hasta el borde de la peña. Allí bendice a todo Israel, es decir, a los dos niños que están prosternados en tierra, y luego se acuesta sobre la corta hierbecilla, cierra los ojos y... muere.

María se había quedado, sonriente, a la puerta, y, cuando le ve echado en el suelo, rígido, grita:

-¡Jesús! ¡Jesús! ¡Levántate! ¡No estés así! ¡Mamá no quiere verte muerto!

Jesús se levanta del suelo, sonrío, y va hacia Ella corriendo, y la besa. Se acercan lo mismo Jacob y Judas, y María los acaricia también.

-¿Cómo puede acordarse Jesús de ese cántico tan largo y difícil y de todas esas bendiciones?

Pregunta Jacob.

María sonrío y responde sencillamente:

-Tiene una memoria muy buena y está muy atento cuando yo leo.

-Yo, en la escuela, estoy atento, pero con tanta lamentación me viene el sueño. Entonces, ¿no voy a aprender nunca?

-Aprenderás. Tranquilo.

Llaman a la puerta. José atraviesa con paso rápido huerto y habitación, y abre.

-¡La paz sea con vosotros, Alfeo y María!

-Y con vosotros. Paz y bendición.

Es el hermano de José con su mujer. Un rústico carro tirado por un robusto burro está parado en la calle.

-¿Habéis tenido buen viaje?

-Sí, bueno. ¿Y los niños?

-Están en el huerto con María.

Ya los niños venían corriendo a saludar a su mamá. También María está viniendo, trayendo a Jesús de la mano. Las dos cuñadas se besan.

-¿Se han portado bien?

-Sí, muy bien, y han sido muy cariñosos. ¿La familia está toda bien?

-Todos están bien. Nos han dado recuerdos para vosotros. De Caná os mandan muchos regalos: uvas, manzanas, queso, huevos, miel. José, he encontrado exactamente lo que tú querías para Jesús. Está en el carro, en aquella cesta redonda.

La mujer de Alfeo, sonriendo, se curva hacia Jesús, que la está mirando con unos ojos maravillados, abiertísimos; y le besa en esos dos pedacitos de azul y dice:

-¿Sabes lo que he traído para ti? Adivina.

Jesús piensa, pero no adivina. Probablemente lo hace a propósito, para que José tenga la alegría de dar una sorpresa. En efecto, José entra trayendo consigo una cesta redonda. La deposita en el suelo a los pies de Jesús, desata la cuerda que está sujetando la tapadera, la levanta, y una ovejita toda blanca, un verdadero copo de espuma, aparece, dormida sobre un heno muy limpio.

-¡Oh!

Exclama Jesús con estupor y felicidad, mientras hace ademán de echarse hacia el animalito, pero no, se vuelve y corre adonde José, que aún está agachado, y le abraza y le besa dándole las gracias.

Los primitos miran con admiración al animal, que ahora está despierto y alza su rosado morrito y bala buscando a su mamá. Sacan de la cesta a la ovejita y le ofrecen un manojo de tréboles. Ella come, mirando a su alrededor con sus mansos ojos.

Jesús repite una y otra vez:

-¡Para mí! ¡Para mí! ¡Padre, gracias!

-¿Te gusta mucho?

-¡Oh, mucho! Blanca, una cordera ¡Oh!

Y le echa sus bracitos al cuello a la ovejita y se queda así, satisfecho.

-También os he traído a vosotros otras dos.

Dice Alfeo a sus hijos.

-Pero son de color oscuro. Vosotros no sois ordenados como lo es Jesús y, si hubieran sido blancas, las tendríais mal. Serán vuestro rebaño, las tendréis juntas, y así vosotros dos no estaréis ya más por ahí por las calles tirando piedras.

Los dos niños van corriendo al carro para ver a estas otras dos ovejas, más negras que blancas.

Jesús por su parte se ha quedado con la suya. La lleva al huerto, la da de beber, y el animalito le sigue como si le conociera desde siempre.

Jesús la llama. Le pone por nombre "Nieve". Ella responde balando jubilosa.

Los llegados ya están sentados a la mesa. María les sirve pan, aceitunas y queso. Trae también un ánfora de agua de manzanas de un color dorado muy claro.

Los niños juegan con los tres animales y ellos se ponen a conversar. Jesús quiere que estén las tres ovejas, para darles a las otras también agua y un nombre:

-La tuya, Judas, se llamará "Estrella" por el signo ese que tiene en la frente; y la tuya "Llama", porque tiene un color como el de ciertas llamas de brezo lánguido.

-De acuerdo.

Los mayores dicen –es Alfeo el que habla–:

-Espero haber resuelto así la historia de las peleas entre muchachos. Tu idea, José, ha sido la que me ha iluminado. Dije: "Mi hermano quiere una cordera para Jesús, para que juegue un poco. Yo me llevo dos para esos golfos, para que estén un poco tranquilos y no tener siempre problemas con otros padres por cabezas o rodillas rotas. Un poco la escuela y un poco las ovejas, lograré tenerlos quietos".

Por cierto, este año tendrás que mandar tú también a Jesús a la escuela. Ya es tiempo.

-Yo no voy a mandarle jamás a Jesús a la escuela.

Dice María con tono resuelto. Resulta insólito oírla hablar así, y además antes que José.

-¿Por qué? El Niño tiene que aprender, para que a su debido tiempo sea capaz de afrontar el examen de la mayoría de edad.

-El Niño sabrá; pero no irá a la escuela. Está decidido.

-Pues serías la única que actuará así en Israel.

-Pues seré la única, pero actuaré así. ¿No es verdad, José?

-Así es; Jesús no tiene necesidad de ir a la escuela. María se ha formado en el Templo y es una verdadera doctora en el conocimiento de la Ley. Será su Maestra. Es también mi deseo.

-Le estáis mimando demasiado al Muchacho.

-Eso no puedes decirlo. Es el mejor de Nazaret. ¿Le has visto alguna vez llorar o cogerse alguna pataleta o negarse a obedecer o faltar al respeto?

-No. Pero un día será así si le seguís mimando.

-Tener al lado a los hijos no es mimarlos; es quererlos, con mente cabal y buen corazón. Nosotros amamos así a nuestro Jesús, y, dado que María es una mujer más instruida que el maestro, será Ella la Maestra de Jesús.

-Y cuando sea hombre, tu Jesús será una mujercita temerosa hasta de las moscas.

-No lo será. María es una mujer fuerte y sabe educarle virilmente; y yo no soy ningún mezquino, y sé dar ejemplos viriles. Jesús es un niño sin defectos físicos ni morales. Por tanto se desarrollará recto y fuerte en el cuerpo y en él espíritu. Estate seguro de esto, Alfeo. No dejará mal a la familia. Y, además, ya lo he decidido y es suficiente.

-Lo habrá decidido María. Tú sólo asientes.

-¿Y si así fuera? ¿No es acaso bonito que dos personas que se aman estén en la disposición de tener el mismo pensamiento y la misma voluntad, porque mutuamente abrazan el deseo del otro y lo hacen propio? Si María desease estupideces, yo le diría que no, pero lo que pide son cosas llenas de sabiduría, y yo las apruebo y hago mías. Nosotros nos amamos como el primer día, y lo seguiremos haciendo mientras vivamos, ¿verdad, María?

-Sí, José. Y aun en el caso –y ojalá no suceda jamás– de que uno de los dos muriese y el otro no, nos seguiríamos amando.

José le acaricia a María la cabeza, como si fuera una hija pequeña, y Ella a su vez le mira con ojos serenos y amorosos.

La cuñada interviene diciendo:

-Tenéis realmente razón. ¡Si yo fuera capaz de enseñar! En la escuela nuestros hijos aprenden el bien y el mal; en casa, sólo el bien. Pero yo no sé hacerlo. Si María quisiese...

-¿Qué quieres, cuñada? Habla libremente. Tú sabes que te quiero y que me siento contenta cada vez que puedo satisfacerte en algo.

-No, yo lo que pensaba era que Jacob y Judas son sólo un poco mayores que Jesús. Ya van a la escuela ¡pero, para lo que saben! Por el contrario, Jesús ya sabe muy bien la Ley. Yo quisiera, bueno, ¿si te pidiera que los tuvieras también a ellos cuando enseñas a Jesús? Creo que ganarían en bondad y en conocimientos. Al fin y al cabo son primos y sería justo que se quisieran como hermanos ¡Qué feliz me sentiría!

-Si José y tu marido quieren, yo por mí estoy dispuesta. Hablar para uno o para tres es igual. Repasar la Escritura es motivo de gozo. Que vengan.

Los tres niños, que habían entrado despacito, han oído estas palabras y están a la espera del veredicto.

-Te harán desesperar, María.

Dice Alfeo.

-¡No! Conmigo siempre se portan bien. ¿Verdad que os vais a portar bien si yo os enseño?

Los dos niños acuden a su lado corriendo, uno a la derecha, el otro a la izquierda. Le ponen los brazos en torno a los hombros apoyando en ellos sus cabecitas, y hacen promesas de todo el bien posible.

-Déjales que prueben, Alfeo, y déjame probar también a mí. Yo creo que no quedarás descontento de la prueba. Que vengan todos los días desde la hora sexta hasta la tarde. Será suficiente, créelo. Conozco el arte de enseñar sin cansar. A los niños hay que tenerlos cautivados y distraídos al mismo tiempo. Hay que comprenderlos, amarlos y ser amados para conseguir de ellos. Y vosotros me queréis, ¿no?

La respuesta es dos fuertes besos.

-¿Lo ves?

-Ya lo veo. Sólo me queda decirte: "Gracias". Y Jesús ¿qué va a decir cuando vea a su mamá entretenida en otros? ¿Tú qué dices, Jesús?

-Yo digo: "'Bienaventurados los que le prestan atención y levantan su morada junto a la de Ella". Como con la Sabiduría, dichoso aquel que es amigo de mi Madre. Me gozo viendo que aquéllos a quienes amo son sus amigos.

-¿Quién pone tales palabras en labios de este Niño.

Pregunta Alfeo asombrado.

-Nadie, hermano, nadie de este mundo.

Una clase de María con los niños

Jesús, Jacob y Judas tienen entre ya entre siete y ocho años. A media tarde se reúnen en casa de María para recibir la lección. María de Alfeo se ha comprometido con su cuñada para traer el agua y hacer la cena.

Los niños están muy atentos y María les sonríe diciéndoles:

-Seguro que habéis estudiado y me vais a recitar de memoria los mandamientos que Dios le dio a Moisés en el Sinaí. Los decís los tres juntos y cantándolos.

Los tres niños se juntan muy serios y empiezan a cantar lenta y rítmicamente como les enseñó María.

Y habló Dios todas estas palabras, diciendo: Yo soy el SEÑOR tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos.

No tendrás dioses ajenos delante de mí.

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy el SEÑOR tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación, de los que me aborrecen, y que hago misericordia en millares de generaciones a los que me aman, y guardan mis mandamientos.

No tomarás el Nombre del SEÑOR tu Dios en vano; porque no dará por inocente el SEÑOR al que tomare su Nombre en vano.

Te acordarás del día del reposo, para santificarlo: Seis días obrarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día será sábado al SEÑOR tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo el SEÑOR los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto el SEÑOR bendijo el día del sábado y lo santificó.

Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días sean alargados sobre la tierra que el SEÑOR tu Dios te da.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No hurtarás.

No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.

No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

-Muy bien. Os los sabéis muy bien. Ahora os explico un poco. Os habéis fijado que muchas veces dice que NO se pueden hacer algunas cosas, pero lo importante es lo que SÍ se puede hacer. Que es mucho más importante. Empecemos por el último. Dice NO codiciarás, pero nos manda usar las cosas sin pensar que son lo más importante. Sí debemos tener buenos deseos para usar bien lo que Dios nos da. El siguiente dice que No levantes falso testimonio, pero sobre todo debemos ser sinceros y decir siempre la verdad. NO hurtarás, y sí ganarás el pan con el sudor de tu frente y respetarás los bienes de los demás. No cometer adulterio quiere

decir ser siempre muy puros. No matar, pero amar la vida y no insultar, ni despreciar a los otros, aunque no sean amigos. Honrar a los padres y lo mejor es obedecer de buena gana y rápidamente. El Sabat es el reposo sagrado para dar gloria a Dios y rezar con toda la familia. NO tomar el nombre del Señor en vano, sino alabarlo y decirlo con todo el respeto. No tendrás otros dioses, ni harás imágenes porque solo hay un Dios verdadero y debemos adorarlo. ¿Podéis decir alguna cosa sobre esto?

Jesús levanta la mano y con el permiso de María habla.

-Todos los mandamientos que Yahveh dio a Moisés deben cumplirse en el corazón, pues Yahveh está en todas partes, pero también en nuestro corazón. Por eso debemos ser sinceros, obedecer, rezar, trabajar y adorarlo con todo nuestro corazón y sobre todas las cosas.

-Bien. Ahora vamos a aprender el salmo 23

El Señor es mi pastor,
 nada me puede faltar.
 Él me hace descansar en verdes praderas,
 me conduce a las aguas tranquilas
 y repara mis fuerzas;
 me guía por el recto sendero,
 por amor de su Nombre.
 Aunque cruce por oscuras quebradas,
 no temeré ningún mal,
 porque tú estás conmigo:
 tu vara y tu bastón me infunden confianza.
 Tú preparas ante mí una mesa,
 frente a mis enemigos;
 unges con óleo mi cabeza
 y mi copa rebosa.
 Tu bondad y tu gracia me acompañan
 a lo largo de mi vida;
 y habitaré en la Casa del Señor,
 por muy largo tiempo.

-Ya lo sabemos, pues lo decimos muchas veces en la sinagoga.

Dicen los niños y lo repiten como han repetido los mandamientos.

-¿Quién es el Señor?

-Yhaveh

Cantan los tres a una sola voz

-¿Es un pastor?

- Sí, porque nos cuida como los pastores cuidan de las ovejas.

-¿Y las verdes praderas?

-Es como cuando jugamos, pero en el alma

-¿Y las aguas tranquilas?

-Es como el agua del pozo que se puede beber y de los torrentes es muy difícil, pero para el alma.

-El sendero recto es el de la Ley de Dios, pero con el corazón y con toda sinceridad, pues hay tentaciones y egoísmos. Dios nos cuida.

-¿Qué son las oscuras quebradas?

Ahora es Judas el que se adelanta

-A mí me da miedo los sitios oscuros. Si voy con uno mayor no pasa nada. Si vas con Dios nunca debemos tener miedo.

-Muy bien, Judas, nunca tengas miedo, salvo a pecar. Una más ¿Qué quiere decir “me unges con óleo”?

Ahora es Jesús el que habla.

-El aceite es el modo como Dios protege y elige a alguien para una misión, así ungió a nuestro pariente David y se unge a los sacerdotes. Desde el seno materno fui ungido por el Espíritu Santo con la gracia de Dios que me acompaña siempre para dar luz en Israel y en todo el mundo.

-Bien. Estoy contenta con vosotros. Que Dios os bendiga y para la próxima clase debéis aprender el salmo 50 y explicar por qué Moisés llevaba dos tablas cuando descendió del Sinaí

Los pastores se dispersan

-María. Me ha llegado la noticia que los pastores que vinieron a adorar al Niño en la gruta lo están pasando mal.

-¿Qué sucede?

- Que cuando sucedió la matanza de los niños y nosotros huimos a Egipto por el anuncio del ángel, muchos les culpaban a ellos porque dijeron lo que les pasó con los ángeles y manifestaban que Jesús era el Mesías hijo de David esperado por todos.

-El dolor les debió cegar.

-Seguro, pero ellos huyeron. Pienso que tengo que ir en su busca para ayudarlos y consolarlos de alguna manera.

- Sí, José, piensas bien. Vive con la caridad del Altísimo con éstos que sufren por la fe en nuestro divino Hijo.

La matanza de los niños en Belén fue terrible para los pastores. Elías el pastor que dirigió a José y María hacia el portal derruido sufrió por partida doble pues mataron a dos hijos suyos y su mujer huyó y ni siquiera pudo preguntar dónde había ido. Los vecinos le apedreaban como a un leproso, como a un inmundo, como a un asesino. Y tuvo que huir a los bosques, llevar una vida de lobo.

José sale en busca de los pastores y encuentra a tres de ellos –Leví, José y Elías- en la misma Galilea. Se sientan y hablan y escucha con atención su historia del buen Elías.

- Huí de Belén, hasta que encontré a un propietario de ganado. Es duro y cruel. Si una oveja se disloca una pata, si el lobo se lleva un cordero, o recibo palos hasta sangrar o me quita mi poca paga o debo trabajar en los bosques para otros, hacer algo, pero pagar, siempre el triple del valor. Pero no importa. Siempre le he dicho al Altísimo: "Que yo pueda ver a tu Mesías. Que al menos pueda saber que vive, y todo lo demás no es nada". Te he referido cómo me trataron los de Belén y cómo me trata el patrón. Habría podido devolver mal por mal, o hacer el mal, robando, para no sufrir a causa del patrón. Pero sólo he querido perdonar, sufrir, ser honesto, porque los ángeles dijeron: "Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad".

-Fueron tan duros los de Belén.

Dice José

-Sí, vieron que habíais huido de noche, y al poco llegaron los soldados de Herodes buscando al rey de los judíos. Nosotros habíamos dicho a todos que el Mesías, hijo de David, era tu Hijo. Entonces llenos de dolor nos hicieron culpables. Tenemos que disculparles por la gran pena que tenían. Nosotros seguimos creyendo. Para no olvidarlo –ya de por sí no habríamos podido, porque eran palabras del Cielo y se escribieron con el fuego del Cielo en nuestros corazones– todas las mañanas, todas las tardes, cuando sale el Sol, cuando brilla la primera estrella, las recitamos como oración, como bendición, como fuerza y consuelo, con el Nombre de Él y de su Madre.

-¡Ah! ¿decís: "Cristo"?

-No. Decimos: "Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad, por Jesucristo que nació de María en un establo de Belén y que, siendo el Salvador del mundo, estaba envuelto en pañales en un pesebre". Preguntamos en todas partes donde podáis estar, pero nadie sabía nada.

Leví y José hijo de José se incorporan al grupo y asienten a lo que dice Elías.

-¿Dónde están los demás?

-El anciano Samuel, muerto, de viejo, hace un año. A José le mataron por combatir en la puerta del aprisco para dar tiempo a su esposa, madre desde hacía pocas horas, de huir con éste, que yo recogí por amor de mi amigo, y por seguir teniendo niños a mi alrededor. También tomé conmigo a Leví pues le perseguían. Benjamín es pastor en el Líbano con Daniel. Simeón, Juan y Tobías, que ahora se hace llamar Matías en recuerdo de su padre, al cual también le mataron. Jonás está en la llanura de Esdrelón, al servicio de un fariseo llamado Doras. Isaac tiene la espalda hecha cisco, está en la absoluta miseria y solo, está en Yuttá. Le ayudamos como podemos, pero estamos todos en la ruina y es como gotas de rocío en un incendio. Jonatán es ahora siervo de un noble de Herodes.

-¿Cómo habéis logrado, especialmente Jonatán, Jonás, Daniel y Benjamín, conseguir estos trabajos?

-Me acordé de Zacarías, tu pariente. Tu Madre me había enviado a él. Cuando nos volvimos a juntar en las gargantas de Judea, fugitivos y malditos, los llevé donde Zacarías. Fue bueno. Nos protegió, nos dio de comer. Nos buscó un patrón como pudo. Y me quedé a su servicio. Cuando Juan marchó al desierto con sus padres. Simeón, Juan y Tobías se fueron con ellos.

-¿Dónde están enterrados los que fallecieron?

-Samuel en Ain Karim. Quedó al servicio de Zacarías. José no tiene tumba. Le quemaron con la casa.

-Tus hijos y todos los que murieron en aquella matanza de Herodes son ángeles, Elías, ángeles que repetirán el "Gloria" cuando el Salvador sea coronado. Di tu oración antes de la cena.

-No yo. Tú.

-Gloria a Dios en los Cielos altísimos y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad que han merecido ver la Luz y servirla. El Salvador se encuentra entre ellos. El Pastor de la estirpe real está en medio de su rebaño. La Estrella de la mañana ha nacido. ¡Regocijaos, justos, regocijaos en el Señor! Él, que ha hecho la bóveda de los cielos y los ha sembrado de estrellas, Él, que puso como límite de las tierras los mares, Él, que ha creado los vientos y los rocíos, y regulado el curso de las estaciones para dar pan y vino a sus hijos.

Después se distribuye pan y una escudilla de leche acabada de ordeñar, y, dado que son tres las calabazas vaciadas, come José con Leví y el joven José; Elías come el último.

Las ovejas no pastan más, se reúnen en un gran grupo compacto en espera de ser conducidas a su aprisco. Sin embargo, los tres pastores las conducen al bosque, debajo de un rústico cobertizo de ramas cercado con cuerdas. Preparan unos lechos de heno. Se encienden algunos fuegos para los animales salvajes

José desciende con los tres pastores hacia el torrente. Pacientemente se detienen cuando hay que esperar a una oveja que se queda rezagada o a uno de los pastores que debe ir por una cordera que se desvía.

-¿Ves? Yuttá está allá arriba. Ahora cruzaremos el torrente; hay un vado por el que se puede pasar en verano, sin necesidad de recurrir al puente.

-No. Ya iremos. Pero, hemos llegado al vado, creo. Veo una fila de piedras que sobresale de la poca agua del fondo.

-Sí, es aquél. En tiempo de crecida es una cascada rumorosa, ahora no es más que siete hilos de agua que ríen entre las seis voluminosas piedras del vado.

En efecto, seis piedras de gran tamaño, bastante regulares, están depositadas, a un poco más de un palmo de distancia entre sí, sobre el fondo del torrente, y el agua, que hasta este punto formaba una única cinta brillante, se separa en siete cintas menores, dándose prisa, risueña, en reunirse, pasado el vado, en un único frescor que sigue su curso susurrando entre los cantos del fondo.

Los pastores vigilan el paso de las ovejas, de las cuales una parte pasa por encima de las piedras y otra parte prefiere meterse en el agua, de no más de un palmo de profundidad, y beber en esa agua tan limpia.

-Si quieres ver a Isaac conviene que nos separemos. Yo iré a verle contigo, Leví y José se quedarán con el rebaño.

Elías afronta la subida de la abrupta pendiente, hacia unas casas que, arriba, muestran su blancura resplandeciendo al sol. Ahí está, ante las primeras casas. Entra por una pequeña bocacalle entre casas y huertos. Continúa caminando algunas decenas de metros. Tuerce y va a dar a una calle más ancha, que le lleva a una plaza.

Elías camina con seguridad hasta el punto en que la plaza vuelve a ser calle; una calle bastante bonita, quizás la más bonita del pueblo. En la esquina hay una mísera casucha (mejor: una habitación con la puerta abierta). Casi en la puerta, una cama de pobre aspecto, y encima de ella un esquelético enfermo que, gimiendo, pide limosna a todos los que pasan.

Elías entra como un cohete.

-Isaac... soy yo.

-¿Tú? No te esperaba. Has venido la pasada luna.

-Isaac ¿Sabes por qué he venido?

-No lo sé. Estás emocionado. ¿Qué sucede?

- Aquí está José el padre de Jesús que vive con el Niño ya crecido y con su madre en Nazaret. ¡Oh! ¡Isaac! ¿Te sientes mal?

Isaac se emociona, pero toma nuevas fuerzas.

-No. La noticia, dice, ¿Dónde está Jesús? ¡Oh, si pudiera verle!

Isaac corre, abre el rebaño que paca, y con un grito de triunfo, de alegría, de adoración, se postra a los pies de José. Que le levanta con rapidez

-Levántate, Isaac. He venido a traerte paz y bendición. Levántate, que quiero saber cómo es tu rostro. Ahora ya podréis adorar con paz a Jesús.

- He hecho muchas cosas estos años, trabajos de esquilador o haciendo productos lácteos, y luego, cuando venían alrededor de mi cama, cuando ya la enfermedad se había hecho fuerte y me había aniquilado desde la cintura para abajo. Hablaba de Jesús a los niños de entonces y a los niños de ahora, hijos de aquellos. Los niños son buenos y creen siempre. Hablaba de cuándo nació, de los ángeles, de la Estrella y de los Magos, y de su Madre ¡Dime!: ¿Vive?

-Vive y te envía saludos. Siempre hablaba de vosotros.

-¿Quién pudiera verla!

-La verás. Irás un día a mi casa. María te saludará con la palabra "amigo".

-María, sí. Decir ese nombre es como tener miel en la boca. Hay una mujer en Yuttá –ahora es ya mujer, madre, desde hace poco, de su cuarto hijo–, que entonces era una niña, una de mis pequeñas amigas. Bueno, pues a sus hijos les ha puesto por nombre: María y José a los dos primeros, y, no atreviéndose a llamar al tercero Jesús, le ha llamado Emmanuel, como signo de bendición para sí misma, para su casa y para Israel. Y está pensando en qué nombre ponerle al cuarto, que ha nacido hace seis días.

Buena como el pan hecho por la propia madre es Sara, e igualmente Joaquín, su esposo. ¿Y sus familiares? Por ellos estoy vivo. Siempre me han dado posada y me han ayudado.

-Vamos adonde ellos a pedir alojamiento para las horas de sol y llevarles bendición por su caridad.

-Por aquí. Más cómodo para el rebaño y más oportuno para pasar desapercibido a la gente, que ciertamente está agitada.

Siguen el torrente; lo dejan más al Sur para tomar un sendero en subida más bien pronunciada a lo largo de un espolón del monte en forma de quilla de nave. Ahora el torrente va en dirección contraria a quien sube; discurre en el fondo, entre dos cadenas montañosas que se entrecruzan formando un valle accidentado y hermoso.

La consabida tapia sin argamasa delimita la propiedad que desciende bruscamente hacia el valle. Ahí están los prados con los manzanos, las higueras y los nogales. Ahí está la casa, blanca sobre verde, con su ala saliente que protege la escalera formando un pórtico y mirador. Ahí está la pequeña cúpula en la parte más alta, y el huerto-jardín, con el pozo, la pérgola, los cuadros.

Un gran murmullo sale de la casa. Isaac se adelanta, entra, llama con fuerte voz:

-¡María, José, Emmanuel! ¿Dónde estáis? Venid aquí con José el padre de Jesús.

Acuden tres críos: una niña de casi cinco años y dos niños de los cuatro a los dos, el último todavía con el paso un poco inseguro. Luego la niña grita: ¡Isaac! ¡Mamá! ¡Isaac está aquí! ¡Es verdad lo que ha visto Judit!

De una habitación donde hay gran murmullo de voces, sale una mujer. Es la madre de lozano aspecto, morena, alta, exuberante, de la ya lejana visión; hermosa toda con sus vestidos de fiesta: un vestido de cándido lino, como una rica túnica, que desciende hasta los tobillos formando pliegues, ceñida a las caderas por un chal de rayas multicolores que modela sus muslos, que pende con flecos hasta la rodilla, por detrás, y que queda entreabierto por delante después de cruzarse a la altura de la cintura bajo una fíbula de filigrana. Un velo ligero con ramas de rosas pintadas sobre un fondo marfileño está fijado a sus trenzas negras, como un pequeño turbante, y luego desciende desde la nuca, formando ondas y pliegues, por los hombros y sobre el pecho; está ceñido a la cabeza por una pequeña corona de medallitas unidas entre sí por una cadena. Pendientes de pesados anillos cuelgan de sus orejas. La túnica está abrochada al cuello por un collar de plata pasado entre unos ojales del vestido. En los brazos lleva también pesadas pulseras de plata.

-¡Isaac! ¿Pero cómo es posible?

-¡Oh! ¡Sara! ¡Él está en Nazaret y ha venido José!

Salen todos corriendo: mujeres, hombres, muchachos, niños; salen dando gritos, chillando.

-Paz a esta casa y a todos vosotros. La paz y la bendición de Dios. José se dirige, despacio, sonriente, hacia el grupo de personas.

Su sonrisa vence los temores. El esposo tiene el valor de hablar:

-Entra, José. Hemos amado a tu Hijo sin conocerle. La casa hoy está de fiesta por tres cosas: por ti, por Isaac, y por la circuncisión de mi tercer hijo varón. Bendícele. ¡Mujer, trae al niño!

Entran en una estancia adornada para fiesta: mesas, viandas, alfombras y ramilletes por todas partes.

Vuelve Sara con un lindo recién nacido en los brazos, y se lo presenta a José.

-Dios esté con él, siempre. ¿Qué nombre tiene?

-Ninguno. Esta es María, éste es José, éste es Emmanuel, éste no tiene nombre todavía.

-Pensad un nombre, si hoy debe ser circuncidado.

Los dos se miran, le miran, abren los labios, los cierran sin decir nada. Todos están atentos.

-¿Cuándo se le circuncida?

-Estamos esperando al que lo hace.

-Estaré presente en la ceremonia. Bien, antes de nada os doy las gracias por mi Isaac. Ahora ya no tiene necesidad de los buenos, pero los buenos siguen teniendo necesidad de Dios. Llamasteis al tercero "Dios con nosotros". A Dios le tuvisteis desde que tuvisteis caridad con mi siervo. Benditos seáis. En la Tierra y en el Cielo será recordada vuestra acción.

-¿Isaac se va ahora? ¿Nos deja?

-Quiere ir a Nazaret para conocer a mi Hijo.

Entra un personaje pomposo con un sirviente. Saludos y reverencias.

-¿Dónde está el niño? Pregunta con altiva gravedad.

-Aquí está.

-El niño y su nombre.

Los presentes se sienten desazonados por los modales del hombre. José, sin embargo, sonríe. Toma al pequeñuelo, le toca en la frente con sus dedos, y dice:

-Su nombre es Iesáí

Y se lo vuelve a dar al padre, el cual, con el hombre soberbio y con otros, va a una habitación cercana. Jesús se queda donde está hasta que vuelven con el infante, que viene chillando desesperadamente.

Y se van de tan generosa familia. Isaac está hablando con José y preparan la búsqueda de Jonás.

-¿Crees que estará? Le pregunta José a Leví.

-Ciertamente estará. A estas alturas ya está recogida la cosecha, y todavía no ha empezado la recolección de la fruta, por tanto, los

campesinos se dedican a vigilar viñedos y pomares contra los depredadores, y no se alejan, especialmente cuando los patrones son odiosos como el que tiene Jonás. Samaria está cerca y cuando esos renegados pueden estar siempre dispuestos a perjudicarnos a nosotros, los de Israel. ¿No saben que luego apalean a los siervos? Sí lo saben. Pero la cosa es que nos odian.

-No guardes rencor, Leví. Dice José.

-No. Pero verás cómo fue herido Jonás hace cinco años por culpa de ellos. Desde entonces hace la vida de noche porque se queda de guardia, porque la flagelación es un suplicio cruel.

-¿Falta todavía mucho para llegar?

-No ¿Ves allí, donde termina esta desolación y se vislumbra aquella mancha oscura? Allí están los pomares de Doras, el despiadado fariseo. Si me dejas, me adelanto para que Jonás pueda oírme.

-Ve.

De la parte más tupida, oscura, ahora apenas iluminada por la luna se destaca la silueta clara de Leví, y, detrás, otra sombra más oscura.

-Aquí está Jonás.

-¡Recibe la paz!

Saluda José cuando aún Jonás no ha llegado donde él.

-¡Cuánto os he esperado! ¡Cuánto! ¡Qué desconsuelo sentir la vida pasar, venir la muerte, y deber decir: "¡Y no le he visto!" Y, sin embargo, no, no toda la esperanza moría, ni siquiera una vez que estuve a las puertas de la muerte. Decía: "Ella lo dijo: 'Vosotros aún le serviréis', y Ella no puede haber dicho nada que no sea verdad. Es la Madre del Emmanuel; por tanto, ninguna tiene consigo a Dios más que Ella, y quien a Dios tiene conoce las cosas de Dios.

-Álzate. Ella te saluda. Cerca de ti la has tenido y cerca la tienes; reside en Nazaret.

-¡¡Ella! ¡Jesús! ¿En Nazaret? ¡Oh, si lo hubiera sabido! De noche, en los fríos meses del hielo, cuando duermen los campos y los malintencionados no pueden perjudicar a los cultivadores, habría ido corriendo a besaros los pies, y me habría vuelto con mi tesoro de certeza.

El hombre le escucha sonriendo dichoso, mientras, como para sí, dice:

-¡Oh! ¡Es verdad, vive!

-¿Has estado a punto de morir? ¿Cuándo?

-Cuando me azotaron a muerte porque me robaron los racimos de dos cepas. ¡Mira cuántas heridas!

Se baja la túnica y muestra los hombros del todo marcados por cicatrices irregulares.

-Con un azote de hierro me golpeó. Contó los racimos cogidos –se veía donde había sido arrancado el pedúnculo– y me dio un golpe por cada

racimo. Luego me dejó allí medio muerto. Me socorrió María, la joven esposa de un compañero mío. Siempre me ha estimado. Su padre era el encargado antes de mí. Cuando vine aquí le tomé cariño a la niña porque se llamaba María. Me cuidó y me curé, aunque hicieron falta dos meses porque las llagas con el calor habían tomado un aspecto malísimo y daban fiebre fuerte. Dije al Dios de Israel: "No importa. Permíteme volver a ver a tu Mesías y no me importará este mal; tómalo como sacrificio. No puedo ofrecerte un sacrificio nunca. Soy siervo de un hombre cruel, Tú lo sabes. Ni siquiera durante la Pascua me permite ir a tu altar. Tóname a mí como hostia. ¡Pero, dame a Jesús!

-Y el Altísimo ha satisfecho tu deseo. De momento os quedaréis aquí, entre Nazaret y Séforis, no diréis nada a nadie, pero le protegeréis de lejos, y cuando llegue la hora os pondréis a su servicio para lo que disponga. Solo verle es un regalo.

Después siguen su viaje para ver a Daniel y Benjamín que trabajan en un bosque cortando árboles.

-Son éstos los bosques que dan las maderas más bellas. El patrón de Daniel y Benjamín tiene muchísimos, además de tener ricos rebaños. Sierran los árboles en el propio lugar y luego los transportan hacia abajo por aquellas acanaladuras o a fuerza de brazos. Trabajo difícil cuando los troncos deben ser usados enteros, como fue el caso del Templo. No obstante, paga bien y hay muchos a su servicio; además es bastante bueno. No es como el feroz Doras. ¡Pobre Jonás! responde Jonatán.

-¿Pero cómo es posible que los que están a su servicio sean casi esclavos? Cuando le dije: "Déjale plantado y ven con nosotros, que Simón de Jonás podrá ofrecerte en el peor de los casos un pan", me respondió: "No puedo si no pago mi rescate". ¿Qué historia es ésta?

-Doras –y no sólo él en Israel– habitualmente hace esto: cuando ve que uno que está a su servicio es bueno, le conduce con aguda astucia a la esclavitud. Le carga en cuenta falsas sumas que el pobre hombre no puede pagar; cuando la suma es suficiente, dice: "Tú eres esclavo mío por deudas".

-¡Qué vergüenza! ¡Y además es fariseo!

-Sí. Jonás mientras tuvo ahorros pudo pagar. Un año el granizo, otro la sequía, el trigo y la uva dieron poco, Doras multiplicó el daño por diez, y otra vez por diez. Posteriormente Jonás cayó enfermo debido al excesivo trabajo. Doras le prestó la suma necesaria, pero quiso el doce por uno. Como Jonás no lo tenía, añadió esto al resto. En pocas palabras: pasados unos años, se había acumulado una deuda que le hizo esclavo; y jamás le dejará marcharse, siempre encontrará otras disculpas y otras deudas

Jonatán está triste pensando en su amigo.

-¿Y tu patrón no podía ayudarlo?

-¿Qué? ¿Hacer que le trataran como a un ser humano? ¿Pero quién se enfrenta a los fariseos? Doras es uno de los más poderosos; creo que incluso es pariente del Sumo Sacerdote. Al menos eso se dice. Una vez, cuando le dieron de palos a Jonás hasta dejarle exánime, y yo lo supe, mi amo me dijo: "Pago yo su rescate". Pero Doras se le rió delante de su cara y no aceptó nada. ¡Ese! Tiene los campos más ricos de Israel, pero, te lo juro, han sido abonados con la sangre y las lágrimas de sus siervos.

-¿Y este de Daniel es bueno?

-Al menos, humano. Quiere, pero no oprime, y, dado que los pastores son honestos, los trata con amor; son los que mandan en los pastos. A mí me conoce y me respeta porque podría serle útil con los herodianos. Pero ¿por qué el hombre es tan egoísta?

-Porque el amor fue estrangulado en el Paraíso Terrenal.

-Hemos llegado a la propiedad de Eliseo. Los pastos están aún lejanos, pero a esta hora las ovejas casi siempre están en los apriscos, por el sol. Voy a ver si están.

Y Jonatán se marcha casi corriendo. Vuelve después de un rato con dos pastores entrecanos y robustos.

-La paz a vosotros.

-¡Oh! José ¿cómo está nuestro Niño de Belén?

Dice uno de ellos; el otro:

-Bendita seas, Paz de Dios, que has venido a nosotros.

José repite lo que ha dicho a los anteriores, y ellos responden con alegría que están al servicio de Jesús y se instalarán cerca.

En el llano de Esdrelón en un día medio nublado de finales de otoño. Durante la noche ha caído una de las primeras lluvias de los tristes meses invernales, la tierra está húmeda, no fangosa. Sopla todavía el viento, un viento húmedo que se lleva las hojas amarillentas y penetra hasta los

huesos con su aliento cargado de humedad. En los campos hay escasas yuntas de bueyes tirando del arado. Levantan fatigosamente la tierra densa y pesada de esta fértil llanura para prepararla a recibir la semilla. En algunos lugares son los mismos hombres los que hacen el trabajo de los bueyes, empujando la reja del arado con toda la fuerza de sus brazos, e incluso del pecho, apretando fuertemente los pies contra el suelo removido, trabajando como esclavos en esta operación.

Caminando encuentra a cuatro que trabajan con mucho esfuerzo, reconocen a los pastores

-Vengo para ver a Jonás. ¿Sufrís mucho?

-¡Oh! Pero más todavía los de Doras. ¡Si Jocanáan nos encontrase aquí hablando! Pero hoy está en Gerguesa. Todavía no ha vuelto de los Tabernáculos. No obstante, su intendente esta noche vendrá a medir el trabajo y luego nos dará la ración de alimento. Pero no importa, recuperaremos el tiempo no descansando para la comida de la hora sexta.

-Responded: ¿guardáis odio a quien tan duramente os trata? ¿Hay en vosotros rebelión y acusación contra Dios por haberos colocado entre los ínfimos de la Tierra?

-¡No, no. Es nuestro destino. Pero cuando, cansados, nos dejamos caer sobre la yacija, decimos: "Bien, pues el Dios de Abraham sabe que estamos tan agotados que no podemos decirle más que: '¡Bendito sea el Señor!'"; también decimos: "Un día más hemos vivido sin pecar" Ya sabes, podríamos robar un poquito, comer con el pan un fruto, o echar algo de aceite en las verduras cocidas. Pero el patrón ha dicho: "A los siervos les basta el pan y las verduras cocidas, y durante la recolección un poco de vinagre en el agua para calmar la sed y dar energía". Y nosotros lo hacemos. En fin, se podría estar peor.

-Os digo que en verdad el Dios de Abraham sonríe por vuestros corazones, mientras que muestra rostro acerbo a quienes le insultan en el Templo con engañosas oraciones mientras no aman a sus semejantes.

-¿Hace mucho que no veis a Jonás?

-Desde que está enfermo.

-¿Enfermo?

-Sí. No puede más. Antes a duras penas lograba moverse, después de las faenas estivas y de la vendimia ya realmente es que no se tiene en pie; y a pesar de todo le hace trabajar ese... es muy difícil amar a las hienas, y ¡Doras es peor que una hiena!

-Jonás le ama.

-Sí. Pienso que es tan santo como aquéllos a quienes, por fidelidad al Señor Dios nuestro, han matado con martirio.

-Dices bien. ¿Cómo te llamas?

-Miqueas, y éste Saulo y éste Joel y éste Isaías.

-Recordaré vuestros nombres. ¿Y decís que Jonás se encuentra muy enfermo?

-Sí, nada más terminar el trabajo se deja caer sobre el forraje y nosotros no le vemos. Nos lo dicen otros siervos de Doras.

-¿Está trabajando a esta hora?

-Si está en pie, sí. Debería estar al otro lado de aquel manzano.

-¿Ha sido buena la cosecha de Doras?

-Se ha hablado de ella en toda la región. Los árboles estaban apuntalados porque los frutos tenían un tamaño verdaderamente milagroso. Doras ha tenido que mandar hacer nuevos lagares, porque la uva, de tanta como había, no habrían podido meterla en los que se venían usando.

-¡Entonces Doras habrá premiado a su siervo!

-¿Premiado? ¡Qué mal le conoces!

-Pero si Jonás me dijo que hace años le dio una paliza mortal por haber desaparecido algunos racimos, y que pasó a ser esclavo por deudas habiéndole acusado el patrón de pérdidas por la escasa cosecha. Este año, que ha tenido una abundancia milagrosa, habría debido premiarle.

-No. Le azotó ferozmente, acusándole de no haber obtenido los años precedentes la misma abundancia por no haber cuidado la tierra como se debía.

-¡Este hombre es una fiera salvaje!

-No. Es un hombre sin alma.

Dice José.

-¿Dónde está Jonás?

-Después de dos horas ha caído sobre el surco y le han llevado a casa. ¡Pobre Jonás! Poco tiempo más deberá sufrir. Está realmente en las últimas. Jamás tendremos un amigo mejor.

Sale Doras. Un viejo de semblante duro, propio de un anciano avaro de ojos irónicos, boca de serpiente que esboza bruscamente una sonrisa falsa detrás de una barba más blanca que negra.

-Salud.

Dice en tono familiar y con clara ostentación de benevolencia.

José no dice: Paz sino que responde:

-Que ella vuelva a ti.

-Entra. La casa te acoge.

-Como una persona honesta.

Replica José.

Doras pretende aplastar al "pobre" carpintero bajo la opulencia de su casa, fastuosa por dentro, fastuosa y gélida; los servidores parecen esclavos. Caminan encorvados; si entran en escena, desaparecen furtivamente y con rapidez, como quien teme siempre un castigo. Se tiene la impresión de una casa en que reinan la frialdad y el odio.

Pero José no se apabulla ante la exposición de riquezas, ni ante el recuerdo de censo y parentela; y Doras, que percibe la indiferencia, le lleva consigo por el jardín, mostrando árboles raros y ofreciendo sus frutos –los servidores los acercan en bandejas y copas de oro–. José degusta y alaba la exquisitez de la fruta, parte conservada en una especie de almíbar (melocotones primorosos), parte fruta natural (peras de singular tamaño).

-Soy el único que las tiene en toda Palestina, y creo que ni siquiera en toda la península las hay como éstas. Las he mandado traer de Persia, y de más lejos aún. La caravana me costó el precio de un talento. Ni siquiera los Tetrarcas disponen de estos frutos; quizás ni siquiera César los tiene. Cuento las piezas y exijo todos los huesos. Las peras sólo se consumen en mi mesa, porque no quiero que se lleven ni una semilla. A Anás le mando algunas peras, pero sólo de las cocidas porque así son estériles.

-Son plantas de Dios, y los hombres son todos iguales.

-¿Iguales? ¡No, hombre, no!

-El alma viene de Dios, y El las crea iguales.

-¡Pero yo soy Doras, el fiel fariseo!

Diciendo esto parece esponjarse como un pavo.

José le asaetea con sus ojos cada vez más encendidos

Doras, después de un rato de autoadmiración, exclama:

-¿Por qué no eres fariseo? Si lo deseas, yo soy poderoso, hago que te acojan como tal a pesar de que seas galileo. Yo lo puedo todo en el Sanedrín. Está en mi mano Anás como lo está esta orla de mi manto.

-He pagado por Jonás.

-Es verdad, y estoy asombrado de que hayas podido abonar tal suma. Bien, bien. No quiero indagar. Tendrás a Jonás después de la comida.

Y se ríe con su cruel risa.

-¿Dónde está Jonás?

Pregunta severo.

-En la aradura. No ha querido marcharse sin hacer este trabajo para su buen patrón, pero antes de terminar de comer vendrá.

-¿Dónde está Jonás?

Truena José más fuerte.

-¡Pero si ya te lo he dicho! Está dirigiendo la aradura. Es el primero entre mis servidores y no trabaja: preside.

-¡Embustero!

-¿Yo? ¡Lo juro por Yahvé!

-¡Perjuro!

-¿Yo? ¿Yo perjuro? ¿Yo que soy el fiel, más fiel? ¡Cuidado cómo hablas!

-¡Asesino!

José ha ido levantando la voz, y la última palabra es un trueno.

Los criados se asoman a las puertas, temerosos. El rostro de José transparenta una severidad insostenible. Los ojos parecen emanar rayos fosforescentes.

Doras siente un momento de miedo. Se hace más pequeño, madeja de estopa finísima junto José imponente. Pero luego la soberbia vuelve a hacerse con él. Doras se pone a gritar con su voz chillona:

-En mi casa doy órdenes sólo yo. Vete, vil galileo.

-Me iré después de maldecirte a ti, a tus campos, a tus rebaños y a tus cepas, para éste y para los futuros años.

-¿Dónde está Jonás? Que un criado me conduzca a él, inmediatamente.

---Yo le he pagado, y, dado que para ti es una mercancía, una máquina, tal lo considero; y, puesto que le he comprado, le quiero.

Doras saca del pecho un pequeño silbato de oro y silba tres veces. Una nube de servidores de la casa y de las tierras acude de todas partes; corren – encorvados hasta el punto de que casi rozan el suelo– hasta donde está el temido patrón.

-Traedle a Jonás a éste y entregadlo. ¿A dónde vas?

José ni siquiera responde. Sigue a los servidores que, presurosos, han cruzado el jardín en dirección a las casas de los campesinos, los misérrimos cuchitriles de los míseros campesinos.

Entran en el tugurio de Jonás. Éste está completamente esquelético, jadeante a causa de la fiebre, semidesnudo, sobre un cañizo; como colchón, un vestido remendado; como manta, un manto aún más roto. La joven de la otra vez le cuida como puede.

-¡Jonás! ¡Amigo mío! ¡He venido a llevarte con tus amigos!

- Me estoy muriendo, pero me siento feliz de tener al padre de mi Señor aquí.

-Amigo fiel, ahora eres libre. No morirás aquí. Te llevo a mi casa.

-¿Libre? ¿Por qué? ¿A tu casa? ¡Ah, sí!

José, combado hacia el miserable lecho del infeliz, mientras que Jonás, de alegría, parece reanimarse.

-Bien. ¡Vamos! ¡Animo, Jonás! Todavía un poco de esfuerzo; luego mucha paz en mi casa, con María.

-María. Sí ¡tu casa!

El pobre Jonás está en el límite de sus fuerzas y llora; lo único que es capaz de hacer es llorar.

-Adiós, mujer; el Señor te bendecirá por tu misericordia.

-Adiós, Señor. Adiós, Jonás. Ora, orad por mí.

La joven llora.

Llegados al umbral de la puerta, aparece Doras. Jonás tiene una reacción de temor y se cubre el rostro; más José le pone una mano sobre la cabeza y sale a su lado, más severo que un juez. La mísera comitiva sale al rústico patio y toma el sendero del huerto.

-¡Ese lecho es mío; te he vendido el siervo, no la cama!

José le arroja a los pies la bolsa sin decir nada.

Doras la coge, la vacía:

-Cuarenta denarios y cinco didracmas. ¡Es poco!

José mira fijamente, de arriba abajo, al codicioso y repugnante personaje, y no responde.

José le fulmina con una nueva mirada y una breve frase:

-Te remito al Dios del Sinaí,

Y pasa erguido, al lado de la tosca camilla que, con cuidado, transportan los amigos de Jonás.

José se ocupa sólo de Jonás; busca los senderos más llanos, más protegidos, hasta que llega a un cruce de caminos en la propiedad de Jocaná. Los cuatro campesinos corren a saludar al amigo que parte.

Los amigos de Caná

Caná es una población cercana a Nazaret también pequeña. Está situada a unos 6 kilómetros, pero en dirección al mar a diferencia de Séforis. Allí vive Noemí amiga de María que estuvo también en la escuela del Templo. Aunque era bastante mayor que María le cobró mucho afecto desde su entrada a los tres años. Su madurez, piedad y servicio hizo que surgiera entre ellas una verdadera amistad facilitada por la vecindad cuando se casaron.

Noemí está casada con Samuel, tiene siete hijos y está a punto de dar a luz al octavo cuando María, acompañada por José y Jesús fue a su casa para ayudar en lo que fuese posible, como hicieron otras mujeres de Caná expertas en nacimientos.

La casa es la característica casa oriental: un cubo blanco más ancho que alto, con raras aberturas, terminada en una azotea que está rodeada por un pequeño muro de aproximadamente un metro de alto y sombreada por una pérgola de vid que trepa hasta allí y extiende sus ramas sobre más de la mitad de esta soleada terraza que hace de techo. Una escalera exterior sube a lo largo de la fachada hasta una puerta, que se abre a mitad de altura. En el nivel de la calle hay unas puertas bajas y distanciadas, no más de dos por cada lado, que dan a habitaciones también bajas y oscuras. La casa se alza en medio de una especie de era (más espacio amplio herboso que era) que tiene en el centro un pozo. Hay higueras y manzanos. La casa mira hacia el

camino, pero no está situada en él; está un poco hacia dentro, y un sendero, entre la hierba, la une a aquél, que parece camino de primer orden. La casa está en la periferia de Caná: casa de propietarios campesinos que viven en medio de su finca. El campo se extiende tras la casa con sus lejanías verdes y apacibles.

Allí llegaron María y José con el Niño. Les recibió Samuel.

-¡Qué alegría que hayáis podido venir! Noemí se alegrará mucho. El nacimiento está ya muy próximo y algunas mujeres del pueblo están con ella preparando todo lo necesario. Cada nacimiento es único y siempre produce inquietud para la salud del niño y de la madre. María puedes pasar a esta habitación para ayudar también. Jesús puede ir a jugar con mis hijos que están fuera.

Samuel y José se quedan en la habitación central hablando.

-Recemos para que todo vaya bien y puedas añadir otro hijo a tu maravillosa familia.

Dice José sentándose junto a Samuel que ha preparado agua fresca para refrescarse.

-Sí, es verdad, cuando suceden las cosas importantes se siente más intensa la necesidad de rezar a Dios todopoderoso. Ha ido bien con todos mis hijos y Noemí es fuerte, pero nunca se sabe. Ya sabes las muertes que han sucedido en este mismo pueblo. Menos mal que los tiempos son tranquilos y no hay inquietudes exteriores como cuando la rebelión de Judas y de Sadoc. Fue reprimida por los romanos, pero a nuestros pueblos no llegó ninguna violencia a diferencia de Séforis y de algunos jóvenes que se unieron a la rebelión y han muerto.

Samuel comenta los hechos políticos que tanto han afectado al mismo José aunque viviera tan lejos al comenzar los hechos violentos. Siguiendo la conversación comenta.

-Es verdad. Nosotros volvimos a Nazaret cuando nos enteramos que había paz. Yo no quería que María y el Niño padecieran violencia. Ahora estamos bien. Hemos arreglado la casa de María, pues unos años fuera exigen arreglar y limpiar. Yo tengo el taller en mi antigua casa. Y vivimos felices. Voy a ir a Séforis a buscar más trabajo, pues Nazaret es pequeño y una familia requiere más ingresos, aunque gastemos tan poco.

-Es verdad que las construcciones de Antipas darán trabajo a muchos y podrán superar la situación difícil después de la guerra, pero yo tengo dificultades. Ya sabes que tengo tierras donde cultivo trigo, vid y olivos y los rebaños, pero me faltan trabajadores. Entre las muertes de los jóvenes y que otros prefieren trabajar en las construcciones voy muy escaso y mis hijos son pequeños. Por cierto, ¿Sabes de alguien que quiera trabajar para mí? Pago bien, no como los buitres de Efraím y Manahem, entre otras cosas, porque hay mucha demanda desde que la corte de Herodes reside en Séforis y hay obras allí y en Tiberias.

-Pues sí, sé de unos cuantos pastores de Belén que marcharon de allí cuando la matanza de niños realizada por Herodes padre de Antipas. Si te parece les llamo para que hablen contigo.

-Sí, por supuesto, llámales, me harás un gran favor.

En ese momento entra una mujer de edad madura con unas sábanas y un bulto escondido entre ellas. Está sofocada, pero sonriente. Se dirige a Samuel y le dice.

-Enhorabuena. Es una niña sana y hermosa.

-Gracias a Dios. ¿Y Noemí?

-También está bien, algo agotada. Toma tu hija.

Samuel la coge con cariño y decisión, la mira sorprendido y contento, y elevando los ojos al Cielo dice:

-Bendito sea Dios que me ha dado una hija y me llena de amor.

-Puedes entrar a ver a Noemí.

Entran Samuel con la niña, José detrás de él y la mujer. Samuel se acerca a su esposa que le sonríe dentro de su cansancio, ya superado el dolor del parto.

-Gracias a Dios elevemos nuestro corazón a Dios que nos ha dado una nueva hija para nuestra familia.

Y elevando a la niña la niña la ofrece a Dios y dice.

-Se llamará Susana para que sea fuerte y santa y llene el mundo de alegría y de bendiciones.

Todos contestan.

-Demos gracias a Dios.

José, María y el Niño volvieron aquella misma tarde a Nazaret

Los pastores trabajan cerca de Nazaret

José envió un mensaje a los pastores diciéndoles que si querían podían venir a Caná y encontrarían trabajo, y así lo hicieron. Un buen día acudieron a casa de Samuel.

-Salom. Somos los pastores amigos de José que venimos por si se podía trabajar aquí.

Samuel estaba con José en su casa y recibe a Elías, Isaac, Daniel, Jonatán, Benjamín y Leví en el pórtico de su hacienda.

-Tengo algunos rebaños que necesitan cuidados. ¿Qué experiencia tenéis?

- Nosotros conocimos a José cuando nació Jesús en Belén y conocemos bien nuestro oficio. La matanza que realizó Herodes en Belén nos llevó por distintos motivos a marchar de nuestro pueblo, y hasta ahora hemos estado yendo de un sitio a otro con este mismo trabajo. Somos amigos, y somos responsables en el cuidado de las ovejas.

Dice Elías, que lleva la voz cantante con el asentimiento de los demás.

-La verdad es que estoy muy necesitado, pues las obras de Séforis han atraído a muchos hombres del pueblo. Pero, si además sois amigos de José es una garantía que me basta. ¿Traéis familia?

-Esa fue una de las desgracias que se nos vino encima en Belén y, por unas cosas y otras, vivimos solos como si fuésemos una comunidad de los esenios. Somos austeros y necesitamos poco para vivir, pero queremos vivir cerca de José, María y el Niño.

-¿Por qué este interés?

-No sabemos lo que os habrá contado José, pero fue muy importante para nosotros.

-No le he contado casi nada, ya sabéis que la discreción es muy importante, pero contad algo de nuestro encuentro.

Dice José.

-Los conocimos el día en que María dio a luz a Jesús. Era el tiempo del censo y Belén estaba lleno de gente, no había lugar en la posada y era de noche. Yo los vi en el camino cercano al pueblo y al ver a aquella jovencita con un embarazo tan avanzado me dio lástima, así que les dirigí a una cueva con un portal medio derruido que tenía un buey en su interior. Era poquísimo, pero más que quedar fuera y con el frío que hacía. Luego me dirigí a otra cueva donde estaban mis compañeros y con fuego pasábamos la noche al cuidado de nuestras ovejas. Benjamín, que está aquí, salió y vio una luna muy clara. Salimos todos. Luego como guiados por ángeles llegamos a la cueva donde estaban José y María. Entramos y vimos al Niño en brazos de su madre y nos conmovimos. Le dimos algo de lo que teníamos, leche de una oveja, queso, requesón, pan. Al día siguiente les buscamos un sitio para vivir en Belén. Allí estuvieron un año, más o menos, y nos vimos mucho. Son tan amables con nosotros. José trabajó en

lo suyo. María nos dijo que nos volveríamos a ver, y al Niño daba gozo verlo. Pero de pronto, desaparecieron del pueblo, les buscamos por todas partes, no los encontramos y queríamos verlos otra vez. Después vino la matanza de los pequeños. A algunos de nosotros le mataron a los hijos, y todos hemos sufrido mucho. Ahora queremos vivir muy cerca de Dios, trabajando y rezando en la espera del Mesías muy cerca de nuestros amigos, y pudiendo ver a Jesús que ya ha crecido mucho.

-Pues vais a tener oportunidad de hacer todo lo que deseáis. Venid conmigo y os enseñaré los rebaños, los lugares para llevar las ovejas en torno a Caná hacia la llanura de Esdrelón y hacia el Tabor. Aquí también hay muchas cuevas y estaréis bien.

Jesús en el Templo a los doce años

Jesús tiene doce años. Es un muchacho alto, bien formado, fuerte, aunque no gordo; parece, por su complexión, más adulto de lo que realmente es; le llega ya a su Madre a la altura de los hombros. Su rostro es todavía redondeado y rosado, es todavía el rostro de Jesús niño, rostro que, con el paso del tiempo, con la edad juvenil y viril, se habrá de alargar, y tomará un cromatismo indefinido.

Sus ojos son todavía ojos de niño. Son grandes y miran bien abiertos, con una chispa de alegría perdida en la seriedad de la mirada. Ahora, estando con su Madre, en su casa, y con José frente a Él, sonriéndole con amor, y con sus primos que le admiran, y con su tía, María de Alfeo, que le está acariciando, se siente feliz. Mi Jesús tiene necesidad de amor para sentirse feliz, y en este momento lo tiene.

Está vestido con una túnica suelta, de lana, de color rojo rubí claro, suave, perfectamente tejida, fina y compacta al mismo tiempo. En el cuello, por la parte de delante, en la base de las mangas largas y amplias, y en la base de la túnica, que llega hasta abajo dejando apenas ver los pies calzados con sandalias nuevas y bien hechas –no las usuales suelas sujetas al pie con unas correas–, tiene una greca, no bordada, sino tejida en un color más oscuro sobre el color rubí de la túnica.

Su pelo rubio tiene ya una tonalidad más cargada que cuando era un niño pequeño, con reflejos cobrizos en los aros de los rizos que terminan bajo las orejas.

-He aquí a nuestro Hijo.

Dice María levantando con su mano derecha la izquierda de Jesús. Parece como si se lo quisiera presentar a todos y confirmar la paternidad del Justo, que sonrío. Y añade:

-Bendícele, José, antes de partir para Jerusalén. No fue necesaria la bendición para su inicio en la escuela, primer paso en la vida; hazlo ahora que Él va al Templo para ser declarado mayor de edad. Y bendíceme también a mí. Tu bendición le fortalecerá a Él y me dará fuerza a mí para separarme de Él un poco más.

-María, Jesús será siempre tuyo. La fórmula no lesionará nuestras mutuas relaciones. Yo no te voy a disputar a este Hijo, amado nuestro. Ninguno merece como tú guiarle en la vida, ¡Oh Santa mía!

María se inclina, toma la mano de José y la besa: es la esposa, respetuosa y amante de su consorte.

José acoge este signo de respeto y de amor con dignidad, mas luego alza esa misma mano y la deposita sobre la cabeza de su Esposa diciéndole:

-Sí. Te bendigo, Bendita, y a Jesús contigo. Venid, mis únicos tesoros, honor y finalidad míos.

José se muestra solemne: con los brazos extendidos y las palmas vueltas hacia abajo sobre las dos cabezas inclinadas, igualmente rubias y santas, pronuncia la bendición:

-El Señor os guarde y os bendiga, tenga misericordia de vosotros y os dé paz. El Señor os dé su bendición.

Y luego dice:

-En marcha. La hora es propicia para el viaje.

María coge un manto, amplio, de color granate oscuro, y en elegantes pliegues lo dispone sobre el cuerpo de su Hijo y le acaricia al hacerlo.

Salen. Cierran. Se ponen en marcha. Otros peregrinos van en la misma dirección. Fuera del pueblo, las mujeres se separan de los hombres. Los niños van con quien quieren. Jesús se queda con su Madre.

Los peregrinos caminan –la mayoría entonando salmos– por las campiñas llenas de hermosura en el más jubiloso tiempo de primavera. Frescos prados, tiernos cereales, frescos follajes en los árboles poco ha florecidos; hombres cantando por los campos y por los caminos, cantos de pájaros en celo entre las frondas; límpidos arroyos, espejo de las flores de las orillas; corderitos saltarines al lado de sus madres. Paz y alegría bajo el más hermoso cielo de abril.

El Templo en días de fiesta. Muchedumbre de gente entrando o saliendo por las puertas de la muralla, o cruzando los patios o los pórticos; gente que entra en esta o en aquella construcción en uno u otro de los distintos niveles en que está distribuido el conjunto del Templo.

Y también entra, cantando quedo salmos, la comitiva de la familia de Jesús; todos los hombres primero, luego las mujeres. Se han unido a ellos otras personas.

José, después de haber adorado con todos al Altísimo desde el punto en que se ve que los hombres podían hacerlo –las mujeres se han quedado en un piso inferior–, se separa, y, con su Hijo, cruza de nuevo, en sentido inverso, unos patios; luego tuerce y entra en una vasta habitación que tiene el aspecto de una sinagoga; habla con un levita, y éste desaparece tras una cortina de rayas para volver después con algunos sacerdotes ancianos que tienen por eso como misión examinar a los fieles.

José presenta a Jesús. Antes ambos se habían inclinado con gran reverencia ante los diez doctores, los cuales se habían sentado con majestuosidad en unas banquetas bajas de madera. José dice:

-Este es mi hijo. Desde hace tres lunas y doce días ha entrado en el tiempo que la Ley destina para la mayoría de edad. Más yo quiero que sea mayor de edad según los preceptos de Israel. Os ruego que observéis que por su complexión muestra que ha dejado la infancia y la edad menor; os ruego que le examinéis con benignidad y justicia para juzgar que cuanto aquí yo, su padre, afirmo, es verdad. Yo le he preparado para este momento y para que tenga esta dignidad de hijo de la Ley. Él sabe los preceptos, las tradiciones, las decisiones, conoce las costumbres de las fimbrias y de las filacterias, sabe recitar las oraciones y las bendiciones cotidianas. Puede, por tanto, conociendo la Ley en sí y en sus tres ramas, Halasia, Midrás y Haggadá, guiarse como hombre. Por ello, deseo ser liberado de la responsabilidad de sus acciones y de sus pecados. Que de ahora en adelante quede sujeto a los preceptos y pague en sí las penas por las faltas respecto a ellos. Examinadle.

-Lo haremos. Acércate, niño. ¿Tu nombre?

-Jesús de José, de Nazaret.

-Nazareno. Entonces, ¿sabes leer?

-Sí, rabí. Sé leer las palabras escritas y las que están encerradas en las palabras mismas.

-¿Qué quieres decir con ello?

-Quiero decir que comprendo el significado de la alegoría o del símbolo celados bajo la apariencia; de la misma forma que no se ve la perla pero está dentro de la concha fea y cerrada.

-Respuesta no común, y muy sabia. Raramente se oye esto en boca de adultos, ¡así que fijate tú, oírsele a un niño, y además, por si fuera poco, nazareno!

Se ha despertado la atención de los doctores y sus ojos no pierden de vista un instante al hermoso Niño rubio que los está mirando seguro; sin petulancia, sí, pero también sin miedo.

-Eres honra de tu maestro, el cual, ciertamente, era muy docto.

-La Sabiduría de Dios estaba recogida en su corazón justo.

-¿Estáis oyendo? ¡Dichoso tú, padre de un hijo así!

José, que está en el fondo de la sala, sonrío y hace una reverencia.

Le dan a Jesús tres rollos distintos y le dicen:

-Lee el que está cerrado con una cinta de oro.

Jesús lo desenrolla y lee. Es el Decálogo. Pero, leídas las primeras palabras, un juez le quita el rollo y dice:

-Sigue de memoria.

Jesús sigue, tan seguro que parece como si estuviera leyendo. Y cada vez que nombra al Señor hace una profunda reverencia.

-¿Quién te ha enseñado a hacer eso? ¿Por qué lo haces?

-Porque es un Nombre santo y hay que pronunciarlo con signo interno y externo de respeto. Ante el rey, que lo es por breve tiempo, se inclinan los súbditos, y es sólo polvo, ¿ante el Rey de los reyes, ante el altísimo Señor de Israel, presente, aunque sólo visible al espíritu, no habrá de inclinarse toda criatura, que de Él depende con sujeción eterna?

-¡Muy bien! Hombre, nuestro consejo es que pongas a tu Hijo bajo la enseñanza de Hillel o de Gamaliel. Es nazareno, pero sus respuestas permiten esperar de Él un nuevo gran doctor.

-Mi hijo es mayor de edad. Hará lo que Él quiera. Yo, si su voluntad es honesta, no me opondré.

-Niño, escucha. Has dicho: "Acuérdate de santificar las fiestas, teniendo en cuenta que el precepto de no trabajar en día de sábado fue dicho no sólo para ti, sino también para tu hijo y tu hija, para tu siervo y tu sierva, e incluso para el jumento". Entonces, dime: si una gallina pone un huevo en día de sábado, o si una oveja pare, ¿será lícito hacer uso de ese fruto de su vientre, o habrá que considerarlo como cosa oprobiosa?

-Sé que muchos rabíes –el último de los cuales, en vida aún, es Siammai– dicen que el huevo puesto en día de sábado va contra el precepto. Pero Yo pienso que hay que distinguir entre el hombre y el animal, o quien cumple un acto animal como dar a luz. Si le obligo al jumento a trabajar, yo, al imponerme con el azote a que trabaje, cumplo también su pecado. Pero, si una gallina pone un huevo que ha ido madurando en su ovario, o si una oveja pare en día de sábado –porque ya está en condiciones de nacer su cría–, entonces no. Tal obra, en efecto, no es pecado, como tampoco lo son, a los ojos de Dios, ni el huevo puesto ni el cordero parido en sábado.

-¿Y cómo puede ser eso, si todo trabajo, cualquiera que fuere, en día de sábado, es pecado?

-Porque el concebir y generar corresponde a la voluntad del Creador y están regulados por leyes dadas por El a todas las criaturas. Pues bien, la gallina no hace sino obedecer a esa ley que dice que después de tantas horas de formación el huevo está completo y ha de ponerse; y la oveja lo

mismo, no hace sino obedecer a esas leyes puestas por Aquel que todo hizo, el cual estableció que dos veces al año, cuando ríe la primavera por los campos floridos y cuando el bosque se despoja de su follaje y el frío intenso oprime el pecho del hombre, las ovejas se emparejasen para dar luego leche, carne y sustanciosos quesos en las estaciones opuestas, en los meses de más arduo trabajo por las mieses, o de más dolorosa escasez a causa de los hielos. Pues entonces, si una oveja, llegado su tiempo, da a luz a su criatura, ¡Oh, ésta bien puede ser sagrada incluso para el altar, porque es fruto de obediencia al Creador!

-Yo no seguiría examinándole. Su sabiduría es asombrosa y supera a la de los adultos.

-No. Se ha declarado capaz de comprender incluso los símbolos. Oigámoslo.

-Que antes diga un salmo, las bendiciones y las oraciones.

-También los preceptos.

-Sí. Di los midrasiots.

Jesús dice sin vacilar una letanía de “no hagas esto, no hagas aquello”.

-Vale. Abre el rollo de la cinta verde.

Jesús abre y hace ademán de leer.

-Más adelante, más.

Jesús obedece.

-Basta. Lee y explica, si es que te parece que haya algún símbolo.

-En la Palabra santa raramente faltan. Somos nosotros quienes no sabemos ver ni aplicar. Leo: cuarto libro de los Reyes, capítulo veintidós, versículo diez: "Safán, escriba, siguiendo informando al rey, dijo: 'El Sumo Sacerdote Jilquías me ha dado un libro'. Habiéndolo leído Safán en presencia del rey, éste, oídas las palabras de la Ley del Señor, se rasgó las vestiduras y dio".

-Sigue hasta después de los nombres.

"...esta orden: 'Id a consultarle al Señor por mí, por el pueblo, por todo Judá, respecto a las palabras de este libro que ha sido encontrado; pues la gran ira de Dios se ha encendido contra nosotros porque nuestros padres no escucharon, siguiendo sus prescripciones, las palabras de este libro...'"

-Basta. Este hecho sucedió hace muchos siglos. ¿Qué símbolo encuentras en un hecho de crónica antigua?

-Lo que encuentro es que no hay tiempo para lo eterno. Y Dios es eterno, y nuestra alma, como eternas son también las relaciones entre Dios y el alma. Por tanto, lo que había provocado entonces el castigo es lo mismo que provoca los castigos ahora, e iguales son los efectos de la culpa.

-¿Cuáles?

-Israel ya no conoce la Sabiduría, que viene de Dios; y es a Él, y no a los pobres seres humanos, a quien hay que pedirle luz; pero la luz no se recibe sin justicia y fidelidad a Dios. Por eso se peca, y Dios, en su ira, castiga.

-¿Nosotros ya no sabemos? ¿Qué dices, niño! ¿Y los seiscientos trece preceptos?

-Los preceptos existen, pero son palabras. Los sabemos, pero no los ponemos en práctica. Por tanto, no sabemos. El símbolo es éste: todo hombre, en todo tiempo, tiene necesidad de consultar al Señor para conocer su voluntad, y debe atenerse a ella para no atraer su ira.

-El niño es perfecto. Ni siquiera la celada de la pregunta insidiosa ha confundido su respuesta. Que sea conducido a la verdadera sinagoga.

Pasan a una habitación de mayores dimensiones y más pomposa. Aquí lo primero que hacen es rebajarle el pelo. José recoge los rizos. Luego le aprietan la túnica roja con un largo cinturón dando varias vueltas en torno a la cintura; le ciñen la frente y un brazo con unas cintas, y le fijan con una especie de bullones unas cintas al manto. Luego cantan salmos, y José alaba al Señor con una larga oración, e invoca toda suerte de bienes para su Hijo.

Termina la ceremonia. Jesús sale acompañado de José. Vuelven al lugar de donde habían venido, se unen de nuevo con los varones de la familia, compran y ofrecen un cordero, y luego, con la víctima degollada, van adonde las mujeres.

María besa a su Jesús. Es como si hiciera años que no lo viera. Le mira –ahora tiene indumento y pelo más de hombre- y le acaricia.



El Niño perdido

Después de los exámenes de los adolescentes y de las oraciones en el Templo, muy de mañana se monta una caravana con los peregrinos que vuelven a Galilea. María y José arreglan sus cosas y con alegría comienza el camino. Poco a poco se van formando grupos más afines. Las mujeres con o sin borricos van algo delante hablando de los muchos sucesos de esos días. Los hombres, y José con los demás, se retrasan algo comentando la situación política siempre inestable y llena de problemas. Así pasa el día hasta que llegan a Gisbueh a 20 kilómetros de Jerusalén.

Al detenerse para pasar la noche buscan cada uno a sus familiares. María busca a Jesús que no está en el grupo de mujeres y de niños en el que ella iba. Espera a la reunión de todos, unas cien personas. Pero tampoco está allí Jesús. La angustia de María al ver –una vez congregados de nuevo

juntos hombres y mujeres— que Jesús no está con José la hace palidecer. No levanta la voz regañando duramente a su esposo. Todas las mujeres lo habrían hecho; lo hacen, por motivos mucho menores. No obstante, el dolor que emana del rostro de María traspasa a José más de lo que pudiera hacerlo cualquier tipo de reprensión. No se da tampoco María a escenas dramáticas. No obstante, su dolor, contenido es tan manifiesto (se pone a temblar, palidece su rostro, sus ojos se dilatan) que conmueve más que cualquier escena de llanto y gritos.

Ya no siente ni fatiga ni hambre. ¡Y el camino había sido largo, y sin reparar fuerzas desde hacía horas! Deja todo; deja al camastro que se estaba preparando, deja la comida que iban a distribuir. Deja todo y regresa. Está avanzada la tarde, anochece; no importa; todos sus pasos la llevan de nuevo hacia Jerusalén; hace detenerse a las caravanas, a los peregrinos; pregunta. José la sigue, la ayuda. Un día de camino en dirección contraria, luego la angustiada búsqueda por la Ciudad.

¿Dónde, dónde puede estar su Jesús? Y Dios permite que Ella, durante muchas horas, no sepa dónde buscarle. Buscar a un niño en el Templo no era cosa juiciosa: ¿qué iba a tener que hacer un niño en el Templo? En el peor de los casos, si se hubiera perdido por la ciudad y, llevado de sus cortos pasos, hubiera vuelto al Templo, su llorosa voz habría llamado a su mamá, atrayendo la atención de los adultos y de los sacerdotes, y se habrían puesto los medios para buscar a los padres fijando avisos en las puertas. Pero no había ningún aviso. Nadie sabía nada de este Niño en la ciudad. ¿Guapo? ¿Rubio? ¿Fuerte? ¡Hay muchos con esas características! Demasiado poco para poder decir: "¡Le he visto! ¡Estaba allí o allá!".

María, pasados tres días, acompañada siempre por José que hace esfuerzos para no llorar, entran exhaustos en el Templo, recorriendo patios y vestíbulos. Nada. Corre, corre la pobre Mamá hacia donde oye una voz de niño. Hasta los balidos de los corderos le parecen el llanto de su Hijo buscándola. Mas Jesús no está llorando; está enseñando. Y he aquí que desde detrás de una barrera de personas llega a oídos de José y María la amada voz diciendo: "Estas piedras trepidarán...". Entonces tratan de abrirse paso por entre la muchedumbre, y lo consiguen después de una gran fatiga: ahí está su Hijo, con los brazos abiertos, erguido entre los doctores.

María es la Virgen prudente. Pero esta vez la congoja sobrepuja su comedimiento. Es una presa que derriba todo lo que pilla a su paso. Corre hacia su Hijo, le abraza, levantándole y bajándole del escabel, y exclama:

-¡Oh! ¿Por qué nos has hecho esto! Hace tres días que te estamos buscando. Tu Madre está a punto de morir de dolor, Hijo. Tu padre está derrengado de cansancio. ¿Por qué, Jesús?

Jesús consciente de que ha sido "llamado" a una misión y la está cumpliendo. Por eso les dice sorprendido que esa misión pasa por encima del padre y de la madre de la tierra, está Dios, Padre divino. Sus intereses son superiores a los nuestros; su amor es superior a cualquier otro. Y esto es lo que le dice a mi Madre.

Al terminar de enseñar a los doctores enseñando a María y José. Nunca olvidarían esa respuesta del que conocían como Niño y ya era hombre. Volvió a surgir el Sol en sus corazones al tomarle de la mano, de esa mano humilde y obediente; sus palabras también quedaron en su corazón. Muchos soles y muchas nubes habrían de surcar todavía el cielo durante los veintiún años que debía permanecer Jesús en la tierra. Nunca volverán a preguntar: ¿Por qué nos has hecho esto, Hijo mío?

Y reemprendieron el viaje hacia Nazaret con una paz nueva en su interior. Jesús por haber obedecido al Padre y renovando la sumisión y la obediencia a José y María. José porque la negra nube de la culpa que no lo era de no haber sabido ser buen custodio de Jesús se ha aclarado y comprende lo muchísimo que quiere al Niño al haber experimentado su ausencia casi total. María da un paso más en su vida de abandono en las manos del Padre y percibir que ella es la Madre, pero obediente al Padre que es tan desconcertante, pero siempre sabio.

En el camino Jesús les cuenta lo ocurrido con los doctores y se quedaron admirados, aunque no hizo falta decirles que a partir desde ese momento su unión no se vería empañada por nada y vivirían juntos en una unidad total.



Jesús discute con los doctores de la Ley

Jesús les contó a sus padres todo lo que sucedió en aquellos días que fueron dolorosos para ellos y luminosos para él.

En el Templo hay patios y fuentes, pórticos y casas (más bien pabellones, porque tienen más las características de pabellones que de casas). Hay una gran muchedumbre de gente vestida al viejo uso hebreo, y mucho griterío.

Hay fariseos, con sus largas vestiduras ondeantes, sacerdotes vestidos de lino y con una placa de precioso material en la parte superior del pecho y de la frente, y con otros reflejos brillantes esparcidos aquí o allá por los distintos indumentos, muy amplios y blancos, ceñidos a la cintura con un cinturón también de material precioso. Otros, menos engalanados, pero que de todas formas deben pertenecer también a la casta

sacerdotal, y que están rodeados de discípulos más jóvenes que ellos; se trata de los doctores de la Ley.

En grupo de los doctores ha comenzado una disputa teológica. Mucha gente se acerca. Entre los "doctores" hay un grupo capitaneado por uno llamado Gamaliel y por otro, viejo y casi ciego, que apoya a Gamaliel en la disputa; le llaman Hillel. El grupo de Gamaliel es de mentalidad más abierta, mientras que el otro grupo, que es el más numeroso, está dirigido por uno llamado Siammai, y adolece de intransigencia.

Gamaliel, rodeado de un nutrido grupo de discípulos, habla de la venida del Mesías, y, apoyándose en la profecía de Daniel, sostiene que el Mesías debe haber nacido ya, puesto que ya han pasado unos diez años desde que se cumplieron las setenta semanas profetizadas contando desde que fue publicado el decreto de reconstrucción del Templo. Siammai le plantea batalla afirmando que, si bien es cierto que el Templo fue reconstruido, no es menos cierto que la esclavitud de Israel ha aumentado, y que la paz que debía haber traído Aquel que los Profetas llamaban "Príncipe de la paz" está bien lejos de ser una realidad en el mundo, y especialmente en Jerusalén, oprimida bajo el peso de un enemigo que osa extender su dominio hasta incluso dentro del recinto del Templo, controlado por la Torre Antonia, que está llena de legionarios romanos dispuestos a aplacar con la espada cualquier tumulto de independencia patria.

La disputa, llena de cavilidades, está destinada a durar. Cada uno de los maestros hace su alarde de erudición, no tanto para vencer a su rival, cuanto para atraerse la admiración de los que escuchan; este propósito es evidente.

Del interior del nutrido grupo de fieles se oye una tierna voz de niño:
-Gamaliel tiene razón.

Movimiento en la gente y en el grupo de doctores: buscan al que acaba de interrumpir; de todas formas, no hace falta buscarle, Él no se esconde; antes bien, se abre paso entre la gente y se acerca al grupo de los "rabíes". Es Jesús adolescente. Se le ve seguro y franco, y sus ojos centellean llenos de inteligencia.

-¿Quién eres?

Le preguntan.

-Un hijo de Israel que ha venido a cumplir con lo que la Ley ordena.

Gusta esta respuesta intrépida y segura, y obtiene sonrisas de aprobación y de benevolencia. Despierta interés el pequeño israelita.

-¿Cómo te llamas?

-Jesús de Nazaret.

Y aquí acaba la benevolencia del grupo de Siammai. Sin embargo, Gamaliel, más benigno, prosigue el diálogo junto con Hillel. Es más, es Gamaliel el que, con deferencia, le dice al anciano:

-Pregúntale alguna cosa al niño.

-¿En qué basas tu seguridad?

Pregunta Hillel.

-En la profecía, que no puede errar respecto a la época, y en los signos que la acompañaron cuando llegó el tiempo de su cumplimiento. Ciertamente es que César nos domina. Pero el mundo gozaba de gran paz y estaba muy tranquila Palestina cuando se cumplieron las setenta semanas. Tanto es así que le fue posible a César ordenar el censo en sus dominios; no habría podido hacerlo si hubiera habido guerra en el Imperio o revueltas en Palestina. De la misma forma que se cumplió ese tiempo, ahora se está cumpliendo ese otro de las sesenta y dos más una desde la terminación del Templo, para que el Mesías sea ungido y se cumpla lo que conlleva la profecía para el pueblo que no le quiso. ¿Podéis dudarle? No recordáis que la estrella fue vista por los Sabios de Oriente y que fue a detenerse justo en el cielo de Belén de Judá, y que las profecías y las visiones, desde Jacob en adelante, indican ese lugar como el destinado a recibir el nacimiento del Mesías, hijo del hijo del hijo de Jacob, a través de David, que era de Belén? ¿No os acordáis de Balaam? "Una estrella nacerá de Jacob". Los Sabios de Oriente, cuya pureza y fe abrían sus propios ojos y sus propios oídos, vieron la Estrella y comprendieron su Nombre: "Mesías", y vinieron a adorar a la Luz que había descendido al mundo.

Siammai, con mirada maligna:

-¿Dices que el Mesías nació cuando la Estrella, en Belén Efratá?

-Yo lo digo.

-Entonces ya no existe. ¿No sabes, niño, que Herodes mandó matar a todos los nacidos de mujer de un día a dos años de edad de Belén y de los alrededores? Tú, Tú que sabes tan bien la Escritura, debes saber también que "un grito se ha oído en lo alto. Es Raquel que está llorando por sus hijos". Los valles y las alturas de Belén, que recogieron el llanto de la agonizante Raquel, se llenaron de llanto revivido por las madres ante sus hijos asesinados. Entre ellas estaba, sin duda, también la Madre del Mesías.

Jesús con serenidad responde:

-Te equivocas, anciano. El llanto de Raquel se hizo himno, pues donde ella había dado a luz al "hijo de su dolor", la nueva Raquel dio al mundo al Benjamín del Padre celestial, Hijo de su derecha, Aquel que ha sido destinado para congregarse al pueblo de Dios bajo su cetro y liberarle de la más terrible de las esclavitudes.

Siammai insiste.

-¿Y cómo, si le mataron?

-¿No has leído de Elías que fue raptado por el carro de fuego? ¿Y no va a haber podido salvar el Señor Dios a su Emmanuel para que fuera Mesías de su pueblo? Él, que separó el mar ante Moisés para que Israel pasase sin mojarse hacia su tierra, ¿no va a haber podido mandar a sus

ángeles a librar a su Hijo, a su Cristo, de la crueldad del hombre? En verdad os digo: el Cristo vive y está entre vosotros, y cuando llegue su hora se manifestará en su potencia.

La voz de Jesús, al decir estas palabras, resuena en un modo que llena el espacio. Sus ojos centellean aún más, y, con un gesto de dominio y de promesa, tiende el brazo y la mano derecha, y luego los baja, como para jurar. Es todavía un niño, pero ya tiene la solemnidad de un hombre.

Hillel interviene y dirigiéndose a Jesús le dice:

-Niño, ¿quién te ha enseñado estas palabras?

-El Espíritu de Dios. Yo no tengo maestro humano. Esta es la Palabra del Señor que os habla a través de mis labios.

-Ven aquí entre nosotros, que quiero verte de cerca, ¡Oh, niño!, para que mi esperanza se reavive en contacto con tu fe y mi alma se ilumine con el sol de la tuya.

Y le sientan a Jesús en un asiento alto y sin respaldo, entre Gamaliel y Hillel, y le entregan unos rollos para que los lea y los explique. Es un examen en toda regla. La muchedumbre se agolpa atenta.

La voz infantil de Jesús lee: "Consuélate, pueblo mío. Hablad al corazón de Jerusalén, consoladla porque su esclavitud ha terminado. Voz de uno que grita en el desierto: preparad los caminos del Señor. Entonces se manifestará la gloria del Señor".

Siammai tercia en el examen:

-Como puedes ver, nazareno, aquí se habla de una esclavitud ya terminada. Y nosotros somos ahora más esclavos que nunca. Aquí se habla de un precursor. ¿Dónde está? Tú desvarías.

Jesús le responde:

-Yo te digo que tú y los que son como tú, más que los demás, necesitáis escuchar la llamada del Precursor. Si no, no verás la gloria del Señor, ni comprenderás la palabra de Dios, porque las bajezas, las soberbias, las dobleces, te obstaculizarán ver y oír.

-¿Así le hablas a un maestro?

-Así hablo y así hablaré hasta la muerte. Porque por encima de mi propio beneficio está el interés del Señor y el amor a la Verdad, de la cual soy Hijo. Y además te digo, rabí, que la esclavitud de que habla el Profeta, que es de la que Yo hablo, no es la que crees, como tampoco la realeza será la que tú piensas. Antes bien, por mérito del Mesías, el hombre será liberado de la esclavitud del Mal que le separa de Dios, y la señal del Cristo, liberados los espíritus de todo yugo, hechos súbditos del Reino eterno, signará a éstos. Todas las naciones inclinarán su cabeza, ¡Oh, estirpe de David!, ante el Vástago de ti nacido, árbol ahora que extiende sus ramas sobre toda la Tierra y se alza hacia el Cielo. Y en el Cielo y en la Tierra toda boca glorificará su Nombre y doblará su rodilla ante el Ungido de Dios, ante el Príncipe de la Paz, el Caudillo, ante Aquel que, tomando

de sí mismo, embriagará a toda alma cansada y saciará toda alma hambrienta; el Santo que estipulará una alianza entre la Tierra y el Cielo; no como la que fue estipulada con los Padres de Israel cuando Dios los sacó de Egipto (siguiendo considerándolos de todas formas siervos), sino imprimiendo la paternidad celeste en el espíritu de los hombres con la Gracia de nuevo infundida por los méritos del Redentor, por el cual todos los hombres buenos conocerán al Señor y el Santuario de Dios no volverá a ser derruido y hollado.

-¡Pero, niño, no blasfemes! Acuérdate de Daniel, que dice que, cuando hayan matado al Cristo, el Templo y la Ciudad serán destruidos por un pueblo y por un caudillo venideros. ¡Y tú sostienes que el Santuario de Dios no volverá a ser derribado! ¡Respetar a los Profetas!

Dice Siammai acalorado.

Jesús contesta:

-En verdad te digo que hay Uno que está por encima de los Profetas, y tú no le conoces, ni le conocerás, porque te falta el deseo de ello. Y has de saber que todo cuanto he dicho es verdad. No conocerá ya la muerte el Santuario verdadero. Al igual que su Santificador, resucitará para vida eterna y, al final de los días del mundo, vivirá en el Cielo.

Hillel muy interesado y calmando la tensión le dice a Jesús:

-Préstame atención, niño. Ageo dice: "Vendrá el Deseado de las gentes. Grande será entonces la gloria de esta casa, y de esta última más que de la primera". ¿Crees que se refiere al Santuario de que Tú hablas?

-Sí, maestro. Esto es lo que quiere decir. Tu rectitud te conduce hacia la Luz, y Yo te digo que, una vez consumado el Sacrificio del Cristo, recibirás paz porque eres un israelita sin malicia.

Gamaliel también pregunta:

-Dime, Jesús: ¿Cómo puede esperarse la paz de que hablan los Profetas, si tenemos en cuenta que este pueblo ha de sufrir la devastación de la guerra? Habla y dame luz también a mí.

-¿No recuerdas, maestro, que quienes estuvieron presentes la noche del nacimiento del Cristo dijeron que las formaciones angélicas cantaron: "Paz a los hombres de buena voluntad"? Ahora bien, este pueblo no tiene buena voluntad, y no gozará de paz; no reconocerá a su Rey, al Justo, al Salvador, porque le espera como rey con poder humano, mientras que es Rey del espíritu; y no le amará, puesto que el Cristo predicará lo que no le gusta a este pueblo. Los enemigos, los que llevan carros y caballos, no serán subyugados por el Cristo; sí los del alma, los que doblegan, para infernal dominio, el corazón del hombre, creado por el Señor. Y no es ésta la victoria que de Él espera Israel. Tu Rey vendrá, Jerusalén, sobre "la asna y el pollino", o sea, los justos de Israel y los gentiles; más Yo os digo que el pollino le será más fiel a Él y, precediendo a la asna, le seguirá, y crecerá en el camino de la Verdad y de la Vida. Israel, por su mala voluntad,

perderá la paz, y sufrirá en sí, durante siglos, aquello mismo que hará sufrir a su Rey al convertirle en el Rey de dolor de que habla Isaías.

Siammai también interviene:

-Tu boca tiene al mismo tiempo sabor de leche y de blasfemia, nazareno. Responde: ¿Dónde está el Precursor? ¿Cuándo lo tuvimos?

-Él ya es una realidad. ¿No dice Malaquías: "Yo envío a mi ángel para que prepare delante de mí el camino; en seguida vendrá a su Templo el Dominador que buscáis y el Ángel del Testamento, anhelado por vosotros"? Luego entonces el Precursor precede inmediatamente al Cristo. Él es ya una realidad, como también lo es el Cristo. Si transcurrieran años entre quien prepara los caminos al Señor y el Cristo, todos los caminos volverían a llenarse de obstáculos y a hacerse retorcidos. Esto lo sabe Dios y ha previsto que el Precursor preceda en una hora sólo al Maestro. Cuando veáis al Precursor, podréis decir: "Comienza la misión del Cristo". Y a ti te digo que el Cristo abrirá muchos ojos y muchos oídos cuando venga a estos caminos; mas no vendrá a los tuyos, ni a los de los que son como tú. Vosotros le daréis muerte por la Vida que os trae. Pero cuando – más alto que este Templo, más alto que el Tabernáculo que está dentro del Santo de los Santos, más alto que la Gloria que está sostenida por los Querubines el Redentor ocupe su trono y su altar, de sus numerosísimas heridas fluirán: maldición para los deicidas; vida para los gentiles. Porque Él, ¡Oh, maestro insipiente!, no es, lo repito, Rey de un reino humano, sino de un Reino espiritual, y sus súbditos serán únicamente aquellos que por su amor sepan renovarse en el espíritu y, como Jonás, nacer una segunda vez, en tierras nuevas, "las de Dios", a través de la generación espiritual que tendrá lugar por Cristo, el cual dará a la humanidad la Vida verdadera.

Siammai y sus seguidores gritan:

-¡Este nazareno es Satanás!

Hillel y los suyos también elevan la voz en sentido contrario:

-No. Este niño es un Profeta de Dios. Quédate conmigo, Niño; así mi ancianidad transfundirá lo que sabe en tu saber, y Tú serás Maestro del pueblo de Dios.

Jesús agradece la solicitud del anciano y le dice:

-En verdad te digo que si muchos fueran como tú, Israel sanaría; más la hora mía no ha llegado. A mí me hablan las voces del Cielo, y debo recogerlas en la soledad hasta que llegue mi hora. Entonces hablaré, con los labios y con la sangre, a Jerusalén; y correré la misma suerte que corrieron los Profetas, a quienes Jerusalén misma lapidó y les quitó la vida. Pero sobre mi ser está el del Señor Dios, al cual Yo me someto como siervo fiel para hacer de mí escabel de su gloria, en espera de que Él haga del mundo escabel para los pies del Cristo. Esperadme en mi hora. Estas piedras oirán de nuevo mi voz y trepidarán cuando diga mis palabras últimas. Bienaventurados los que hayan oído a Dios en esa voz y crean en

Él a través de ella: el Cristo les dará ese Reino que vuestro egoísmo sueña humano y que, sin embargo, es celeste, y por el cual Yo digo: "Aquí tienes a tu siervo, Señor, que ha venido a hacer tu voluntad. Consúmala, porque ardo en deseos de cumplirla".

Jesús con su rostro inflamado de ardor espiritual elevado al cielo, con los brazos abiertos, está erguido entre los atónitos doctores.

Juan Bautista en el desierto.

En el primer viaje a Jerusalén de José, María y Jesús, quisieron pasar por Ain Karim. Al llegar a la población acudieron a la casa de Zacarías y Ana. Estaba vacía. Fueron a la casa vecina y una mujer también llamada María les contó todo lo sucedido.

-Todos en Israel conocen los sucesos de Belén poco después de que llegaran aquellos reyes de Oriente. Herodes mando matar a todos los niños de menos de dos años.

-Si conocemos los hechos.

-Pero no solo asesinaron a los niños de Belén, sino también a los de los alrededores. Zacarías tomó a Isabel con el niño de dos años, y a su edad. Pero fueron fuertes y todos les ayudamos. Aquí hay muchas madres y muchos hijos. No nos asusta el trabajo. De hecho una de nosotras llevaba la lactancia del pequeño Juan. Cuando rapidísima llego la noticia de Belén y de que iban los soldados a las otras poblaciones. Algunos que tenían niños pequeños huyeron. También Zacarías que tomó a Isabel y a Juan, con lo poco que pudieron llevarse, mi marido Abraham les ayudó. Se fueron junto al Jordán fuera de Judea a una localidad llamada Betabara en un lugar donde vivían algunos que se llamaban "piadosos" y que vivían allí desde antes de la rebelión de los macabeos y de que se separaran de ellos los fariseos y los esenios.

-¿Cómo están?

Dice María con temor.

-Sigo. Mi esposo acudía allí con frecuencia. Zacarías disponía de ahorros, pero la vida es dura en el desierto, por muy piadoso que se sea. Así pudieron pasar más o menos bien. El lugar era muy pobre y desértico. Los

asideos eran hombres religiosos que explicaban las Escrituras y sobre todo las profecías. En ese ambiente Zacarías estaba muy a gusto, pero a los dos años murió. Pasaron tres años más e Isabel también murió habiendo cumplido la misión que Dios le había encomendado. El huérfano ya de unos siete años se añadió a una familia numerosa, pero crece un poco a su aire.

-¿Sabes el lugar exacto donde vive? Ya tendrá unos nueve años.

- Sí, llamo a Abraham.

Llega Abraham que es un hombre en la plenitud de la edad, labriego, dando la impresión de honradez y seguridad.

José toma la palabra.

-Gracias por ayudar a nuestra pariente Isabel y a su hijo Juan. Que Dios te pague tu generosidad. Querríamos ver al pequeño Juan, ¿Es posible?

-Si claro, ya no hay peligro y os puedo acompañar cuando queráis.

-Ya te diremos cuando nos es posible.

El trabajo de María en Nazaret

María, como todas las mujeres en Nazaret, trabajaba mucho en muy diversos campos. Su principal cometido era cuidar a Jesús, dejó de alimentar al Niño a los tres años con lo que en Nazaret ya no tenía esta ocupación tan absorbente y agradable para ella. Todas las madres velaban por la educación y la disciplina de los niños, pero en Ella se añadió la enseñanza de las Escrituras a Jesús, Jacob y Judas. María proveía de alimento y vestido a toda la casa. Esto se traducía en un trabajo arduo y agotador en tiempo y esfuerzo: orden, limpieza, provisión de agua, machacar el grano, así como hacer el pan; recoger combustible (una tarea que sí hacían los dos sexos); atención a los animales pequeños: ordeñar, extraer la nata, hacer el queso y cuajadas; atender a los huertos de hortalizas y a los árboles frutales; preparar los frutos y la carne para su almacenamiento. La cueva de la casa era una despensa excelente

especialmente en verano. También se ocupaba de hacer los cacharros y utensilios de barro o cerámica para la cocina, aunque en este oficio intervenía mucho José.

La indumentaria de la familia era cosa de María, no solamente en lo que se refería a hilar, tejer, hacer vestidos y coser, sino también en la preparación de la lana o de las fibras de lino. Hilar y tejer eran el símbolo de la actividad y destreza doméstica femenina, de tal modo que incluso las reinas y a las mujeres ricas tenían una rueca en la mano. Llevar adelante la casa, conllevaba la carga de lavar y limpiar.

En el canto de la mujer fuerte de los Proverbios se dibuja una imagen del papel que juega la mujer como consejera de los hombres en el camino de la vida y en su éxito, para lo cual el conocimiento que aportan las mujeres representa un papel decisivo. María realizó este trabajo con discreción y muy pocas veces interviene delante de José, como ya hemos visto en su trabajo de maestra de Jesús y sus primos.

Trabajo de sol a sol como José al que se añade la cena y la limpieza de los restos de ella. Nunca fue una vida de oración apartada. Sus viajes al pozo a buscar agua era una ocasión de amistad con las demás mujeres en esta actividad pesada, pues la casa y el pozo estaban distantes.

Jesús y Juan hablan en el desierto.

En una de sus peregrinaciones al Templo, cuando Jesús tenía unos veinte años, pide permiso a José para ir a ver a su primo Juan. José acepta no sin una pequeña resistencia de María que no quiere separarse del Hijo más que lo necesario.

Jesús se dirige a Yehud donde se encuentra Juan. Se han visto solo una vez, cuando con José y María habían acudido allí mismo, hacía unos diez años. Juan es fuerte, con el aire de un nazareno apasionado de Yahveh y con una austeridad extrema.

- Paz y bendiciones, Jesús, doblemente pariente por la carne y el espíritu. Mi alma se goza en poder verte y hablar de las cosas que bullen en mi corazón.

- Paz para mi amado pariente, el hijo de los benditos Zacarías e Isabel, portadores de la bendición de Yahveh y de mi amada Madre, la amada de Dios, el huerto cerrado donde ha florecido la bendición divina.

- Gracias Jesús, mi madre tuvo tiempo, antes de ser llamada al seno de Abraham de explicarme muchas cosas y conservo como un tesoro la oración de mi padre en mi nacimiento. Aquí se dicen muchas cosas, sobre todo, hay una inquietud muy grande de espera del Mesías. Mi madre me explico tu origen virginal y tu ser divino, sé que eres el Mesías y que yo tengo que ser el profeta, pero quiero evitar ideas humanas que impurifiquen la misión que tengo adjudicada. Rezo, pido luces a Dios, me purifico el cuerpo y el espíritu, pero ante Ti, futuro Maestro, escucho.

-Haces bien Juan. Es tiempo de silencio y de oración. Yo vivo sujeto a mis padres y puedo disfrutar del amor de estos dos elegidos fidelísimos, trabajo con mis manos y mi vida en poco se distingue de los demás. Es tiempo de callar. Pero tienes que saber que además de los libros más reconocidos como santos, Yahveh mi Padre envía el Espíritu Santo a otros que los reciben como semillas de la Palabra, pero hay que distinguir el trigo y la cizaña. Existen muchos pueblos que también han recibido algunas luces para que puedan reconocer la Luz desde algo conocido en sus tradiciones. La salvación viene de los judíos, pero para todos los hombres de todos los tiempos con un plan sapientísimo. Nadie podrá conocer plenamente la sabiduría de Yahveh, pero el Juicio del justo Juez tendrá en cuenta lo recibido y la sabiduría de sus pueblos. Al final de los tiempos la Buena Noticia llegara a todos.

- Explícame bien tu misión para que yo pueda orar y vivir mejor la mía.

- Te hago un resumen de lo que hay a nuestro alrededor y te explico.

-Gracias Jesús.

- Todos creen que el Mesías traerá en un futuro mejor introducido por un descendiente de David. Eso es verdad, pero recuerda a Isaías y algunos salmos que dicen que tendrá que sufrir mucho y también los que le

sigan tendrán que pasar muchas tribulaciones junto a consuelos de los cielos. Te explico primero algunos que no forman parte de los libros sagrados pero influyen en las creencias de muchos sobre el Mesías. Los Salmos de Salomón lo explican muy humanamente y, dicen que reinará sobre Israel, destruirá a los enemigos, pero no los políticos, sino el pecado, Satán y sus ángeles y la muerte. Purificará Jerusalén pero ésta será tan profanada por los gentiles que destruirán el Templo y la arrasaran, no quedara piedra sobre piedra. Entiéndelo bien, Juan. Los Oráculos sibilinos son más espirituales aunque utilicen un lenguaje extraño. El Mesías introducirá el reino eterno de Dios sobre todos los hombres, y todos los pueblos reconocerán la ley de Dios. La Esperanza se ampliara del pueblo a cada uno. En esto dice verdad. El Libro de Henoc. También acierta cuando dice que el Mesías aparecerá después del juicio de Dios que lo introduce, pues se darán dos Venidas del Mesías, la humilde en carne mortal, que es la que ves, aunque todo no lo verás, pues morirás por defender la verdad, y la gloriosa desde los cielos rodeado de ángeles. El Apocalipsis de Baruc proclama que la era del Mesías inaugurara una era paradisiaca, aunque hay que purificar las ideas carnales de muchos pues cada uno deberá luchar contra el Maligno, contra los hijos del Diablo y contra su pecado interior y muchos serán mártires; el premio y el castigo que cada uno ha merecido por sus obras se da en la otra vida sobre todo. Los justos resucitarán para ser transformados en luz radiante, y los impíos para ser atormentados, pero solo después de mi Resurrección que se dará después de mi muerte en la Cruz.

- Luego yo soy el Elías profetizado por Malaquías.

-Sí, tienes el espíritu de Elías. Y tendrás que luchar casi solo como lo hizo él.

- Y tú eres el profeta semejante a Moises de que habla el Deuteronomio.

- Así es, y lo que piensan los samaritanos que el Mesías tiene carácter sacerdotal es cierto. Desciendo por mi madre de Aarón, pero se va iniciar un nuevo Sacerdocio por la unción del Espíritu que Yo recibí en el seno de mi Madre. Yerran los Esenios extendiendo la mesianidad a dos Mesías uno davídico y otro sacerdotal, además de un profeta cuando dicen que se preparan "hasta que venga el profeta y los Mesías de Aarón y de Israel". Yo soy el Mesías, el Hijo unigénito de Dios, el que ha venido y

vendrá. Y tú eres el Precursor. Prepárate para tu misión y para que algunos tengan la mente pura para entender mi doctrina y mi Persona. Daniel me llama "Hijo del Hombre" y así me haré llamar con frecuencia. El libertador de la vida futura, pero también Hijo de Dios e Hijo del Altísimo serán mis nombres, además de Salvador. Como Hijo del hombre tengo una gloria superior a la de los ángeles y poseo toda la sabiduría y toda la justicia que derramaré en abundancia. La promesa del Génesis manifiesta un designio eterno que es anterior la creación.

-Bendíceme Jesús.

-Si te bendigo pues ya eres bendito desde el seno de tu piadosa madre Isabel. Pero conviene que repasemos a los profetas que han recibido la inspiración divina para hablar de mí.

- Sigue, Hijo del Altísimo.

- Leemos con frecuencia que el mesías rey reinará eternamente, pero eso es imposible para los hombres. Solo Dios es eterno. Aquí tendrás que limpiar bien los corazones de los que quieran escucharte para que puedan tener un mente que supere los esquemas humanos para interpretar la Palabra de Dios, pues sin la luz de Dios viendo no ven y oyendo no oyen.

- Eres Rey para siempre.

- Pero también soy el Siervo de Yahveh. Recuerda a Isaías cuando me muestra como Despreciado por los hombres y marginado, hombre de dolores y familiarizado con el sufrimiento, semejante a aquellos a los que se les vuelve la cara, no contaba para nada y no hemos hecho caso de él. Es fácil imaginarse a un rey y a un Príncipe de la Paz y a un Hijo del Hombre que baja del cielo, pero a un gusano en el que no hay parecer ni hermosura, aunque antes se me haya llamado el más hermoso de todos los hombres, eso es muy difícil, pues es necesario hacerse cargo de del horror de lo que es el pecado, del infierno, que no basta con cosas humanas para superarlo, sino que tiene que venir un Perdón del cielo y que por un exceso de amor del Padre se alcanza a través de una víctima expiatoria que llevará sobre sí todos los pecados de todos los hombres, de todos los tiempos. Esa es la fe que tienes que preparar. Isaías concreta mucho dice que seré azotado por Dios, castigado y humillado, aplastado, y llevare llagas, es más seré taladrado como dice el salmo 21.

-No, Señor.

- Sí Juan, eso es el verdadero Amor que salva. Así devolveré el Espíritu de Amor a todos los que quieran, cumpliré la total Alianza, abriré a Israel a todos los hombres, y al tercer día resucitaré. A algunos se lo revelaré poco a poco, pero no lo entenderán. Se abrirán sus mentes y sus corazones cuando el Padre me resucite y cuando enviemos el Espíritu Santo al mundo ya libre.

- Sí, cumpliré mi misión. Vuelve a Bendecirme.

Jesús le vuelve a bendecir y se va.

Los endemoniados de Séforis

José en uno de sus viajes a Séforis va con Jesús en un carro llevando los encargos para las obras que le había encomendado Manahem. Jesús tenía unos 18 años. Caminaban en silencio. Admiraban el contorno de la perla de Galilea. Al llegar al almacén de las obras, descargaron y entregaron sus trabajos que eran correctos y adecuados al pedido. Pasaron a cobrar lo acordado y después de beber agua, volvieron hacia Nazaret

Había en Séforis un lugar donde se habían juntado a muchos endemoniados, retardados, locos y desequilibrados. Se los reunía en un recinto, cerca de la escuela, donde eran enseñados; y cuando había explicación para los demás en la sinagoga, eran introducidos para que la oyesen. Estaban detrás de los demás y escuchaban la predicación. Había entre ellos guardianes que los obligaban con azotes a permanecer quietos. Antes de que José y Jesús entrasen en la sinagoga comenzaron inquietarse y agitarse, algunos eran atacados de convulsiones, mientras enseñaban los saduceos, y los guardianes los sujetaban a fuerza de azotes. Al entrar Jesús, enmudecieron todos; pero al rato comenzó uno y otro a clamar:

- "Este es Jesús de Nazaret, nacido en Belén, visitado por los Reyes Magos de Oriente, y en Nazaret está su Madre. Predicará una nueva doctrina, y no deben escucharla".

De este modo clamaban, mientras le sujetaban, ya uno, ya otro de los endemoniados seguían con discursos parecidos, a pesar de los golpes de los guardianes. Se hallaban allí reunidos unos cincuenta de ellos acompañados de muchos curiosos. Los endemoniados seguían clamando más que antes, José se adelantó a Jesús pidiéndole silencio y dijo:

- Yo le pediré al Padre su liberación. El espíritu que habla por ellos viene de lo profundo y debe volver a lo profundo de donde ha venido.

Así lo hizo José en silencio, en medio de la barahúnda. Jesús también rezaba en silencio a su lado

A1 punto se encontraron todos sanos y buenos, cayendo algunos al suelo por la salida de los espíritus. Los que estaban en la sinagoga quedaron conmocionados, sin saber muy bien lo que había sucedido. Pronto se extendió la voz de lo que había hecho José, que se retiraba con rapidez junto a su Hijo. Uno de los presentes dijo:

-Yo estaba en la caravana que iba a Egipto y sucedió algo semejante.

Y contó lo que había sucedido con el perrazo negro y la jauría perros salvajes y como todos en la caravana comenzaron a llamar a José: “Terror de los demonios”. Así se corrió la voz por la región.

Los endemoniados buscaron a José, que ya estaba fuera del lugar y fueron a dar gracias a Dios de su liberación con la alegría de sus familiares que acudieron prontamente.

La muerte de José

En el taller de carpintero; dos de sus paredes están formadas de roca las otras dos paredes, sin embargo, las otras están pintadas. En el lado norte, un entrante de la roca ha sido adaptado para fogón rudimentario; en él hay una cazuelita con barniz. La leña quemada desde hace años en ese lugar ha ennegrecido tanto la pared, que parece alquitranada. Y como chimenea para aspirar el humo de la combustión hay un agujero en la pared con una especie de teja grande y cóncava en su parte alta. Pero esta

chimenea ha debido cumplir mal su función; en efecto, no solo esta pared sino también las otras están muy ennegrecidas a causa del humo; en este momento, incluso, por toda la habitación hay una niebla de humo.

Jesús está trabajando en un banco de carpintero. Está alisando unas tablas, y las va apoyando en la pared que está a sus espaldas. Luego va a donde tiene una especie de taburete apretado por dos lados en una mordaza; lo saca, mira si el trabajo está perfectamente hecho, observa el objeto desde todos los puntos, luego se acerca al fogón, coge la cazuelita y remueve dentro con pincel.

Jesús está vestido de color castaño oscuro, la túnica es más bien corta, está remangado hasta más arriba del codo, y, delante, lleva puesto una especie de delantal, en el cual se restriega los dedos que han tocado la cazuelita.

Está solo. Trabaja sin pausas, pero con sosiego. No hay en él ningún movimiento desordenado o impaciente. Trabaja con continuidad y precisión. No pierde la paciencia por nada: ni por un nudo en la madera, que no se deja alisar; ni por un destornillador que dos veces se le ha caído del banco; ni por el humo del ambiente, que debe estarle entrando en los ojos.

De vez en cuando levanta la cabeza para mirar hacia la pared sur, donde hay una puerta que está cerrada, como queriendo escuchar. Después hay un momento en que abre una puerta que está en la pared este y que da a la calle, y se asoma a una callejuela polvorienta. Parece como si estuviera esperando a alguien. Luego vuelve a su labor. No está triste, pero sí serio. Cierra de nuevo la puerta y reanuda su trabajo.

Y, mientras está ocupado en fabricar unos componentes del aro de una rueda, entra su Madre. Entra por una puerta de la pared situada al Sur. Entra con prisa y corre hacia Jesús. Está vestida de azul oscuro y lleva la cabeza descubierta. Su vestido es una túnica sencilla ceñida a la cintura con un cordón del mismo color. Acongojada, apoyada con las dos manos en un brazo de su Hijo, le llama con un gesto de súplica y dolor. Jesús la acaricia, le pasa un brazo por encima de los hombros y la consuela. Luego, dejando inmediatamente el trabajo y quitándose el mandil, va con Ella.

-¡Oh! ¡Jesús! ¡Ven! ¡Ven! ¡Está mal!

Han sido pronunciadas por labios temblorosos, y con un brillo de llanto en sus enrojecidos y cansados ojos. Jesús únicamente dice:

- ¡Mamá!

Pasan a la habitación de al lado; el sol, que entra por una puerta que da a un huertecillo lleno de luz y de verdor en que revolotean unas palomas por entre el ondear de ropa tendida, hace encantadora esta habitación, que es pobre, sí, pero está ordenada. Hay en ella un lecho bajo, cubierto de colchoncitos. Sobre él, recostado sobre muchos almohadones, está José.

Agoniza. Lo refleja claramente la palidez cárdena de su rostro, la mirada apagada, el pecho jadeante, y el completo decaimiento de todo el cuerpo.

María se pone a su izquierda. Le coge la mano rugosa y lívida, en las suyas, y la frota, la acaricia y la besa. Luego, con un paño de lino, le seca el sudor, que crea surcos brillantes en las sienes hundidas; y la lágrima, que en el lagrimal se vuelve vítrea. Y le humedece los labios con un paño mojado en un líquido que parece vino blanco.

Jesús se pone a la derecha. Alza levemente, ligero pero con cuidado, este cuerpo que se está hundiendo, le incorpora apoyándole sobre los almohadones, y, junto con María, pone en orden éstos. Acaricia la frente del moribundo, trata de reanimarle.

María llora quedo; sin hacer ruido, pero llora. Los lagrimones ruedan hacia abajo por las pálidas mejillas y caen sobre el vestido azul oscuro; parecen zafiros resplandecientes.

José se reanima bastante y mira fijamente a Jesús, le da la mano como para decirle algo y para recibir, con el contacto divino, fuerza en la última prueba. Jesús inclina su cabeza hacia esta mano y la besa. José sonrío; luego se vuelve buscando a María con la mirada, y le sonrío también a Ella. María se arrodilla al lado de la cama tratando de sonrío. No le sale la sonrisa, y entonces agacha la cabeza. José le pone la mano encima de ella con una casta caricia que parece una bendición. Sólo se oye el revoloteo y el arrullo de las palomas, el frufrú de las hojas, un gorgoritear de agua, y, en la habitación, el respiro del moribundo.

Jesús pasa al otro lado de la cama, toma un taburete y se lo ofrece a María para que se siente en él, llamándola una vez más, y solamente, «Mamá». Luego vuelve dónde estaba y coge de nuevo entre sus manos la mano de José. La escena es tan real, que me echo a llorar a causa del dolor de María.

Jesús, inclinándose hacia el moribundo, le susurra un salmo:
 "Protégeme, Señor, porque en ti he puesto mi esperanza...
 En pro de los santos que en la tierra de él están, ha dado cumplimiento admirablemente a todos mis deseos...
 Bendeciré al Señor, que me aconseja...
 Tengo siempre la presencia del Señor.
 Él está a mi derecha para que no vacile.
 Por ello se alegra mi corazón y exulta mi lengua, y mi cuerpo también descansará en la esperanza.
 Porque Tú no abandonarás a mi alma en su estancia entre los muertos, y no permitirás que tu santo vea la corrupción.
 Me darás a conocer los caminos de la vida, me colmarás de alegría mostrándome tu rostro".

José se reanima mucho, sonrío a Jesús con una mirada más viva y le aprieta los dedos.

Jesús responde a la sonrisa con otra sonrisa, y al gesto de la mano con una caricia; y continúa, dulcemente, inclinado hacia su padre:

"¡Cuán grande es el encanto de tus Tabernáculos, Señor!

Mi alma se consume en el deseo de los atrios del Señor.

El gorrión encuentra una casa, la tortolita un nido para sus criaturas. Yo deseo tus altares, Señor.

¡Dichosos los que habitan en tu casa!... ¡Dichoso el hombre que encuentra en ti su fuerza! Él tiene en su corazón las veredas para subir del valle de las lágrimas al lugar electo.

¡Oh, Señor, escucha mi oración...!

¡Oh, Dios, vuelve tus ojos y mira el rostro de tu Cristo...!"

José, visiblemente conmovido, mira a Jesús, y hace ademán de querer hablar, como para bendecirle, pero no puede; se ve que entiende, pero no puede hablar. No obstante, está feliz y mira con vivacidad y confianza a su Jesús.

"¡Oh, Señor –continúa Jesús–, Tú has sido propicio a tu tierra, has liberado de la esclavitud a Jacob...!

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu Salvación.

Quiero oír lo que dice dentro de mí el Señor Dios. El, sin duda, hablará de paz a su pueblo para sus santos y para quien de corazón vuelve a Él.

Sí, tu salvación está cercana... y la gloria habitará sobre la tierra... Se han dado encuentro la bondad y la verdad; la justicia y la paz se han besado. La verdad ha germinado de la tierra, la justicia ha mirado desde el Cielo.

Sí, el Señor se mostrará benigno y nuestra tierra dará su fruto. La justicia caminará en su presencia y dejará impresas en el camino sus huellas".

-Tú has visto esta hora, padre, y por ella has trabajado fatigosamente. Has colaborado en el cumplimiento de esta hora y el Señor te premiará por ello. Yo te lo digo.

Añade Jesús, enjugando una lágrima de alegría que desciende lentamente por la mejilla de José. Y sigue:

"¡Oh, Señor, acuérdate de David y de toda su benignidad!

Acuérdate de que juró al Señor: 'Yo no entraré en mi casa, no me echaré en el lecho de mi reposo, no concederé sueño a mis ojos ni descanso a mis párpados ni quietud a mis sienes, mientras no encuentre un lugar para el Señor, una morada para el Dios de Jacob...!'

¡Levántate, Señor, y ven a tu reposo, Tú y el Arca de tu santidad!

María comprende la alusión y rompe a llorar

Revístanse de justicia tus sacerdotes, regocíjense tus santos.

Por amor de David, tu siervo, no nos niegues el rostro de tu Cristo.

El Señor ha jurado a David la promesa y la mantendrá: 'Pondré en tu trono al fruto de tu seno'.

El Señor la ha elegido como morada...

Yo haré florecer la potencia de David preparando una antorcha encendida para mi Cristo".

Gracias, padre mío, por mí y por mi Madre. Tú has sido para mí un padre justo, y el Eterno te ha puesto como custodio de su Cristo y de su Arca. Tú fuiste la antorcha encendida para Él. Para con el Fruto del seno santo has tenido entrañas de caridad. Ve en paz, padre. La Viuda no quedará desamparada. El Señor ya ha provisto, que no se quede sola. Ve sereno a tu reposo. Yo te lo digo.

María llora con su rostro apoyado contra las mantas que cubren este cuerpo de José que se está enfriando. Jesús se prodiga aún más en confortarle, pues el respiro se ha hecho más fatigoso y la mirada ha vuelto a velarse.

"¡Dichoso el hombre que teme al Señor y sólo se complace en sus mandamientos!

Su justicia permanecerá por los siglos de los siglos.

En medio de los hombres rectos, se alza luminoso en las tinieblas el misericordioso, el benigno, el justo...

El justo será recordado eternamente... Su justicia es eterna, su potencia se elevará hasta la gloria".

-Y tú tendrás esta gloria, padre. Pronto iré a llevarte, junto con los Patriarcas que te han precedido, a la gloria que te espera. Exulte tu espíritu con estas palabras mías.

"Quien confía en la ayuda del Altísimo vive bajo la protección del Dios del Cielo".

-Esa es tu morada, padre mío.

"El me libró del lazo de los cazadores y de las palabras duras.

Te cubrirá con sus alas; bajo sus plumas encontrarás amparo.

Su verdad te protegerá como un escudo; no temerás miedos nocturnos...

No se acercará a ti el mal... porque ha dado orden a sus ángeles de protegerte en todos tus caminos.

Te llevarán en sus palmas, para que tu pie no tropiece en las piedras.

Caminarás sobre el áspid y el basilisco; hollarás al dragón y al león.

Porque has esperado en el Señor, Él te dice, padre, que te libraré y te protegeré.

Puesto que has elevado a Él tu voz, te escuchará; estará contigo en la última tribulación; te glorificará después de esta vida, haciéndote ver ya desde ésta su Salvación",

-Y en la otra haciéndote entrar, por la Salvación que ahora te conforta y que pronto, ¡Oh, pronto irá, te lo repito, a ceñirte con un abrazo

divino y a llevarte consigo, a la cabeza de todos los Patriarcas, al lugar preparado para morada del Justo de Dios que fue el padre mío bendito! Precédeme para decirles a los Patriarcas que la Salvación está en el mundo y que el Reino de los Cielos pronto les será abierto. Ve, padre. Que mi bendición te acompañe.

Ahora la voz de Jesús es más alta, para que pueda llegar a la mente de José, que está abismándose en las nieblas de la muerte. El final es inminente. El anciano respira a duras penas. María le acaricia. Jesús se sienta en el borde de la cama y abraza y atrae hacia sí al moribundo, el cual, exhausto, se apaga sin convulsión alguna.

Jesús coloca de nuevo al Patriarca y abraza a María, que angustiada de dolor, se había acercado a Él.

Dice.

